

DAFNE AMATI

REX

LA FUNDACION
DE ROMA



CON EL COMENZO DE UN IMPERIO

1933

11111111

753 a. de C. En un Lacio salvaje y misterioso crecen dos gemelos. Remo gobierna las fuerzas de la naturaleza mediante poderes secretos aunque su único deseo es llevar una existencia tranquila de pastor. Rómulo, en cambio, se dedica al bandolerismo con sus compañeros de la Hermandad Saturnina, y gasta el botín de las emboscadas en los antros de Siete Colinas. Cuando cumplen diecisiete años, Rómulo y Remo, como todos sus coetáneos, se someten a la prueba para entrar en el ejército de los quiritas. Abandonados en medio del bosque con un veneno mortal en el cuerpo, los hermanos se salvan gracias a los poderes de Remo. En el camino de regreso se topan con una prodigiosa estela de piedra, que cobra vida y les pone en guardia sobre su destino. Haciendo caso omiso de las palabras de la profecía, los hermanos se separan tomando cada uno un camino distinto. Sin embargo, los gemelos no pueden eludir el destino que les han preparado los dioses y descubrirán un terrible secreto sobre su pasado y la misión que les ha sido encomendada: fundar la Ciudad Eterna que gobernará el mundo.

Dafne Amati

REX

LA FUNDACIÓN DE ROMA



Contenido

He omitido ésta parte, aunque con ciertos escrúpulos, ya que un índice de capítulos y las páginas en estos aparecen no tiene función alguna en esta edición adaptada para e.book

Pero si alguien tuviera necesidad imperiosa de estos datos, puede dirigirse a la editorial citada en los créditos del final . Seguramente le enviarán con mucho gusto un original.

El versionador del presente e.book

A mis padres

Libro primero: El canto del Profeta

Libro primero

El canto del Profeta

El punto luminoso, de oro brillante, descendió del cielo en una lenta espiral. De repente, a unos cincuenta metros de tierra, ganó velocidad. El oro se incendió, fundiéndose, para convertirse en un relámpago pardo y vortiginoso. El batir de las alas precedió su llegada al suelo. Unos instantes después, el majestuoso mochuelo, con las alas desplegadas hacia atrás y las garras extendidas hacia adelante, se posó sobre el sarmiento de una vid silvestre que cubría la cima de una colina.

En ese momento, por la última curva del sendero que subía a la cima, surgió la figura espigada de un joven, con un sombrero de paja a medio calar sobre la frente, una alforja al hombro, un bastón de fresno en una mano y en la otra una flauta. Tenía el instrumento pegado a los labios, pero soplaba solo de cuando en cuando, mostrando predilección por las notas sostenidas.

Inmóvil, a mitad de camino entre el mochuelo y el pastor, Pan levantó el hocico para olfatear el aire, apoyándose con las patas anteriores en las rocas que despuntaban del exuberante prado. El perfil armonioso del animal se recortó contra el valle rebosante de primavera.

La brisa, que había soplado del sur toda la mañana, cambió de repente e infló velas de polen sobre aquel mar esmeralda. En los remolinos furibundos se disolvía la fragancia de la alfalfa. Polvos y aromas; pieles y tallos.

Sorprendido por aquellos cambios, el viejo carnero dio un par de pasos inciertos, avanzando primero, retrocediendo después, mientras la hierba silbaba y crujía a su alrededor.

Cuando el joven pastor llegó a su altura, le acarició la cabeza con la punta de los dedos, destartando la pelusa blanca, para seguir luego adelante con ese caminar suyo lento y constante, con un pie varo y una leve cojera que lo contrarrestaba.

Pan le comunicó su sensación de un peligro vago, no muy distante.

—Mejor esperar aquí, Remo.

—Estoy totalmente de acuerdo, viejo —dijo Remo, mientras continuaba hasta la cima de la colina.

El mochuelo estaba encaramado sobre un sarmiento arqueado y parpadeaba a causa de la luz: un ojo era del color de la mies madura y el otro glauco. Cuando Remo estaba a un par de metros, alzó de repente el vuelo en dirección a la ciudad de Siete Colinas.

El joven permaneció unos instantes observándolo, perplejo; luego se abrió paso con cuidado entre la selva de cepas y pámpanas, y subió a una de las rocas para mirar a la cuenca a la que se asomaba la colina, con la cabellera negra azabache y el manto al viento. Levantó el puño por encima del hombro. Ante esa señal de alarma, el rebaño, que pastaba varios cientos de pasos más abajo, en la falda sur de la colina, se detuvo en seco.

Pan agachó el hocico, empezó a subir al trote corto, rompió la viña; con un par de saltos se plantó en la roca, junto al joven pastor, y entonces lo vio: tres grandes lobos, que bebían de una charca allá abajo, levantaron de repente la cabeza y lo miraron fijamente. En aquellos ojos irisados el carnero leyó el odio atávico, la sed de sangre, el anhelo de carne. Se echó a temblar, pero no retrocedió ni un paso.

Remo leyó su pensamiento.

—¿Le tienes miedo a la muerte, viejo?

—Con la muerte no se hacen bromas.

—¿Si quitamos la muerte, qué nos queda? —le preguntó Remo, antes de lanzarse pendiente abajo.

—Cachorros de hombre... —dijo el carnero, agachando el hocico.

—¿Quieres vivir para siempre? —gritó Remo.

Los lobos se sacudieron, y una tempestad de pequeñas gotas emanó del tupido pelaje; tras echar una última mirada desafiante al carnero se marcharon, desapareciendo en el cercano bosque de sauces. Las ramas delgadas oscilaron cuales visillos verdes amarillentos.

Remo inspeccionó rápidamente los matorrales que rodeaban la charca, pero todo parecía tranquilo: levantó la vara y la hizo girar en el aire. Entonces Pan emitió tres balidos roncós para llamar al rebaño, lo esperó junto al sendero que pasaba bajo la viña y luego, encabezándolo, comenzó el descenso hacia la hondonada, con un portante destartado, incluso vanidoso, como queriendo demostrar que no había sentido ningún miedo.

—Habrías sido un perro fantástico —dijo un Remo provocante cuando el carnero llegó a la charca.

—Los lobos te tienen miedo —respondió Pan, pero sin convicción, como si se hubiera dado cuenta de que no había logrado expresar lo que le pasaba por la cabeza.

Como única respuesta, Remo echó una manta sobre una piedra plana, se sentó, sacó una *focaccia* de la alforja, puso encima una tajada grande de queso curado y una hoja de lechuga y le hincó el diente. Cuando acabó de comer, pegó un par de largos tragos de agua de una bota de piel.

—Me respetan —dijo por fin.

—No veo la diferencia.

—El miedo está relacionado con el conocimiento o la ignorancia: tenemos miedo de lo que no conocemos, o de lo que conocemos demasiado bien —explicó Remo.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—No ves y no entiendes, menos mal que por lo menos hablas —dijo Remo entre risas.

—No veo y no entiendo qué tiene de gracioso —replicó Pan, desenvainando sus dientes puntiagudos.

Remo cruzó las manos detrás de la cabeza.

—Los lobos me conocen, no me preguntes cómo lo sé. Yo no me lo pregunto más de cuanto me pregunto cómo puedo comunicarme contigo. No me tienen miedo, al menos no en el sentido que tú sospechas. Me tratan como uno de ellos. Me respetan, ya está. —Entonces se interrumpió, adoptando un gesto de crispación, aunque la alegría seguía dibujada en su cara—. ¿Por qué me has hecho explicar con tantas palabras lo que te había explicado perfectamente con dos? Todavía te queda un buen trecho para convertirte en un perro...

Pan encajó el golpe.

—Hay poco de qué alegrarse en el hecho de ser considerado un lobo por parte de los lobos.

—Tú ocúpate del rebaño, que a mí me tocan tareas más laboriosas y urgentes, como pensar, por ejemplo.

—O dormir —murmuró Pan antes de girarse y trotar hacia las ovejas.

—Como no te espables, viejo, te cambio por un perro, por uno de verdad, con buen oído, un olfato fino y, sobre todo, un cerebro grande.

—El cerebro grande no es más que un peso.

Remo se despertó dos horas más tarde. «Dejad las mandíbulas y dadle a las patas».

El rebaño tardó un poco en captar la orden, demorándose para mordisquear las últimas hojas. Pan, repleto de energía después de haberse echado una siesta a la sombra de una gran roca, acuciaba a las ovejas sin grandes resultados. Cuando lograba reunir a una docena y apenas se daba la vuelta para ir a recuperar a las otras, ya alguna volvía a alejarse.

Mientras tanto, Remo se sacudió la túnica y se remojó la cara. Intentó arreglarse el pelo con unos pocos gestos torpes, primero hacia un lado y luego hacia el otro. Se reflejó en la charca y, al no quedar satisfecho, probó otros peinados, pero al final lo dejó correr. Se alejó un paso pero pareció cambiar de opinión, con lo que se giró, echó un enésimo vistazo al agua, se despidió de ella con una mueca, zambulló la cabeza y se desarregló furiosamente la cabellera.

En lo alto, Venus se asomó por una esquina límpida del cielo. Remo se avergonzó, como si lo hubiesen pillado con las manos en la masa, y echó a correr por el sendero, sin girarse siquiera para comprobar si Pan y el rebaño lo estaban siguiendo.

El caserío de Angerona se encontraba a unas escasas dos millas y estaba de camino a casa. —Llevaba estándolo un montón de tiempo, toda vez que Remo ya solo elegía los pastos de aquella zona—. «Todos los caminos de un hombre llevan al corazón de una mujer», se dijo torpemente el pastor, marchando al ritmo del suyo, con la flauta encendida entre los dedos.

A la altura de un bosque de pinos abandonó el sendero principal, que se dirigía hacia el pago de Roble Quebrado y a la casa de sus padres, y se introdujo en la espesura. La cañada, apenas visible, se encaramaba entre matorrales y zarzas, y durante un breve tramo transcurría a cielo abierto por la cima de una colina maciza, para descender luego bruscamente hacia Último Pago, un distrito de caseríos ralos protegido por un anillo de colinas.

Nada más ver al joven recortado sobre la colina, Angerona abandonó el rastrillo con el que llevaba una hora trabajando la era que había frente a su casa y corrió a su encuentro con ese característico oscilar suyo, agitando los brazos como remos a izquierda y derecha, y dando saltitos rápidos con las puntas de los pies hacia afuera.

Sin interrumpir la carrera se lanzó de un salto a los brazos de Remo y le plantó un sonoro beso en la oreja, para bajar al punto. Mientras se retorció las manos grandes, agrietadas y llenas de cortes, lo miraba de arriba abajo, con la barbilla apuntando ligeramente hacia el suelo y los ojos al cielo. Había lágrimas y había luz en su mirada, como lluvia en el sol.

Remo hundió los dedos entre sus cabellos.

—Angerona —dijo con el tono de un cumplido.

—No sabía si esta noche ibas a venir, pero tenía tanta esperanza que me parecía imposible que no lo hicieses.

Remo la cogió de la mano y giró lentamente a su alrededor. Ella lo siguió, con la cabeza inclinada, la oreja casi rozándole el hombro, los ojos aún más encendidos. El joven bajó un paso más la pendiente y cuando sus rostros se encontraron a la misma altura le preguntó:

—¿Por qué eres tan guapa?

—¿Y por qué no iba a serlo?

Se miraron fijamente, serios, durante unos instantes, pero primero él y luego ella se mordieron el labio para apagar un fulgor, y al final, incapaces de seguir conteniéndose, se echaron a reír. Seguían sonriendo cuando llegaron al patio, agarrados de la mano, balanceando los brazos y canturreando en voz baja.

La joven se zarandeó de repente. Remo, desprevenido, perdió el equilibrio y a punto estuvo de acabar en el suelo. La miró mal:

—¿Hoy no te has tomado tu ración cotidiana de pan y borrico?

—No te esfuerces en decir tonterías, calladito también estás muy guapo.

Pasaron bajo el pórtico de cañas entrelazadas y el viejo entablado rechinó bajo sus pasos. Desde la puerta de la casa, entornada, llegaban los ronquidos del padre de Angerona. Se detuvieron en seco y, con un gesto de entendimiento, dieron media vuelta. Se sentaron junto a la pila de piedra

llena de agua situada en el centro de la era.

La hacienda se erigía en el margen septentrional de Último Pago, justo en los límites del territorio de Siete Colinas. En la cuenca frondosa, amplia y aislada, surgían, como islas en un lago, dos pequeñas prominencias: la cima de la más grande estaba ocupada por la vieja casa de piedra y el establo, separados por la era, mientras que sobre la otra se alzaba un olmo solitario. A dos metros del suelo, el tronco macizo y claro se dividía en cuatro ramas truncadas unidas entre ellas, que se parecían a los dedos de una mano. En aquel momento las frondas confeccionaban la alfombra roja del ocaso.

—Esta podría ser la última vez que nos vemos —anunció Angerona, recorriendo de memoria, con el índice, los contornos de la mancha de nacimiento con forma de árbol situada en el cuello de Remo.

—Cada vez podría ser la última.

—Ya sabes a qué me refiero, tontorrón. Dentro de poco los quiritas de Siete Colinas te reclutarán para el servicio militar y, si sobrevives a las pruebas, te convertirás en uno de ellos. En cambio si mueres...

—Entonces seré tuyo para siempre.

—Pero yo te prefiero vivo.

—Para gustos, los colores.

—Lo dicho, eres un tontaina.

—Entonces volveré vivo, y volveré a ti.

—No te lo permitirán. Es la ley.

—Existen otras leyes, además de las de los hombres.

—Si huyes te darán caza.

—O puede que sea yo el que les dé caza. —Remo se giró y le agarró la barbilla con el pulgar y el índice. El ojo gris se ensombrecía, mientras el violeta se cargaba de tonos intensos, como cada vez que lo invadía la irritación. ¿Qué derecho tenían los quiritas para disponer de su vida?

—A veces me das miedo.

—¿Tú también? —dijo Remo, sorprendido.

—¿Yo también qué?

—¿Tú también me tienes miedo?

—Tengo miedo de que estés medio loco —bromeó Angerona, golpeándole la frente con los dedos.

Remo se relajó al instante.

—¿Por eso te gusto?

—Tú no me gustas para nada, pero si algún día me llegaras a gustar, ese sería uno de los motivos.

Charlaron durante un par de horas; a veces se atrevían a lanzar besos rápidos, para luego separarse de repente, dejando al otro, irritado, con los labios entreabiertos. Al final Remo comprobó la posición de las estrellas en el firmamento y, apoyándose sobre las palmas de las manos, bajó de un salto del banco.

—Dale recuerdos a tu padre. Ahora tengo que volver a mi casa, que el mío estará preocupado. — Se cogió la lengua con el índice y el pulgar y silbó dos veces. En respuesta, desde la colina se elevó el balido ronco de Pan.

—Pero ya está oscuro.

—Así no me dará una insolación.

—¿Y qué pasa si tus famosos ojos te traicionan?

—Mejor ellos que tú.

—Eres gracioso... para ser un borrico.

—Pues eso, este borrico se despide.

—¿Cuándo volverás?

—En cuanto pueda.

—Si es un poco antes, mejor.

Remo se besó las puntas de los dedos y luego las apoyó sobre sus labios oscuros. Tenía ganas de decir «sí», un sí sin condiciones. Angerona lo aferró por la muñeca y le obligó a girarse.

—Remo.

—Dime.

—Si dejas que te maten, no te lo perdonaré.

La noche estaba tocando a su fin cuando Remo y el rebaño volvieron a Roble Quebrado, la aldea donde había vivido desde siempre con sus padres.

—Me da en la nariz que tarde o temprano nos romperemos una pata en una de estas travesías nocturnas —refunfuñó Pan mientras observaba a los otros animales cruzar la cancela y entrar en el redil.

El pastor le rascó los pliegues bajo el cuello.

—Te seguirían quedando otras tres.

—De ti podrán decir cualquier cosa, pero está claro que sabes de cuentas.

—¿Y tú, «cuentas» con poder quedarte dormido sin mí, viejo?

—Sin pesadillas es más fácil dormirse.

Fáustulo esperaba al hijo en el umbral; la figura delgada estaba envuelta en un manto rasgado. Bajo sus cejas brillaban dos ojos grises, gemas incandescentes cubiertas por una fina capa de cenizas. Una vez frente al hijo, su expresión se relajó; le tendió la palangana de agua y se agachó para ayudarlo con sus abluciones. Remo rechazó la ayuda con un gesto educado; se lavó las piernas hasta las rodillas y los brazos hasta el codo, luego abrazó al padre y le dio un beso en la frente.

—Te he echado de menos —le confesó Fáustulo, y en la voz espesa vibró la cuerda de la nostalgia.

Remo, adelantándose a la estación, había estado pastando una decena de días.

—Tenía ganas de estar un poco solo, pero se me había olvidado lo pesada que es mi compañía —explicó en tono de excusa, esbozando una sonrisa. Rozó las jambas con las manos, recitó la invocación a los demonios de la puerta y entró en la pieza iluminada por el fuego que ardía en la chimenea.

—Ya dice el viejo dicho que solos estamos en pésima compañía —masculló Fáustulo.

—Es un buen dicho.

—No, es solo viejo.

—Lo que tú digas.

—¿Te asusta cumplir diecisiete años? —le preguntó Fáustulo, sin levantar la mano de su hombro.

—Me asusta convertirme en un hombre.

—Ya lo eres, desde hace muchos años.

Remo cambió bruscamente de tema:

—El viento se volvió loco ayer por la mañana, sobre la colina que hay junto a la Pequeña Charca. Parecía soplar al mismo tiempo de todas las direcciones.

—Lo siento en el aire, por las mañanas. Lo escucho en las voces del fuego, por las noches. Los dioses están meditando algo.

Remo se puso de cuclillas y alargó las manos hacia las llamas.

—Los dioses siempre están meditando algo, papá.

—Pero no siempre formamos parte de ese algo.

—Somos pastores y siervos, ¿por qué tendrían los Celestiales que hacernos partícipes de sus planes?

Fáustulo le respondió con un silencio elocuente, antes de continuar.

—¿Te he hablado alguna vez de ese pastor al que una vez se le apareció el demonio Fauno?

«Una docena de veces, como mucho», pensó Remo, pero se limitó a sacudir la cabeza, en un gesto que bien podría entenderse como un «no», aunque no lo fuese.

—Pues bien, este pastor estaba arrodillado rezando ante el altar de frondas de Fauno, en el Bosque Silvestre, cuando se percató de que había un mendigo tumbado a unos metros de distancia. Estaba harto delgado y mugriento, y sintió pena por él, con lo que preguntó a Fauno por qué no hacía algo para ayudar a aquel desgraciado. «Te he hecho a ti», respondió la voz del demonio.

Remo colgó el manto en el gancho que había tras la puerta y apoyó las sandalias en el alféizar. Luego cogió el atizador por la punta de hierro y removió el fuego. Le agradaban la caricia tibia de la madera seca bajo los pies desnudos, la voz del padre, repleta de sabiduría, y el olor de la sopa al fuego, aunque sabía por experiencia que las paredes familiares no tardarían en convertirse en un cerco.

Cada día era más difícil contener la inquietud. Fáustulo tenía razón: se había convertido en un adulto pronto, quizá demasiado, y ahora ya no podía volver atrás. Así las cosas, mejor sería tirar hacia adelante, y hacerlo de prisa, quemar las etapas.

Tenía la edad y la mujer adecuada para encontrar su sitio en el mundo, y lo haría pronto, pero aquella noche decidió disfrutar de la tibieza del nido. ¿Qué había de malo en seguir siendo joven un poquito más?

—¿Y la mamá? —preguntó.

Fáustulo dejó escapar un suspiro de contrariedad.

—Aca Larentia ha ido a la ruta de la Sal. No hay día que no se acerque. Confía en que algún caminante le traiga noticias de Rómulo.

—¿Se las traen?

—El viento lo hace: voces de asaltos y saqueos. En estas voces yo escucho la de tu hermano.

—Lo juzgas mal.

—Lo juzgan sus actos.

—Sus actos también dicen que reparte la mitad del botín entre los pastores de los valles de Siete Colinas.

—Es un bandido.

—Es mi hermano y tu hijo. Si él es un bandido, también lo somos tú y yo —dijo Remo poniéndose en pie. Lanzó el atizador a la tinaja, que retumbó. La cesta de mimbre colgada sobre la chimenea se tambaleó pero no cayó al suelo.

Fáustulo fingió no haberlo escuchado.

—Cuando el pueblo armado de las siete colinas de Saturnia o, peor, las tropas del tirano Amulio, señor de Alba, lleguen aquí con espadas y caballos; cuando ataquen los pagos y quemén los establos y las cabañas; cuando masacren a los pastores y a sus mujeres; cuando se lleven a sus hijos como esclavos, ¿qué les dará tu hermano Rómulo? ¿Ofrendas para sus tumbas? ¿Cargará acaso sobre sus hombros con la mitad de su dolor?

—Quizá todo.

—O quizá lo que les dé sea la espalda.

Remo pasó las manos sobre la robusta cesta. Ejercía una atracción magnética sobre él, como todos los objetos aparentemente inútiles. Desde que tenía memoria, siempre había estado colgada allí, y nadie la había usado nunca.

—Eres severo, padre.

—Eres débil, hijo mío. Débil. —Fáustulo pronunció aquella palabra con aflicción, casi con pena. Entonces, por un momento, pareció crecer en altura y tamaño: sus ojos se incendiaron, sus cejas se arquearon y en sus sienes aparecieron venas turgentes. Al final respiró profundamente, relajó la frente y volvió a colocar sus manos sobre los hombros del hijo. Remo no se opuso.

—El viandante no se detiene a recoger flores a lo largo del camino.

—¿Ni siquiera para su mujer?

—No tiene mujer, no tiene madre, no tiene padre, el viandante.

—Entonces tiene poca cosa.

Los dedos huesudos de Fáustulo aumentaron la presión.

—Hay que sacrificar a la oveja coja: espérala y esperarás al lobo; perdónale la vida y perderás al rebaño.

—Padre, es mi hermano.

—Hubo un día en el que perdí a un hijo. Habrá un día en el que pierdas a un hermano.

-Yo soy Rómulo, hijo de la profetisa Aca y de Fáustulo, príncipe de los rebaños —afirmó el joven con voz estentórea, tras plantarse de un salto en medio del sendero—. Y tú estás en un buen lío.

La tira roja de tierra batida discurría por el fondo de una garganta estrecha salpicada de matorrales y arbustos, que unía las colonias surorientales de las Siete Colinas con la vía Latina. Las últimas chozas habitadas estaban a más de una milla de allí.

Rómulo vestía una túnica blanca con un rasgón triangular sobre el pecho lampiño y un palio orlado, en el que había media docena de parches de colores. El pelo castaño le caía de lado sobre la frente.

El hombre a caballo sonrió, pero no se quitó el sombrero. Tenía kilos y centímetros de sobra, una buena espada, una mala expresión y el manto negro de los soldados albeses. Todos estos elementos, incluida la escolta armada a sus espaldas, eran para él motivo de tranquilidad, y para los otros de preocupación.

—¿Príncipe de los rebaños? ¿Así llamas a los pastores? La fantasía no te falta, pero a lo mejor el valor...

Rómulo se golpeó dos veces el pectoral izquierdo con la mano.

—¿Por qué no vienes a comprobarlo?

El hombre dejó de sonreír y espoleó al caballo para continuar por el sendero.

—Chico, nos espera una larga marcha. Apártate o el próximo paso lo darás en el Hades.

El joven no se apartó. Sonreía.

—Tu padre es un siervo de los quiritas, unos de nuestros tributarios, ¿y tú osas obstruirme el paso? —preguntó el militar, más desconcertado que enfadado.

Los dos caballeros a sus espaldas asintieron con gesto grave: la situación era tan grotesca que desaconsejaba cualquier acción, como si estuvieran en una pesadilla surgida tras una noche de parranda. Los cuatro soldados de infantería que cerraban la compañía se apoyaron en sus lanzas para descansar.

—¿Puedo saber tu nombre? —preguntó Rómulo, empezando a caminar de un lado a otro, entre las dos paredes del desfiladero de apenas un par de metros de anchura. Tenía el caminar suave y amenazante de la pantera, con las manos cruzadas detrás de la espalda y el ceño fruncido.

El soldado asintió con la flema de quien concede el último deseo al condenado e hizo un gesto a uno de los soldados. El caballero espoleó a su bayo unos pasos al frente, se aclaró la voz y afirmó:

—Este es el capitán Tulio, hijo de Mulio, que tiene el honor de militar en el estado mayor del ejército del gran rey Amulio, señor de Alba y de los cuatro cielos, *dominus* de los Treinta Pueblos Latinos.

Tulio señaló a Rómulo el sendero.

—Y ahora...

—Ahora te diré lo que pasa entre tú y yo —dijo Rómulo—. Sirves a un rey, con lo que sabrás que a los reyes les encanta hacer leyes. Yo soy el rey de este sendero y he hecho leyes, leyes justas. Una de estas leyes dispone que Tulio, hijo de Mulio y siervo de Amulio, tiene que pagarme un peaje por el tránsito.

La expresión de los albeses pasó del estupor a la complacencia: empujar a un muerto al foso no es una fechoría, sino un acto de piedad. No era el primero ni sería el último bandolero al que mataban.

Además, había sido un día amargo: al amanecer los había asaltado una manada de lobos mientras volvían de Siete Colinas, donde se habían dirigido, como cada mes, para recaudar los tributos que le correspondían a su rey como jefe de la Confederación Latina. En el ataque repentino e insólito dos soldados habían sufrido heridas bastante graves y el propio Tulio se las había visto y deseado. Cuatro caballos habían muerto, con lo que no tuvieron más remedio que sacrificarlos, volver sobre sus pasos y venderlos en el matadero general de Siete Colinas. A los cuatro soldados desdichados les tocaba viajar a pie.

Ahora se presentaba la ocasión de desahogar la rabia acumulada y añadir a la piel de lobo que colgaba de la montura de Tulio la cabeza de un bandido, con la que compensar a Amulio por la pérdida de la caballería.

—¿Eso es lo que dice tu ley? En ese caso no perdamos más tiempo y paguemos. Sin embargo, la moneda la elegimos nosotros: ¡sacad vuestras armas, soldados! —Tulio desenfundó la espada y los militares hicieron lo propio.

—La ley nos une. Por la ley se muere, por la ley se vive. No podemos hacer nada; ni yo, ni mucho menos tú. —Rómulo emitió un sonido que recordaba a un aullido. A los pocos segundos, en lo alto de las rocas que formaban el desfiladero, se asomó una treintena de jóvenes vestidos de las formas más extravagantes, armados de piedras, palos y dagas—. Te presento a los hermanos saturninos: la ley en carne y hueso.

—¡Música, hermanos! —gritó desde lo alto Tíber, un joven delgadísimo con una gran melena rubia. En un santiamén disparó su honda y la piedra golpeó en plena frente al caballero más cercano.

Ahora en la mano de Rómulo relucía una cuchilla. Contra ella se estrelló la sonrisa de Tulio, capitán de Alba. Apenas había tenido tiempo para tirar de las bridas de su caballo negro, en un intento de fuga desesperado, cuando la primera piedra le golpeó el pecho. Gritó y se estremeció y volvió a gritar. La idea de la muerte lo acosó antes incluso que los impactos. Gritó más fuerte y se lanzó al galope bajo una densa lluvia de piedras.

La muerte lo acosaba. Horror. Rómulo, que había saltado desde la pendiente para cortarle el paso, se lanzó hacia un lado y con la empuñadura del cuchillo golpeó la pezuña del caballo albés, que perdió el equilibrio y se zarandó. Tulio cayó al suelo; las piedras seguían lloviendo sobre él.

Rómulo levantó el puño por encima del hombro para detener a sus compañeros, preparados para lanzarse sobre el capitán.

—Ocupaos de los otros —ordenó antes de ponerse de cuclillas junto a Tulio, que temblaba y jadeaba agonizante, con los ojos abiertos de par en par y resplandecientes por el miedo.

—Me la vas a pagar, voy a matarte, voy a matarte —farfullaba entre insultos y gruñidos, aferrando el aire con las manos rígidas.

Los labios de Rómulo esbozaron una leve sonrisa.

—Sí, claro.

—Voy a matarte, aunque sea lo último que haga —balbuceó Tulio, con la boca llena de sangre.

—Ya no te queda nada por hacer —le anunció Rómulo, arrancándole el medallón rodeado de oro que llevaba colgado del cuello. En el centro estaba grabado el fuego sagrado de Vesta, sobre el que volaba el águila de Júpiter, símbolos seculares de los reyes de Alba.

—Por lo menos, el Usurpador no ha cambiado los antiguos emblemas —murmuró el hijo de Fáustulo, mientras también soltaba la bolsa que el capitán albés llevaba a la cintura. Cuando desató los cordones vio brillar un puñado de ases de bronce. Rómulo echó dentro el medallón y volvió a cerrarla. Se levantó con la bolsa bajo el brazo izquierdo y, extendiendo el derecho, señaló hacia el sendero donde yacían los cadáveres de los soldados albeses.

—Ahora puedes pasar.

—... ¡A mejor vida! —apostilló Tíber con un sonido sibilante, mientras se inclinaba para limpiar el puñal en el manto negro.

Tulio soltó un improperio y murió.

La banda de Rómulo y los ases de Tulio llegaron al pago del Paso de las Picas, en la ruta de la Sal, una aldea poco distante de Siete Colinas famosa por sus muchas tabernas y sus pocos centinelas.

A la mañana siguiente los jóvenes se volverían a poner en camino, mientras que los ases se quedarían allí esperando nuevos dueños. La rueda giraba y el mundo no cambiaba.

Los hermanos saturninos irrumpieron en la Cabra Coja liderados por el hijo de Fáustulo, que abrió la puerta de una palmada violenta. El local se llenó de gritos y carcajadas; se encendieron lámparas, se prepararon espetones, se reavivaron las brasas. El tabernero envió mensajeros a la taberna del Ahorcado, al otro lado del pago, para que enviaran más buen vino y hermosas hetairas con las que acompañarlo. «Rápido, rápido».

Rómulo le hizo un gesto al tabernero para que se sentase a su mesa, luego, con una mirada, lo invitó a coger de la bandeja un trozo de pollo a las especias y le sirvió un cucharón de tinto.

El tabernero arrancó un ala y la acompañó con un trago de vino, ignorando la desagradable sensación de ser un huésped en su propia casa. No se dejó engañar por la joven edad de su interlocutor, por las formas tranquilas y las bellas facciones que cautivaban las miradas furtivas o descaradas de las jóvenes, incluidas las de su hija, a la que le iba a decir un par de cosas más tarde. —No la había criado para acabar en la cama del primer bandido que pasase por allí—. Se había fijado, antes bien, en los antebrazos fuertes, el cuello marcado por venas hinchadas, y las gotas de ámbar que jaspeaban los ojos marrones como lobos camuflados en un campo de heno.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó Rómulo tras algunos minutos, dejando un hueso descarnado en el plato, que tintineó.

El tabernero tenía una ligera idea. Un par de meses atrás habían llegado algunas voces al respecto: un joven pastor había abandonado a su familia a las puertas de Siete Colinas para dedicarse al bandolerismo. En el pasado los campos estaban infestados de desheredados dispuestos a cortarle la mano a una mujer por un puñado de polenta, pero desde que el rey Amulio los había enrolado en masa para engrosar las filas de su ejército ya no se oía hablar de ellos.

El tabernero, en cualquier caso, se había encogido de hombros. Un bandolero no era una noticia de por sí, pero se había convertido en noticia cuando se supo que al primero se habían unido otros. Y se había convertido en una buena noticia cuando su primo, que regentaba un local a pocas millas de distancia, le había comunicado que la nueva banda dilapidaba buena parte de los botines en las tabernas que salpicaban los alrededores de Siete Colinas.

El tabernero se había sorprendido de que unos bandidos sin escrúpulos se molestasen en pagar la cuenta. Sin embargo, el primo lo había tranquilizado: «Pagan sin objetar. Tienen su propio código». El tabernero no sabía mucho de códigos, pero aquel le había parecido bueno.

Rómulo juntó las manos frente a la cara con aire absorto. Sentía un cierto placer al observar el miedo insinuarse en los ojos de las personas, crecer rápidamente, convertirse en uno con la mirada, para luego bajar e instalarse en las manos, que empezaban a temblar. El tabernero no le había respondido todavía, o a lo mejor lo había hecho con más franqueza de la que pensase. En cualquier caso, no esperó más tiempo.

—¿Los soldados pasan por tu tugurio? —El tabernero se sobresaltó.

—Se dejan caer de cuando en cuando.

—¿Los soldados de Amulio y los de Saturnia?

—¿Saturnia? Hacía mucho tiempo que no escuchaba llamar así a Siete Colinas. ¿Eres devoto de los antiguos dioses?

—No más de lo que ellos lo son de mí. Pero si hubiese querido noticias de los Celestiales, ¿crees que te las habría pedido a ti?

—No, no, no... —respondió el tabernero, levantando las manos.

—Como soy tu huésped satisfaré tu curiosidad: mi hermano es fiel a los antiguos dioses y yo quiero mucho a mi hermano. ¿Satisfecho?

—Sí, sí, sí... —dijo el tabernero, bajando las manos.

Rómulo pasó el índice por el contorno de la bandeja, produciendo un ligero chirrido.

—Ahora vamos a volver a mi pregunta, si no te importa.

—Para nada.

—¿Soldados?

—Sí, sí, los soldados, claro. Los de Siete... es decir, los de Saturnia vienen un par de veces al mes, durante la ronda de inspección por los pagos de la zona. Los hombres de Amulio pasan por aquí muy raramente, no más de una vez al año.

—¿Hacen preguntas?

—¿Quién no hace preguntas?

Rómulo levantó la comisura izquierda de la boca. El mesonero lo tomó por una buena señal y se relajó, pero la expresión del joven se endureció de golpe; el hombre ya ni siquiera recordaba el motivo por el que había decidido sonreír. Sintió cómo los labios se le entreabrían y una gota de sudor le corría por detrás de la oreja. Comprendió que no había dado la respuesta adecuada y probó con otra:

—Los soldados de Siete Colinas me han preguntado por ti.

—¿Conocen mi nombre? —Rómulo se había cuidado de no revelárselo a nadie que tuviese más de unos minutos de esperanza de vida.

—No, que yo sepa. Te llaman el Lobo, y a tus compañeros los hermanos del Lobo.

Rómulo apartó el plato, extendió las manos sobre la mesa y apoyó la espalda al asiento. Desde que había subido a las colinas con su banda, por prudencia, se había atenido a la regla de saquear únicamente a comerciantes que estuviesen de paso. Sin embargo, aquella mañana se había cruzado en el camino de los soldados de Amulio, que por una vez iban en un grupo reducido y, además, a pie; convencido de poder hacerse con el botín más grande de su vida, había ordenado la emboscada, sin pensar demasiado en las consecuencias. Ahora, en cambio, no podía pensar en otra cosa: si los albeses descubriesen su verdadera identidad, habrían pedido su cabeza a los quiritas de Siete Colinas, y estos habrían ido a casa de Fáustulo a la caza de una cabeza, una cualquiera.

—¿Me están dando caza?

—No me dio esa impresión. Eso sí, uno de los soldados, un tal Marco, me reveló que teme recibir esa orden tarde o temprano. Me explicó que gozáis de todo su respeto, que robar a los ricos no es un delito, sino justicia, y que harían falta otros mil hombres como vosotros —dijo el mesonero, dirigiéndose a Rómulo y a sus compañeros.

En la garganta rojiza de Sinenomen borboteó una carcajada ronca. Era más grande que un oso, pero estaba pelado como una lombriz; presentaba un aspecto indefinido, líquido, siempre cambiante por la completa ausencia de pelo y de vello. Había sido uno de los primeros en seguir a Rómulo. El tabernero no podía mirar a sus ojos azules, recubiertos por una pátina diáfana que, en lugar de

ocultarlos, sugería unas profundidades abismales.

—Bandoleros somos, héroes nos llamarán. Escribirán canciones. Locos están —dijo con una repulsión manifiesta Sinenomen, mientras jugaba con el objeto que colgaba de su cuello, una estatuilla de madera tallada que representaba a una mujer coronada, con un escudo en una mano y una lanza en la otra.

—Hemos cometido un error al atacar a esos malditos Mantos Negros —admitió Céler, extendiendo sus largas piernas. Las rodillas golpearon contra la mesa, que se levantó. Era uno de los compañeros en los que Rómulo más confiaba, y uno de los pocos que había tenido el valor de contradecirlo.

—Nuestro error fue haber nacido —zanjó Tíber, antes de pellizcar la cítara que mecía entre sus brazos, fruto del primer botín de la hermandad. A Tíber, además de la música, le encantaban el juego y el peligro: por eso iba siempre detrás de las jóvenes, que, como decía, eran el juguete más peligroso. Sin embargo, lo que más le gustaba, por encima de todo, era quejarse; para él era como el respirar, algo inconsciente y vital—. ¿Es que mis viejos no tenían nada mejor que hacer aquella noche?

Rómulo se concentró en la amplia ventana que se abría en la pared de enfrente. Hacía un año dejó la casa en la que había crecido con la idea de poner orden en su vida y en el mundo. Y la única forma de conseguirlo era pasar a través del caos, tal y como gustaba de repetirse a sí mismo y a los demás.

Ahora tenía a sus órdenes a un pequeño ejército, la Hermandad Saturnina. Habían elegido aquel nombre para recordar el tiempo en que sus antepasados gobernaban Saturnia, antes de convertirse en siervos de las «gentes» latinas, los nuevos dominadores, llegados de quién sabe dónde, armados de hierro y fuego; dominadores que a su vez acabaron bajo el yugo de Amulio, rey de Alba, al que pagaban tributos regularmente.

Los hermanos buscaban la redención de la sangre inocente derramada por el propio pueblo y el regreso a las siete colinas de Saturnia, pero por el momento vivían escondidos en la espesura junto al canal de Aguafría, doce millas a oriente de Siete Colinas, más allá de los pastos que las «gentes» habían dejado al cuidado de sus padres.

Cuánto los había criticado por haber dejado que se apagase la llama de la libertad. Precisamente por eso había reclutado a sus coetáneos con el lema: «Nuestros padres son siervos, nuestros hijos no lo serán». Cuánto desentonaban ahora aquellas palabras en su cabeza: al repetírselas se sentía colmado por la vergüenza. La alegría de las primeras acciones victoriosas se había esfumado: la plata había dejado de brillar, la libertad de atraer, la aventura de prometer, y las grandes empresas ya no parecían tan grandes.

Rómulo cerró la ventana del pasado, miró a la gran sala y vio a una banda de jóvenes que jugaban a ser los hombres en los que nunca se convertían. Tarde o temprano los quiritas enviarían a patrullas de soldados bien equipados para hacerles salir de su escondrijo, pues había que proteger el comercio, y para ellos sería el final. Morirían junto a toda esperanza de venganza y de liberación para su gente. Se dio cuenta de que estaba tamborileando con los dedos sobre la mesa. Se sentía como una avispa en una copa, y su mirada se posó sobre el tabernero. Se preguntó qué hacía aún sentado allí, y le hizo alejarse con un gesto enfadado.

—¿Vosotros creéis en las fases lunares? —preguntó a sus compañeros inclinándose hacia adelante sobre la silla.

Céler respondió que no sabía qué decir, Tíber tocó una nota y Sinenomen cerró los ojos, como diciendo que el problema era de la luna y no suyo.

—Es inevitable que todo aquello que ya no puede crecer, mengüe —susurró Rómulo blandiendo la cuchara.

La cabeza de Manlio, que estaba vigilando en la puerta, se asomó. Sinenomen fue a ver qué había pasado, habló brevemente con el centinela y volvió a la mesa. Acercó la boca a la oreja de Rómulo:

—Tu madre está aquí fuera y pregunta por ti.

El joven apuró la copa, se secó la barbilla con el dorso de la mano e indicó la sala.

—Te dejo al cargo, por si sirve de algo. Procura que no acaben a palos como la última vez. — Después de un momento de duda, se sirvió otro cucharón de vino y se lo bebió de un solo trago—. Con estos desgraciados no conquistaremos jamás una ciudad, solo una tumba.

—¿No son lo mismo? —preguntó Sinenomen, con una risa sarcástica que Rómulo no entendió. Sinenomen solo tenía dos expresiones, con y sin sonrisa maliciosa, y ambas transmitían una única sensación: miedo.

A la luz de una antorcha, bajo las estrellas tartamudas, estudiaba los hilos grises entre la espesa melena de la madre, a la que había querido desde la infancia. Solía buscar su tacto sedoso y su olor familiar, y también ahora le acarició el pelo con dulzura, casi con reverencia, dejando luego que Aca Larentia le cogiese la mano y se la llevase a la boca para besarla.

—Madre, estás envejeciendo —murmuró, irritado con el tiempo, que dejaba sus huellas en la mujer sin mostrar ningún respeto, pero también sorprendido, como si hasta entonces la hubiese considerado inmune al desgaste de los años. Se esforzó por no prestar atención a las profundas arrugas de su rostro, a los labios marchitos y a los pliegues de piel que colgaban de la túnica sin mangas. Hurgaba entre las facciones en busca de la belleza pasada. Por un instante, «nostalgia» le pareció una palabra inventada para él.

—Tú te estás haciendo cada vez más fuerte, y tu nombre crece contigo.

—El hambre, mamá. El hambre crece —bromeó el joven, masajeándose el vientre esculpido por los músculos. Era extraño, pero ni siquiera sabía los años que tenía su madre; jamás había querido revelárselo, siempre decía que la edad no era más que un engaño. Fáustulo había cumplido setenta el invierno anterior, y ella no podía tener muchos menos, habida cuenta de que, según las historias que contaban, se habían unido en matrimonio más de cincuenta años atrás.

La mujer le rozó la frente y las sienes con sus dedos ásperos.

—El hambre de gloria.

Rómulo se alegraba de que la madre no hubiese entrado en el local, pues en su presencia no lograba ser más que un chiquillo. Apretó los puños, tragó saliva, y con ella un pensamiento: «¿Cuántos días llevas siguiéndome el rastro?». Siempre había sido capaz de olfatear su presencia, y esta era otra cosa que nunca había querido explicarle. La había visto aparecer en los lugares más inesperados, y cada una de las veces la necesitaba. También ahora sentía haber invocado, inconscientemente, su presencia.

—Dejé la casa de tu padre hace un par de días.

—Fáustulo estará preocupado.

—Tú tienes preocupaciones, hijo mío.

—Alguna que otra, en efecto, pero vamos a poner un poco de tierra de por medio —propuso Rómulo, agarrándola de la mano.

Embocaron el sendero que rodeaba la aldea y serpenteaba a lo largo de la pendiente septentrional. A través de la gran ventana de la taberna, entre el humo y el halo dorado de las lámparas, Rómulo entrevió a Sinenomen, que, sentado en un rincón, con el colgante en las manos entrelazadas frente a

su rostro, miraba fijamente en aquella dirección, como si hubiese esperado verlos pasar por ahí. Le pareció captar un fulgor en los ojos del hombre al ver a Aca, pero a lo mejor se había confundido. La mujer, en cualquier caso, no se había enterado de nada.

—La primavera ha empezado, no tardarán en llamarte.

—¿Los soldados de Siete Colinas? —respondió instintivamente el joven.

A la mujer se le escapó una sonrisa irónica, como a veces le ocurría cuando se apoderaba de ella la parte misteriosa y oscura que tantas historias había engendrado a lo largo de los años: entonces su boca se curvaba peligrosamente, el tono de su voz se elevaba y sus ojos brillaban más de lo normal.

—¿Los soldados? Los soldados no son más que peones. No tienen voz, no tienen manos.

—¿El *Pater Patratus*, el jefe de Siete Colinas?

—Peones —repitió Aca con un susurro distante.

—No volveré.

—¿De verdad?

Subieron la pendiente de la elevación que rodeaba como un guante la aldea, llegaron a una pequeña terraza natural en la cima de la colina y se sentaron. La luna encendía globos lactescentes en la piedra caliza. Rómulo se encogió bajo el palio y tiritó al ver los brazos desnudos de la mujer. A sus pies, la aldea dormitaba, y las pocas ventanas iluminadas en la noche eran como calderas olvidadas sobre una mesa. De cuando en cuando llegaban carcajadas y gritos de algunas de las tabernas esparcidas entre los barrios.

Aca rodeó con sus manos las del hijo y las acarició.

—Son preciosas.

—Son solo manos.

—¿Solo manos? ¿Eso es lo que crees? Los reyes de la Edad Perdida, para atestiguar que eran de sangre antigua, como prueba final, antes de ponerse la corona, tenían que demostrar ser capaces de curar a un herido con sus propias manos, porque solo la mano que devuelve la vida puede empuñar la corona y el cetro.

Rómulo, incómodo, retiró su mano de las de la madre, y acto seguido, con un gesto apresurado, sacó dos monedas de plata de un bolsillo interior de la túnica y se las dio a Aca.

—Llévaselas a la familia de Velio.

—No le devolverán la vida.

—No se merece que le devuelvan la vida.

Rómulo cerró los ojos. Había pasado un año desde aquel día en que le tocaba a él salir con el rebaño, porque a Remo lo habían dejado en la cama las fiebres que lo atormentaban al principio de cada primavera.

En la Pequeña Charca, junto al bosque de sauces, se había topado con un pequeño grupo de pastores. Vociferaban alegres, mientras esperaban a que los animales abrevaran. No lo habían escuchado llegar o no les había importado.

Velio, como de costumbre, animaba el cotarro parloteando a voces de las prostitutas de la zona, que se jactaba de conocer mejor que nadie. Sus compañeros lo escuchaban con atención. Tenía amigos poderosos en la ciudad y todos le temían. Bastaba una palabra suya para que a un pastor le quitasen un rebaño y se lo encomendasen a otro, y por este motivo muchos compañeros le pagaban tributos o realizaban trabajos para él sin ningún tipo de compensación. Nada más ver que Rómulo había llegado a una distancia desde la que podía escucharles, empezó a hablar de su madre Aca, la loba, la puta, en la jerga de los pastores. Los otros tres se echaron a reír con chabacanería, y no pararon ni siquiera cuando el joven dio varios pasos hacia ellos. El pastor jefe, antes bien, había

intensificado la dosis, había afilado el tono, regodeándose con la narración de los detalles íntimos.

Una calma absoluta se apoderó de Rómulo. La rabia se evaporó de repente, dejando en su lugar una convicción clara; no quedaba nada más en su mente: un solo árbol y un solo fruto. Se quitó el palio y luego la túnica. «Era como una perra en celo». Se recogió la larga melena sobre la cabeza en una redecilla. «Estaba hambrienta de sexo. No lo hacía por dinero, sino por puro placer». Desenvainó el cuchillo de la bota de piel. «Me la tiraba durante toda la tarde y luego se la prestaba a mis amigos».

—Yo estoy listo —había anunciado por fin Rómulo.

El pastor jefe, desde lo alto de su metro noventa, le lanzó una mirada fanfarrona.

—Chico, no te ofendas. No tienes motivos, créeme.

Uno de los tres pastores le había aconsejado a Velio que lo dejase correr:

—Piensa en Fáustulo. El viejo no se lo merece.

Velio había asentido para luego girarse hacia Rómulo:

—Guarda ese palillo, chico.

—Tenías que haber parado a tiempo —le advirtió Rómulo antes de indicar el suelo a sus pies—.

Hay una línea sobre esta arena. Yo la he trazado, tú la has superado. No hay vuelta atrás.

—Es solo un crío, y su padre es Fáustulo. Ese viejo loco no se merece llorar a un hijo. Está un poco ido, pero siempre echa una mano cuando se le pide ayuda. Déjalo correr —insistieron los otros tres.

Rómulo levantó el cuchillo.

—Empuña tu arma, hombretón.

Velio hizo un gesto a sus compañeros y se tocó el pecho poniendo una cara inocente, como diciendo que lo que iba a pasar no era culpa suya; él no quería, pero no tenía más remedio. ¿Entendían la diferencia? Los tres habían asentido; habrían entendido cualquier cosa por Velio.

El poderoso pastor se inclinó para coger la lanza escondida en la hierba alta. Rómulo había cometido una imprudencia que podía costarle la vida, pero en lugar de preocuparlo, esa idea, de algún modo, había acabado por infundirle valor.

Velio balanceó con mimo la jabalina sobre sus hombros, y luego la lanzó con un grito rabioso. El arma dibujó un arco en el cielo, haciendo añicos los rayos del sol. La punta de bronce silbaba contra el viento. Muerte.

La mano de Rómulo se movió a la velocidad del rayo para interceptar la jabalina, y cuando se cerró en torno al palo de madera, la punta metálica, con su silbido furioso, se detuvo a dos pulgadas de su pecho desnudo.

Entonces, el hijo de Aca abrió los dedos uno a uno, dejando caer la lanza con el ruido sordo del pájaro abatido, mientras una mueca demoníaca se le dibujaba en la boca. Los pastores retrocedieron atónitos. Velio empalideció. Muerte.

Blandiendo el cuchillo, Rómulo había capturado la mirada aterrorizada del pastor. «No hay vuelta atrás».

Volvió a abrir los ojos. Allá abajo, una sola ventana interrumpía la noche del Paso de las Picas. La luna se había desplazado hacia el oeste y el olor de la hierba flotaba en el aire.

—No volveré a Roble Quebrado, mamá, ni tampoco a Siete Colinas. No es mi ciudad —dijo con una voz ronca por el largo silencio.

Aca balanceaba la cabeza entre los hombros arqueados, mientras trazaba extraños símbolos con el dedo sobre la hierba húmeda de rocío.

—No tienes ni idea de lo equivocado que estás... hijo mío. No podemos volver al lugar del que todavía no nos hemos marchado.

-Es hora de ponerse en marcha, despierta —le ordenó Fáustulo mientras lo zarandeaba.

Remo abrió los ojos a duras penas. Había tenido una pesadilla extraña, nítida y clara, tan parecida a la realidad que durante un largo y espantoso momento creyó que lo habían arrancado de la vida, y no del sueño. El contacto de los dedos rígidos de Fáustulo en sus costillas, real, lo tranquilizó. Se frotó la cara, se desarregló el pelo y buscó la luz, pero el amanecer aún quedaba lejos.

—¿Qué pasa? —preguntó confuso.

El padre asintió.

—Pasa.

—Todavía es de noche.

—Es el principio.

Remo se deslizó fuera la manta y, tiritando, se puso la túnica. Dio unos saltitos sobre la punta de los pies para entrar en calor, se bebió el agua que Fáustulo le había servido en una copa y pronunció la invocación a los númenes del amanecer. Luego se frotó ruidosamente la nuca: era bonito estar despierto y estar vivo.

—He vuelto a soñar con esos dos árboles extraños. Son siempre los mismos, y eso que nunca he visto árboles de ese tipo: tienen troncos espesos, cortezas escamadas, ramas colgantes y hojas con forma de pluma. Cada vez se ciernen amenazantes sobre un enorme guerrero que intenta abatirlos con todas sus fuerzas. Tiene una armadura resplandeciente y dos espadas idénticas, pero en lugar del yelmo lleva una corona de oro. Durante la lucha, un pájaro carpintero y un mochuelo le pican en el rostro. Con cada estocada de la espada siento un escalofrío, como si entrase en mis carnes, pero los árboles resisten, resisten y crecen, crecen hasta llegar al cielo y cubrir con sus frondas el mundo entero —dijo sin tomar aliento, antes de apartar la mirada del techo y bajarla para encontrarse con los ojos atentos del padre—. Me pregunto cómo puedo soñar con cosas que no he visto nunca.

—Creo que ningún hombre sabe con certeza lo que de verdad conoce. En cualquier caso, yo he reconocido esos árboles —admitió Fáustulo.

Remo abrió los ojos de par en par. Le había contado aquella pesadilla en infinidad de ocasiones, pero el padre nunca se había dignado a comentarla.

—¿Los conoces?

—Crecen junto al mar.

—¿Junto al mar? ¿Tú has visto el mar? —preguntó Remo, persiguiendo al padre. Las tablas de madera crujieron bajo los pies desnudos. Fáustulo le puso en una mano el bastón y en la otra las sandalias.

—He visto muchas cosas, más de las que habría querido. Algunos pueblos las llaman palmeras. En las tierras cálidas producen frutos dulces como la miel, que hacen las delicias de los dioses de la arena.

Entre las muchas preguntas que le pasaban por la cabeza, Remo eligió una que le salió del corazón:

—Padre, ¿tú conoces secretos sobre mí?

—Uno es sobre mí, otro sobre ti. Pero eso lo arreglaremos. Pronto, muy pronto —le prometió Fáustulo, antes de salir por la puerta.

Durante unos instantes, Remo se quedó clavado en el umbral como un espantapájaros, luego se

sacudió y, mientras volvía a su cubículo para coger el bastón de la vasija que había detrás de la puerta, se puso las sandalias. Con el manto echado sobre el hombro izquierdo, se apresuró para alcanzar al padre. Ya estaba junto al pozo situado en los límites de la hacienda cuando se acordó del sombrero, así que fue a cogerlo en una carrera.

El viejo pastor caminaba expedito por el largo sendero que se alejaba de Roble Quebrado, pero el hijo contaba con una vista mejor, porque desde pequeño las tinieblas no tenían secretos para él, capaz de golpear de una pedrada a un cuervo en una noche sin luna.

—¿Dónde vamos? —le preguntó nada más alcanzarlo.

—Vamos. ¿No te parece bastante?

—¿No nos traemos al rebaño?

—¿Quieres pastorear ovejas toda la vida? —replicó Fáustulo con tono duro, mirándolo de reojo por encima del hombro. Remo a punto estuvo de tropezar por la sorpresa: nunca antes el padre había hablado así de su trabajo—. Y cierra la boca, o acabarás tragándote una mosca.

—¿Pero las ovejas? —insistió el joven.

—Hay otras ovejas de las que ocuparse.

—¿Dónde?

—En las siete colinas de Saturnia. Allí es donde nos dirigimos. El *Pater Patratus*, la máxima autoridad de la ciudad, nos ha convocado.

Remo solo había estado en Saturnia con ocasión del *Septimontium*, la fiesta principal de la ciudad, que se celebraba cada año para recordar la unión de los siete barrios primigenios que había dado origen a la metrópolis actual. Aquel día, tres otoños atrás, se había sentido como un animal llevado al comedero en previsión de la matanza, y desde entonces había evitado la gran ciudad como la peste.

Rómulo, en cambio, había seguido participando en el *Septimontium* en los años siguientes, volviendo siempre a Roble Quebrado con relatos extraordinarios y proyectos de conquista renovados. Remo pensó en su hermano e imploró a los dioses por él. Sabía que los necesitaba, pero aún no sabía que ellos lo necesitaban a él.

—¿Qué quiere el *Pater Patratus* de dos pastores como nosotros? —preguntó, con la esperanza de que la respuesta no fuese la misma que ya le había dado Angerona.

—Los poderosos son como los dioses, no se contentan con algo: lo quieren todo o nada.

—Pero, ¿de nosotros?

—De mí no quiere nada. De ti, todo, por así decirlo. Ha promulgado el edicto militar. Todos los hijos de los pastores de los pagos de Siete Colinas que tengan diecisiete años pasarán por unas ordalías: si sobreviven, se convertirán en soldados y quiritas; si mueren, seguirán siendo pastores.

En la oscuridad resonó por un momento el gruñido de desprecio de Fáustulo, al que respondió un pájaro escondido en la espesura. Desde hacía un tiempo el padre se había dado a comportamientos insólitos, pequeños gestos que nunca había realizado antes, pero Remo no se atrevía a pedirle explicaciones.

—¿Qué se espera el *Pater Patratus*? ¿Un soldado más o un pastor menos? —Fáustulo asintió, orgulloso de la inteligencia del hijo.

—Es un desafío con una regla particular: el *Pater Patratus* no puede perder. Si sobrevives habrás ganado un joven vigoroso para su ejército; si pereces se habrá librado de un rebelde en potencia. Aunque nuestro pueblo esté sometido desde hace siglos a los quiritas, sus «gentes» no han olvidado la ferocidad con la que nos batimos. No han dejado de temernos, aunque ahora empuñemos madera en lugar de hierro, baldes en lugar de escudos, varas en lugar de espadas.

Remo levantó el bastón.

—La madera adecuada puede destrozar el más duro de los bronces, fuiste tú quien me lo enseñó.

—Todo lo que te he enseñado es paja. Viento y fuego. Fuego y viento. No quedará nada, pero... — el pastor se volvió hacia él y levantó el índice—. Lo que te voy a mostrar, lo que te voy a mostrar hoy... —añadió, girando los ojos, pero no encontró las palabras.

—Háblame de nuestro pueblo —le preguntó Remo tras una hora de caminata silenciosa, mientras desde oriente centelleaban las primeras luces del alba.

No era la primera vez que se lo pedía, pero el padre siempre había vacilado, prometiéndole que le contaría la historia de sus orígenes en el momento adecuado.

—En el fondo nos marchamos para volver —murmuró el pastor para sus adentros.

Solo los pastores más ancianos conservaban todavía algún recuerdo de los tiempos antiguos. Los años habían pasado dejando recuerdos que se habían convertido en leyendas; la leyenda se había diluido en el mito y ahora también el mito había caído en el olvido, pero no para Fáustulo. Remo, en parte por interés real, en parte por el deseo de complacerle, había acabado apasionándose por aquellos relatos, pero siempre se había tenido que contentar con alusiones fugaces.

Unos minutos más tarde, por fin, la voz de Fáustulo resonó con el tono de un bajo en el bosque que estaban atravesando.

—El peregrino Jano, el primero de los dioses venidos al mundo, también fue el primero en poner el pie en estas tierras. Nadie sabe de dónde vino el dios de las dos caras, ni por qué eligió vivir en este lugar, pero con él llegó también la vida. Los árboles dieron frutos, la cebada se volvió rubia, los animales se multiplicaron. Pasado un tiempo, quizá años, quizá siglos, Jano conoció a una ninfa; hay quien murmura el nombre de Carmenta, experta en vaticinios. Se cuenta que tenía una voz melodiosa e hipnótica, una voz de diosa. Sin embargo, era una mujer: Jano la tomó como esposa y de su unión nació un hijo cuyo nombre ha caído en el olvido. Nosotros descendemos de esa estirpe. Se dice que cuando la mujer murió, el dios de las dos caras lloró durante treinta y tres días consecutivos. Al trigésimo cuarto día cogió su manto y se marchó, nadie sabe dónde, dejando el reino a sus descendientes, los aborígenes.

—¿Eran dioses?

—Semidioses. Heredaron mitad de la naturaleza divina del padre y mitad de la naturaleza humana de la madre. Sin embargo, de ellos derivan los poderes proféticos que aún sobreviven en algunos de nosotros. En cuanto a sus nombres, nadie los recuerda con exactitud. Hay quien dice que Saturno era el primogénito. Sin duda el dios Saturno tuvo algún papel en nuestra historia, de lo contrario no nos empeñaríamos en seguir llamando Saturnia a la ciudad que los quiritas han rebautizado como Siete Colinas. He aquí el nuevo mundo que nos han impuesto, un mundo en el que los números sustituyen a los dioses.

—Entonces Saturnia, la ciudad de la que hoy somos siervos, ¿fue fundada por nuestros antepasados aborígenes?

—Al principio de los tiempos no era más que una pequeña aldea de pastores, alejada del mar y de las rutas comerciales, pero cuando se abrió la ruta de la Sal, que unía Etruria con los puertos meridionales, Saturnia creció hasta convertirse en una ciudad próspera y poderosa. Se fabricaron naves, se construyeron puertos, se erigieron templos, se establecieron rutas comerciales con las ciudades griegas y las colonias fenicias al otro lado del *Mare Nostrum* —explicó Fáustulo, antes de recitar las palabras que su padre, muchos años atrás, le había obligado a aprender de memoria—: «Con la riqueza llegaron los extranjeros. Se esparció la voz. Llegaron más extranjeros. Traían presentes. Luego llegaron más. Traían espadas. Eran sículos, y pasaron a hierro y fuego la región.

Los guiaba un héroe invencible».

—¿Cómo se llamaba aquel héroe?

—Su nombre se ha perdido. Algunos dicen que era Hércules, hijo de Júpiter, enfurecido con Caco porque le había robado los dos bueyes más hermosos de su manada.

—¿Caco era el rey de los aborígenes?

—Nuestro rey Caco desafió al forastero. Se dice que por sus venas aún corría la sangre de los antiguos dioses y que poseía una fuerza titánica, pero entonces ya era viejo, pues llevaba gobernando Saturnia desde hacía muchas generaciones humanas. El héroe extranjero lo derrotó, lanzó al fango la corona de nuestros padres, expolió el reino y abandonó la ciudad a manos de los sículos.

—¿Por qué lideró a los sículos si luego no se quedó en la ciudad conquistada?

—¿Por qué el granizo golpea los cultivos? ¿Por qué el rayo cae sobre el árbol?

—¿Y qué pasó luego?

—También el tiempo de los sículos tocó a su fin: derrotados en la batalla por otros pueblos, y excluidos de la ruta de la Sal, abandonaron Saturnia y retomaron su viaje secular hacia el sur. Volvimos a ser los señores de esta tierra, al menos hasta la llegada de las «gentes» latinas. Trescientos años han pasado desde que los quiritas nos sometieron a su yugo, trescientos años desde que el tatarabuelo de mi tatarabuelo fue arrojado por la escalinata de Caco, que conduce a la cima del monte Palatino. Pero hoy nosotros volveremos a subirlas, y será solo el primer paso.

Salieron del bosque. El sendero acababa al límite de un claro sombreado por la silueta de una colina. Una caseta de madera presidía la vía de acceso a un pequeño puente. Al otro lado se entreveía la línea oscura de las *Fossae Quiritium*, el canal fangoso, de un par de metros de profundidad, que rodeaba toda la ciudad, delimitando los confines del agro urbano.

Un soldado se asomó a la puerta bostezando.

—Pastores —apuntó, chasqueando la lengua.

—Nos ha llamado el *Pater Patratus* —explicó Fáustulo, inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Sí, puede que me lo hayan dicho —supuso el hombre, que se rascaba la oreja con la punta del meñique.

Fáustulo desató los cordones de la alforja, cogió una porción de queso y una bota de leche y se las tendió al centinela que, después de sopesarlas, se las pasó al compañero sentado en el interior de la caseta. Luego registró con dejadez a los dos pastores y con un gesto de la barbilla los despidió.

—Volved cuando queráis.

—¿Nos han convocado y encima tenemos que pagar para entrar? No me parece justo para nada —se lamentó Remo.

—Tienes casi diecisiete años, hijo mío, justo e injusto son dos palabras de las que puedes ir olvidándote.

Atravesaron las *Fossae Quiritium* por una pasarela de tablas rechinantes. De las aguas turbias asomaban brotes verdes y blancos, cuyo perfume atenuaba el hedor del agua estancada.

Cuando llegaron al otro lado, Fáustulo escogió un sendero que, en apenas media hora de ascenso, los condujo hasta la cima de una colina boscosa, donde se concedieron una pequeña pausa. Estaban dentro de los confines de la ciudad, pero aún no se veía. A su alrededor se extendía únicamente la naturaleza salvaje y ancestral.

—Colina boscosa —dijo Fáustulo.

Cuatrocientos pasos más abajo, la aurora bañaba las orillas del Albula. Al otro lado del río blanco, por encima de los hilos de niebla, varios picos coronados por bosques, antiguas moradas de

los dioses, flotaban en el esplendor matutino. El contorno indefinido de un templo era el único rastro de presencia humana que podía observarse. Justo en frente de ellos se alzaba una colina que acababa en dos cimas gemelas, separadas por una quebradura estrecha, una cuchillada en el corazón de la roca.

—Aquellos son el Germal y el Palatino, las colinas sagradas de la desaparecida Saturnia —explicó Fáustulo, señalando primero una cima y luego la otra.

La pared escarpada del Germal, bañada por un meandro del río, estaba casi totalmente oculta por una densa selva de zarzas, excepción hecha de un punto en la base, donde una higuera solitaria custodiaba la entrada de una gruta. Las ramas grises y verdes se alargaban como brazos hacia el cielo.

Remo vio a su padre dirigir la mirada en aquella dirección y permanecer así un buen rato.

—¿Ese lugar significa algo?

—Depende de ti.

—¿De mí? —al no obtener respuesta, añadió—: ¿Has estado allí?

—Una vez, hace muchos años. Había venido a la ciudad por orden de nuestro *patronus* Claudio, el noble al que cada año entregamos la mitad de nuestros productos, y estaba volviendo por el camino consuetudinario cuando el perro se alejó del sendero para bajar hasta aquella higuera. Se puso a ladrar y no paró hasta que no decidí ir hasta allí.

—¿Tenías un perro?

—Evandro, se llamaba.

—Creía que no te gustaban los perros.

—De hecho era de tu madre. A ella le gustaba. Se murió precisamente durante aquel invierno, y no quisimos más perros.

—¿Por qué?

—Los perros y los lobos no se llevan bien.

—¿Y qué tiene que ver?

—Olvida lo que te he dicho.

Remo se mordió la lengua:

—¿Qué había encontrado Evandro debajo de la higuera?

Fáustulo se volvió hacia el hijo, asintiendo lentamente con los ojos abiertos como platos.

—Eso... ¿qué había encontrado?

En la base de la colina encontraron las ramificaciones de las ciénagas, que se extendían hasta la vaguada. Para atravesarlas utilizaron puentes colgantes e inestables, amarrados con cuerdas y correas, que los ingenieros locales, a lo largo de los siglos, habían montado allí y en otros muchos puntos de la ciudad para resolver el problema de las ciénagas.

Se desviaron del camino principal para tomar el sendero que se adentraba bajo el techo de frondas del bosque de Clitunno, donde los vendedores ambulantes habían extendido sus mantas para ofrecer su mercancía: utensilios, amuletos, adornos y, en suma, todo tipo de artículos útiles e inútiles.

Un vendedor le ofreció a Remo un talismán contra los demonios.

—Ni que quisiera herirme a mí mismo —dijo el joven, ganándose una mirada de reojo del hombre y un ligero codazo del padre.

—Déjalo o acabarán creyendo que eres un demonio de verdad.

—La verdad es que soy yo el que he empezado a creérmelo.

Atravesaron el bosque, pasaron frente a un grupo de casuchas esparcidas por la pendiente, cuyas

ventanas sin postigos enmarcaban paredes desnochadas, y llegaron a las faldas del Germal, recubiertas de una maraña inextricable de zarzas.

La escalinata de Caco estaba custodiada por una pareja de lobos de piedra. Una espesa capa de musgo recubría el lado norte de las dos estatuas. El animal de la derecha estaba decapitado, y su cabeza yacía en la hierba, junto a las patas.

Padre e hijo intercambiaron palabras de ánimo, inmersos en el silencio ancestral del lugar, roto por una leve ráfaga de viento. Las antiguas escaleras de arenisca estaban resbaladizas, infestadas por la hierba y agrietadas en diferentes puntos. La vegetación les acosaba desde ambos lados y parecía drenar el aire a medida que ascendían.

En lo bajo, a los pies de la ladera que caía hasta el Albula, el sotobosque ocultaba casi por completo el fragor del río, mientras que en lo alto las ramas de los árboles tejían un retículo impenetrable que apenas si dejaba filtrarse a la luz.

Si aquello era el corazón de la ciudad, la ciudad se había olvidado de que lo tenía.

—Este lugar está protegido. La escalinata de Caco, tallada por los gigantes centimanos, es como un puente arrojado en medio del mar. Ningún quirita ha logrado jamás poner un pie en la selva que la rodea: un pavor indecible se ha hecho presa de todo aquel que lo ha intentado. A lo largo de los años, los quiritas han convocado a nigromantes y arúspices, adivinos y brujos, pero ninguno de ellos ha sido capaz de romper el embrujo de este lugar, donde muchos han perdido la vida. El bosque está protegido: algo o alguien vive aquí —explicó Fáustulo.

Remo se detuvo y murmuró una oración, mientras la espalda del padre se perdía en un caleidoscopio de puntitos luminosos. Vencido por el impulso, se giró y dio un paso hacia la hierba alta, saliéndose de la escalinata.

En el momento exacto en que su sandalia tocó el suelo, escuchó un torbellino de voces y el deseo imperioso de arrojararse.

Estaba a punto de responder a esa llamada cuando las voces se quebraron con el toque frío de una mano sobre su brazo. Se giró de repente: el padre lo había aferrado y ahora tiraba hacia él. Como aturcido, se preguntó qué estaba haciendo allí Fáustulo y opuso resistencia: ¿es que no entendía que tenía que ir? Al final cedió y, cuando aterrizó de un salto sobre la arenisca, los oídos se le abrieron de repente, como al final de un descenso rápido desde lo alto de una colina hasta la llanura.

El padre lo escrutaba con atención desde debajo de sus cejas grises: no parecía ni enfadado ni asustado; parecía, si acaso, complacido, como si sus deseos más recónditos estuviesen por fin saliendo a la luz.

—Paso a paso. Llegará el momento —le prometió antes de retomar el camino.

La escalinata terminaba en la cima de la colina. Pequeños troncos inestables rodeaban las ruinas de una majestuosa casa de madera sumergida entre las zarzas. En el centro de la explanada sobresalía un rudimentario pozo de piedra. En aquel punto la vegetación se detenía de golpe, como al borde de un precipicio.

—Aquí reinaban nuestros padres. Ningún fuego consigue arder entre estos hitos sagrados. Las profecías dicen que solo el verdadero rey podrá encenderlo —le reveló Fáustulo.

Remo precedió a su padre. Sentía un hormigueo en el cuello y la desagradable sensación de un nudo tenso, listo para estrecharse. Quería irse de allí aprisa. Cuando llegó al otro lado de la cima, divisó la llanura que bullía de hombres y actividad, pero el viento no conseguía llevar hasta allí arriba los sonidos.

—Tengo la sensación de haber atravesado el infierno —dijo.

—Es una forma insólita de llamar a tu propia casa —comentó oscuramente Fáustulo.

Sin mediar palabra descendieron hasta la llanura, rodearon el monte Saturno y llegaron por fin al Campo de Marte.

El *Pater Patratus* no asistió a la convocatoria hecha por él mismo. En su lugar se presentó un funcionario de menor rango, pequeño de estatura pero con una gran voz, quien proclamó el edicto que decía que durante la fiesta de Pales, los hijos de los pastores en su decimoséptimo año de vida deberían presentarse, bajo pena de muerte, en la Ciénaga de la Cabra para la iniciación.

—¿Ya está? —le preguntó Remo a su padre.

—Sí señor. Ya nos podemos ir.

—¿Nos han hecho venir hasta aquí para darnos un anuncio de tan pocas palabras? ¿Qué significa esto?

—Que somos siervos.

—La convocatoria está fijada para el mismo día de mi cumpleaños —comentó Remo unos minutos más tarde.

Para la vuelta habían tomado el camino más breve, que evitaba las colinas y atravesaba la llanura. Los otros pastores se mantenían a una distancia prudente. Antes habían dirigido a Fáustulo gestos avergonzados de perdón, como dando a entender que si hubiese ido solo se habrían acercado, pero que se oían demasiadas historias extrañas sobre Remo y ninguno estaba ansioso por averiguar su veracidad, pues al tocar la punta de una espada para ver si corta, uno acaba cortándose de verdad.

—Quien habla a los animales no es digno de hablarle a los hombres —le aclaró en voz alta uno de los pastores a su propio hijo, que asentía pedantemente.

Fáustulo tiró de la túnica de Remo, haciéndole gestos para que ignorara lo que decían de él:

—¿No te parece una coincidencia extraña? —Remo miraba descaradamente al grupo cerrado de pastores que caminaban veinte pasos delante de ellos.

—Lo extraño existe solo para quienes creen que existe lo normal —dijo con un tono que a Fáustulo le recordó al suyo.

—Cuanto más tarde empieces a dar lecciones, más tardarás en empezar a equivocarte —le reprochó.

—Perdóname, padre.

—Ya estás perdonado.

Los dos pastores volvieron a la casa de Roble Quebrado en compañía de las sombras vespertinas. Nada más verles entrar, Aca echó otra cepa de roble al fuego que crepitaba con vivacidad en la chimenea; luego abrazó al hijo, y lo besó en las mejillas y en la frente.

—Bienvenido a casa —le susurró como si lo acogiese tras la vuelta de un largo viaje.

Remo, avergonzado, estaba a punto de preguntarle el motivo de aquel saludo tan caluroso cuando Fáustulo, con un movimiento brusco, le arrancó de la mano el bastón y lo arrojó a las llamas, que lo abrasaron al instante.

El joven sintió que se le cortaba la respiración, mientras sus ojos pasaban de la mano desnuda a la vieja madera, sobre la que ya se formaban burbujas incandescentes. Tenía aquella vara de fresno desde los doce años, desde el día en que había ido al pasto solo por primera vez. Fue el propio Fáustulo quien la había tallado para él.

—Pero, padre, ¿por qué?

Fáustulo levantó una mano dejándole claro que no aceptaría protestas.

—Una vara para un joven, un cayado para un hombre.

—¿Pero qué cayado? ¿Qué quieres decir?

—Hombres en lugar de ovejas.

—No te sigo.

—Oh, irás mucho más lejos. Pronto lo sabrás, no tengas prisa. La vida se mide por las acciones, que no por los días.

La espera del nuevo día hizo que la noche de Rómulo fuese increíblemente larga. Ya estaba amaneciendo cuando volvió a la Cabra Coja.

Una vez, el capitán de un grupo de mercenarios le había dicho que los deseos a gran escala son los que forman la historia. Él tenía uno tan grande como una ciudad, Siete Colinas, que quería reconquistar para su gente; y cada vez que intentaba dejarlo de lado, diciéndose que no era más que el delirio de un chiquillo, aparecía su madre para espolearlo, para confirmarle que algo importante le estaba esperando.

Después de acompañarla durante un trecho, prometiéndole prestar atención a lo que le había dicho y a las posibles señales del destino, se había quedado interrogando a las estrellas. Las había visto primero languidecer y luego desaparecer del todo, sin obtener respuesta. Sin embargo, se sentía en paz con su conciencia: lo había intentado, cumpliendo lo prometido.

Cuando abrió la puerta de la taberna, que lanzó un chirrido agudo, culebras de luz reptaron sobre el suelo que pisaba. Con la mano apoyada en la jamba, escrutaba el interior de la sala, y advirtió movimiento en un rincón: el tabernero lo saludó, dejó de barrer los restos de copas y sillas destrozadas y desapareció con la escoba tras la cortina de la cocina.

Rómulo reconoció en la penumbra las siluetas de sus compañeros dormidos, pero no fue hasta el segundo vistazo cuando se percató de los dos puntos luminosos que brillaban frente a él: Sinenomen, sentado a horcajadas, en la misma posición en que lo había visto horas atrás, se levantó y se dirigió hacia él. El paso era ligero como una nube, pero en su mirada había lluvia. Al parecer tampoco él se había ido a dormir.

Rómulo señaló el rincón donde había visto los trozos de madera y cristal.

—¿Qué ha pasado?

—Una mujer, dos hombres, tres minutos de tormenta —explicó Sinenomen.

Rómulo bostezó, luego miró con deseo las habitaciones del piso de arriba y se agarró al pasamanos.

—Despiértame dentro de dos horas. No quiero quedarme demasiado tiempo en esta aldea, no quiero quedarme demasiado tiempo en ningún sitio. Por cierto, tú has dormido, ¿verdad?

En lugar de una respuesta, el gigante le ofreció una pregunta:

—¿Y si vuelve Céler?

El hijo de Aca, ya a mitad de las escaleras, se volvió sin dejar de ascender.

—¿Por qué?, ¿dónde ha ido?

—Creía que tú lo sabrías.

—¿Yo? ¿Y por qué iba a saberlo?

—Ha dejado la taberna poco después de ti. Me ha dicho que le habías encargado una tarea de máxima urgencia pero no ha querido revelarme cuál.

—Ese hijo de un sátiro habrá ido a buscar a alguna muchacha de la aldea. Tan seguro como que amanece. Ya verás como vuelve dentro de poco.

—Ya ha amanecido —dijo Sinenomen.

Rómulo desapareció en el interior de la habitación que le habían reservado. Sinenomen se quedó mirando fijamente la puerta de madera pintada, que volvió a abrirse tras un par de minutos, revelando el rostro enfadado del compañero.

—El medallón de Tulio ha desaparecido —anunció Rómulo.

—¿Un regalo para la muchacha?

El jefe de la hermandad dio un puñetazo al pasamanos.

—¡Todos en pie! —gritó desde lo alto, y luego mandó llamar al tabernero y a su familia. Entre bostezos, imprecaciones y quejas, los saturninos se levantaron.

—Joder, estaba soñando con una joven guapísima —se lamentó Tíber.

—Un medallón ha desaparecido de mi alforja. ¿Quién lo ha cogido? —preguntó Rómulo cuando todos estuvieron reunidos en la sala común. Los ojos se agacharon, se buscaron y se evitaron, pero nadie habló.

El mesonero se aclaró la garganta.

—Perdóneme, joven señor. Quizá no sea el momento, pero he de informarte de que esta noche alguien ha robado un caballo de mi establo. Era mi último animal, un ejemplar precioso al que le tenía mucho apego.

«Céler, en cambio, era mi primer amigo», pensó Rómulo antes de cambiar una mirada de entendimiento con Sinenomen y bajar precipitadamente la escalera. Le lanzó un trozo de plata al tabernero.

—Olvídate de nosotros y de nuestras caras.

—Así lo haré —juró el hombre, con la expresión de quien acaba de recibir un encargo agradable.

Rómulo pasó un brazo por encima del hombro de Tíber y lo empujó.

—Coge a los hermanos, condúcelos al canal de Aguafría y mantente alerta. Tengo una mala sensación. Si no vuelvo antes de la luna nueva, disuelve el grupo. Querrá decir que la próxima vez que nos veamos será en el Hades.

—En el canal de Aguafría todo irá bien.

Rómulo levantó el pulgar. Luego se dirigió a Sinenomen:

—Prepara las cosas, amigo mío. Nos vamos de caza.

Sinenomen agarró las alforjas que antes había colocado debajo de las escaleras y salió a la carrera. Rómulo, tras un instante de duda, se despidió de los compañeros con un gesto y lo siguió, girándose únicamente para apretar los puños y pronunciar un:

—*Audere semper!*

—*Audere semper!* —le respondió alguien, pero el lema de la hermandad sonó vacío.

Tíber empuñó la cítara y tocó una nota aguda para llamar la atención de los compañeros.

—Ánimo, hijos de la desgana y de Saturno, preparaos para ponerlos en marcha. Y no me pongáis esas caras que no se ha muerto nadie, al menos no todavía.

Rómulo corrió para alcanzar a Sinenomen, que le pidió disculpas:

—Tendría que haberlo detenido, soy el responsable.

—¿Por qué habrías tenido que dudar de él? Céler es el más rápido de nuestros hermanos, con esas piernas largas, más que caminar, galopa. Siempre le encomendé cualquier misión que requiriese rapidez y discreción. No, no podías sospechar nada, y quizá nos estemos preocupando en vano. A lo mejor es verdad que ha cogido el medallón para regalárselo a una muchacha.

—Conocía las reglas de la hermandad y el castigo que le corresponde a los ladrones. Después de lo que le pasó a Cayo, nadie ha osado robar siquiera una taza.

La hermandad exigía la solidaridad y honestidad total entre los saturninos: Cayo había sido un joven de manos rápidas, y ahora era un joven de una sola mano.

—Entonces, ¿por qué no ha robado la plata?

El ojo izquierdo de Sinenomen resplandeció.

—A lo mejor ese medallón vale mucho más de lo que creemos.

Se lanzaron una mirada alusiva, pero ninguno de los dos expresó el temor común. Las huellas del caballo del tabernero eran frescas y claras. Las siguieron a través de la aldea hasta el sendero que se dirigía hacia el sur. Caminaron expeditos durante un par de horas y, cuando descubrieron que Céler se había dirigido hacia oriente por la vía Latina, sus dos perseguidores se buscaron con la mirada sin hacer comentarios. El temor creció en su interior, se apretaron en sus mantos y prosiguieron.

Se cruzaban cada vez con más frecuencia con grupos de viajeros, mercaderes a caballo y campesinos a pie, acompañados de sus burros. Las huellas del caballo de Céler se confundían con las otras, pero Sinenomen, de alguna manera, lograba distinguirlas.

Rómulo había dejado hacía tiempo de sorprenderse de aquel compañero extraño, conocido por casualidad un año antes. El hijo de Fáustulo se había echado al monte hacía poco tiempo cuando una noche, en una taberna, fue reconocido por los guardias del mercader etrusco al que pocas horas antes le había robado un par de brazaletes de plata. Los tres guardaespaldas del etrusco le habían arrinconado, listos para pasarlo por la espada.

Sinenomen, sentado a una mesa al otro lado de la sala, se había calado la capucha y con voz cavernosa les había anunciado a los guardias que el joven no iba a morir aquel día, y que no iba a morir allí. Los guardias le habían dicho que se ocupase de sus asuntos. «Precisamente por eso», había murmurado Sinenomen antes de deshacerse de ellos con una velocidad pasmosa; luego huyó con el joven y desde entonces no habían dejado de correr juntos.

Sinenomen no tenía un oficio, una edad, un pasado, ni siquiera un nombre.

—No uno que yo recuerde. Me abandonaron cuando era un niño. No sé ni quiénes son mis padres ni de dónde vengo. Sé, eso sí, a dónde voy.

Rómulo había decidido no preguntarle cuál era ese lugar misterioso al que se dirigía. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que las preguntas personales no eran del agrado de su salvador.

—¿Por qué nunca has escogido un nombre? —se había limitado a preguntarle.

—Nadie me ha llamado nunca, y yo, cuando hablo conmigo mismo, no necesito llamarme de ninguna manera.

—Te ruego que escojas uno, si deseas unirme a mi banda.

—Por lo general no respondo a los ruegos, pero haré una excepción por esta vez.

—¿Qué nombre escoges?

—Elige tú.

Rómulo no se lo había pensado dos veces:

—Serás Sinenomen, sin nombre. Así te acordarás de dónde has venido.

Desde aquel día Sinenomen demostró ser un compañero fiable y precioso y, en más de una ocasión, Rómulo habría querido agradecer a los dioses que lo pusieran a su lado, pero nunca lo había hecho. A los dioses solo les daría las gracias en persona.

—¿Crees que encontraremos a un dios tarde o temprano? —le preguntó Rómulo a su compañero, tras unas horas de marcha silenciosa.

—A los dioses no se les busca. Son ellos los que te encuentran.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando el niño tiene hambre, llora. Cuando el dios tiene necesidad, llama —respondió Sinenomen.

—¿Los dioses tienen necesidad de nosotros?

—Sin nosotros dejarían de existir.

—En verdad te digo que mi hermano Remo no apreciaría tus palabras.

—Por eso te elegí a ti.

Rómulo se giró hacia él, lo examinó durante unos instantes y pensó en hacerle una pregunta, pero luego lo dejó correr porque, como siempre decía, cuanto menos se sabe, menos se sufre. Aquel día prosiguieron sin mediar palabra. Tras la puesta de sol se tumbaron detrás de los matorrales a un lado del camino, demasiado cansados como para montar guardia siquiera. Poco antes del amanecer retomaron la persecución.

Sinenomen, de cuando en cuando, se detenía a estudiar las huellas.

—El animal del tabernero tiene que ser viejo: durante la mayor parte del camino Céler avanza a pie para ahorrarle el esfuerzo.

Al romper la aurora se detuvieron, indecisos sobre qué hacer: las huellas abandonaban la vía Latina y se adentraban en los bosques por una cañada que se dirigía hacia el norte.

—¿Estás seguro? —preguntó Rómulo—. ¿Son las huellas del caballo de Céler?

—Sí, ¿no ves que la pezuña anterior izquierda está mal herrada?

—Entonces hemos temido en vano, no se dirigía hacia donde sospechábamos. Estaba en lo cierto al tenerle fe. Vamos a por ese hijo de un sátiro, hoy el destino nos sonríe.

Dejó de sonreír tras una hora de trayecto bosque a través, cuando encontraron al caballo del tabernero, que tascaba en los márgenes de un claro de espinos. Parecía extenuado, con los ojos brillantes por la fiebre y las patas temblando por los escalofríos. A su lomo estaba atada una alforja llena de piedras.

—Tu amigo nos ha engañado. Nunca abandonó la vía Latina —dijo Sinenomen.

—¡Muchas gracias por la información! —espetó Rómulo.

—Hemos perdido dos horas siguiendo a un saco de piedras. Teniendo en cuenta que llevamos media jornada de retraso y que el lugar al que creemos que se dirige está a un día de camino en dirección sur, te comunico que nuestra caza ha fracasado —continuó Sinenomen con el mismo tono neutro.

—¡A tomar por saco! —gritó Rómulo, asestándole un golpe con el hombro a un árbol.

—Que es precisamente donde te llevará tu rabia. Ese castaño no va a romperse, pero tu hombro sí, como sigas así.

El rostro de Rómulo se iluminó de repente.

—Tenemos que robar dos caballos.

Sinenomen lo examinó con un gesto extraño. Rómulo lo habría definido como de sorpresa, si su compañero hubiese conocido tal emoción.

—Vamos a robarlos.

Perdieron una hora para localizar una granja lo bastante rica como para criar caballos. Además de la casa patronal, construida con cantos rodados, y el establo de madera, también daban al patio una leñera, un henil y otro par de casetas.

No había tiempo para esperar a la oscuridad. Mientras Rómulo vigilaba la puerta del caserío, Sinenomen registró inútilmente la leñera en busca de un hacha. Al final dio con un rastrillo olvidado en la parte trasera de una de las casetas, atravesó en una exhalación la era y rompió la entrada del establo. Le bastaron un par de golpes para rajar una tabla, introdujo la mano por el hueco e hizo girar la estaca que bloqueaba la puerta desde dentro.

De una ventana se asomó una mujer pidiendo ayuda a gritos. Apenas pasó un minuto antes de que

tres hombres, armados con cuchillos y layas, llegasen corriendo desde el sendero a espaldas del caserío.

Entretanto, Rómulo y su compañero habían desatado a dos robustos bayos de arrastre y habían logrado calmarlos con caricias y susurros, pero aún tenían los arreos en la mano. Sinenomen se lanzó hacia afuera blandiendo el rastrillo, mientras que Rómulo se encargaba frenéticamente de las embocaduras.

El gigante de ojos azules hizo girar la herramienta sobre su cabeza y la lanzó contra los tres agresores. Dos de ellos fueron golpeados de lleno en la cabeza mientras que al tercero le bastó con ver a sus compañeros aturdidos para detenerse.

—Aquí estoy —le gritó Rómulo, saliendo a la carrera del establo, montado sobre un caballo y tirando del otro por las bridas.

Sinenomen se agarró al cuello del bayo y, tras balancearse para coger impulso, saltó sobre la montura. Pronto los dos compañeros estaban lanzados en un trote sostenido hacia la cañada que desaparecía entre el castañar.

Una flecha voló frente a la cara de Rómulo y se clavó en el tronco de un árbol. El hijo de Aca tiró instintivamente de las riendas. El caballo relinchó, levantándose, y poco faltó para que lo desarzonara.

—¡Vamos, vamos! —gritó al ver a otros dos hombres provistos de pequeños arcos.

Pronto ganaron terreno. El caballo de Sinenomen, a pesar de ser un poderoso ejemplar, renqueaba bajo su peso, con lo que ralentizaron el paso para no agotarlo. Sus perseguidores ya habían quedado a una distancia prudente.

—Organizarán un equipo para seguirnos —le avisó Sinenomen.

Rómulo asintió. Corrían el riesgo de pasar de cazadores a presas; presas temibles, eso sí.

En la vía Latina, Sinenomen volvió a dar con las huellas de Céler.

—Ya conozco de memoria la forma de sus botas —le explicó para adelantarse a una posible pregunta. Rómulo le hizo otra:

—¿Dónde está yendo?

—Está yendo allí.

—Si no recuperamos el medallón, ten por seguro que nos cortan el cuello.

A la caída del sol llegaron a la cima de una suave colina, la primera de una serie que se extendía ante ellos. Desde allá arriba la vieron y empalidecieron.

Alba se erigía con sus edificios color obsidiana contra un cielo sanguíneo: parecía crecer en el ocaso. Murallas de cinco hombres de altura, casas de piedra, un laberinto de callejones enguijarrados y, sobre todo aquello, se alzaban los tres picos, titánicas escaleras de piedra por las que ascender al cielo.

Ciudad de piedra, ciudad de hierro, ciudad fortaleza. En la cima más alta, entre las nubes tintadas de un rosa tenue, se erigía, cual águila en su nido, la basílica real, que con su fachada de mármol, bañada por la luz del sol declinante, dirigía al valle una mirada cargada de tibieza melancólica.

El caballo de Sinenomen se derribó con un tremendo batacazo, mientras el de Rómulo resollaba empapado de sudor, moviendo violentamente la cabeza. Los abandonaron a una milla de las murallas y se lanzaron en una carrera desesperada hasta la garita que presidía la embocadura de la vía Latina. Tras ella se alzaba la mastodóntica puerta occidental, cerrada.

Rómulo, rendido por el esfuerzo, miraba de reojo el bronce oscuro y los contornos del águila esculpida en bajorrelieve sobre la puerta: las alas plumadas se extendían sobre las dos jambas mientras que en el centro, separados por la ranura, aparecieron dos ojos inescrutables.

—Volved mañana por la mañana. ¡La Puerta del Águila está cerrada! —gritó uno de los soldados, sacando la cabeza de la garita.

—Entonces, ha venido aquí —susurró Rómulo, sintiendo que le fallaban las fuerzas, aplastado por el peso del destino y de la ciudad de piedra.

Sinenomen, erguido a su lado, asintió.

—Céler nos venderá al rey Amulio. Le enseñará el medallón, le revelará que hemos asaltado y asesinado a uno de sus capitanes y obtendrá una recompensa. Luego guiará a un equipo de Mantos Negros hasta nuestro escondrijo en el canal de Aguafría.

—Todavía podemos impedirlo. Amulio no lo recibirá de inmediato. Si encontramos la forma de entrar en la ciudad, quizá podamos interceptarlo —dijo Rómulo.

Sinenomen negó con la cabeza.

—A esta hora ya se habrá presentado ante los ordenanzas del rey. Puede que no lo reciban de inmediato pero, ¿cómo piensas llegar hasta el Pico Dorado y entrar en el palacio? ¿Has visto alguna vez de cerca la ciudad alta? Es una maraña de picachos y bastiones, a la que solo se accede a través de un angosto callejón de piedra de apenas dos pasos de ancho, la Puerta del Cielo. Ni siquiera un ejército podría expugnarla. En cuanto a atravesar a hurtadillas esas murallas, tanto valdría escalar el Olimpo.

—Por como hablas, parece que has estado ahí.

—Así es —dijo el gigante, sin especificar si hablaba de Alba o del Olimpo.

Rómulo se puso de cuclillas, con la mano izquierda sobre la rodilla y los cinco dedos de la derecha apoyados en la tierra. En los últimos tres días apenas si había dormido un puñado de horas; había marchado y cabalgado durante millas, comiendo solo unos pocos trozos de *focaccia* dura. La persecución había fracasado, su mejor amigo lo había traicionado, una banda de campesinos armados les seguía el rastro y pronto lo harían también los soldados de Alba.

Sinenomen dio voz a sus pensamientos:

—Tenemos que volver, y tienes que tomar una decisión lo antes posible.

Rómulo la tomó de inmediato y regresaron por otro camino más largo, pasando por el norte para evitar cualquier riesgo.

—¿En el Hades no tenían sitio para ti? —le preguntó Tíber al recibirlo en el canal de Aguafría.

—Aún no, hermano —le respondió Rómulo, aferrándolo por el hombro.

Se quedaron mirándose fijamente en esa posición durante unos segundos, pero a Tíber le pareció que los ojos del amigo estuviesen observando algo más allá de él, y a duras penas contuvo el impulso de girarse para mirar también.

Al final, Rómulo se despidió de él amablemente y llamó de un grito a los compañeros. Cuando se acercaron, colocó un taburete frente a las chozas ocultas en el corazón de la espesura y se subió.

—La hermandad se disuelve. Que cada uno coja su parte del botín. Dispersaos.

—¿Dónde iremos? —preguntó uno de los jóvenes.

Rómulo le dirigió una mirada distante de indulgencia, como si hubiese hecho la más ingenua de las preguntas.

—A la región de la edad adulta —susurró, bajando de un salto del estrado improvisado.

Aferró su alforja, se la echó al hombro, pasó frente a sus compañeros, que habían enmudecido, subió por la pequeña rampa hasta el borde del canal y desapareció al otro lado de la barrera de zarzas que protegía el escondite.

Al final su madre estaba en lo cierto. Iba a volver.

Una bruma entretejida con hilos grises y dorados navegaba sobre la ondulada llanura verde mar. El sol era una lámpara cubierta por un paño; el canto de algún pájaro rompía, de cuando en cuando, el pesado silencio. El aire, frío y afilado, olía a leña mojada.

Remo se encogió en su túnica y entró en el bosque de Jano, que se extendía sobre las colinas macizas al otro lado del río Albula. Siete Colinas estaba apenas a un par de millas en línea recta, pero era como si no existiese.

El margen derecho era tierra de nadie, un lugar maldito y deshabitado desde hacía siglos. Se decía que el bosque estaba infestado de terribles demonios de la Edad Perdida, seres mitad hombre mitad bestia, que se alimentaban de sangre humana y carne cruda. Años atrás, un famoso grupo de bandoleros había decidido hacer de él su escondite, pero nadie los había vuelto a ver: la espesura los había engullido.

El sendero apenas se distinguía bajo las frondas, pero Fáustulo caminaba con el paso resuelto de quien conoce el camino de memoria. A lo lejos bramaban los truenos; las hojas temblaban y los helechos, que prosperaban entre las piedras resbaladizas por el musgo, goteaban perlas de rocío.

Una hora después los dos hombres empezaron a tiritar, alcanzados por las primeras gotas. Un fulgor incendió los árboles durante unos instantes. No les había dado tiempo a respirar cuando un estruendo fragoroso quebró el silencio, y un temblor atravesó el bosque rápidamente. Lluvia.

Remo tenía los ojos clavados en la espalda del padre, que aquel día solo había abierto la boca al amanecer, para ordenarle que lo siguiese. Los cambios sutiles que había notado en Fáustulo a lo largo de los últimos meses se habían acentuado tras el viaje a Siete Colinas con motivo del edicto militar.

El rostro descarnado y surcado por las arrugas vibraba durante los silencios prolongados y frecuentes; la boca tensa, los ojos, ora encendidos, ora vacíos: señales inequívocas de una aguerrida batalla interior. Cada vez estaba más nervioso e intolerante, se comportaba como si no le quedase tiempo, un tiempo por el que había tenido un gran respeto durante toda su vida; una vida que, como a menudo repetía, no podía permitirse desperdiciar.

Remo escrutaba la enmarañada cubierta de ramas y hojas, en busca de una excusa para acercarse al padre.

—Debajo de los árboles llueve menos —murmuró con un tono consolador.

—Sí, pero llueve dos veces —sentenció Fáustulo sin añadir nada más.

El sol llevaba un rato desaparecido cuando el anciano pastor tomó un atajo por el bosque y condujo al hijo hasta una cabaña de troncos inestables, cubierta casi totalmente por la vegetación.

El techo de hojas entrelazadas había resistido, milagrosamente. Se rodearon con las mantas sobre el suelo seco de tierra batida. La humedad se deslizó hacia el interior, les mordió la espalda, se insinuó en sus músculos.

—Duérmete —le ordenó Fáustulo. Remo obedeció, nunca le costaba dormirse. Apenas tres horas más tarde, el hombre lo zarandeó—. Despierta.

Volvieron al sendero. La lluvia había cesado, pero seguía flotando en el aire. En aquel tramo, el bosque era menos denso, y entre las ramas se filtraban los hilos de la luz de la luna. Minúsculos cristales de agua centelleaban sobre la superficie de las hojas, en un juego de reflejos con los

charcos esparcidos por el sotobosque. Remo se preguntó si su padre también era capaz de ver aquel insólito espectáculo, o si se trataba en cambio de una invención de sus ojos de animal nocturno.

Fáustulo tropezó con una raíz, pero Remo logró agarrarlo antes de que se cayese.

—No empujes —le reprochó el pastor. Poco después tropezó una segunda vez y acabó con una rodilla en el suelo.

—Déjame ponerme delante —le propuso Remo.

Fáustulo negó con la cabeza. Sin embargo, a los pocos metros dejó que el hijo le adelantase y se puso detrás, farfullando:

—Sigue el sendero, si lo ves.

Remo lo veía. Sus ojos parecían relajarse con la oscuridad, como si esa fuese la dimensión natural. En un par de horas de camino llegaron a un claro circular. A través del agujero en la bóveda forestal se veía el cielo estrellado, apenas bordeado de nubes.

—Hemos llegado —le anunció el pastor. Remo miró a su alrededor.

—Aquí no hay nada.

—¿No has dicho que podías ver?

—Veo que no hay nada.

—Pues verás que hay algo; por ahora siéntate aquí —le ordenó Fáustulo, señalando la roca plana en el centro del claro.

Remo le hizo notar los símbolos desconocidos grabados sobre la piedra con una caligrafía angulosa y compleja.

—¿Qué significan?

—«Siéntate» no era un consejo.

Remo obedeció y tomó asiento.

—¿A qué esperamos?

—Esperamos.

Unos crujidos repentinos revelaron la presencia de algún animal. Remo distinguió un pájaro carpintero de plumas rojas que desde la rama de un roble parecía observarlo con unos ojos atentos y severos, atacando de cuando en cuando la corteza con su pico afilado.

Se escucharon otros ruidos inesperados. La cabeza del joven pastor volaba de acá para allá ante la amenaza de las muchas trampas imaginarias. El bosque se había animado de repente. Luego, con la misma espontaneidad con la que habían comenzado, los sonidos se desvanecieron uno a uno hasta desaparecer por completo. El pájaro solitario seguía mirándolo fijamente, erguido sobre la rama, ora elocuente, con una expresión casi humana, ora hierático, como una escultura de madera lustrada por los años y el viento.

Con la vuelta a la tranquilidad, los sentidos de Remo se concentraron en una única flecha de atención dirigida justo frente a él.

Fáustulo, con las manos apretadas sobre los hombros del hijo, se percató de la tensión repentina en tendones y músculos y abrió los ojos justo cuando, de un castaño macizo, se desprendía una sombra imprecisa, que parecía nacida directamente del tronco.

La sombra avanzó renqueando hacia el claro, hasta que la luz de la luna la bañó, confiriéndole sustancia: era un viejo que empuñaba un cayado robusto, demasiado grande para él, del que parecía sacar la poca fuerza que lo mantenía en pie. El pelo largo, del color de la nieve sucia, era ralo; la barba, descuidada y enroscada en trenzas involuntarias.

Se colocó con gran esfuerzo frente a Remo, a quien el padre, haciendo una presión decidida con las manos, no le permitió levantarse.

—Estás aquí —comenzó el viejo, y su voz retronó oxidada, como si no la usase desde hacía muchos años.

Levantó el cayado lentamente apuntando al resplandor nocturno. Uno a uno, abrió los dedos acartonados que apretaban la madera, llorando de dolor por el esfuerzo. Tuvo que ayudarse de la otra mano, pero al final logró la empresa. Luego se arrodilló con extrema lentitud, con el rostro de cuero surcado por las lágrimas. Sosteniendo el cayado en equilibrio sobre las palmas de las manos, levantó los brazos al cielo al mismo tiempo que inclinaba la cabeza.

—De fondo puntiagudo para agujinear a los durmientes, de cuerpo recto para conducir a los débiles, de cabeza curva para recoger a los extraviados. Para ti, mi rey.

Remo alzó la mirada, buscando de reojo la del padre. Fáustulo, con el rostro desarticulado por la excitación, rozó el bastón con la punta de los dedos y se estremeció, para agarrar luego con fuerza la madera. El viejo levantó la cabeza de cuero y lana e hizo un gesto solemne de asentimiento.

—Yo soy Fáustulo, hijo de Fausto, de la estirpe de los nemorenses, señores de los bosques y los pastos, sangre de Jano, sacerdotes de Fauno Luperco, herederos de Saturnia.

—Lo eres —confirmó el viejo.

Fáustulo empuñó el cayado.

—Este es el *pedum*, el cetro del rey nemorense, señor de los bosques y los pastos, sangre de Jano, sacerdote de Fauno Luperco, heredero de Saturnia.

—Lo es —asintió el viejo—. ¿Y quién es este que aquí presentas?

—Es Remo, hijo de Fáustulo.

—¿Y qué quiere?

—Quiere el *pedum*.

El viejo volvió a coger el bastón de las manos de Fáustulo y, tras murmurar algunas frases en una lengua dura y antigua, se lo ofreció a Remo.

El joven titubeaba; al final, movido por un instinto atávico y por la ansiedad del padre, erguido junto a él, alargó el brazo, empuñó el *pedum* y dejó de temblar al instante. Notó una corriente, un movimiento de admisión y un calor fortísimo penetrar en sus dedos y atravesar todo su cuerpo. ¿Era lo mismo que sentían los árboles golpeados por el rayo? Intentó apretar con más fuerza, y el bastón tembló, crujió y se retorció cual serpiente.

Remo vio en un destello una secuencia de imágenes pasar frente a sus ojos. El bosque se estremeció: los árboles bramaron, las ramas crujieron, las hojas y los frutos palpitaron. El pájaro carpintero trino y alzó el vuelo, describiendo tres círculos sobre sus cabezas antes de desaparecer entre las nubes.

El joven pastor se levantó de golpe. En algún lugar de su interior se despertaron palabras arcanas. Sintió cómo se hacían fuerza contra sus labios, llenas de una vida propia, y luego escuchó su sonido.

*Sangre de Jano, de los dioses estirpe,
semilla moribunda,
yerra el rey sin corona.
Llave del reino, de los infiernos puerta,
con él y para él,
hombres, demonios y dioses,
vacilarán en el borde de las sombras.
Un día,*

Fáustulo se exaltó en silencio, con los ojos cerrados dirigidos hacia el cielo, pero no logró contener la emoción y abrazó a su hijo. Lo apretó, lo zarandeó, no dejaba de manosearlo.

El viejo, entretanto, se había postrado en el suelo.

—Saturnino, hijo de Faustino, de la estirpe de los nemorenses, sangre de Jano, de los dioses estirpe, augur y custodio del *pedum* sagrado, se despide de ti, mi rey. Ahora permite que tu siervo vaya en paz.

Remo buscó una vez más los ojos del padre, que asintió gravemente. Entonces, sin saber muy bien qué hacer, levantó una mano e indicó el bosque a espaldas del sacerdote. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Saturnino, los ojos le brillaban; cuando volvió a cerrarlos, su cuerpo fue atravesado por un largo escalofrío.

El joven se agachó sobre el viejo, le tocó el cuello, luego giró el cuerpo y apoyó la oreja en su pecho.

—Está muerto —le comunicó al padre.

—Llevaba muchas y muchas primaveras esperando este día. Y no solo él. Ahora ayúdame.

Fáustulo le pasó la alforja al joven, recogió el cuerpo de Saturnino, se lo echó a hombros, cruzó las manos por detrás de la espalda y dio varios pasos para encontrar el equilibrio. De esa misma manera había bajado desde los pastos, durante años, troncos o animales con una pata herida. Nada más encontrar el punto de equilibrio se puso en marcha con un andar tambaleante. El sendero se dirigía hacia un valle insertado entre dos paredes rocosas.

Remo intentó ofrecerle ayuda.

—No quieres que...

—Es mi deber.

Un movimiento furtivo activó los sentidos de Remo, que seguía aturdido por lo que había visto y oído. Le pareció ver una figura femenina a su derecha, entre los tupidos castaños que cubrían un arroyo seco. Rastreó el bosque con ojos penetrantes, examinando las rocas, los conos de sombra alrededor de los troncos, los matices de los cúmulos de hojas, pero no distinguió nada.

—Todo me parece absurdo —murmuró.

—Absurdo para el que busca, grande para el que encuentra —canturreó el padre.

Erguido sobre la roca con forma de calavera, observaba aquel bosque incommensurable, que cubría valles y colinas hasta donde alcanzaba la vista. Sobre una de las ramas más altas de un olivo encaramado al borde de una pendiente vio a un pájaro carpintero de plumas rojas. El pico era un buril en el azul del mediodía.

De repente, advirtió una presencia a su espalda. Una rosa de los vientos floreció de pronto en el prado. De algún lugar llegó el canto melancólico del mochuelo.

—Estás aquí —afirmó la voz. La escuchó muy cerca, como si tuviese una segunda boca en la nuca.

—Lo estamos —confirmó.

—¿Por qué?

—Los enemigos del Logos se reúnen. Tifón el Dragón se ha despertado en las oscuras profundidades del Etna, y Equidna, progenitora de monstruos, se agita en el Arima. Los Titanes han escalado el pozo del Caos y ahora golpean encolerizados la Puerta Roja, donde solo el centimano

Briareo monta guardia. Y Cronos, el de la mente tortuosa...

La voz se estremeció:

—¿Y Cronos?

—Y Cronos el Terrible, príncipe de los dioses y azote de los vivos, se desespera en la Séptima Torre, entre las nieblas mágicas de las islas de los Beatos, escrutando el cielo a la espera febril de la liberación, mientras sus cuervos viajan por el mundo sin descanso, convocando a las fuerzas oscuras.

—Son noticias tremendas.

—Son noticias parciales. Troya ha caído y han encontrado el Paladión, la llave perdida que forjamos al final de la última batalla de la Edad del Oro para encerrar al Terrible en la Séptima Torre.

—¿Quién empuña la llave?

—Atlas, el del corazón violento, señor de los Titanes y lugarteniente de Cronos.

—Pero Atlas está encarcelado y condenado a cargar con el globo terráqueo.

—Gracias al poder encerrado en la llave, Atlas ha entrado de nuevo en el mundo con parte de su sustancia.

—¿Cómo ha podido hacerse con ella?

—Ulises, el hombre de los grandes ardidés, fue víctima del más grande de los engaños. Después de haber tomado Troya, se lanzó junto a su secuaz Diomedes en busca del Paladión: nada más tenerlo entre manos embaucó a su compañero, al que entregó en secreto una copia idéntica, haciéndose luego a la vela, de vuelta a casa. Años más tarde, ya viejo, puso rumbo con la proa de su nave hacia las Columnas de Hércules. Atlas, que lo había atraído hasta allí con la promesa del conocimiento supremo y la inmortalidad, lo mató y robó el Paladión.

—¿Delfos también ha caído? —preguntó la voz.

—Delfos caerá, pero ese no es el centro del mundo, y bajo las piedras blancas quemadas por el sol y los olivos plateados no se oculta el pasaje hacia las islas de los Beatos y la Séptima Torre. Hemos custodiado el secreto del *Umbilicus Urbis* durante generaciones, concentrando nuestras fuerzas en Grecia y dejando este lugar desierto a conciencia, donde solo yo, bajo los harapos falsos de rey pastor, he vivido para velar. El arcano pronto será desvelado, el tiempo de los Celestiales está tocando a su fin. Los hombres son nuestra única esperanza.

—El Logos no nos abandonará.

—¿Pero seguirán siéndole fieles los nuestros? En tiempos de la última batalla, muchos de nosotros traicionaron al Logos dejándose seducir por Cronos. Si es cierto que el Terrible logra liberarse, ¿cuántos tendrán aún el valor de resistir y oponerse?

—Las hordas de Cronos fueron derrotadas una primera vez, y podrán ser derrotadas una segunda.

—Fueron derrotadas, no abatidas. El Terrible anhela recuperar el poder y destrozar el diseño del Logos. Su voluntad ya está obrando: recorre los caminos del mundo, susurra a espaldas de los tronos, flota en las asambleas libres, tintinea en los cofres, empuña las lanzas entre las filas de los ejércitos.

—¿Será el final?

—Si fracasamos, Atlas llegará a las islas de los Beatos y con la llave abrirá la Séptima Torre. El mundo se convertirá en el trono del Terrible, los hombres y los dioses en sus esclavos. Entonces será el final. —La tierra retumbó de repente. Los árboles crujieron, las rocas y las piedras rechinaron. Un mochuelo de ojo glauco se posó sobre el olivo secular, a pocos metros de distancia del pájaro carpintero—. Hemos de elegir entre la muerte y el dominio del enemigo.

—Elijo la muerte —dijo la voz a su espalda, que de pronto se había vuelto femenina.

—Fabricaremos un sello con el que cerrar el pasaje hacia las islas de los Beatos hasta el fin de los días.

—Conoces el camino —dijo la voz, que ahora parecía emanar de las vísceras de la tierra—. Pasa por el nacimiento y la muerte.

—Pasaremos.

—El sello será sometido al fuego.

—Resistirá.

—El sello será golpeado.

—No se quebrará.

—El sello será perforado.

—Sangrará, y su sangre despertará raíces dormidas como lluvia de primavera.

—Nos convertiremos en carne de su carne y sangre de su sangre.

El mochuelo alzó el vuelo, describiendo tres amplios círculos antes de planear en dirección a la colina con dos cimas que brillaba a occidente, sobre los densos bosques y el río.

Rómulo se despertó sobresaltado y se llevó nervioso una mano a la nuca, como si esperase palpar una segunda boca; lo único que encontró fue su espesa melena recogida en la redecilla. Luego buscó con la mirada la roca con forma de calavera, el olivo, el valle inmenso y el mochuelo volador, pero solo vio la pared del vivaque bajo el que había buscado reparo durante la noche.

Dejó escapar un inmenso suspiro de alivio. Solo había sido un sueño, pero no uno de esos sueños comunes, sino un sueño trampa, como él los llamaba. Sin duda no era el primero, sin embargo, ninguno había sido tan real. En aquellas pesadillas era al mismo tiempo espectador y protagonista: se veía encarcelado en un cuerpo que no era el suyo, pero con la nítida y molesta sensación de ser él; unas palabras desconocidas manaban de sus labios sin que pudiese hacer nada para detenerlas. Por suerte, al despertarse olvidaba el contenido de la visión a los pocos instantes.

Esta vez tampoco hizo nada para conservar el recuerdo, y se limitó a dejar que se evaporase, como el rocío bajo el sol. Se levantó, recogió su alforja y se puso en camino. Un paso más hacia casa.

El amanecer sorprendió a Remo y a Fáustulo frente a una formación rocosa que brillaba en su blancura como el esqueleto de un animal gigantesco en medio de la vegetación exuberante.

—Vamos. —Fáustulo se introdujo por una hendidura estrecha con forma de triángulo entre las paredes lisas. El pasaje parecía un callejón sin salida, pero tras una docena de pasos el sendero descendía bruscamente. Al otro lado de una brecha de apenas un metro de ancho, una escalinata tallada en la piedra se sumergía en la tierra.

Remo se detuvo.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Mi pasado, y probablemente tu futuro —respondió Fáustulo, que empezaba a descender.

—Muchas cosas, pues —murmuró Remo.

Una vez dentro, Fáustulo le entregó al hijo el cuerpo exánime de Saturnino. Se desentumeció la espalda, dolorida, y luego alargó una mano hacia la oscuridad, agarró una antorcha colgada de un gancho, echó mano de sus dos pedernales y la encendió.

Remo retrocedió un paso, mientras el resplandor rojizo mordía las tinieblas, revelando jirones de una gruta con las paredes cubiertas de frescos. Los colores cálidos de las pinturas rupestres cobraban vida para volver a desvanecerse cuando la luz pasaba de largo.

Sin perder un segundo, Fáustulo abrió el paso a través de la caverna hasta llegar a una sala lateral.

Depositaron el cuerpo del viejo en un nicho excavado en la pared y luego cerraron el sepulcro con una losa a medida.

—Descansa en paz, tío —susurró Fáustulo, acariciando la lápida con la punta de los dedos.

—¿Era tu tío?

—Aquí descansan nuestros ancestros. Aquí descansan los reyes del pasado y sus sacerdotes. Un día, yo descansaré aquí —respondió con un tono sumiso y salmodiante—. Puede que un día tú descanses aquí, pero no hoy.

Remo dirigió una oración veloz a los dioses de los infiernos para luego confesar:

—Padre, no entiendo.

—Entonces cree.

Volvieron a la sala central. Fáustulo levantó la antorcha, señalando la cúpula. En la bóveda se iluminó la silueta de un hombre imponente, que en una mano tenía un cetro de marfil y en la otra un par de llaves. La luz subió hasta revelar una cabeza bifronte: el perfil sereno estaba cubierto por una espesa barba marrón, mientras que en el otro, lampiño, resaltaba un solo ojo azul. Alrededor del extraño personaje estaban dispuestas, alternándose, figuras de hombres vestidos con pieles y demonios con patas de cabra, unidos los unos a los otros en un círculo danzante.

—¿Quién es el numen del rostro doble? —preguntó Remo.

—¿No lo reconoces?

—¿Jano bifronte?

—¿Y quién, si no?

—De sus palabras, había entendido que Saturnino era un sacerdote de Fauno y que, por lo tanto, este santuario estaba consagrado a él.

Fáustulo extendió los brazos.

—Este lugar es tan viejo como el mundo. Puede que los antiguos supiesen cosas que nosotros hemos olvidado.

—¿Y ahora?

—Pongámonos en marcha, mi rey. Ahí afuera, en algún lugar, un reino te espera.

Remo no volvió a casa.

El padre no admitió ningún pero al respecto.

—Quiero que te quedes en este bosque sagrado. Aquí eres el rey y el mal no puede alcanzarte. Tienes que tomar conciencia de los dones que te han sido reservados, de lo que has perdido y de lo que vas a encontrar. El talento de la profecía corre por tus venas, y te sumergirá si no aprendes a canalizarlo. Eres el hombre que yo no he sido: tu pueblo y mi pueblo te esperaban durante generaciones. Aquí podrás conocerte a ti mismo y prepararte para serlo.

Remo pidió explicaciones, pero el padre le dio una sola:

—Toda las respuestas están en tu interior. Quédate aquí y reina.

Remo era el rey. Remo obedeció.

Durante una semana, vagó entre los árboles del Janículo: no cazó ni se construyó un refugio, sino que se nutrió de trufas y durmió al raso, bajo la mirada vigilante del pájaro carpintero. Las cuestiones de pura supervivencia le parecían insignificantes, habida cuenta de que no lograba responder a la pregunta de la vida misma.

¿Dónde lo había conducido Fáustulo? ¿Al bosque? El último discurso del padre, en lugar de iluminarlo, lo había confundido más si cabe. Pueblos, reyes, profecías, talentos, ¿qué le iba a decir a Angerona? Si le revelase que era el rey de un pueblo desaparecido, se habría burlado de él sin piedad. Necesitaba desesperadamente su risa, el pragmatismo desenfadado con el que sabía poner cada cosa en su sitio, su filosofía tautológica sólida, merced la cual el dolor es el dolor, la felicidad es la felicidad, y la vida es, simple y llanamente, la vida.

En otras dos ocasiones pudo atisbar una sombra etérea deslizándose entre los castaños que rodeaban el pequeño claro donde había tenido lugar su singular coronación. Aunque le pareciese inverosímil, estaba casi seguro de que se trataba de una mujer. A lo mejor se estaba volviendo loco.

Habría pensado que todo aquello era un sueño de no ser por el cayado del viejo sacerdote. Ciertamente, no podía ignorarlo: lo sentía pulsar bajo sus dedos, pegado a la piel y, a veces incluso, palpar como si estuviese dotado de vida propia.

Gracias a aquel bastón antiguo y potente aprendió a percibir la naturaleza que le rodeaba. La primera noche casi se había vuelto loco: cuando empuñaba el *pedum*, le llegaban ráfagas de olores y sonidos, nítidos, afilados, tan fuertes que lo aturdían. A pesar de sentirlo más afín que al resto de animales, el pájaro carpintero era el único en cuya mente no lograba penetrar. Si acaso, era el animal quien le sondeaba.

De cuando en cuando unos versos arcanos le atravesaban la cabeza, y entonces los recitaba, poseído por una voz extraña, mientras la selva escuchaba extasiada, pero no recordaba ninguna de aquellas estrofas al despertarse.

Vagabundéó, presa de un delirio creciente y, más de una vez, se descubrió llorando con la cara en el suelo y las manos en la hierba, implorando ayuda al cielo remoto entre sollozos. ¿Encontrar respuestas en su interior? Ni siquiera sabía dónde estaba ese interior. Se había convertido en algo distinto, pero no sabía en quién o en qué: a veces ni siquiera se sentía hombre, sino planta y animal, rayo y al instante trueno, viento y lluvia en ese mismo viento.

Ahí estaba. Pudo verla entre las lágrimas. Era una mujer, era ella. Caminaba bajo los árboles, con una sonrisa enigmática que formaba un triángulo con los pómulos planos.

¿De qué color eran los ojos? Ante su caminar aéreo las hojas caían de las ramas, y sus pies desnudos las rozaban apenas con un débil susurro. El pájaro carpintero alzó el vuelo y Remo se puso de puntillas.

—Marte —susurró ella, o el viento en su lugar.

Remo sintió cómo el *pedum* se movía violentamente y un torrente de versos imparables se agolpaba en sus labios. Sacudido por los temblores, intentó reaccionar con todas sus fuerzas, obstaculizar el flujo, pero le fallaron las fuerzas. Luego, la nada.

Cuando volvió en sí, estaba tumbado sobre una cama de ramas y hojas. La mujer, de cuclillas junto a él, llevaba un sombrero y una túnica de lana bruta, y no el vestido transparente que estaba convencido de haberle visto antes de desmayarse. Además, parecía mucho más joven de lo que creyó en un primer momento.

—Un escudo puede detener una espada, pero no un río en crecida —le dijo.

Remo suspiró profundamente.

—Si ahora tuviese un escudo y un río, me ataría el escudo al cuello y me tiraría al río.

—Te faltaría una cuerda. Además, ¿por qué tirarte al río? ¿Acaso no te han salvado ya de las aguas una vez?

¿Había ironía en su voz? Remo se mordió la lengua para no dar pie a nuevos acertijos. La mujer le plantó el índice en el pecho:

—El hombre que hay en ti tiene miedo, no se lo imaginaba y no quiere aceptarlo. Siempre os pasa lo mismo: nunca esperáis ser algo diferente.

El joven cogió la bota que le ofrecía. El líquido asqueroso le quemó la garganta, pero le devolvió las fuerzas con una velocidad pasmosa. Con cada segundo que pasaba, la joven le parecía más hermosa, de una hermosura dolorosa, casi imposible.

—Me podías haber matado mientras dormía, en lugar de envenenarme. Habría sido de mejor gusto —le dijo.

—Un pastor en busca de una corona y de un rebaño, ¿eso eres? —sin esperar la respuesta, la mujer se levantó. La melena cobriza dibujó un círculo en la penumbra. Llovieron hojas hermosas.

—¿Quién eres? —replicó Remo.

—Un viandante extraviado, ¿eso eres?

—¿Cómo te llamas? —insistió el joven.

—¿Hombre, animal, numen? —preguntó ella.

—Me llamo Remo y mi padre es Fáustulo —respondió con un tono seco, repitiendo la que consideraba la verdad pura y dura, pero mientras lo pronunciaba en voz alta le pareció paja. Y la voz de la mujer era fuego.

—¿De veras? —insinuó ella, antes de ponerse de perfil, con el rostro iluminado por una expresión traviesa. Remo la encontró increíblemente seductora, aunque se avergonzó al instante.

—Escucha... —le dijo alargando la mano.

Sin embargo, la mujer no le permitió continuar. Se giró de golpe, mirándolo a los ojos con un aire amenazante; levantó sus brazos largos y delgados y le ordenó, con voz estentórea:

—Háblale a los árboles, Remo, discípulo de Fáustulo, sacerdote de Fauno; háblale al viento, al agua, al fuego y a la tierra. ¡Haz oír tu voz! Te escuchamos.

Remo, presa de la frustración, tenía unas ganas tremendas de gritarle a ella, a su padre y a todos que solo era un joven y que no quería ser nada más, pero su voluntad era de arcilla en comparación con la voluntad férrea de la mujer. Derrotado por la presión, sintió que su boca se abría y que los labios formulaban versos nunca antes escuchados, pero cuyo significado intuía. Llamaban al viento,

y el viento respondía: una corriente se elevó a occidente, navegando sobre las aguas del Albula para luego subir por las laderas del Janículo. Las hojas y las ramas susurraron.

—Hazlo crecer —le intimó la mujer.

Remo sopló palabras en la brisa y la corriente se hizo más fuerte, haciendo crujir hojas y ramas.

—¡Más! —gritó la mujer.

Las palabras de Remo fustigaron al viento: los árboles se agitaron y un torbellino de follaje los rodeó, hasta que advirtió por fin que la voluntad de la mujer se aplacaba, y pudo ordenar al aire que callase. Se derrumbó exhausto y jadeante mientras las corrientes se disipaban en rachas de aire y remolinos fugaces.

—El viejo te esperaba, pero no tenía ni idea de quién eras. ¿Qué hay de Fáustulo? ¿Él lo sabe?

—¿Quién soy? —murmuró un Remo dolorido.

La mujer revolvía con la punta del pie un cúmulo de hojas.

—Es una buena pregunta. Una pena que la respuesta dure toda una vida.

Rómulo regresó una noche de lluvia. Tras abrir la puerta de una palmada, se descapuchó y tiró la alforja al suelo. Durante unos instantes, su figura imponente se recortó contra el cielo atravesado por los rayos, mientras que a sus pies se formaba un charco del agua que goteaba de la ropa empapada y de los cabellos pegados al rostro.

La madre estaba sentada sobre un taburete sumido en la penumbra. Las brasas crepitaban en la chimenea.

—Aquí está —murmuró, para luego hacer un movimiento circular con la mano, como si estuviese advirtiendo a alguien de la llegada del hijo.

El joven se arrodilló frente a ella, la agarró de la mano y la besó.

—Mamá.

Aca le acarició la frente, brillante por las gotas.

—Bienvenido, Rómulo, te estábamos esperando.

Fáustulo se asomó por el umbral de la pieza. Los dos hombres se intercambiaron una larga mirada de reojo. Rómulo esperó un gesto de consentimiento e hizo amago de levantarse, pero el padre alzó una mano para prevenirlo. Tenía una expresión severa, pero no furiosa, casi arrepentida, como si se hubiese impuesto el no ceder demasiado pronto únicamente por el bien del hijo.

—Espera frente a la puerta hasta la salida del sol.

Rómulo apretó los puños, buscó a la madre y se sorprendió al verla asentir. Entonces tragó saliva, se puso la túnica y, sin quitar los ojos de Fáustulo, se recogió la melena en un moño detrás de la nuca con la redecilla. Luego salió y se sentó con las piernas cruzadas frente a la puerta. Cuando la lluvia arreció, elevó al cielo una mirada provocativa.

—¡Más fuerte! —gritó en medio del aguacero.

Ninguna divinidad respondió al desafío, pero Rómulo también tenía que pensar en una tormenta de otro tipo: ¿qué había sido de Remo? Había intuido su ausencia mucho antes de llegar a Roble Quebrado. Desde niños eran capaces de percibir la presencia del otro, incluso a millas de distancia. El hermano nunca se había alejado del caserío sin el rebaño, que ahora dormía recogido en el redil, bajo el cobertizo. De vez en cuando le parecía oír la voz del gemelo, y las notas de su flauta resonar en la lluvia.

¿Y qué había de él? ¿Qué le quedaba de ese año pasado entre los montes? Algunas noches, sentado en la oscuridad húmeda de algún barranco junto a sus hermanos, había sentido nostalgia de Roble Quebrado. Era extraño pero ahora que estaba allí tenía la impresión de no estar en el lugar adecuado, aquel no le parecía el lugar de su nostalgia. Existía, pero estaba en otro sitio.

La Hermandad Saturnina era ya un recuerdo remoto. Recordó sus gestas, que observadas desde lejos parecían poca cosa. Habían jugado a la guerra y habían perdido. Ahora cada uno andaba por su camino, como polillas desperdigadas por la noche en busca de una luz. Céler se había vendido a Amulio; Tíber había jurado convertirse en un vate; Manlio había puesto rumbo a la costa con la idea de echarse a la mar. En cuanto a Sinenomen, había desaparecido sin mediar palabra y tenía la certeza de que no lo volvería a ver.

Se presentó a la cita con el amanecer en duermevela. Ni siquiera se había dado cuenta de haber dormido. Cuando abrió los ojos, Fáustulo se erigía ante él con la mano tendida. El joven lo miró fijamente durante unos instantes, mientras el sol doraba el verde húmedo de la campiña; luego asintió con orgullo, la agarró y se puso de pie. Al fin, abrazó al padre levantándolo del suelo.

—¡Papá, papá, papá! —dijo, alzando la voz con cada repetición.

Fáustulo, con las mejillas pálidas veteadas de rojo, se zafó a los pocos segundos, alejando al hijo con un gesto torpe de las manos, pero luego, como si se arrepintiese de tanta prisa, se le volvió a acercar y le dijo del tirón:

—Cuando matas a un hombre, lo entierras en tu interior. Una vez muerto, vivirá en ti para siempre. Recuérdalo, hijo, ¿entiendes?

¿Por qué el padre le recordaba acontecimientos que él quería olvidar? ¿Por qué creía poder pensar y decidir en su lugar? ¿No se daba cuenta de que era un viejo y que solo veía el mundo a través de los ojos engañosos de la memoria? La expresión jovial de Rómulo se demudó solo durante un instante. Fáustulo no lo entendía, pero él ya había decidido que no era motivo suficiente para no quererlo.

—Te quiero —admitió con un hilo de voz—. Te quiero —repitió con más convicción, con el tono de quien descubre que es fuerte, más fuerte que cualquier dificultad, como un escollo intacto tras la marejada.

Luego le pasó un brazo musculoso por encima del hombro y, juntos, entraron en casa.

—Una última cosa, hijo mío —añadió el padre—. Todos nosotros tenemos una misión en la vida, pero nunca es la que nos habría gustado elegir.

El joven cerró la puerta.

—Ya veremos.

Rómulo no se encontró con la muerte y tampoco se la presentó a nadie, al menos en los dos días sucesivos, que fue el tiempo que duró su paciencia. Luego decidió ir en busca del gemelo.

De nada sirvieron las palabras tranquilizadoras del padre:

—Tu hermano es grande y sabe cuidar de sí mismo.

—El mundo es más grande, y cuidar del mundo es algo bien distinto.

A Rómulo también le angustiaba la poca actividad: la granja lo entristecía, la taberna más cercana estaba a tres horas de camino, esas malditas ovejas no le decían nada y él no tenía nada que decirle a ellas. Y además sentía que Remo estaba en peligro. La sensatez de Fáustulo podía tranquilizar al sensato Fáustulo, pero no a él.

—¿Quieres decirme dónde lo has dejado o prefieres que levante todas las piedras de aquí al mar? —protestó el hijo.

—En el bosque de Jano, al otro lado del Albula —cedió al fin Fáustulo.

Rómulo partió de inmediato, pero se detuvo una hora más tarde, donde el camino formaba una amplia curva para evitar una solitaria colina herbosa. En la cima, detrás de un círculo de estacas, se erigía un tugurio abandonado desde tiempos inmemoriales.

Cuando de pequeño discutía con el padre, Rómulo iba allá arriba a refugiarse y su hermano le llevaba a escondidas una rodaja de pan o un pedazo de queso. La gente de los alrededores la llamaba Colina Coronada, y la evitaba por culpa de historias siniestras transmitidas de generación en generación. Los gemelos, en cambio, la adoraban: era su refugio secreto.

Así las cosas, Rómulo se sorprendió al ver un hilo de humo saliendo de la chimenea derruida de la casucha. Sin pensárselo dos veces abandonó el camino y enfiló el sendero infestado de malas hierbas para subir a comprobar qué pasaba.

A unos veinte pasos del tugurio se detuvo en seco. Había alguien sentado sobre el banco de piedra adosado a la pared exterior. Era un hombre mastodóntico, suponiendo que de verdad fuese un hombre, con un extraño sombrero calado sobre la cara. Solo vestía una especie de falda corta y ribeteada. Bajo la piel bronceada del tórax los músculos eran cubos de granito, mientras que en los brazos se perseguían como peces. A su lado, apoyada en la pared, había una maza tan grande que a dos buenos mozos les habría costado levantarla.

Rómulo observó con más atención pero no estaba equivocado: en efecto, era una lira lo que el forastero sostenía y pellizcaba de cuando en cuando, entonando en voz baja tristes estrofas en una lengua desconocida. Sin levantar la cabeza, el gigante dejó de tocar el instrumento y le hizo un gesto para que se acercase.

El hijo de Aca se preguntó cómo lo había visto, toda vez que el ala del sombrero le caía hasta la barbilla y no había levantado la cabeza en ningún momento.

—Dame aunque sea un buen motivo para que me acerque —le gritó desconfiado.

El hombre pasó la punta del dedo por debajo del ala y al final levantó el sombrero, dejando ver una sonrisa que, lejos de resultar invitante, asustaba.

—Tengo ganas de hablar, pero no de levantarme.

—¿Y quién te dice que yo tenga ganas de hablar contigo, extranjero?

El hombre tocó una nota aguda y dejó la lira. Movi6 la cabeza y su melena, brillante de unguento, ondul6. Llevaba el pelo afeitado en las sienes, pero alto sobre la cabeza y largo por detr6s de la

nuca. Rómulo nunca había visto un peinado similar e, involuntariamente, se llevó una mano a la redecilla que recogía su pelo.

—¿Y quién te dice que aquí soy yo el extranjero? —preguntó el desconocido.

—Yo nací aquí.

—Yo estuve aquí antes de que tú nacieses.

Rómulo asentía con un aire socarrón, como dándole a entender que había pillado el juego.

—Un cuchillo atraviesa de igual manera a un hombre de setenta kilos que a uno de cien: la carne es carne.

El extranjero se levantó y el tugurio pareció empequeñecerse de golpe.

—En primer lugar: peso más de ciento treinta kilos. En segundo: no tienes un cuchillo.

—¿Merece la pena comprobarlo? —le desafió Rómulo.

—En tercero y último: la carne, en cualquier caso, vale poco.

—Ahora que has demostrado que sabes contar hasta tres, ¿qué quieres hacer?

—Si te apetece, dentro encontrarás una copa de vino y un amigo —dijo el gigante, antes de coger la lira y la maza, agachar la cabeza y desaparecer en el interior.

Aquella situación olía a trampa, y todo le aconsejaba dejarlo estar. Rómulo ahuyentó todas las reflexiones y se lanzó en una carrera hacia el tugurio. Entró dando una voltereta que le había enseñado un bandido etrusco y se levantó con los puños en alto, en posición de defensa y con los ojos bien abiertos.

El extranjero estaba acurrucado tranquilamente en un rincón, junto al fuego, y solo con su cuerpo ocupaba la mitad de la pieza.

—Atlético —ironizó, e indicando la sala vacía añadió—: Elige la silla que prefieras. —Rómulo se sentó en el suelo, sin perderlo de vista.

—¿Sabes qué es más gracioso que un armatoste?

—Preferiría no saberlo.

—Un armatoste con sentido del humor.

—Llevaba razón al decir que prefería no saberlo.

—No posees muebles, pero al menos tendrás un nombre.

—Muchos, a decir verdad, aunque de la mayoría ni me acuerdo. Los habitantes de estas tierras, que no son del todo buenos con la pronunciación, me conocen como Hércules.

—Me parece un nombre adecuado para un gracioso como tú. Yo soy Rómulo, hijo de Fáustulo. Deja que te confiese algo, Hércules: no veo el vino.

—Deja que yo también te confiese algo: antes te he dicho una media mentira. Aquí dentro no encontrarás vino, pero quizá sí un amigo.

—¿Y para qué quiero yo un amigo?

—Creo que juntos podríamos procurarnos ríos de vino.

Rómulo se frotó la cavidad entre el labio inferior y la barbilla.

—Te refieres a...

—He oído hablar de cierto grupo —dijo un Hércules alusivo.

—Entiendo, pero como tú mismo has dicho, en estas tierras no son muy buenos pronunciando las palabras, y quizá no hayas entendido bien lo que te han revelado. La hermandad se ha disuelto, lo siento. Cada uno por su camino —Rómulo levantó ambas manos, indicando dos direcciones al azar.

—Quizá podamos hacer un trecho juntos.

—Eres demasiado grande para un sendero.

—¿Y para un camino, en cambio?

—¿Qué te ha traído hasta aquí? —preguntó Rómulo, sorprendido por aquella insistencia.

—La locura —dijo Hércules, tocándose primero la sien, luego la barriga—: y el hambre.

—Dos caminos peligrosos.

—He estado en muchos países antes de llegar aquí. Me parece que ha pasado un siglo, y puede que de verdad haya sido así. Jamás habría creído que volvería a parar por estas tierras, pero las vías de los Celestiales son más extravagantes que las vacas de Zeus, como bien se sabe, y yo no me canso de seguir las. Me refiero a las vías, no a las vacas.

—Ah.

—Sabes, amigo mío, tengo curiosidad por ver qué se esconde detrás de la próxima curva —dijo, indicando un punto impreciso de la pared—, detrás del próximo encuentro. —Miró al joven de una forma que a Rómulo no le gustó un pelo, pues daba su asentimiento por descontado.

—Solo cuentas fábulas.

—Las fábulas son mi vida.

—Hazme caso, búscate un trabajo.

—El trabajo le va bien a los trabajadores.

—Enrólate como mercenario.

—He dejado de combatir las guerras ajenas.

Rómulo se dio cuenta de que el cuerpo del extranjero era una maraña de cicatrices, algunas espesas y nudosas como un pulgar. Las indicó con la mirada.

—¿Qué te pasó?

—Me caí en un matorral de zarzas.

—Se diría que eran zarzas de bronce.

—Tú lo has dicho: lo eran.

—¿De dónde vienes?

—De ningún sitio en particular. He pasado los últimos años pescando en Tesalia —respondió Hércules.

—¿Es un lugar lejano?

—Es un lugar allende el mar.

—Has recorrido un largo camino, pues.

—No he dado ni un paso más de lo necesario.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

Rómulo batió las manos sobre los muslos.

—Aquí, tú y yo, ¿por qué? Preferiría la verdad, amigo, pero si no tienes más remedio que contarme otro cuento, intenta por lo menos hacerme gracia.

—La verdad no te hará gracia, pero tú eres el que la ha pedido, y yo por un amigo hago eso y más.

—Haz eso, no más.

Hércules cruzó las manos sobre la rodilla.

—Me han llegado voces de un gran rey nacido al oeste que construirá la ciudad más poderosa de todos los tiempos, una urbe capaz de acabar con las tinieblas que se ciernen sobre todos nosotros. Siempre he tenido debilidad por la grandes empresas y pensaba que podía serle útil a la causa.

—¿De qué forma podrías serle útil a esta causa?

—Traigo tres dones —anunció Hércules tocando primero la lira, luego la piel de león y por último la maza.

Rómulo no creía una palabra.

—¿Y has encontrado a ese rey?

—Aún no. Sin embargo, he encontrado a un grupo de bandoleros que tuvo la bondad de aligerarme de equipaje. Eran buenos chicos, supongo que alguien les avisó de que padezco dolor de espalda.

—¿Un hombre grande y fuerte como tú que pone pies en polvorosa ante una panda de bandidos?

—Eran niños, y yo no pego a los niños, a menos que sea estrictamente necesario —dijo, guiñándole un ojo.

Rómulo, inconscientemente, se acercó a la puerta.

—¿Y entonces?

—Entonces aquí estoy, sin el gran rey y sin mi pequeño peculio. He oído hablar de ti. Pensaba unirme a la banda, pero si me dices...

—Como te digo, la banda se ha disuelto.

—Unos vínculos se disuelven, otros se estrechan.

—La Hermandad Saturnina tiene un pasado, pero no un futuro. Si quieres uno, búscalo en otro sitio.

Hércules se levantó, tocando con la cabeza el techo de tablas quebradas.

—Otro sitio es un lugar que ya no tiene interés, ni para mí ni para nadie. El tiempo es ahora, el lugar es este. Mira, amigo mío, al final de los días muchas cosas cambian para todos.

—Cambia de camino, hazme caso.

Hércules abrazó la lira, con la misma vehemencia con que podría haber empuñado una maza.

—Creo que me dedicaré a la música. Es mi otra pasión, después de las fábulas y las grandes empresas. Cuando cambies de opinión, me encontrarás aquí.

Rómulo viajó hasta la puesta de sol. Cuando la última lágrima de luz goteó tras los bosques que bordeaban el Albula, encontró un lugar reparado, extendió la manta y se echó a dormir.

Se adelantó al amanecer, que lo encontró ya en camino, cambiando el paso por un trote sostenido. A pesar de estar acercándose al Janículo, no lograba percibir la presencia de Remo. Era como si una extraña niebla envolviese al gemelo. Se temía lo peor.

Poco después del mediodía, dos hombres armados con bastones saltaron al sendero desde los matorrales laterales y le cerraron el paso. Casi con toda certeza se esperaban verlo huir o detenerse en seco, aterrorizado, pues reaccionaron con una lentitud mortal cuando Rómulo, sin interrumpir la carrera, cargó contra ellos agachando la cabeza.

El primer bandolero ni siquiera tuvo tiempo de levantar el palo antes de ser arrollado por la embestida. Rómulo cayó junto al hombre a la cuneta que bordeaba el sendero, pero fue el más rápido en levantarse. Le dio al desconocido un codazo en la cara, le quitó el bastón y empezó a girarlo en el aire con gesto amenazante, mientras con la otra mano invitaba al segundo bandido a atacarlo.

El hombre puso pies en polvorosa abandonando al compañero que, acurrucado en el suelo en posición fetal, temblaba con las manos en la cabeza y un hilo de sangre en la comisura derecha de la boca. Rómulo le ayudó a levantarse, le limpió rápidamente la túnica y le devolvió el bastón. Luego le puso una mano sobre el hombro y le hizo girarse para señalar al otro bandido que corría saltando entre los arbustos como un cervatillo:

—Ahora tienes una razón para vivir.

Había retomado desde hacía poco la marcha cuando, en la lejanía, divisó a otro hombre. Rara vez se encontraban viajeros por aquella zona, pero no le parecía un bandolero: la amplia capucha calada sobre el rostro, el cayado de peregrino, el paso expedito, como si avanzase con ligereza sobre una cuerda invisible tendida hacia un punto que solo él podía ver. Pensó que podía tratarse de un

arúspice itinerante, uno de esos sabios etruscos expertos en adivinación que a veces se veían atravesando los campos, cargados con su fardel de misterios.

El viandante llevaba el rostro escondido en los pliegues de la lana. Perdido en sus pensamientos, parecía no haberse percatado de la presencia de Rómulo, pero cuando llegó a su lado se detuvo en seco. El joven hizo lo propio. Los hombros casi se rozaban. El peregrino sacó las manos del manto, se las llevó a los bordes de la capucha y se descubrió.

—¡Remo! —Rómulo escrutó anonadado al hermano, que se había afeitado la cabeza: el ojo gris se había vuelto más gris y el violeta era una vorágine de círculos concéntricos que te arrastraban hacia la pupila. Estaba pálido, esmirriado y, por mucho que se esforzase por sonreír, no podía ocultar los sufrimientos que había padecido. Rómulo lo abrazó, palpándole con preocupación la espalda y las costillas marcadas.

Remo le devolvió el abrazo con su fuerza consuetudina.

—Todavía soy capaz de darte para el pelo, no te preocupes.

—Hermano, ¿qué te ha pasado? No logro percibirte. Es como si fueras diferente.

—Ya, como si fuese otro. Nuestro padre ha abierto un tarro donde reposaban fuerzas oscuras; ninguno de nosotros puede prever lo que sucederá.

Rómulo se entumeció.

—¿Nuestro padre? ¿Qué lío ha armado ese viejo loco?

—Ninguno, en el fondo nuestro padre no tiene nada que ver. Se ha limitado a responder, que es lo que hacemos todos, de forma consciente o inconsciente. Pero vamos a dejar el tema. Me alegro de que hayas vuelto. Tu rostro es como la aurora para mí. Eso sí, te advierto de que si antes temías tener un hermano loco, ahora puedes estar seguro.

—¿Quieres decir que ahora hablas también con los pájaros, además de con las ovejas? —le preguntó Rómulo, pero el gesto divertido de su rostro se quebró contra la mirada dura y melancólica del hermano.

—Y con el viento, los ríos, los árboles, y solo los dioses saben con qué más.

Se quedaron en silencio durante unos instantes interminables. Al final, Rómulo se encogió de hombros y rompió en una carcajada liberatoria. Se intercambiaron bofetadas y luego se estrecharon la mano con toda la fuerza que tenían para obligar al otro a pedir piedad.

Volvían a ser niños.

—Hasta que no te salga cola, confiaré en mi conciencia y no te repudiaré —le dijo Rómulo.

Remo le sacó la lengua.

—Yo soy la única conciencia de la que puedes presumir.

—Ahora se explican muchas cosas.

—Mejor explícame por qué no has dado señales de vida en todos estos meses.

—Ya tengo padre y madre, solo me faltaba un abuelo, mira tú por dónde.

—Es que te he echado de menos. Solo podía hablar con el viejo Pan, pero es demasiado inteligente para algunas conversaciones.

—Y en cambio yo...

—Y en cambio tú...

—¿Sabías que el sentido del humor llama a unos pocos, pero son muchos los que responden? —contraatacó Rómulo.

—¿Te refieres a mí? —dijo Remo, tocándose el pecho.

—A ti me refiero, sí.

Remo indicó el sendero con la barbilla.

—¿Qué te parece si seguimos andando?

—Me parece bien.

—Bien, pues vamos a volver a casa.

—¿A hacer de pastores?

—A hacer de hombres.

Ya desde la distancia, los gemelos avistaron sobre la cima de la Colina Coronada una figura de pie, recortándose contra el crepúsculo, similar a una enorme roca esculpida por el tiempo. Desnudo de cintura para arriba, tocaba en medio del viento, con la cabellera al aire.

Cuando pasaron a los pies de la colina, el gigante rozó el ala de su sombrero con la punta de los dedos sin levantar la mirada. Rómulo agitó el brazo para intercambiar el saludo.

—¿Quién es ese hombre? —le preguntó Remo—. Si es que de verdad es un hombre.

Rómulo levantó la comisura izquierda de la boca: su hermano había tenido la misma impresión que él.

—Un loco en busca de un rey.

Rómulo y Remo vieron el sol ponerse detrás del redil, donde los animales estaban tumbados los unos junto a los otros por culpa de la noche, insólitamente fría. Solo Pan permanecía erguido junto al recinto con el hocico apuntando hacia ellos.

—No me gusta cómo nos mira ese carnero —se lamentó Rómulo.

—¿Por qué?, ¿cómo nos mira?

—Como si nos estuviese diciendo «hasta siempre».

—Es un carnero, no un profeta.

—Muchas gracias por la aclaración.

Remo se puso de cuclillas, cogió un puñado de chinas y luego dejó que se filtrasen entre sus dedos.

—Está triste porque me voy, solo eso.

—¿Y por mí no está triste?

—A mí no me ha dicho nada.

—Tengo la impresión de que no me revelas todo lo que te dice.

Remo se levantó y se frotó las manos, para luego responder:

—Lo hago por ti.

—Muchas, pero que muchas gracias.

Rómulo apartó la mirada. El altar de piedras, que se erigía en lugar del roble calcinado por un rayo el mismo año de la caída de Saturnia, se había difuminado hasta disolverse con el ocaso, mientras su larga sombra había sido absorbida por la ladera. El cielo devoró las últimas migajas de luz. Oscuridad.

Fáustulo salió de casa y los abrazó.

—Tenemos que irnos, chicos.

Los dos se giraron. La madre estaba de pie en el rectángulo amarillo y negro de la puerta. Un chal deshilachado le cubría los hombros enjutos. Los observaba con los ojos hinchados por unas lágrimas jamás derramadas. Cuando se acercaron, dejó de tocarse nerviosamente las manos y levantó un brazo, marcado por una quemadura violeta en la muñeca.

—Os abrazaré u os lloraré, pero como hombres —les dijo, dejándoles helados.

Los jóvenes comprendieron que habían dejado de serlo.

El padre los acompañó hasta las *Fossae Quiritium*, aunque fue Remo quien abrió el camino.

—Conocéis el trayecto hasta la Ciénaga de la Cabra. Ese es el lugar de reunión establecido en el edicto —les dijo antes de despedirse de ellos—. Recordad que sois *luperci*: en vosotros residen la potencia y la vitalidad del macho cabrío, por vosotros fluyen la inteligencia y la ferocidad del lobo. No tengáis miedo, infundidlo. Fauno, señor de la naturaleza, caminará a vuestro flanco. —Los ojos del pastor se incendiaron en la oscuridad y, por un instante, pareció desprenderse de los años ganados.

—Vamos —ordenó Rómulo, embocando, sin volver a mirar atrás, el sendero hacia la pasarela que cruzaba el canal.

Remo le confió el *pedum* a su padre.

—Quédatelo tú. Si yo no volviera...

—Lo custodiaré hasta que regreses.

Los gemelos llegaron a la explanada herbosa de la Ciénaga de la Cabra mientras la oscuridad se debilitaba en un atisbo de amanecer. La niebla reconfiguraba el espacio continuamente.

Dos guardias adormilados vigilaban a un pequeño grupo de jóvenes tirados en el suelo. Ojos en blanco y miradas vacías vagaban de un punto a otro. Algunos pastores se abrazaban las rodillas, otros se balanceaban. Los hijos de Fáustulo reconocieron a muchos de ellos, que provenían de los pagos de los alrededores de Siete Colinas. Alguno dirigió un rápido saludo a Rómulo, pero la aparición de Remo, que caminaba un par de pasos detrás del gemelo, fue recibida con miradas hostiles y un murmullo generalizado.

—¿Qué les has hecho a sus hermanas, eh, sátiro? —le dijo Rómulo a su hermano.

Los guardias mandaron guardar silencio.

—En el Hades tendréis todo el tiempo que queráis para chismorrear —vociferó el que tenía una oreja cortada.

Durante la hora siguiente llegaron otros jóvenes. Arrastraban los pies con ese aire de aturdimiento que Remo había visto en los burros cada vez que los montaba un nuevo caballero.

Rómulo contó a unos cincuenta compañeros.

—No pensaba que íbamos a ser tantos.

—Han rastreado hasta el último cordero. Antes de mañana más de una oveja llorará —dijo Remo.

Rómulo resopló.

—¿Puedes dejar de pensar como un pastor?

—Tú eres el que me ha comparado con un sátiro hace menos de una hora.

—¡Silencio, miserables! —gritó Oreja Mocha.

A Remo no se le escapó el fulgor de ira que destelló en la mirada del gemelo.

—¿Quieres decirle a ese soldado lo que piensas de él?

—Se lo haré saber cuando sea un quirita —prometió Rómulo.

—Cuando seas un quirita marcharás a su lado. En lugar de obedecer por miedo, lo harás por un mendrugo de pan. No cambiará nada.

—Ya veremos.

—A lo mejor lo verás tú.

—¿Estás pensando en morir o en sacarte los ojos?

Remo se puso a jugar con el borde del manto.

—Hermano, hace poco conocí a un hombre que esperó el día de su muerte durante toda su vida.

Rómulo frunció el ceño, preguntándose si el gemelo, a pesar de su rostro impassible cual máscara fúnebre, le estaba tomando el pelo. Sin embargo, no pudo evitar preguntarle:

—¿Y al final?

—Al final murió.

—La espera no fue en vano.

Ambos sonrieron, pero por motivos opuestos. De la neblina sucia y polvorienta surgieron tres carros tirados por tres parejas de caballos capones. Transportaban rollos de sogas y cubos. A unos cien metros de distancia los seguía un grupo de quiritas a pie. Rómulo señaló a un hombre bajo de melena blanca.

—Ese es el curio máximo —le explicó al hermano.

—¿Cómo lo has reconocido?

—Porque incluso los más altos lo miran desde abajo.

El hombre señalado por Rómulo se plantó frente a todos ellos con las piernas ligeramente

abiertas, alzó los brazos y dijo:

—Os veo. Soy Cayo Valerio, hijo de Anco Valerio, *Pater* de la «gens» Valeria, curio máximo, augur augusto, líder de los quiritas y presidente de las curias de la ciudad.

—Tiene que ser una paliza ser tantas cosas —susurró Remo.

—Decidme, hijos: ¿qué pedís? —preguntó el curio.

—Pedimos que se nos conceda la gracia de ser aceptados entre las siete colinas y los cinco montes, el favor de pasar bajo la puerta del Cabio Sororal y entrar en la ciudad, el honor de convertirnos en quiritas —recitaron algunos de los jóvenes a media voz, aunque la mayor parte se quedó mirando al sacerdote con la expresión atónita del macho cabrío ante el cuchillo.

—¿Qué ofrecéis, hijos míos?

Solo algunos farfullaron la respuesta de rigor:

—Nuestra espada y nuestra cabeza.

—La espada será la mía, la cabeza podría ser la tuya —murmuró Rómulo sin quitar los ojos del rostro de Cayo Valerio.

—Yo digo que quiere la cabeza —replicó Remo.

El curio máximo ordenó a sus asistentes que descargasen los carros, y luego se dirigió de nuevo a los jóvenes:

—Se os atará, se os vendarán los ojos y se os conducirá a un bosque a unas doce millas de aquí; a doce pasos del camino de la libertad. Se os abandonará en el corazón de la espesura; quien logre volver se convertirá en un quirita. El resto se convertirá en nuestra oferta a los númenes silvestres.

A Oreja Mocha se le escapó una risita. El curio lo fulminó con la mirada, luego levantó la mano derecha en dirección de su escolta personal. Los cuatro soldados agarraron al hombre, lo despojaron de su túnica y le dieron doce latigazos. Al decimotercero, el curio máximo bajó el brazo y el látigo cesó, pero el gimoteo del castigado se escuchó largo rato.

—Quiritas —aprobó Rómulo.

—Quiritas —gruñó Remo.

Los asistentes del curio ordenaron a los jóvenes que se desnudasen. Luego amontonaron las túnicas y los mantos en los márgenes de la explanada y les prendieron fuego. Por último, con un cuchillo curvado, cortaron un mechón de pelo de cada uno y lo arrojaron a la hoguera. No pusieron ningún cuidado y a Remo, cuyo pelo apenas había crecido pocos milímetros, le arrancaron un minúsculo trozo de piel.

El curio máximo invocó rápidamente a los dioses y los demonios de la ciudad, puso las manos sobre los iniciados y se despidió de ellos. Nada más darse la vuelta, Remo escupió al suelo.

—No malgastes saliva —le reprimió Rómulo, antes de inspeccionar el corte sobre la oreja—. Sobrevivirás.

—Dalo por hecho.

Les ataron las manos detrás de la espalda, les vendaron los ojos y los subieron a empujones a los carros. Hubieron codazos y empujones mientras los amontonaban como animales. Rómulo peleó por ganarse un rincón; el hermano rastreó su olor y se agazapó a su lado, justo antes de que el carro partiese con un arreón violento.

Durante el viaje no les dieron comida ni agua. Cuando, unas horas más tarde, el sol se escondió tras las capas pesadas de nubes oscuras, surgió el frío. Entumecidos, anquilosados y hambrientos, los jóvenes rebotaban y chocaban entre ellos con cada bache, y pronto se cansaron de insultarse.

A mitad de la tarde el carro en el que viajaban los gemelos se detuvo. Les hicieron bajar bruscamente y, atados junto al resto de sus compañeros, fueron conducidos al interior del bosque.

Rómulo intentó memorizar el recorrido, pero los cambios de dirección continuos le obligaron a desistir. Le parecía que estaban caminando en círculo, pues no pisaban un sendero trazado: bajo sus pies sentía ora hierba, ora piedras, ora raíces. Hubo caídas y tropezones durante aquella marcha penosa, y entretanto la oscuridad se iba espesando.

Llevaban una hora de pesada marcha cuando el primer joven fue abandonado. Rómulo lo escuchó jadeando durante un trecho a sus espaldas, como si seguirlos fuese la única vía de salvación, pero el eco de los pasos frenéticos no tardó en perderse. A intervalos regulares, los guardias desperdigaron a todos los jóvenes.

El sol se acababa de poner cuando también los gemelos fueron entregados al bosque.

—¿Qué hacemos con estos dos? —preguntó un guardia a otro.

—A estos vamos a dejarles que beban del zumo bueno, en el fondo se lo merecen, son los que están más alejados de la ciudad y, además, ya es oscuro. Sería una pena que dos ejemplares tan vigorosos se perdieran, ¿no te parece? —dijo el otro con un tono ambiguo.

—Ah, claro —confirmó el primero, como si solo entonces lo hubiese entendido—. Nuestra ciudad necesita a dos pastores exactamente como estos. Sangre fresca.

Les metieron en la boca una bota de piel y los obligaron a beber un largo trago de lo que parecía agua podrida, para luego mandarlos al suelo de un empujón.

—Llevad al Hades los saludos de Claudio Indómito Primero.

Los hermanos escucharon alejarse los pasos de los dos guardias, a los que les siguió la nada. Entonces empezó: los primeros escalofríos les mordieron las puntas de los pies para subir luego por las piernas, centímetro a centímetro.

—¡Por todos los sátiros! ¿Qué me está pasando? ¡Es como si un ejército de insectos me estuviera comiendo vivo! —gritó Rómulo, contorsionándose para quitárselos de encima.

—¡Para, hermano! Nos han envenenado.

—¡Malditos sean! ¡Yo los mato, yo los mato como que me llamo Rómulo!

—¿Quieres tranquilizarte? Si no solo vas a matarte a ti mismo, y pronto —Remo se pasó la lengua entre los dientes y el paladar y escupió—. Ahora la reconozco: han echado al agua hierba *necans* picada. Es un veneno terrible, te aferra los músculos, los inmoviliza y, llegado al corazón, te mata.

Rómulo empezaba a sudar frío.

—Estamos vendidos.

—Puede que no, pero tengo que encontrar el dítamo de Venus: sus flores contienen un antídoto capaz de contrarrestar este veneno. Sígueme.

Remo se deslizó a gatas por el sotobosque, con todos los sentidos alerta, hasta que olió el aroma del dítamo a una milla de distancia. Siguió el rastro con tenacidad, mientras Rómulo se las veía y se las deseaba para seguirle, desembarazándose de raíces, piedras y arbustos.

Caían, se volvían a levantar, tropezaban, gateaban, y avanzaban magullados, sudados, jadeantes, sucios, andrajosos; pero al menos avanzaban.

Por fin, Remo dio con la planta. El olor lo embistió. Extendió el cuello con el afán de un mastín, arrancó las flores con los dientes y se las pasó al gemelo. Masticaron largo rato, luego se tumbaron el uno junto al otro, a la espera de la muerte o de la vida.

En el silencio modulado por los jadeos retumbaban los latidos acelerados de sus corazones. Sintieron que los músculos se les entumecían, que el pánico les invadía en lugar de disolverse. Los minutos goteaban uno a uno, y acabaron rezando a los dioses: Remo por su vida, Rómulo por la muerte de sus enemigos.

Un halo diáfano brotaba entre las frondas cuando por fin los gemelos notaron que la vida volvía a

fluir desde los dedos de los pies. Unas horas más tarde fueron capaces de moverse.

—Lo hemos logrado —exultó Rómulo.

—Estamos atados y vendados, perdidos en un bosque desconocido a millas de nuestra casa. Llevamos sin comer desde ayer por la mañana. ¿Lo hemos logrado?

Rómulo apoyó la espalda contra un tronco y empezó a frotar rabiosamente las cuerdas. Remo, en cambio, se cruzó de piernas y abrió la mente al bosque. Sin embargo, las sensaciones le llegaban atenuadas, como si estuviesen blindadas. Al principio pensó que podía deberse a la falta del *pedum*, pero de repente le surgió una sospecha. Lo intentó otra vez, ahora con más intensidad, y sintió que el velo que protegía al bosque cedía ligeramente y luego reaccionaba. Se sobresaltó, sorprendido:

—Una fuerza me obstaculiza.

Rómulo, sudado y extenuado, renunció: las sogas eran demasiado espesas, los nudos demasiado estrechos y la fatiga del trayecto se dejaba sentir en sus miembros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, dejándose caer al suelo.

—Algo o alguien habita este bosque y me frena —explicó Remo antes de volver a intentarlo. Esta vez procedió furtivamente, evitó hacer fuerza contra el velo, y recorrió sus contornos, palmo a palmo, con los sentidos alerta como las antenas de un grillo, hasta que localizó una brecha. Apenas se introdujo por ella las sensaciones brotaron, inundándolo.

—*Estoy aquí.*

La voz que resonó en su cabeza no pertenecía a la voluntad adversa.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—*Aquel al que buscabas.*

Las sensaciones ferinas fluctuaron a través del vínculo.

—¿Un lobo?

—*Envíame tu olor o no podré encontrarte.*

Remo, tras vacilar un momento, se concentró, pero fue en vano. Entonces le pidió a Rómulo que se acercase, lo olfateó, imprimió el olor del hermano en su mente y volvió a intentarlo.

Rómulo se agitó:

—Hay algo.

—Solo es un lobo.

—¿Solo es un lobo?

—Cálmate.

—No me digas que me calme.

—No te lo digo, te lo ordeno.

Remo se agitó cuando los colmillos se clavaron en las sogas. Advertía el peso del gran hocico y la cercanía de los caninos, afilados como cuchillas. Hizo falta un poco de tiempo, pero las cuerdas acabaron por ceder. Remo se quitó la venda y vio a un macho joven, de casi un metro de altura, de pelaje gris con estrías ocre. Los ojos amarillos tenían forma de almendra.

El lobo agachó el hocico e hincó los dientes en la codorniz que había dejado caer.

—*Soy Lykos, aquel que ve en la sombra.*

Remo forcejeó durante un buen rato para liberar al hermano, que lo abrazó con gratitud, antes de mirar de reojo al lobo y agitar la cabeza:

—Sí, tenías razón. Te confirmo que estás loco.

—¿Sabes cómo llegar al límite del bosque? —le preguntó Remo al lobo, sin obtener respuesta.

—Loco no es la palabra adecuada, es una palabra que se te queda pequeña —precisó Rómulo.

Remo intentó concentrarse, y la respuesta llegó a su mente.

—¿Qué ha dicho nuestro zampacodornices? —le preguntó Rómulo al hermano, que se interponía entre él y el animal.

—Conoce el camino.

El lobo corría expedito a través del sotobosque. Los gemelos se esforzaban al máximo pero a duras penas lograban seguir el ritmo del animal que persigue al tiempo, como lo llamaban en las antiguas historias.

Rómulo estaba angustiado por una sensación de opresión.

—Tienes razón —le reveló al hermano mirándose alrededor, mientras las bolas de luz rebotaban entre los troncos—. Es como si alguien nos estuviese espiando.

—En ese caso esperemos que se limite a mirarnos —zanjó Remo, ocupado en intercambiarse imágenes con el lobo. Quería comprender. Cambiaban los lugares y los interlocutores, pero no las preguntas y tampoco las respuestas: muchas y ninguna. El mundo se derrumbaba y en el centro estaba él, que solo había pedido a los dioses el corazón de una mujer y una pequeña granja en el rincón más remoto de la Tierra.

Sin embargo, también Lykos se interesó por la presencia misteriosa.

—*Has tenido dificultades para ponerte en contacto con el bosque y encontrarme, ¿verdad?*

—¿Y por qué iba a tener que encontrarte justo a ti?

—*Te esperaba.*

—¿Me esperabas?

—*Sabía que llegarías. Lo sabíamos desde el primer día: tú eres aquel que corre con los lobos. Pero ahora háblame de esa voluntad.*

—No sabría explicarlo. Solo sé que hay algo o alguien. ¿Tú no lo percibes?

—*Tú eres el que puede percibir. Nosotros somos las sombras de tu luz. Tú hablas, nosotros respondemos. Solo tú conoces el camino para llegar hasta nosotros, nosotros no conocemos el camino para llegar hasta ti.*

—Tus palabras son oscuras.

—*Sombras de una luz. Todo lo que sé, lo sé por ti. Lo extraigo de tus recuerdos, que vuelven a aflorar.*

—¿De dónde vuelven a aflorar?

—*¿O desde cuándo? Si no encontramos la pregunta adecuada, ¿cómo vamos a dar con la respuesta?*

El sol ya estaba alto cuando Lykos se encaramó a un espolón entre los pinos. Al llegar a la cima, se agazapó para husmear el aire. El viento traía indicios de lluvia. Un halcón surcaba el cielo.

Los gemelos escalaron, siguiendo al lobo. En la cuenca que había a sus pies vieron un anillo desprovisto de vegetación, parecía la huella de un ser gigantesco. En el centro del claro, en la cima de una montañita parda, se erigía una estela de piedra.

Después de intercambiar una mirada dubitativa con el gemelo, Remo pidió explicaciones a Lykos, que en aquel momento parecía una protuberancia de la roca: gris, esculpido e inmóvil.

—*Es un lugar como cualquier otro, pero quizá como ningún otro. Si te acordases, recordarías que me has pedido que te conduzca hasta aquí.*

—Te había pedido que me condujeses fuera del bosque.

—*Fuera del bosque—repitió el lobo, como si fuese justo lo que había hecho.*

—¿Qué es esa delgada torre de piedra?

—*Un espejo.*

—¿Quieres decir que puedo mirar en su interior?

—*Eso leo en tus recuerdos.*

—¿Qué veré en el espejo?

—*Te verás a ti mismo.*

Remo estudió la estela, pupila puntiaguda en el centro de un globo, y se estremeció. Durante un instante tuvo la clara sensación de haber estado ya en aquel lugar y, un segundo más tarde, sintió haber tenido ya esa misma sensación en otra ocasión: el recuerdo de un recuerdo. Era una araña presa en su propia tela. Se le escapó un suspiro de contrariedad: la memoria de los hombres es una pequeña red arrojada a un río, y lo que ha sucedido resulta no ser tan distinto de lo que no ha sucedido.

Rómulo tuvo que zarandear al hermano.

—Por todos los sátiros, ¿qué te pasa? Pareces ausente o, mejor dicho, en compañía de otras presencias. ¿Estás bien?

—¿Bien? —dijo Remo con los ojos abiertos de par en par—. Creo que no podré estar mejor en mi vida. —Se rascó la cabeza con los nudillos y luego indicó el claro—. El lobo dice que deberíamos echar un vistazo.

Rómulo levantó la comisura izquierda de la boca y entornó un ojo.

—¿Tú qué dices que tenemos que hacer?

—Yo digo que sigamos y lo dejemos estar.

Puede que Remo no hubiese cambiado tanto; a fin de cuentas, la prudencia seguía siendo la estrella más brillante en su firmamento. No así en el de Rómulo.

—¿Quieres contradecir a un lobo parlante? —le preguntó, antes de iniciar el descenso.

Lykos lo siguió con la mirada.

—*Ese hombre es valeroso.*

—No, solo es mi hermano —dijo Remo.

La estela tenía unos diez metros de alto y unos dos de ancho, era tenebrosa. Los gemelos no habrían podido definirla con otras palabras. Los rayos de sol, incapaces de bañarla, la rodeaban en una espiral luminiscente.

—Qué raro, está caliente —murmuró Rómulo acariciándola.

Remo giró alrededor de la estela y se colocó en el lado opuesto; apoyó la mano sobre ella y la encontró fría como el hielo.

—¿Qué ves? —gritó Rómulo desde el otro lado. El objeto macizo les impedía verse.

—Nada, ninguna inscripción, y sin embargo parece a todas luces obra del hombre. ¿Tú qué ves? —preguntó a su vez Remo.

—Yo tampoco veo nada —respondió Rómulo, pero en ese momento advirtió que la piedra se enfriaba y un esplendor nebuloso emergía de sus poros.

Sobre la otra fachada, la superficie se calentó bajo los dedos de Remo y pareció absorber la luz del mediodía: se nutría de ella, creciendo y mutando. Los contornos se difuminaron y volvieron a plasmarse. En la parte baja, las sombras se dividieron en dos ramas, y de los vértices superiores partieron otros tantos apéndices, dando forma a una mancha similar a un rostro.

Un hombre reluciente se erigía ahora frente a Rómulo en lugar de la piedra. Vestía una corta túnica de batalla, una lorica de bronce repujada y un yelmo crinado. Tenía los músculos esculpidos, la piel vívida y un rostro de una belleza salvaje; en sus ojos ardía una luz intensísima. Echó hacia atrás la

mano con la que sostenía una lanza y levantó la otra, con el índice en alto.

Un báculo pastoral surgió en la mano del numen que se le había aparecido a Remo en el otro lado. Estaba desnudo, excepción hecha de un par de botas de cuero que le llegaban hasta la rodilla y una capa de lana atada al cuello que le cubría los hombros y acababa en una cola. Sobre las orejas puntiagudas llevaba una corona de hojas, y su barba, también puntiaguda, descendía desde la barbilla. Remo hincó una rodilla en el suelo y solo entonces se percató del pájaro carpintero posado sobre el hombro de aquel dios o demonio.

Los gemelos estaban a pocos pasos de distancia, separados únicamente por aquel objeto delgado, pero era como si se encontrasen en dos mundos distintos. Cada uno de ellos, perdido en su visión, se había olvidado de la presencia del otro.

El mochuelo emitió un sonido antes de posarse sobre el índice del guerrero de luz, que dijo con voz de trueno:

—Rómulo, escucha la voz de Marte, hijo de los Celestiales, fundador de naciones, pastor de pueblos.

Cuando Remo levantó la mirada encontró dos ojos cargados de sabiduría y melancolía.

—El demonio Fauno, señor de las manadas y las fieras, espíritu sempiterno del bosque, te saluda —dijo el numen.

Marte clavó la lanza a los pies de Rómulo.

—Fundarás una ciudad, la llamarás Roma en honor a tu nombre y reinarás sobre ella por los siglos de los siglos. La oscuridad no prevalecerá sobre ella; jamás sus puertas serán desgoznadas, jamás sus murallas abatidas, jamás sus templos profanados, pues yo estaré contigo.

Fauno posó una mano sobre el hombro de Remo, que tembló como una hoja bajo la lluvia.

—Fundarás una ciudad de nombre Remoria, en honor al tuyo, y vivirás en ella hasta el fin de los días. No conocerá final ni abandono: si es humillada, se redimirá; si es derrotada, se levantará; si se ve postrada, resurgirá.

Rómulo y Remo, ajenos a la presencia del otro, hicieron la misma pregunta:

—¿Dónde?

—Allí donde se oculta el pasaje que conduce a las islas de los Beatos, donde Cronos el Terrible está cautivo. La ciudad lo encerrará para siempre —respondió Marte.

—En ningún sitio más que en el *Umbilicus Urbis*, el punto de encuentro de la clepsidra del tiempo, allá donde un cono vierte en el otro su arena —respondió Fauno.

—¿Cómo lo encontraré? —preguntó Remo.

—Ojos y oídos escrutan y escuchan incluso ahora. El Logos te guiará; ya has visto y ya has escuchado ese sitio —reveló Fauno.

A ambos lados de la estela resonaron las mismas palabras.

—El Terrible está alerta, quiere engullir el flujo del Logos y esclavizar a dioses y hombres. Te buscará y te insidiará, mas si logras resistir habrá sido derrotado para siempre.

»Para defenderte de las hordas del Terrible y fundar la Ciudad Eterna necesitarás los siete *Pignora Imperii*, los objetos dotados de la gracia celestial.

»Encuentra el lituo, el cayado de la creación, capaz de separar el cielo y la tierra, trompeta celestial para convocar a los muertos bajo tu estandarte.

»Solo si empuñas el escudo y la lanza de Marte, señor de los ejércitos, podrás prevalecer sobre los enemigos más fuertes y numerosos.

»Mantén lejos de tus enemigos el Paladión, la indestructible llave capaz de liberar al Terrible, y lleva contigo el fuego inmortal de Vesta, que encenderá el corazón de los vivos.

»Desentierra el hacha de doble filo que lanza rayos y, por último, el cetro vivo de Júpiter Tonante. Quien lo empuñe, empuñará el mundo.

—¿Dónde los encontraré? —preguntó Rómulo.

—Los siete se perdieron tras la última batalla de la Edad del Oro, pero tú los recuperarás —le garantizó Marte.

—Los hombres buscan el cielo y, al buscarlo, lo encuentran. Busca al Pontífice, busca con el Pontífice. Él te guiará —le respondió Fauno a Remo.

Marte posó la punta de la lanza sobre el hombro de Rómulo.

—Te consagro a esta última obra, con tu vida y con tu muerte.

—Con mi vida y con mi muerte —repitió Remo rozando el báculo con la frente, antes de verse invadido por un ligero entumecimiento.

Al otro lado Rómulo cayó de rodillas en ese mismo instante. El anillo giraba cada vez a más velocidad a su alrededor, transformando el bosque en una vortiginosa mancha verde bajo el azul remoto. Luego, la nada.

Remo volvió en sí bajo el sol de la tarde. Observó con atención, pero la estela no proyectaba sombra alguna. Mientras se restregaba los ojos somnolientos, oyó que el hermano lo llamaba una vez, luego una segunda, más fuerte, y hasta una tercera, con cierto tono de impaciencia.

—Estoy aquí, sí, estoy aquí —murmuró Remo antes de rodear la estela y encontrarse con él.

Un luz febril ardía en el rostro de Rómulo.

—He tenido un sueño.

—Los dos lo hemos tenido.

La luz se convirtió en fuego.

—¿Entonces tú también has visto y has escuchado?

Remo dudó antes de responder. Le parecía que en aquella pregunta se escondiese una trampa que su hermano ignoraba. Sin embargo, no había forma de eludirla.

—Sí, dijo al final.

—¿Y qué piensas? —preguntó Rómulo con un tono ansioso.

—Me pregunto si, en este caso, es posible pensar.

—¿Pero si lo fuese?

—Pienso que donde antes había un loco, ahora hay dos —respondió Remo sin entusiasmo.

Rómulo lanzó un grito, luego se echó sobre el hermano abrazándolo con ímpetu.

—¡Lo sabía!

—¿Qué sabías? —le replicó Remo, apartándose.

—Que esto era solo el principio.

—Mis deseos son otros.

—¿Cómo puedes saber lo que quieres si aún no has visto nada?

—He visto lo suficiente.

—¿No eras tú el que siempre decía que uno vale lo mismo que las cosas a las que da importancia? ¿Quieres valer lo mismo que una oveja?

Remo golpeó el monumento con la mano.

—Guerra, enemigos, muerte, ¿es eso lo que quieres?

—La ciudad más grande de todos los tiempos, eso quiero.

—No es más que un sueño.

—Si acaso, lo será. Nuestro gran sueño —dijo Rómulo, con una mirada que ocultaba una promesa

muy parecida a una amenaza—: Estemos locos o no, creo que el mundo se las tendrá que ver con nosotros.

Libro segundo: Sacerdotes de los infiernos

Libro segundo

Sacerdotes de los infiernos

Remo sacó la flauta de su funda e improvisó un par de notas intentando acompañar el ritmo con la cadencia de su marcha. Media milla más adelante dio por fin con el tempo deseado y comenzó la melodía.

Con la alforja colgándole sobre el pecho, el manto atado al cuello, el cayado en vilo sobre los hombros y un sombrero de paja en la cabeza, caminaba con su andar destartado por el sendero sombreado por los chopos. Las notas iban entrelazándose y espesándose cada vez más, hasta coser una vela transparente que parecía conducirlo hacia adelante.

Se había quedado en casa del padre solo dos días, que le habían servido para pronunciar una única palabra: adiós. No aceptaría la corona de una nación pasada y no se convertiría en el soldado de un pueblo en construcción. Los aborígenes, o lo que quedaba de ellos, eran su gente, pero no estaban de su lado; los quiritas eran extranjeros y conquistadores, y aun así exigían que se uniese a ellos, pero solo después de haberlo querido muerto.

Su padre había sido un hombre sabio, pero ahora era un viejo con sueños de niño, e iba perdiendo la sabiduría poco a poco, como los niños pierden los dientes. Los pensamientos le nublaban la mente y para ahuyentarlos sopló con fuerza la flauta, liberando una música marcial y acuciante, que le obligó a aumentar el ritmo para seguirla.

Después de la visión en la estela, durante unos momentos había sido una única cosa con su hermano, amén de sentirse en el camino adecuado. Sin embargo, al separarse de Rómulo se había alejado también de sí mismo y ahora iba a la deriva, presa de corrientes invisibles, incrédulo y distante de los asuntos mundanos.

Rómulo había decidido convertirse en un quirita y vivir junto a quienes habían deseado su muerte. Sin barajar siquiera la posibilidad de pasar por casa, se había puesto en marcha hacia Siete Colinas con la intención de presentarse ante el curio máximo para cobrar el premio por haber sobrevivido: una espada y un voto.

—Puede que un día me convierta realmente en caudillo y funde la ciudad de la profecía, pero antes tengo que hacerme soldado —le había explicado al hermano antes de despedirse.

Remo no había escondido su desilusión.

—¿Qué sentido tiene canjear la libertad por un trozo de hierro y un fragmento de loza?

—La libertad no es huir del mundo, sino hacerse parte de él —había replicado Rómulo, con los ojos clavados en el sendero hacia Siete Colinas.

—Yo digo que es mejor ser pastor que oveja.

—Hermano, a veces me temo que serás un pastor durante toda la vida.

—¿Y del sueño en la estela, qué piensas ahora?

—Mi vida es mi camino. Si es verdad que los dioses tienen planes para mí, que no te quepa la menor duda de que vendrán a buscarme. Yo no me esconderé.

Remo había señalado las colinas a sus espaldas.

—¿Qué has hecho durante el último año?

—Un poco de justicia; para hacerla al completo hay que crecer. El jefe de una aldea puede beneficiar a una aldea, en cambio, el jefe de una ciudad puede beneficiar a la ciudad y a todas sus aldeas.

—¿Así que crees en la profecía?

—Creo en Rómulo, hermano. Ahora marcharé hacia Siete Colinas, me convertiré en un quirita y un día la gobernaré. Entonces liberaré a nuestro pueblo.

Remo había cerrado los puños, y la hierba que pisaba se había movido.

—Claro, un día liberarás a nuestro pueblo y, mientras tanto, abandonas a nuestra familia. Mañana te convertirás en un ciudadano pero hasta ayer fuiste un bandido. Crees en el camino marcado por la profecía, pero mientras tanto le das la espalda. Te encargarás de todos, pero ahora solo te importas tú mismo. Hermano, te estás extraviando.

—¿Estás seguro de que estás hablando de mí, hermano?

Tras desearle buena suerte, sin hacer demasiado por arreglar la disputa, salvo una caricia rápida y cohibida, Remo volvió a Roble Quebrado para despedirse de sus padres. Cuando un pastor aborígen era convocado, tenía solo dos posibilidades: convertirse en un quirita o en un muerto; él se iba a convertir en un espectro.

—Si me quedo aquí, llegarán los soldados de Siete Colinas y nos matarán —le había explicado a su padre—. Así que iré a Último Pago, y más allá si es necesario.

—Vayas donde vayas, no te alejarás ni un paso del lugar al que estás destinado.

Luego llegó el turno de despedirse de Pan.

—Dame un tiempo para establecerme en mi nueva casa y luego volveré a recogerte, viejo.

Estaba demasiado inquieto como para esperar hasta la mañana siguiente, con lo que se puso en marcha a la caída del sol. Por primera vez fue la madre quien lo acompañó por la senda que llegaba hasta el pozo, como durante tantos años había hecho Fáustulo cuando Remo salía con el rebaño.

Aca, balanceándose de la mano del hijo, había cantado con esa voz fascinante que de pequeño le hacía dormirse y, más tarde, de adolescente, había vuelto a despertar en él la pasión por la música. Fue precisamente ese talento para la canción el que le había procurado la fama de bruja, pues, según se murmuraba, aquellos *carmina* antiguos transmitían oscuros misterios con los que realizar sortilegios y hechizos.

—Me arrepiento de no haberte pedido nunca que me enseñases los secretos del canto —le había revelado Remo, lleno de nostalgia por todo lo que no había sido y ya no podría ser.

—En cambio, lo hice. Así como el ruiñeñor hace con sus pequeños, te he revelado los secretos. Tú cantas.

Cuando los ojos llenos de noche se posaron sobre su rostro, Remo se echó a temblar: la madre era una desconocida. Sin duda la amaba, pero como se ama aquello que no se conoce; amaba el deseo de conocerla, de saltar el foso que los había separado y de explorar ese sentimiento aún virgen. Le pidió perdón con la mirada por haber, en cierto sentido, preferido al padre, acaso porque siempre lo había visto más débil que a ella, a pesar de ser un hombre resuelto y estimado por todos.

—Madre, perdóname si durante años he creído, sin razón, que todos tus sentimientos estaban dirigidos hacia Rómulo.

Aca le acarició la mejilla, el dorso duro de su mano lo conmovió. ¿Cuánta fuerza había en las mujeres?

—Tú eres Rómulo.

Remo, que ya no lograba contenerse, escondió el rostro entre el hombro y la barbilla de la madre y rompió en un llanto sincopado. Cuando llegó por fin el momento de la separación, frente a las piedras del pozo calcinadas por la luz de la luna, le prometió solemnemente que, cuando volviesen a verse, encontraría a un hombre y no a un chico.

Aca se limitó a asentir, incapaz de desvelar aquello que habría debido. Inmóvil, con una mano abandonada y la otra apretada con fuerza contra los dientes, se quedó mirándolo alejarse bajo las

estrellas y, en fin, desaparecer en el bosque.

Sin darse cuenta, el hijo había ido a escuchar las palabras de un adiós, no para pronunciarlas.

Remo, con los labios apretados contra la flauta, se giró, pero esta vez no le seguía el rebaño de su padre, la vía láctea familiar, sino un solo animal, parche gris sobre el manto nocturno atravesado por dos relámpagos amarillos.

—¿Por qué me sigues? —le preguntó a Lykos.

—*Porque me lo has ordenado.*

—Nunca te he ordenado tal cosa —esputó Remo.

—*Quizá, después de hacerlo, te obligaste a olvidarlo.*

—El problema es que, para mí, no existe un antes.

—*No siempre vivimos en el tiempo.*

—En cualquier caso, es hora de que te marches. Ahora —le ordenó Remo, que esperó hasta verlo desaparecer entre los chopos antes de continuar.

Llegó a Último Pago un par de horas antes del amanecer. Dejó caer la alforja y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared exterior del caserío. Tenía intención de esperar en silencio a que Angerona se despertase, pero inconscientemente se llevó la flauta a la boca, cerró los ojos y empezó a tocar. Cuando volvió a abrirlos, Angerona estaba sentada a su lado y miraba fijamente la oscuridad, con las manos apoyadas en los pies desnudos. Acarició el hombro de la joven. Algo le latió el pecho, luego subió hasta la garganta. Posó el instrumento sobre las rodillas.

Los dedos de ambos tamborileaban el suelo; primero se rozaron con timidez, luego se cubrieron y, al fin, se entrelazaron, pero ninguno de los dos dijo nada.

Amanecía cuando, por fin, Angerona dijo:

—Has cumplido tu palabra. Has vuelto y has vuelto vivo.

—He vuelto —murmuró Remo, como si fuese una pregunta.

—¿Has vuelto por mí?

La pregunta lo sorprendió. A Angerona le había bastado un vistazo para adivinar su turbación. No le había echado nada en cara, no se andaba con indagaciones, sutilezas, alusiones. Había ido al grano con firmeza y candor, así de sencillo. Ni siquiera exigía una respuesta si no era de vida. Si en el mundo existía una persona para él, esa era ella.

—Es lo que quiero creer.

El sol los sorprendió trabajando. No se dijeron nada más hasta la hora de comer. Sin embargo, de cuando en cuando, mientras él partía leña y ella revolvía el queso, levantaban la mirada, por una extraña coincidencia, en el mismo instante. Entonces se intercambiaban una sonrisa o un gesto, a veces cómplice, otras tímido. Luego volvían a sus quehaceres, pero cada pretexto era bueno para pasar junto al otro y acariciarse.

Hacia el mediodía, Remo ayudó al padre de Angerona a levantarse del camastro de paja en el que se obstinaba a dormir desde que había quemado la estera compartida durante tantos años con su mujer. Clicio se agarró al brazo del joven sin soltar la bota de leche fermentada que apretaba contra el pecho. A pesar de que la hija se encargase de lavarlo cada día, aun a costa de insultos e imprecaciones, el hombre siempre tenía encima un olor de enfermedad.

—¿Por qué tengo que comer? Lo único que gano es un día más de sufrimiento. Es una pérdida de tiempo, tiempo en el que bien podría estar bajo tierra —se lamentó, rechazando la rudimentaria muleta de madera.

Le habían amputado la pierna derecha a la altura de la rodilla, mientras que la izquierda era una

maraña de cicatrices. Quince años atrás, en tiempos de la gran carestía, volviendo del mercado semanal, él y su mujer habían sido asaltados por una manada de lobos. La mujer había muerto pero Clicio, luchando con la fuerza de la desesperación, había conseguido poner a salvo a su hija. Entre las fauces de las bestias no se había dejado solo las piernas y el amor, sino también las ganas de vivir.

—No cuentes los días, haz que sean los días los que cuenten para ti. Era lo que siempre decía la mamá —le recordó Angerona mientras ponía la mesa.

—Tu madre hablaba demasiado —rebatía el viejo con los ojos infestados de capilares rojos. Luego, con un susurro—: Pero habló durante demasiado poco tiempo.

Siguió un silencio que solo se vio roto por el ruido de la vajilla. Remo rechazó el paño que Angerona le ofrecía y a manos desnudas quitó la olla del fuego, la puso en la mesa y, con un cucharón de madera, llenó tres cuencos. Cortó cuidadosamente el único trozo de tocino y lo puso en el cuenco de Clicio, que picoteaba distraído la polenta con la punta de la cuchara entre sorbo y sorbo.

—Sí, hablaba demasiado. ¿Lo he dicho ya? —el hombre escupía palabras de sus labios desarticulados, mientras los dos jóvenes lo escuchaban con una mezcla de temor y deferencia—. Pero antes aun de ser tu madre, era mi mujer.

Angerona le aferró la mano y asintió con un gesto relajante. Después de repartirse un puñado de ciruelas verdes, Remo quitó la mesa y barrió el suelo. Luego se arremangó y se puso a raspar el caldero mientras Angerona lavaba los platos.

De repente, la cantinela relajante de la actividad doméstica se vio rota por el balido aterrado de las ovejas. La joven se giró hacia Remo con aspecto interrogante, pero el que respondió fue el padre, que miraba hacia otro lado con los ojos vacíos.

—Lobos —susurró, escupiendo al fuego.

Remo dejó caer la espátula y salió a comprobarlo. En la cresta de la colina se recortaba la silueta de Lykos. Estaba a favor del viento, no tenía intención de cazar, sino de anunciar su presencia.

Angerona llegó a espaldas del joven y le ciñó el pecho con las manos.

—Un lobo solitario. Se habrá perdido.

Remo se apartó con la expresión de quien ha sido golpeado a traición.

—Es solo una bestia, y las bestias no se pierden. Vamos adentro.

Por la tarde los dos jóvenes se encargaron de limpiar el establo y de dar el forraje a los dos mulos y las sobras de la comida a las gallinas. Janto, como de costumbre, restregó su hocico contra la mano de Remo.

—Ese mulo se parece a ti —bromeó Angerona, pellizcándole el muslo.

—¿En el carácter, quieres decir?

—Quiero decir que los dos tenéis solo una cosa buena.

Remo, avergonzado, sacudió la cabeza, pero por algún extraño motivo, mientras miraba de reojo a la joven, fascinado por su impudencia, pensó que los mulos son estériles y se puso triste. ¿Por qué pensaba siempre en cosas malas, incluso en los momentos tranquilos? «Es completamente cierto eso de que la felicidad se extingue con el presentimiento cotidiano de su final», se dijo, antes de dar una palmada en el lomo del animal.

—Aguanta, campeón.

Pasaron el resto de la tarde revolviendo el huerto de cara a una nueva siembra y charlando de su pasado en previsión del futuro. Ninguno de los dos había dicho nunca nada claro al respecto ni había hecho promesas, pero la perspectiva de una vida juntos les parecía una consecuencia natural,

como el derretimiento de las nieves al final del invierno. Era solo una cuestión de tiempo, y como sabían que la mitad del gozo reside en la espera, gozaban de aquellas horas juntos con un estupor pueril.

Con la puesta de sol, Remo sumergió la cara en la pila de piedra situada en el centro de la era para lavarse el polvo y el sudor. Mientras tenía la cabeza bajo el agua, con las manos apoyadas en los bordes, Angerona se desnudó en un santiamén y se metió de un salto en el agua, levantando una lluvia de gotas, luego se agarró del cuello del joven, intentando arrastrarlo con ella. Remo opuso resistencia, pero se resbaló sobre las losas, perdió el equilibrio y cayó al agua.

Angerona salió del agua y corrió desnuda por la pendiente, donde el sol recogía la última franja de su alfombra ocre. Se tumbó entre las jaras blancas y rosas, a pocos metros del olmo que coronaba la colina. Remo salió de la pila, se quitó la túnica, la extendió sobre una roca para que se secase y se dirigió hacia la joven con un aire amenazante, pero al final se dejó caer a su lado, renunciando a la venganza.

—Podías haberme roto la cabeza.

—A lo mejor te habría hecho más guapo.

—¿Qué tiene de malo mi cara?

—La nariz, puede que los pómulos, sin duda las orejas. Ahora que te miro, estás lleno de defectos.

—A mí los defectos me sientan bien.

Angerona arrancó una flor y se la puso entre el pelo.

—Ahora me gustas.

—Qué extraño es el destino de la jara: se marchita en un solo día.

—Pero en su lugar florecerán otras diez.

Más tarde entraron en casa intercambiándose miradas cómplices, conscientes de que dos personas como ellos, juntos, se habrían podido divertir durante toda la vida. Angerona lo vio primero y se quedó de piedra: sentado en el suelo, en un charco de orina, con la espalda apoyada en la pared y bota en mano, Clicio miraba al techo con un aire penosamente místico. Tenía una sonrisa socarrona dibujada en los labios, como si hubiese descubierto el secreto del mundo y hubiese resultado ser repugnante. La mirada de Remo buscó al instante la de Angerona: la vio negra, y se entristeció.

Clicio los señaló e intentó hablar, pero tragó en falso.

—Época de lobos —masculló al fin, e intentó levantarse sin la muleta, imitando a la gallina que salta desde un fardo de paja. Remo se arrodilló para ayudarlo—. Puedo hacerlo yo solo —farfulló el viejo antes de apoyar todo su peso sobre el joven.

Angerona lo desnudó, lo lavó con agua y jabón de oliva y lo secó con un paño que había puesto a calentar junto al fuego. Luego, con la ayuda de Remo, lo metió en la cama. En el mismo momento en que Clicio tocó el camastro se sumió en un sueño de muerto, acompañado de grandes ronquidos; no obstante, se despertó solo una hora más tarde. Pidió que lo llevaran a la mesa para cenar, pero no tocó la comida.

—¿No comes? —le preguntó Angerona, intentando enmascarar la inquietud para no irritarlo.

—Os veo comer, ¿no puedo? —Durante toda la cena estudió a Remo, y solo le quitaba la mirada de encima para dar largos tragos de leche fermentada a su bota de piel. El joven le hacía preguntas para animar la conversación, pero Clicio respondía con monosílabos. Al final de la cena, de repente, dirigió su mirada, colmada de pena, al rostro de la hija—. Ahora lo tienes a él.

—Papá...

—Nada de papá. Ya no me necesitas. Remo, escúchame: llévame al bosque y déjame allí. Déjame en manos de los dioses o de los demonios, de la naturaleza y de la nada. No te pido que me mates,

solo que me lleves hasta allí. —Se acercó dando un saltito torpe en la silla, puso la otra mano sobre la de Remo y murmuró con un calor inusitado—: Te lo pido por favor, chico.

Remo, sumergido en el aliento del viejo, buscó a Angerona y encontró una bofetada: la joven le había golpeado nada más girarse.

—¡Que no se te ocurra siquiera! ¡Ni se te ocurra! —le gritó furiosa.

—No lo haré —le prometió Remo, bajando la cabeza.

Clicio retiró la mano.

—Que quede clara una cosa: has demostrado que no eres más que un chiquillo, con lo que no eres digno de yacer con una mujer. No volverás a dormir bajo mi techo hasta que no te conviertas en un hombre. Los niños hacen lo que quieren, los hombres hacen lo que hay que hacer.

Remo asintió con la cabeza gacha, percatándose con el rabillo del ojo de que Angerona salía corriendo de la casa. Ayudó a Clicio a llegar hasta el camastro y volvió a la cocina. Mientras escuchaba por un lado los insultos de Clicio, que desde la habitación contigua despotricaba contra ambos, por el otro se esforzaba en captar los posibles movimientos de la joven, al otro lado de las paredes domésticas.

La tentación de usar su poder para seguirle el rastro era fuerte, pero resistió. El mundo exterior lo llamaba, sin embargo, él tenía que ser fuerte y bastarse por sí mismo. Al final, cuando la mesa estuvo limpia, el suelo brillante y la vajilla inmaculada; cuando ya no hubo nada que hacer, se derrumbó sobre la silla y se llevó las manos a la cabeza, incapaz de dejar de mover las piernas. Intentaba sofocar el impulso de salir volando afuera por miedo a que Clicio, en un ataque de ira, se sintiese mal y él no estuviese allí para socorrerlo. Angerona no se lo habría perdonado jamás.

Una hora más tarde la joven volvió a entrar con la expresión serena y decidida de quien es consciente de que solo se recibe para dar: de lo contrario se pierde. Remo se puso en pie de un salto, ella le rozó los labios con los suyos, luego lo apartó con un gesto delicado pero decidido de la mano, le murmuró «buenas noches» y se retiró a su habitación.

Remo, después de quedarse un rato mirando la puerta, con la débil esperanza de que se volviese a abrir, se echó una manta sobre los hombros, cogió la flauta y salió. El coro de los insectos tomó aire para luego seguir con su monótona y zumbante letanía.

Los postigos de la habitación de Angerona estaban abiertos. Remo se acuclilló bajo la ventana y empezó a improvisar; había una melodía confinada en el instrumento y él solo tenía que liberarla. Con los asuntos de la vida la cosa no era muy distinta.

Dentro del establo iluminado por la luz de la luna que se filtraba por las hendiduras, el mulo Janto agitó las orejas; en el redil, las ovejas esmirriadas abrieron los ojos y, sobre la colina, en el fondo del valle, un lobo levantó el hocico y aulló. En sus camas, Angerona y Clicio se dirigían a los dioses, la una rogándoles, el otro maldiciéndolos.

Remo tocó hasta el final de la noche.

-Has esperado más de un mes para entregar tu mensaje: te has ganado un minuto de mi tiempo — proclamó Amulio, señor de Alba, con una voz cautivadora a la par que estentórea, como si le bastase un soplido para provocar un trueno. Durante el breve discurso había separado de la sien la punta de los dedos de la mano derecha, sobre los que se apoyaba.

—¡Dioses! —murmuró Céler. Sin darse cuenta, fiándose más de los ojos que de los oídos, había alargado el cuello para escuchar las palabras del soberano, que estaba a unos cien metros de él. En realidad, gracias a la extraordinaria acústica de la sala, hasta el más leve susurro se oía con claridad en todos los rincones.

La luz que se filtraba por las ventanas estrechas turbaba a malas penas la penumbra de la basílica. El edificio más antiguo de Alba, cuyos cimientos habían sido puestos siglos atrás por el héroe troyano Eneas, dominaba la ciudad desde lo alto del Pico Dorado.

Céler había palidecido ante la fachada revestida de piedras policromas y, una vez dentro, su silencio atónito se había transformado involuntariamente en un silbido, mientras contemplaba el techo cubierto de estrellas de plata y sostenido por imponentes columnas.

El hermano saturnino había sido convocado tras cinco semanas de paciente espera, durante las que había vagabundado por la gran ciudad, obligado a robar o, aún peor, a trabajar, con tal de procurarse un cuenco de sopa. Cada noche volvía, puntualmente, a la Puerta del Cielo, único acceso a los tres picos y a los barrios reales, para informar al ordenanza del chambelán de la corte que él y su mensaje estaba aún en la ciudad. Cada vez recibía la misma respuesta: Amulio tenía asuntos más importantes que él, quienquiera que fuese, y que su mensaje, cualquiera que fuese.

Sin embargo, aquella noche, antes siquiera de poder repetir su petición cotidiana, fue levantado en peso y conducido ante el Trono Tonante, la mítica cátedra donde trescientos años antes Latino había sido coronado como rey por el mismísimo Marte en persona, al término de una legendaria batalla entre dioses y hombres cuya causa había caído en el olvido.

Con el paso de los siglos, alrededor del trono se había erigido la basílica que, junto al palacio y la casa de las vestales, ocupaba toda la superficie del Pico Dorado; el Pico Celeste, más alto pero fino, había sido designado para los templos. En fin, el Pico Marcial, macizo y escuadrado, acogía el cuartel y los barrios militares. En cascada, la piedra y la madera habían cubierto las colinas, donde se levantaban los tres espolones, y la llanura, hasta llegar a las murallas ciclópeas, de veinte metros de altura y diez de grosor, donde se abrían cuatro puertas de bronce.

Céler, conservando un equilibrio precario sobre una losa de mármol consumida por miles de pies, intentaba mantener un comportamiento digno, aunque en aquel momento su único deseo era el de huir. Había pensado que nada podría turbarle más que la basílica, hasta que vio a Amulio.

El rey vestía una armadura y parecía tener la misma complexión que las estatuas de Eneas y Latino que, erigidas en el hemiciclo, a espaldas del podio, lo flanqueaban. Además, parecía brillar, pues por la ventana del ábside descendía como la nieve un polvillo dorado que se reflejaba sobre la capa real, cubierta de minúsculos cristales, creando un halo luminoso a su alrededor.

Por si fuera poco, setenta y dos poderosos guerreros, con el rostro escondido por monstruosos yelmos negros, formaban un semicírculo perfecto frente al podio.

—Querría pan y sal —balbuceó Céler. A su lado, el chambelán, gordo y hierático como un gato, miraba fijamente a un punto lejano e impreciso entre las dos estatuas descomunales al fondo de la

basílica.

Amulio se llevó la mano a la barbilla.

—Malas noticias, pues. ¿Me ofreces una espada y a cambio quieres un escudo? Que así sea.

De una puerta oculta en el coro de madera apareció un hombre con una cesta de pan y un cuenco lleno de sal. Empleó un minuto infinito para llegar a la entrada de la basílica. Cuando estuvo a su alcance, Céler alargó la mano para aferrar un mendrugo de pan, lo espolvoreó de sal y se lo llevó a la boca. Mientras masticaba, lanzaba miradas suplicantes al chambelán para que lo tranquilizase, pero el gordinflón estaba demasiado ocupado escrutando su punto mágico como para ocuparse del joven mensajero. ¿Había comido bastante para ratificar el carácter sagrado del embajador?

—El tiempo vuela —decretó el rey.

—Vengo de parte de Rómulo, hijo de Fáustulo, del pago de Roble Quebrado, de Siete Colinas, comandante de la Hermandad Saturnina —anunció el joven tras tragarse el último bocado.

—Todos tenemos un origen, ¿pero quién tiene realmente una meta? ¿Qué lleva a la lombriz a dejar la hierba para reptar sobre el camino? Dímelo.

Céler, con un gesto rápido, sacó del bolsillo interior de la túnica el medallón de Tulio y lo lanzó al suelo. El amuleto se deslizó centelleante hasta golpear la base del podio real. Amulio se echó unos centímetros hacia adelante para mirar y luego volvió a su posición.

—Pésimas noticias.

—Rómulo ha matado a tu capitán, Tulio, hijo de Mulio, por una causa justa.

—No existen causas justas. Existen hombres justos e injustos, y la división la hacen los justos.

Céler perdió el hilo de la conversación: no se esperaba un diálogo y, en cambio, el soberano hablaba e incluso parecía más interesado en sus propias palabras que en las del mensajero.

—Nosotros combatimos por la libertad de nuestro pueblo.

—¿Tenéis un pueblo?

—Somos aborígenes.

—Sois lo que os han dicho que seáis: siervos. No existen latinos, albeses, quiritas, aborígenes. Existen hombres libres y siervos. Los primeros hacen lo que hay que hacer, los otros hacen lo que se les dice.

—Nosotros deseamos la redención.

—Ahora te revelaré lo que quieres decirme: habéis matado a uno de mis hombres, os habéis dado cuenta de que habéis cometido un error y ahora teméis mi venganza. Tu jefe te ha mandado aquí para proponerme un regalo, una compensación, un motivo para no vengarme. Yo no soy vengativo, soy justo, y la justicia es más implacable que la venganza. La justicia no se corrompe, porque es ciega al oro y sorda al tintineo del cobre.

Céler comprendió que en ese momento su vida pendía de un hilo y se arrojó:

—Tú anhelas Siete Colinas, la más rica de las ciudades latinas. Siete Colinas anhela Alba, la más poderosa. Tarde o temprano estallará una guerra entre las dos ciudades, y será una guerra equilibrada. Siete Colinas te paga cada año una pequeña parte de su riqueza, pero tú la quieres toda. Nuestra banda controla los senderos de acceso a Siete Colinas y tiene bases escondidas en los bosques que la rodean: podemos robar despachos, interrumpir las comunicaciones, asaltar a los portadores. Te hemos dado una prueba asaltando a tus soldados para robarles los tributos. Podemos jugar un papel en la futura guerra y hacer que la balanza se decante de tu lado.

Se detuvo para valorar la reacción al discurso, recitado de memoria, pero estaba demasiado lejos como para adivinar la expresión del rey, que no se había movido ni un milímetro.

—Somos una espina en el dedo, te corresponde a ti decidir de quién es la mano —añadió echando

mano del poco valor que le quedaba.

—¿Me ofreces este poder? —preguntó el soberano, uniendo índice y pulgar como si sostuviese una espina minúscula e imaginaria—. Y yo lo cojo —afirmó tras unos instantes, cerrando de repente el puño. Luego extendió el brazo musculoso señalando a la puerta de bronce—. Vuelve y dile a ese tal Rómulo que tiene el perdón de Amulio el Luminoso. Seguid atormentando el dedo de Siete Colinas a la espera de mis órdenes.

Céler, incrédulo de seguir con vida, con una respiración jadeante y los pies de plomo, fue acompañado afuera por el chambelán. Entonces, a través de una escalera excavada en un ambón, descendió hasta la nave el guardián de las llaves, que había escuchado el mensaje desde una de las galerías superiores.

Desde hacía nueve lustros, Turno servía al rey de Alba en calidad de primer ministro, como ya hicieran sus antepasados antes que él. Ese título pertenecía a su familia desde el día en que, tres siglos atrás, Eneas tomase el Pico Dorado. Por él corría la sangre de los rútulos, derrotados por los troyanos: a los descendientes directos del rey muerto en combate, el hijo de Anquises les había concedido el segundo cargo del reino, confirmando así que se merecía el sobrenombre de Pío.

El guardián sintió sobre sus hombros todo el peso de aquellos trescientos años cuando se agachó para recoger el medallón de Tulio. Tras un vistazo rápido, se lo ofreció al rey.

Amulio lo hizo oscilar frente a sus ojos.

—Dime qué ves.

—El colgante de uno de tus subordinados.

—Yo veo Siete Colinas.

—Ese Rómulo no es un quirita. Por lo que he entendido, es poco más que un bandolero.

—Pero es un hombre, o mejor dicho, un hombre del destino; en particular, un hombre de mi destino —dijo Amulio, dejándose caer contra el respaldo de oro agrietado. Los cristales cosidos sobre su capa crujieron y el halo se atenuó.

—No es más que un crío —insistió Turno.

—Es, antes bien, una oportunidad. Los quiritas son prudentes y astutos, y en todos estos años se han cuidado muy mucho de ofrecerme el más mínimo pretexto para declararles la guerra: han pagado puntualmente los tributos y han urdido inteligentes alianzas clandestinas con otros pueblos latinos. Sin embargo, de cuando en cuando, quien examina a cada paso la hierba por miedo de la víbora puede recibir el mordisco de aquella que se esconde en el árbol. El celo mata tanto como la espada.

Turno se humedeció los labios, que se le habían secado de repente.

—Tú tienes un plan.

Amulio entrelazó las manos frente a la cara.

—Convoca en asamblea a la Confederación de los Treinta Pueblos en el santuario de *Iuppiter Latiaris* del monte Albano. Ha llegado la hora de que los latinos escuchen de nuevo mi voz.

—¿Con qué pretexto convocaré a los Treinta?

—Con el único que vale la pena: la paz y la guerra.

Los setenta y dos escoltaron a Amulio hasta el palacio. Las pisadas de las sandalias y el tintineo de las armaduras resonaban entre las paredes adornadas con escudos y tapices desteñidos por el tiempo.

El rey los guio a largos pasos hasta la sala anular, una pieza desnuda, circular y carente de ventanas que unía la parte pública del palacio con la privada. Esta última estaba dividida, a su vez, en dos alas: una reservada para los aposentos reales, la otra para el *termarium*.

Los guardias sin rostro formaron un semicírculo de Mantos Negros frente a la Puerta Olvidada, un pasaje invisible a ojo desnudo, situado en el centro de la pared de baldosas de roca volcánica.

Amulio activó el mecanismo secreto, entró sin acompañantes y cerró la losa a sus espaldas. Sumergido en una oscuridad sepulcral, cogió una antorcha colgada de un gancho, la encendió haciendo saltar una chispa de sus propias manos, embocó una rampa estrecha que descendía al corazón de la montaña y la recorrió hasta llegar a un rellano angosto. En un nicho de la roca desnuda estaba incrustada una puerta de roble reforzada con barras de hierro horizontales. Introdujo la antorcha en un anillo de hierro y entró. Al verlo, los dos soldados que montaban guardia sentados se pusieron en pie de un salto. Bajo los yelmos se veían sus rostros cadavéricos.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó el rey sin detenerse.

—En el estudio —le respondieron al unísono con voces roncadas.

Amulio atravesó una sala oblonga, iluminada por cuatro tragaluces, y una sala amueblada de forma espartana: solo había una cama y un arcón sobre el que se apoyaban una docena de velas apagadas y consumidas. Se detuvo en el umbral de un pequeño estudio repleto de volúmenes, que se oscureció de pronto.

—Hermano.

Numitor levantó la mirada de un pergamino amarillento y parpadeó varias veces, como si le costase reconocerlo. Resopló para apartar un mechón de la desaliñada melena gris que le caía sobre la frente.

—Mi señor.

Amulio se dejó caer sobre el sillón de cuero y cogió un globo de cristal del escritorio. Mientras lo hacía bailar entre la palma y el dorso de la mano con la habilidad de un malabarista, examinaba al hermano mayor, que le respondía con una sonrisa deliberadamente ingenua.

—¿Puedo permanecer sentado, mi señor? —le preguntó Numitor.

—Te permito que permanezcas sentado, que leas, que tengas la compañía de dos guardianes e incluso que seas insolente. Deberías saberlo después de todos estos años.

—Pero no me permites morir.

Amulio observó el globo que sostenía con las yemas de los dedos, como si lo viese por primera vez, y lo hizo desaparecer bajo el manto.

—El poder de la muerte es el poder de la vida, de lo contrario es una biga con dos caballos y solo una montura.

—¿Todavía no te has cansado del poder, después de todos estos años?

—Me he cansado de no tener suficiente.

—¿Qué más quieres?

—En la vida puedes buscar el poder o inventarte una filosofía que despotrique sobre la inutilidad y el daño del poder. He aquí lo que distingue a los ganadores de los perdedores, a los primeros de los últimos.

—No has respondido a mi pregunta: ¿quieres un poder mayor?

—Lo quiero, sí, pero no para mí, no. Yo sostengo la antorcha, otros disfrutan de la luz.

Numitor levantó el índice apuntando hacia el techo manchado por la humedad.

—Para eso está el sol.

—¿Y para un consejo sincero? ¿Quién mejor que tu propio hermano?

—Tú tienes un proyecto.

—No te habría destronado de no haberlo tenido. Tú habrías sido un buen rey, pero el rey de una ciudad. Yo seré el rey de una nación. Reuniré a los latinos bajo una única bandera y los conduciré a

la conquista del reino más grande que jamás haya existido. Los haré mejores y más felices; les daré riquezas y leyes, orden y justicia.

—¿Por qué?

—Por el mismo motivo por el que un río sin afluentes nunca será grande, y una ciudad sin un río navegable nunca será poderosa. En cambio, una ciudad con un río y un puerto, con minas y manantiales, con viñas y campos, playas y colinas, carreteras y bastiones, esa será una urbe próspera donde practicar la virtud y donde no será necesario robar o hacer la guerra. Sin embargo, para hacer realidad este proyecto te necesito, hermano. Tú conoces mejor que nadie a los viejos jefes de los otros pueblos latinos, sus deseos ocultos, las rivalidades clandestinas. Tú estarás a mi lado, como siempre he querido.

Numitor agitó la cabeza porque su pregunta había sido otra. ¿Qué se escondía en la cabeza de aquel hombre que era sangre de su sangre, y que se había manchado las manos con la suya propia? Tenía muchísimas preguntas que esperaban desde hacía más de diecisiete años, pero sabía que no habrían encontrado respuesta ni en mil años. Su hermano solo se respondía a sí mismo.

—El colegio de los Doce Sabios existe para aconsejar al rey. Dirígete a ellos.

—He disuelto el colegio de los Doce. ¿De qué sirven unos sabios que no saben nada? Yo necesito ingenieros, estrategas, agrónomos, geómetras, arquitectos, no charlatanes que solo valen para parlotear del bien y del mal. Las palabras no fabrican ladrillos y no arman ejércitos.

—Y aun así erigen edificios y mueven ejércitos.

—Las palabras perecen, pero no he venido aquí para hablar.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué desea de mí el hombre que me ha quitado la corona, la hija, los nietos, la luz del sol y el futuro?

—Cada una de esas acciones estuvo dictada por la justicia y por un fin más importante.

—Por supuesto, me quitaste la corona porque la necesitabas para forjar un mundo mejor. ¿Pero por qué obligar a mi hija a vestir el velo y hacerse vestal? ¿Por qué matarla junto a sus dos hijos recién nacidos? ¿Llamas a eso justicia? —preguntó Numitor, que ahora contenía a duras penas la rabia.

—Las vestales juran permanecer castas e inmaculadas. Solo reparé el agravio que Silvia le hizo al reino, a sí misma y a los dioses.

—Tú no crees en los dioses.

—Solo porque los dioses no creen en mí. Los sacerdotes, en sus reuniones secretas, ruegan por mi ruina y para que tú vuelvas del Averno. ¡Necios! ¿Creen que no conozco su mala fe? Si los dioses existiesen elegirían unos sacerdotes mejores. Yo quiero que tú seas mi consejero, eres la persona más adecuada para el cometido. Deja de pensar en ti mismo. Ser rey es una necedad, lo que importa es construir el reino. Y el reino está antes que tú y que yo, ¿lo entiendes, hermano?

—Escucha bien, «hermano»: tú me has privado de todo, pero no me quitarás la libertad de ser un hombre hasta el final de mis días. Mi consejo seguirá siendo mío, no me convertiré en un instrumento en tus manos. Quédate con tu reino, que yo me quedaré con el mío —dijo Numitor, dándose una palmada en la frente.

Amulio se levantó. La sombra de sus dos metros cubrió al hermano y a la habitación.

—Si mis proyectos te dejan indiferente, no has de acusar a nadie más que a ti mismo. Tú que afirmas ser justo solo sabes hablar de ti, de tus problemas, de tus familiares y de tus bienes. Parece que todo es tuyo. —Abrió la mano, extendiendo los dedos como si quisiese englobar el mundo—. Eres un instrumento y eres mío, hermano, lo quieras o no.

Amulio dio media vuelta, atravesó expedito el apartamento y pasó junto a los dos guardianes que

se esforzaban por permanecer firmes, aunque sus hombros estaban caídos, y blancos los pelos que salían de los yelmos.

Una vez fuera, apoyó la espalda contra la puerta. Después de tomar aire, como si estuviese a punto de lanzarse al agua desde un peñasco, el rey se dirigió a la pared opuesta de la cavidad, donde la oscuridad ocultaba una apertura en la roca. Con paso pesado, casi por inercia, embocó la última rampa de escaleras, que se iban estrechando a medida que descendían en las vísceras de la montaña, para terminar en una pared de ladrillos desnudos. Buscó con la mirada la hendidura excavada a la altura de sus ojos.

—Silvia —murmuró, apretando la frente contra el ladrillo, con las manos agarrando la pared como arañas. Sobre el muro de enfrente, a la altura de la grieta, reconoció el dibujo de un árbol parecido a una higuera. Las líneas rojas y sobrias no podían haber sido pintadas más que con sangre.

Amulio palpó palmo a palmo la superficie áspera, insensible a las esquirlas que le arañaban la carne; más abajo, a la altura del muslo, le pareció percibir una fuente de calor. La imaginó apoyada con la espalda en los ladrillos, descalza, con una pierna doblada contra el pecho y la otra extendida sobre el suelo frío.

—Silvia —volvió a decir, pero la única respuesta era el soplido regular de una respiración. Se dejó resbalar lentamente hasta apoyar una rodilla en el suelo—. Silvia.

-Siete Colinas necesita soldados vigorosos y valientes, sagaces y preparados, indómitos a la par que sensatos, tan disciplinados como emprendedores, que resistan ante las adversidades y estén preparados para cualquier cosa; en otras palabras, necesita hombres de verdad —anunció el capitán quirita—. Hasta entonces, vosotros podréis valer.

Aventino dejó que la expresión de profunda seriedad con la que había sometido a los reclutas alineados a los márgenes del Campo de Marte permaneciese durante algunos instantes más en su rostro antes de romper en una carcajada borbotante. La barba gris desentonaba con las facciones juveniles del rostro; del mismo modo, los ojos de buen chico no se adaptaban al físico vigoroso y enorme.

—Ahora formáis parte del pueblo, el ejército de Siete Colinas, en el que ya no existen quiritas, aborígenes, latinos, titienses, ramnes, luceres o cualquier otra banda, tribu o familia a la que os jactabais de pertenecer. No erais nada hasta ayer, pero hoy sois ciudadanos del pueblo y lo seréis hasta el día de vuestra muerte. Y eso es todo. —Aquel discurso de un minuto cerró el periodo de adiestramiento de más de dos meses al que se habían sometido Rómulo y la otra docena de pastores que habían sobrevivido a las ordalías del día de Pales, junto a un centenar de quiritas de su misma edad.

En aquellas semanas, Rómulo había descubierto que en Siete Colinas había una gran cantidad de cosas, además de siete colinas.

La primera revelación había sido la más sorprendente: Siete Colinas no existía como tal, sino que era un simple nombre para una multitud de aldeas, a menudo minúsculas o incluso abandonadas, esparcidas entre colinas y montes, separadas por densos bosques y ciénagas, pastos y viñas, huertos y canales, y a las que solo unía la vista sobre el Albula, el río de aguas blancas por el que otrora navegasen aqueos, etruscos, fenicios y sículos.

La gran ciudad por la que había vivido aterrado durante diecisiete años era en realidad un mosaico de aldeas del tamaño de Roble Quebrado, acaso un poco más grandes, llamadas curias.

Había descubierto que tampoco existían los quiritas, el sobrenombre con el que se identificaban los latinos de Siete Colinas, sino una cantidad de tribus que, si bien contribuían con sus propios representantes al gobierno central, conservaban instituciones, cultos e incluso fiestas propias. Las tribus más numerosas y poderosas, de las que provenía la mayor parte de los conmitones de Rómulo, eran tres: los titienses, que ocupaban el monte Saturno y sus alrededores; los luceres, la *gens* latina que emigró en primer lugar, y que dominaban la Velia y el Palatino, lugar de los antiguos señores de Saturnia; y los ramnes, que se habían asentado en las laderas del Celio y del Cispio hacía apenas cuatro o cinco generaciones.

El pueblo era lo que mantenía a las tribus unidas. Sobre él se fundaba toda su seguridad: a diferencia de Alba, no habían levantado murallas, y las famosas *Fossae Quiritium* no eran más que un simple canal de pocos pies de ancho, que en muchos puntos podía superarse de un salto.

Durante la arenga de Aventino, Claudio Indómito Segundo había exhibido una mueca pedante para dar a entender a sus compañeros que la verdad era bien distinta y que él, por tradición y por censo, la conocía y quería erigirse como su garante. Era un joven enjuto, con una nuez tan puntiaguda que parecía a punto de atravesar la piel enrojecida y granulosa de la garganta.

Cuando, en el momento de romper filas, se encontró con la mirada de Rómulo, la mueca de

Claudio Segundo se intensificó, como sugiriéndole que no creyese a las palabras de Aventino, que solo servían para guardar las apariencias.

—Aborígen —silabeó.

Rómulo levantó el pulgar en su dirección, luego cruzó los brazos detrás de la espalda y levantó la barbilla.

—Capitán, ¿podemos aclarar este asunto de una vez por todas?

A Aventino, haciendo gala de su habilidad para pasar de la afabilidad a la cólera en un instante, se le dibujó una expresión de oso receloso, tan capaz de hacer una cabriola como de despedazarte.

—¿En qué sentido, soldado? Y preferiría que fuese sensato.

Los reclutas se giraron hacia Rómulo, saboreando lo que iba a ocurrir. Estaban acostumbrados a los excesos del hijo de Fáustulo, que ya le habían costado decenas de horas de guardia y de ejercicios suplementarios.

—Mejor cortar los problemas de raíz antes de que crezcan, capitán. Si alguien tiene algo más que decir sobre mis orígenes, me gustaría que lo hiciese ahora, delante de todos.

—¿Para poder desafiarlo? Una idea realmente fantástica, y yo quiero premiarla —dijo Aventino asintiendo con evidente satisfacción, que de pronto se transformó en una mueca sádica—. Quiero premiarla con una noche de guardia en el Velabro, donde las ciénagas son fétidas y los mosquitos están famélicos.

—Pastor de insectos —cuchicheó Claudio Indómito Segundo—. El final adecuado para un recogestiercol, hijo de cobardes a quienes nuestros abuelos les hicieron probar el sabor del acero.

Aventino lo examinó primero a él y luego a Rómulo, al que se dirigió con un tono neutro:

—Evidentemente, la guardia empezará al término del desafío con nuestro querido Claudio Segundo, noble entre los nobles, que, según parece, ha tenido algo más que decir sobre tus orígenes.

El capitán del pueblo no había terminado de pronunciar la última palabra cuando Rómulo acabó de quitarse la túnica. La mancha de nacimiento rojiza con forma de árbol sobre su cuello pareció cobrar vida bajo el sol y gotear sangre. Dio dos pasos al frente y estiró el cuello, primero a un lado y luego a otro. Entonces empezó a dar saltitos sobre la punta de los pies, lanzando puñetazos al aire para soltar los músculos, a la espera de que el otro se presentase al desafío.

Los compañeros, dando palmadas rítmicamente, formaron un círculo alrededor de los duelistas. Claudio Segundo, de repente, se miró en derredor a la espera de una ayuda que no iba a llegar. Poniendo una cara de «me lo esperaba», abrió los brazos en un gesto desconsolado:

—Deseáis con locura el espectáculo, ¿no? ¿Queréis ver como esta bestia me hace pedazos? No es lo que yo quiero, me gusto entero. Yo no tengo nada que decir sobre tus orígenes. ¿Lo habéis oído?

Rómulo fue el primero y también el único que asintió, mientras los otros mascullaban decepcionados y, en voz baja, tachaban a Claudio Segundo de cobarde y cantamañanas.

—Sin rencor —propuso Rómulo, tendiéndole la mano a su adversario, que se la estrechó con una sonrisa de hielo. El hijo de Fáustulo se encogió de hombros y se puso la túnica.

—¿Nos privas ya del maravilloso espectáculo de tu cuerpo? —le preguntó Aventino.

—Imagino que el premio de la guardia sigue en pie, ¿verdad, capitán?

—Me encantan los soldados con imaginación.

A cien pasos de distancia de la Ciénaga de la Cabra, donde los reclutas se habían reunido para pronunciar el juramento al pueblo, dos hombres, escondidos en un denso bosque de abedules, habían asistido con molestia creciente al discurso de Aventino y al conato de riña entre Rómulo y Claudio Segundo.

—La ciudad se nos está escapando de las manos —murmuró el más bajo en tono alusivo. Como el otro no daba señales de haberlo entendido, añadió—: Ni siquiera los hijos de los más nobles de entre nosotros son ya capaces de hacerse respetar. Un político incapaz de obtener obediencia no es capaz de gobernar, ¿no estás de acuerdo?

El hombre se cruzó de brazos con el aire de quien no está interesado en estar de acuerdo con nadie. Delgado y espigado, lucía una venda sobre el ojo ciego y una barba desaliñada y rala, casi adolescente, sobre el rostro afilado. La nuez era una castaña atrapada en un cuello áspero.

—El pueblo se está volviendo impetuoso y quiere meter las narices en cuestiones que no le competen, con la clara intención de limitar el poder de las Tres Tribus, contando acaso con el apoyo de las tribus menores y de los desheredados. Nuestros espías nos informan de que los capitanes del pueblo se reúnen a escondidas en las tabernas para hacer proyectos, hablar de reformas, seducir a otros colegas. Para ellos, los reclutas son un depósito precioso de consensos y, en el momento en que decidiesen sublevarse, de espadas. Me parece que ha llegado el momento de desmochar al menos una de estas espadas imberbes, para dar ejemplo a los otros reclutas y mandar un mensaje a los capitanes —insistió el hombre bajo.

El alto apretó los labios delgados en una mueca imprecisa.

—El noble que lo haga se ganará el crédito y el reconocimiento de las Tres Tribus. Cuando haya que designar al próximo *Pater Patratus*, los *patres* se acordarán de aquel que, antes que nadie, intuyó el peligro que representaban el pueblo y las tribus menores; se acordarán de «aquel noble» que con su prontitud garantizó la supervivencia.

El hombre alto pronunció su primera y última palabra:

—Mátalo.

Los dos se alejaron por el sendero de tierra batida que a través del bosque rodeaba el Campo de Marte, y no se percataron de la enorme figura que había permanecido apostada entre las ramas del árbol bajo el que conversaban.

El desconocido esperó a que la pareja desapareciese tras la primera curva y luego se deslizó hasta el suelo con la agilidad de una pantera. Se quitó la capucha, dejando al descubierto un rostro glabro y una frente pálida bañada de sudor; luego enfiló el sendero en dirección opuesta y, a unos cincuenta pasos, salió a la luz de media tarde.

El sol se había puesto tras la bruma tibia de las ciénagas situadas entre el Velabro y el Albula cuando frente a Rómulo apareció de repente Aventino, casi invisible en un manto gris.

—¿Cómo va la rebelión de los mosquitos?

—Han atravesado el flanco izquierdo, mi capitán —dijo Rómulo, mostrando el brazo con las señales de las picaduras.

—Retirémonos a una taberna, pues. Conozco una buena medicina contra todo tipo de heridas.

Aventino, apoyando la mano en el codo del joven, lo guio hasta un figón que se asomaba a la meseta, desierta a aquella hora y donde, en los días de fiesta, se disputaban las carreras de caballos. Más allá, se recortaba la silueta oscura y bífida del Palatino. El cartel «el viejo carterista» colgaba de dos clavos precarios y chirriaba con cada soplo de viento. Rómulo le preguntó el porqué de ese nombre.

Aventino le explicó que el dueño se había comprado aquel sitio con los ingresos de su anterior trabajo.

—Un hombre siempre tiene que recordar de dónde viene.

—Me parece que no ha hecho mucho camino.

—Ha hecho mucho más de lo que tú y yo podemos saber. Porque de tu casa viniste y a tu casa volverás.

El dueño tenía kilos y años en abundancia, y una expresión cordial dibujada en el rostro redondo. «Los trabajos cambian a las personas, y no al contrario», pensó Rómulo mientras seguía a Aventino hasta una mesa en el rincón más alejado de la puerta.

El capitán ordenó cuatro copas de orzo fermentado y «algo que podamos ahogar en ellas». Rómulo preguntó por qué cuatro.

—Porque dentro de poco llegarán otros dos hombres.

Rómulo entendió con una copa de retraso que los otros dos hombres eran ellos mismos con medio litro de orzo en el cuerpo. Aventino bebía, pedía y hablaba de mujeres, su tema favorito cuando no soltaba una máxima de guerra tras otra. Por su parte, Rómulo bebía, escuchaba y miraba de reojo a Pompilio el figonero —que si no bostezaba, comía—, preguntándose qué podía transformar a un atracador en un odre con bigote.

El capitán adivinó las dudas del joven y dijo:

—Solo las mujeres y la guerra son capaces de cambiar a los hombres, con la única diferencia de que las guerras puedes ganarlas.

Cuando los dos estuvieron borrachos, Aventino bajó el ritmo a dos jarras por ronda.

—Nunca te fíes de quien bebe sin emborracharse. No te fíes de quien no se fía de sí mismo —le aconsejó al joven, a través de una barba de espuma.

—Otra *focaccia* y una sonrisa —le pidió Rómulo a la hija de Pompilio.

—Es guapa, ¿verdad? Sobre todo si te gustan las jóvenes que de cintura para abajo están el doble de gordas de lo normal —dijo entre carcajadas Aventino.

Rómulo, que se había puesto rojo, escondió la cara en la jarra. Cuando volvió a levantarla, en el rostro de Aventino se había dibujado una expresión picaresca. El capitán ya no parecía estar demasiado borracho. Apoyó los antebrazos peludos sobre la mesucha y se echó hacia adelante.

—¿Qué has venido a buscar a Siete Colinas que no pudieses encontrar más al norte, al sur, al este o al oeste?

—Ella es la que vino a buscarme a mí —masculló Rómulo.

Aventino, que ya tenía la respuesta preparada, ni siquiera se había molestado en escucharlo, y como una piedra que ya está en la honda añadió:

—Te lo voy a decir yo. Buscas la posibilidad de sentirte un hombre libre en medio de otros hombres libres. Estamos hablando de una ciudad destinada a convertirse en un ejemplo para el mundo, donde cada ciudadano será un ladrillo vivo. Una cabeza, un voto, una espada. Ya no habrá titienses o ramnes o luceres, ni tampoco latinos o aborígenes. Ya no habrá pueblo y quiritas. ¿Te lo puedes imaginar?

Rómulo asentía mientras intentaba imaginárselo.

Aventino volvió a echarse hacia adelante, en vilo sobre la punta de la silla inclinada.

—Este es el momento adecuado. Estamos en tiempos de paz y hemos alcanzado un equilibrio con los pueblos de los alrededores: los etruscos se han retirado hacia el norte, los griegos y los fenicios se contentan con sus comercios en el sur, mientras que los otros latinos están demasiado ocupados vigilándose los unos a los otros como para preocuparse de nosotros. Hasta el gran Amulio, al parecer, ha renunciado a sus planes de hegemonía sobre los Treinta Pueblos, a pesar de haber acumulado durante años enormes tropas tras las murallas de Alba, a la espera de un ataque que nunca llegó.

—Por lo que yo he oído, Amulio jamás ha pronunciado la palabra «renuncia».

—Hasta los tiranos se vuelven sabios con el paso de los años. Piensa en la situación de Siete Colinas: tiene vastos espacios vírgenes, un río navegable, el mar a poca distancia y muchas tribus dispuestas a unirse en una sola —insistió Aventino, señalando la puerta con la mano.

—Muchas, pero no todas.

—Y aquí es donde entramos en juego nosotros. Los sueños necesitan hombres reales, y esos hombres somos nosotros. Estoy organizando, junto con otros muchos compañeros, una hermandad secreta dentro del pueblo: dejaremos en minoría a los halcones de las Tres Tribus, que al final se verán obligadas a ceder el poder y sumarse a nuestro proyecto. Una ciudad de hombres libres e iguales: una cabeza, un voto, una espada —explicó Aventino, antes de dar un puñetazo sobre la mesa—. Aquí y ahora te pido que elijas: ¿estás con nosotros?

—Estoy con vosotros —dijo Rómulo, pensando «vosotros estáis conmigo», feliz de haber encontrado por fin su ejército. Aquella noche, Roma estaba más cerca.

Los gorgojos ambarinos arañaban los contornos de la niebla matutina cuando Aventino estrechó la mano de Rómulo para despedirse.

Después de que Pompilio lograra echarlos del figón con un par de patadas y un odre rebosante de orzo fermentado, se habían ido al río a beber y esperar al amanecer. Era una de esas noches que acaban por la mañana, que se exprimen hasta la última gota.

Con la aurora también había llegado el momento de buscar el camino a la cama.

—Mañana salgo para una misión: tengo que escoltar a uno de nuestros feciales a Cures, la ciudad de los sabinos, donde se reunirá con su rey, Tito Tacio.

—Los feciales —intentó recordar Rómulo, apretándose el dedo contra los labios carnosos.

—Los feciales son sacerdotes que se ocupan de las relaciones diplomáticas. En otras palabras: declaran la guerra y, con menor frecuencia, redactan tratados de paz. Se lo toman muy en serio, en una sola tarde son capaces de aburrir a todas las ovejas de Siete Colinas. Los sabinos, en cambio, son gente excéntrica e interesante.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que solo les interesan la guerra y las mujeres. Merece la pena conocerlos, quiero que vengas conmigo. Conocerás a un rey y entenderás por qué no querrás tener nunca uno.

—¿Con mañana quieres decir hoy?

Aventino se alejó sin responder. Había hecho unos veinte metros y su cuerpo robusto ya era un espectro en la niebla cuando dio media vuelta y, llevándose las manos a la boca, gritó:

—Te espero.

—Allí estaré —susurró Rómulo antes de ponerse de camino hacia los cuarteles militares, en algún lugar al otro lado de la neblina, en un punto impreciso entre colinas y ciénagas. Oh, ciudad de las ciudades.

El hombre que lo había seguido desde la garita junto al Velabro, para esperarlo luego en un callejón mugriento situado junto a El Viejo Carterista y seguirlo hasta el río sin dejarse ver, salió del recoveco, entre el terraplén y la orilla, y estiró las piernas anquilosadas.

Se quitó las sandalias para acercarse a él sin hacer el más mínimo ruido, sacó el puñal de la túnica y lo envolvió en un paño para evitar que un reflejo le traicionase. Había sido precisamente la atención por los detalles lo que le había valido la fama de ser el sicario más fiable de la ciudad, amén del apodo de Sepulturero. Ahora tenía una mujer diez años más joven y una discreta vivienda a los pies del monte Saturno: una buena meta después de una infancia picando piedras. Con aquella misión, sencilla y bien remunerada, habría podido construir una habitación más y comprarle un

caballo a su hijo.

El Sepulturero se movió con agilidad a espaldas de un Rómulo ignaro, con los ojos clavados en su espalda desnuda y el brazo armado, suspendido en el aire. Estaba preparado para el ataque, y ya pensaba en el suave colchón de plumas y los marmóreos senos de la mujer que esperaban en casa, cuando sintió una mano de hierro aferrarlo por el hombro izquierdo y otra teparle la boca en ese mismo instante, el más terrible de su vida. Se vio atrapado en el abrazo de una especie de oso glabro y lo último que vio fueron dos ojos de agua que lo miraban fijamente, pero sin verlo, como si no existiese. Le parecieron faltos de vida, pero para entonces era él quien lo estaba.

Una hora después Rómulo, tambaleante y exhausto, llegó, contra todos sus pronósticos, al cuartel de los reclutas, un modesto edificio de madera en el margen del Campo de Marte. Subió las escaleras como buenamente pudo, se arrastró por el dormitorio del segundo piso y se abandonó en su camastro, pensando con alivio que la mayor parte del camino para la fundación de la Ciudad Eterna ya estaba hecho.

Siempre hay un momento durante la infancia de cada uno en el que se abre una puerta e irrumpe el futuro. Remo tenía seis años cuando oyó por primera vez la voz de Pan: en aquel momento no se preguntó cómo podía, sino por qué los otros no podían.

Unos meses después, la noche del solsticio de invierno, al término de las Saturnales, los pastores del pago se habían reunido en Roble Quebrado para intercambiarse, como era tradición, regalos y buenos deseos. Después de la cena, mientras los adultos charlaban frente al fuego, Remo se había refugiado en el establo junto a los otros niños para organizar algún juego. De repente, Rómulo saltó sobre un fardo de paja y le invitó a hablar con el carnero para demostrarles a todos cuán especial era; un niño señalado por los dioses.

Fue la expresión llena de orgullo de Rómulo la que lo convenció, no quería decepcionarlo. De repente, pasó a ser el centro de atención. Mientras se limitó a ordenarle al animal que saltase o se irguiese sobre las patas posteriores, recibió miradas divertidas y de admiración, pero luego, cuando le ordenó embestir en broma a uno de sus compañeros, las miradas se volvieron preocupantes para acabar siendo hostiles.

Los más pequeños escaparon junto a sus padres entre llantos y gritos y, a los pocos minutos, también los mayores se fueron yendo uno tras otro sin dignarse siquiera a mirarlo. Al final se había quedado solo, acariciando la cabeza de Pan en compañía de Rómulo, que sentía de un lado compasión por el hermano y del otro resentimiento hacia sus amigos, ambos sumidos en el silencio del establo, que solo rompía la respiración rumiante de los animales.

Remo abrió los ojos mientras la voz de Pan resonaba en sus oídos junto a otras cien, animales y humanas, que presionaban, aplastaban, empujaban, con el objetivo de encontrar una grieta e introducirse en la barrera que tanto le había costado erigir en los últimos tiempos para defenderse de sí mismo y de su propio talento, o como diablos tuviera que llamarlo.

Se incorporó de un salto en el jergón apoyado contra el muro exterior de la casa, desnudo, como acostumbraba a dormir, y buscó instintivamente la manta: se sentía espiado, juzgado y, en cierto sentido, sucio. Quería esconderse. La cabeza le pulsaba. Quería enmudecer. Se llevó las manos a las orejas en un gesto tan desesperado como inútil, toda vez que los sonidos, encerrados en el interior, retumbaron, aún más lúgubres. Empezó a darse tortazos pero las voces crecieron hasta convertirse en un coro. Estaba atrapado.

Saltó al otro lado de la ventana, se deslizó en la cama de Angerona y escondió la cabeza contra el vientre de la joven, que un instante antes dormía y ahora, con los ojos abiertos, le regalaba una mirada de complicidad. Se echó a un lado para dejarle hueco; lo acariciaba, susurrándole palabras de confianza a las que Remo, sin comprender ni siquiera el sentido, se aferraba con todas sus fuerzas, como a troncos en la corriente.

Cuando el torrente de sonidos mentales por fin se apaciguó, levantó tímidamente los ojos para encontrar en los de la joven una expresión de ánimo, para nada patética, sino rebosante de confianza: puedes hacerlo porque yo creo que puedes hacerlo. En los ojos de Remo apareció una pregunta a la que Angerona respondió con un beso.

En las noches siguientes, para escapar de las pesadillas, Remo se despertaba con una ruptura violenta de su voluntad, y se deslizaba como un demonio nocturno en la habitación de Angerona.

Durante el día, en cambio, se consagraba a todo tipo de trabajos, doblando el espinazo desde antes

de que se viese algo hasta cuando ya no se veía nada, intentando expurgar en el sudor los venenos y los fantasmas de la mente. Allí, en Último Pago, puesto de avanzadilla extremo de Siete Colinas, resolvería su pesadilla.

Con la ayuda inestimable de la joven, se desvivió para devolver al caserío la belleza perdida: sustituyó las tablas podridas del establo, roturó una porción de terreno para ampliar el huerto, reparó el tejado de la casa, reconstruyó el redil, escardó los árboles, podó los setos.

Angerona trabajaba con la fuerza de un hombre: transportaba sacos, trabajaba con la pala, el rastrillo y el martillo, y sus músculos vibraban bajo la piel bronceada de los brazos. Al igual que Aca Larentia, pertenecía a ese particular tipo de mujeres que si se mete a la cama antes de haber pasado todo el día trajinando lo hace solo para morir en ella.

Remo, sin dejarse ver, espiaba su rostro enrojecido y sucio de polvo, ora resolutivo como si escondiese un proyecto misterioso, ora despistado; a veces se apoderaba de él un arrebató repentino e, incapaz de contenerse, pasaba junto a ella para rozar su codo con el suyo o pasarle la punta de la lengua por la oreja, carantoñas a las que Angerona respondía con un mordisco o un empujón, y que una vez le costaron una caída ladera abajo.

Clicio solía sentarse en la mecedora que Remo había construido con madera de haya, situada frente a la puerta de la casa, bajo el pórtico de cañas entrelazadas. Desde allí estudiaba a los dos jóvenes, dando cortos tragos de la bota de leche fermentada, con la barba manchada de blanco. No hacía nada más.

Una tarde vio a Remo pasar frente a él con un tronco a hombros, se sacudió la pereza y lo llamó.

—¿Qué estás haciendo, chico? Somos pastores, no campesinos. Deja de plantar palos y levantar paredes o acabarás construyéndote la tumba.

Remo, con las manos cruzadas detrás de la espalda, se detuvo, abriendo las piernas para no perder el equilibrio. El tronco se balanceó peligrosamente, mientras desde la cima de la colina Angerona observaba la escena con inquietud.

—Adoro este sitio —dijo.

—Tú lo adoras, ¿pero te has preguntado si él te adora a ti? Cuando llegué desde el pago de Quince Casas, junto a mi mujer y mi hija de un año, pensaba que habría vivido aquí durante toda mi vida y, en cambio, mírame: he estado muerto aquí durante toda mi vida —gritó, golpeando con las manos los brazos de la mecedora. Luego enfrió el tono—: Somos pastores e hijos de pastores. Llévate a Angerona y lo que queda del rebaño a otro sitio. Marchaos de aquí, ¡por Diana! Y dejad que me muera en paz. Fíate de quien ha visto y ha sido visto por el horror de la vida. Este lugar está maldito. Vuelve entre los hombres, aquí solo hay lobos.

Remo no respondió, y se limitó a despedirse con un gesto reverente, mientras por la frente le corrían pequeños ríos de sudor. Transportó el tronco hasta el banco que había dispuesto cerca del redil y lo atacó con la sierra para sacar tablas con las que fabricar un gallinero. Futuro.

De no haberse sentido culpable, Remo habría dicho que era feliz. Tanto las voces como Clicio seguían atormentándolo, ambos repitiéndole que aquel no era su sitio. Sin embargo, la idea de estar construyendo algo importante le infundía la fuerza y el ánimo para afrontar la situación. Habría tenido su casa y su familia, no le pedía otra cosa a los dioses.

A la puesta de sol se acuclillaba en los escalones del pórtico y tocaba la flauta. Angerona, cuando se sentía inspirada, bailaba para él.

—Tendrías que enseñarme algún día —le dijo una noche.

Angerona bailaba con la gracia vigorosa de una ninfa silvestre en el rectángulo de luz proyectado por la ventana de la cocina; el suyo era un baile de caza.

—Nunca se ha visto a una cabra bailar.

—Se han visto cosas bastante más raras —murmuró Remo entre dientes.

—¿Eres un músico o un bailarín? ¿Apolo o Dionisio? —preguntó Angerona, recogiendo el pelo detrás de la nuca en un moño torcido, con los codos apuntando al cielo y los senos libres bajo la túnica.

Remo aún meditaba la respuesta, girando la flauta, cuando el aullido de un lobo resonó en la oscuridad sideral que rodeaba al caserío. Al primero le siguieron varios más, desde diferentes puntos del valle.

Angerona se había acostumbrado al gran lobo que se había establecido en los límites de Último Pago, y que se dejaba ver en la lejanía de cuando en cuando. Sin embargo, ahora miró con preocupación al joven, con las manos apretadas contra el pecho, y contuvo la respiración hasta que los otros aullidos irrumpieron en el silencio provisional. Las ovejas balaban y los carneros se encabritaban y tiraban coces contra las tablas clavadas a los palos. En su recinto, el mulo Janto emitió un tímido rebuzno de advertencia.

—Me encantaría saber qué quieren estos lobos —dijo Angerona.

Remo, en cambio, no tenía el más mínimo interés. Se concentró en la flauta para no ceder a la tentación de acercarse a las voces, donde encontraría la respuesta a la pregunta de Angerona. Para él ya había terminado el tiempo en que las respuestas parecen los únicos momentos significativos de la vida.

—¿Qué pasa? —insistió la joven.

—Los lobos aúllan y las ovejas balan, no pasa absolutamente nada —zanjó Remo, para arrepentirse de su estupidez al segundo: la joven había perdido a su madre y, en cierto sentido, también a su padre por culpa de los lobos. Se acercó a ella y la abrazó—. Lo siento —le susurró al oído mientras le acariciaba el pelo. ¿Ofrecía o buscaba seguridad?—. Ahora estoy aquí contigo, no tienes nada que temer —le aseguró, levantándole la barbilla.

Las lágrimas eran estrellas en los ojos oscuros de Angerona.

—Es por ti por quien tengo miedo.

Unos días después, mientras cenaban pastel de paloma y puré de habas en la mesa de la cocina, un Clicio extrañamente locuaz habló de su juventud. Parecía haber dejado de lado el resentimiento hacia ellos. En particular, habló de la última vez que los descendientes de los aborígenes se habían sublevado contra los quiritas para reconquistar Siete Colinas, con el único resultado de perder también la tierra en la que vivían y por la que ahora pagaban un tributo anual a algún ciudadano noble; obligados a no poseer armas y a enviar a sus hijos varones a la ciudad para no volver a verlos jamás, si no era con licencia y con el manto rojo de los soldados sobre los hombros.

En su voz, otrora tan uniforme y llena, la nostalgia no estaba vinculada al pasado de su pueblo, como le ocurría a Fáustulo, que soñaba con la redención de los aborígenes, sino al suyo: no añoraba un mundo mejor, sino un hombre mejor.

Cuando Clicio empezó a hablar del banquete nupcial de su primo, en el que había conocido a su futura mujer, una joven delgada con una cinta blanca entre los cabellos oscuros, Remo sintió cómo sus ojos perdían el contacto con el rostro del hombre y se concentraban en el recuerdo de su primer encuentro con Angerona.

Estaba pastando en una vega donde la primavera era una promesa cumplida: antes de concederse los frutos silvestres que había recogido por la mañana, echó la manta sobre una roca negra bañada por el sol de la tarde, se tumbó con el sombrero calado sobre la cabeza, una pierna cruzada sobre la

otra, y se puso a tocar. Una hora más tarde levantó la mirada de la flauta y, justo al final del ala del sombrero, se encontró la cara de Angerona: dos ojos con forma de almendra entre un montón de rizos que bullían en el azul. Las bayas que guardaba en su regazo se le habían caído, desparramándose por la hierba, pero no las había recogido.

—¿Sueño? —le había preguntado a la aparición.

—Pesadilla.

Clicio se calló de repente, con un gesto avergonzado, después de haber hablado durante más de una hora. Bebió el primer trago del día, alejó la bota y rechazó educadamente los pastelillos de miel que había preparado Angerona, prometiéndole que los probaría al día siguiente, que se los quería comer de verdad.

Cuando Remo se levantó para quitar la mesa, Clicio sorbió con la nariz y dirigió hacia la hija una mirada conmovida.

—Lo siento —murmuró.

Angerona puso una mano encima de la del padre.

—Yo también —dijo sin saber exactamente qué era lo que sentían. No obstante, había algo en la expresión del padre que la había conmovido, y su único deseo era acompañarlo en su dolor y darle consuelo. Remo dejó la vajilla en la pila, cogió la flauta y salió. Aquella noche era de ellos dos.

Poco después de la medianoche, un aullido lanzado contra el cielo volvió a descender, fragmentándose en decenas de ecos. Remo se incorporó de golpe y apartó la manta. Angerona estaba asomada a la ventana que había sobre él, con el pelo revuelto y el cuerpo desnudo teñido por la luz de la luna.

Sin pensarlo, el joven relajó por un instante la barrera y una voz ferina se coló en su interior. Se puso en pie de un salto, entró en la habitación bajo la mirada preocupada de la joven y corrió hacia la pieza de Clicio, pero el viejo no estaba. Le gritó a Angerona que se quedase en casa, luego fue al establo en una carrera, desató al mulo, saltó sobre su lomo y lo lanzó al trote en medio de la noche. La oscuridad le impedía distinguir las huellas de Clicio, pero no quería volver a echar mano de su talento porque habría significado rendirse. Maldijo por la frustración; Janto ralentizó el paso intuyendo la indecisión del caballero.

«Solo una vez», se dijo, antes de abandonarse a las sensaciones que lo arrasaron sin piedad. Le hicieron falta unos minutos para volver en sí después de la oleada de ímpetu, pero ahora, gracias a los lobos, podía oler el rastro de Clicio. Dirigió al mulo hacia el bosque, al sur del claro, mientras usaba los otros sentidos para controlar la posición de la manada que lo acompañaba cubriendo un frente de casi una milla.

No muy lejos del final del claro encontró la muleta abandonada en el suelo. Clicio, por su parte, yacía unos cien pasos más adelante, bajo un castaño torcido: se las había apañado para avanzar casi dos millas, y los últimos metros los había recorrido arrastrándose, con la fuerza de los brazos, dejando a sus espaldas un tenue rastro de sangre. Remo lo giró: tenía cortes en las muñecas, las piernas despellejadas y el rostro arañado.

—Déjame morir, llévame al interior del bosque, te lo suplico —farfulló un Clicio jadeante.

Remo se quitó la túnica, la desgarró y envolvió las heridas del viejo con los jirones. Decenas de ojos amarillos lo observaban a corta distancia. El mulo se había pegado a él, rígido por el miedo, con las pezuñas hundidas en el suelo.

—Dejadme en paz —conminó a los lobos, antes de tranquilizar al mulo con una caricia rápida—: No te preocupes, Janto, el más malo de aquí soy yo.

Angerona lo esperaba en el sendero de la casa. Cogió de sus brazos el cuerpo trémulo del padre y

lo transportó hasta su camastro. Clicio luchó con las fuerzas que le quedaban para levantarse, pero la hija lo sujetó, intentando calmarlo en vano. Remo, de pie a sus espaldas, apoyado en el marco de la puerta y con una mano en la cabeza, se preguntaba cuánto dolor estaba destinado a ciertas personas y cuánto podían soportar antes de derrumbarse. Algunos minutos más tarde, aunque parecía imposible, salió el sol.

Desde aquel día Clicio dejó de hablar. Los aullidos de los lobos, en cambio, se multiplicaron: resonaban día y noche, siempre en mayor número y a menor distancia. Las saetas grises y amarillas centellaban de un lado a otro del valle, y cada día, durante el ocaso, decenas de ellos se concentraban en la colina septentrional. Las ovejas y las cabras se negaban a salir del redil.

Los lobos se volvieron agresivos y atacaron los otros caseríos de Último Pago; en pocos días saquearon una docena de cabezas de ganado. Aunque Remo había vuelto a bloquear las sensaciones, no podía impedir que aquel olor atávico, salvaje a la par que familiar, lo atormentase, lo llamase, lo desafiase.

Una mañana se presentó en la granja de Clicio un grupo de pastores de los alrededores. Empuñaban bastones y azuelas oxidadas, y le pidieron a Remo que se uniese a ellos para desencovar a los animales y matarlos. El joven apoyó la escoba con la que estaba barriendo el pórtico, los miró y comprendió que si subían a las colinas muchos de ellos no volverían a bajar. Sus mujeres se convertirían en viudas, los hijos en huérfanos. Dolor, más dolor, ¿cuánto existía? Les prometió que se uniría al grupo a la mañana siguiente.

—Pasad por aquí mañana, una hora después del amanecer, y os llevaré hasta los lobos. Os libraréis de ellos, tenéis mi palabra.

—Tenemos que ir ahora mismo —protestó uno de ellos, blandiendo un rastrillo.

—Mañana —repitió Remo con un tono que no admitía réplicas, mientras sus ojos, gris el uno, violeta el otro, se encendían con la aurora.

Cuando los pastores desaparecieron tras la curva del sendero, pasados los cipreses verdes y plateados que flanqueaban la entrada sur de la granja, Remo arrojó la escoba y la vio aterrizar en una nube de polvo, al otro lado del armazón de madera del gallinero que estaba construyendo. ¿Futuro?

Angerona se aproximó por su espalda y, poniéndose de puntillas, con los pies descalzos, le acercó la boca al cuello:

—¿Qué te ha hecho esa escoba?

—Me ha hecho olvidar que el lobo lo llevamos dentro.

Angerona volvió a poner las plantas de los pies en el suelo.

—Entonces es cierto, los lobos están aquí por ti. Te llaman.

—Sí, así es.

—¿Por qué nunca has querido hablarme del tema?

—¿Y de qué tendría que haberte hablado? ¿De que soy un monstruo?

Angerona le hizo girarse; qué fuerza tenían sus manos.

—Lo que tú tienes es un don: hablas con los animales y los entiendes.

—La mía es una maldición, Angerona.

—Repítelo.

—El qué.

—Mi nombre, repítelo.

—Angerona.

—Es un nombre bonito cuando lo dices tú. Tu voz no habla, tu voz dice.

Remo apartó la mirada.

—Tengo que irme y llevarme a los lobos conmigo, antes de que sea demasiado tarde. Tengo que encontrarme con un hombre, un Pontífice. No sé explicarte de qué se trata porque yo mismo lo ignoro. Todo está vinculado a una visión que tuve cuando estaba en el bosque con mi hermano. Encontraré a ese hombre, escucharé lo que tiene que decirme y luego volveré aquí. Para quedarme.

—¿Y los lobos? ¿Volverán contigo?

—Puede que el Pontífice conozca la forma de romper las cadenas que me unen a ellos.

—¿Pero tú quieres separarte de ellos?

—Yo te quiero a ti. Por eso he dejado a mi padre y a mi madre, por eso estoy aquí. Y...

Angerona lo calló con un beso.

—Hace varias noches empecé a tejer un manto para ti. A tu vuelta lo encontrarás listo.

Remo entró para recoger sus cosas y despedirse de Clicio. El viejo parecía dormir, pero la respiración no era regular. Remo esperó en silencio, con la alforja en una mano, el *pedum* en la otra, y el sombrero y la flauta bajo el brazo.

—¿Te vas? —preguntó al rato Clicio, sin abrir los ojos.

—Sí.

—Te llevarás a tus lobos, pero no a los nuestros.

—Me los llevaré a todos.

El viejo sacudió la cabeza.

—Llévate a Angerona, llévatela, ¡maldita sea! —gruñó, sofocando un conato de tos, mientras señalaba la pared con el brazo esquelético y cubierto de costras oscuras.

—No te abandonará nunca.

—Entonces mátame y luego llévatela contigo.

Remo se dio un par de palmadas en el pecho.

—Adiós, Clicio.

—Chico —Remo ya había salido de la habitación.

—Dime.

—Eres un cobarde.

Angerona lo esperaba bajo un ciprés junto a la entrada del sendero. A su lado estaba Janto, con una alforja llena colgada de la montura. Como respuesta a la mirada perpleja de Remo, la joven tocó la cabeza del animal.

—El mulo va contigo, así al menos uno de los dos conocerá el camino de vuelta a casa.

—Clicio no me perdonará jamás.

—No es a ti a quien mi padre tiene que perdonar —dijo Angerona. Se agarró los bordes inferiores de la túnica y giró el pecho, primero hacia un lado y luego hacia el otro, con un rostro encendido que se compungió de golpe—. Ahora vete, antes de que empiece a llorar y te diga cuánto te quiero.

—No me lo digas —dijo Remo, y la besó.

—No lo haré.

Remo montó de un salto, colocó la otra alforja sobre el lomo del mulo y el *pedum* en equilibrio entre la cruz y el cuello.

—¿Crees que seremos felices algún día? —le preguntó, tirando de las riendas.

—Creo que algún día estaremos juntos. Creo que los dioses han hecho el mundo, pero que no lo han completado; y creo que nos toca a nosotros hacerlo.

Remo se tocó la frente en un gesto de despedida, se ajustó el sombrero en la cabeza y, espoleando al animal con los talones, enfiló el sendero.

Angerona, con la mano derecha en el otro hombro y todo el peso sobre una pierna, lo observó alejarse al ritmo oscilante del animal por la lengua de grava lustrada por el sol, entre las sombras intermitentes de los árboles.

Remo apenas había recorrido unos cien metros cuando un lobo apareció sobre la cresta de una colina cercana. Bajó el hocico y emprendió el descenso, para encontrarse con el pastor donde el sendero del caserío acababa en la tierra.

Fue justo antes de verlos desaparecer por la curva cuando llegaron hasta los oídos de Angerona las notas de la flauta. Se mordió el labio y volvió hacia la casa a paso lento, arrastrando los pies, como si ya no hubiese ningún sitio donde volver y, mientras tanto, iba cantando en voz baja una nenia sin palabras pero cargada de nostalgia.

Subió los escalones del pórtico, dejando que los pies desnudos se entretuvieran en la madera áspera y tibia, entre las astillas de sol. Empujó levemente la mecedora, que se movió sin rechinar. Se detuvo en el umbral, acarició el marco de la puerta, inclinó la cabeza e hizo amago de girarse. Luego, dejó de morderse los labios y entró.

Cures era una ciudad perfecta, siempre y cuando se viviese en otro sitio. Esa fue la impresión que tuvo Rómulo, erguido sobre la montura de su bayo a la cola del pelotón quirita.

Las casas de madera que flanqueaban la carretera empedrada, todas idénticas en la forma, conformaban un retículo ordenado y separado por avenidas arboladas.

No se encontraban los riachuelos de fango o los cúmulos de detritos que salpicaban Siete Colinas, pero tampoco bosques y lagos. No se olía el hedor de las ciénagas, pero tampoco el perfume de los cerezos; los árboles eran oropelos y las colinas un simple telón de fondo, más allá de los tejados a dos aguas que formaban parte del paisaje, pero no de la ciudad.

La calle mayor, que los sabinos llamaban Cardo, se cruzaba en mitad de su recorrido con la otra calle principal, el Decumano, que atravesaba la ciudad longitudinalmente. En los cuatro puntos de acceso no había puertas, como en Alba, tampoco murallas ni fosos que protegiesen la localidad.

—Los sabinos no le tienen miedo a nadie —le explicó Aventino.

—Porque a nadie se le ocurriría atacar un lugar así —comentó un Rómulo mordaz.

Le alegraba poder intercambiar por fin unas palabras con el capitán. En los dos días de marcha desde Siete Colinas solo habían podido hablar unos pocos minutos, la noche anterior, durante el cambio de guardia en el vivac. Y es que, apenas dejaron atrás las *Fossae Quiritium*, el fecial había invitado a Rómulo a cabalgar a su lado. El joven se había enorgullecido ante la idea de poder charlar con uno de los grandes de Siete Colinas, famoso por su sabiduría, pero lo único que el sabio quería era cabalgar y leer a la sombra de Rómulo, grande como un roble. Al primer intento del joven soldado por entablar una conversación, el sacerdote, con un gesto diplomático, había indicado los pergaminos que sostenía con unas manos surcadas por venas azuladas, que hablaban de una sangre antigua, y, con una leve mueca de aflicción, había zanjado la conversación.

En la plaza central de Cures, en el cruce del Cardo y el Decumano, se erigía el palacio real, un imponente edificio circular de piedra caliza. Cuatro sencillos pórticos avanzados, que se correspondían con los puntos cardinales, cubrían las entradas. Frente al pórtico meridional se había congregado una gran multitud.

Los quiritas, curiosos, se pusieron a la cola. Unos minutos después fue a llamarles un heraldo, un chiquillo de rostro imberbe y repleto de lunares.

—Habéis llegado justo a tiempo: el rey Tito Tacio está a punto de consagrar a los jóvenes del *Ver Sacrum*. Dejad los caballos a los ordenanzas y seguidme hacia el interior del corazón de Cures.

—¿De qué se trata? —preguntó Rómulo, bajando del caballo. El pájaro carpintero que llevaba siguiéndolo desde el día anterior se posó sobre su hombro. El hijo de Fáustulo, incómodo, le acarició el ala con la punta del índice.

—Es una locura puramente sabina —afirmó Aventino, mientras dejaba las riendas a un ordenanza, que lo miró de reojo—. En ciertos años, marcados por un acontecimiento determinado, una tormenta de rayos o un terremoto, por ejemplo, se les asigna a todos los varones nacidos durante ese periodo una misión.

—¿El *Ver Sacrum*?

—Efectivamente. Cuando esos jóvenes cumplen veinte años, a finales de la primavera abandonan Cures en busca de un lugar donde fundar una nueva ciudad sabina, que llevará el nombre de la divinidad a la que se han consagrado. Con esta nobilísima payasada han colonizado vastos

territorios, esparcidos por diferentes zonas, y no tienen intención de parar. Casi todos los años encuentran un pretexto para hacer un *Ver Sacrum*. Así que lleva cuidado y no estornudes demasiado fuerte o se pondrán a alabar el torbellino y dentro de veinte años nos obsequiarán con una nueva aldea sabina, que hasta puede que lleve tu nombre.

—¿Nunca fracasan? Fundar una ciudad no es una empresa fácil, sobre todo para un grupo de jóvenes —apuntó Rómulo, examinando la puerta monumental de madera, repleta de figuras de guerra talladas con maestría.

—Quienes parten hacia el *Ver Sacrum* han sido consagrados por el rey: o encuentran una ciudad o encuentran una tumba. No pueden volver atrás y ningún sabino puede acogerlos —le explicó Aventino, encaminándose hacia la puerta que mantenía abierta el heraldo, al que dirigió una sonrisa—. Lo que yo te diga: están locos.

—Somos hijos de Menelao, sangre de Esparta —explicó el chiquillo mientras esperaba firme a que los quiritas entrasen.

—Sí, claro —confirmó Aventino, dándole un manotazo en el hombro—. ¿Pero la madre era Elena?

Los quiritas se vieron en una sala abarrotada y animada por un murmullo discreto. Tres órdenes de columnas sobrias dividían el espacio en círculos concéntricos. Por algunos tragaluces penetraban rastros de luz, formando un damero sobre el suelo de pórfido rojo. Una multitud ordenada se había agrupado alrededor de un grupo de jóvenes arrodillados en el centro de la sala. El fecial fue conducido hasta un púlpito de mármol al que se accedía por una estrecha escalera de caracol, pero nadie se ocupó de su escolta.

—¿Dónde están los sitios que nos habéis reservado? —preguntó Rómulo, agarrando por la manga a Cara de Lunar, que se estaba alejando.

—Buscadlos vosotros.

Rómulo le hizo una mueca a Aventino mientras apuntaba con el pulgar al chiquillo, que se había perdido entre la multitud.

—La próxima vez procura no hacer el fanfarrón.

—A sus órdenes —respondió el capitán.

—Nos vas a meter en problemas, o en problemones —insistió Rómulo, mordiéndose la lengua al instante por miedo de haber ido demasiado lejos con un superior, pero Aventino se limitó a cruzar los dedos sobre la boca y besarlos.

Los quiritas, a fuerza de empujones, siempre algo más fuertes de lo necesario, seguidos de sonrisas y disculpas, se ganaron un hueco a un lado del gentío. Una columna les dificultaba la vista, pero al menos respiraban.

Un heraldo tocó dos largas notas con una trompeta curvada, para luego anunciar con voz rimbombante la entrada del rey Tito Tacio. Todos los presentes clavaron una rodilla en el suelo a excepción de Rómulo, que estaba demasiado ocupado observando a las mujeres armadas que presidían la sala real y de las que solo se había percatado en ese momento, con un retraso imperdonable. Se frotó los ojos, pero no era un espejismo: no había ni tan siquiera un soldado. Las guardias, jóvenes y atléticas, vestían una falda guerrera corta recubierta de parches de cuero y un corpiño de piel atado por detrás de la espalda, empuñaban una lanza con la punta de bronce y tenían un cuchillo guardado en cada una de las suaves botas de piel de oveja.

Aventino, arrodillado a su lado, tiraba de su túnica con una insistencia creciente, pero Rómulo hizo como si nada y se liberó dando un paso atrás; no quería perderse el espectáculo de la entrada del rey.

Justo cuando la trompeta volvió a sonar, notó en su espalda algo puntiagudo; se estremeció como

si le hubiese picado un insecto. Al segundo toque, más intenso, se giró molesto para encontrar los ojos color verde mar, ahogados en efélides, de una de las guardias. La joven parecía estar erguida sobre zancos, así de largas eran sus piernas duras y bronceadas.

Rómulo se puso de puntillas, pero solo logró reflejarse en la celada del yelmo. Eran igual de altos. Levantó la comisura izquierda de la boca, conteniendo el impulso de alargar los dedos para acariciar unos labios que, curvados hacia abajo, eran una invitación a lanzarse en el abismo. Ni siquiera se percató de la punta de bronce que le oprimía el pecho.

—¿Tienes una dispensa especial para no arrodillarte? —le preguntó la centinela.

—Sí, una dispensa real.

—¿No me digas? El rey no me lo ha comunicado.

—Pregúntaselo —dijo Rómulo extendiendo los brazos, como si estuviese allí precisamente para eso.

—Toma —dijo la joven, y con un giro de la lanza le golpeó el hígado con el mango. Las piernas de Rómulo cedieron de golpe, vaciadas de toda fuerza. El pájaro carpintero alzó el vuelo. La guerrera repitió el golpe y Rómulo, sin aliento, cayó de rodillas con un insulto ahogado, apoyándose en las palmas de las manos para no acabar con la cara en el suelo.

Cuando el rey se sentó en la sencilla cátedra de madera, que ocupaba, cual ombligo, el punto central de la sala, los presentes se pusieron en pie. Rómulo, aún aturdido, no osaba levantarse por miedo a no lograr sostenerse. Excepción hecha de los jóvenes consagrados, era el único de la gran sala que seguía en el suelo.

—Veo que estabas deseando arrodillarte, pero ahora puedes levantarte, chico. ¿O quieres que te eche una mano? —le preguntó la guardia, apoyando la lanza en el suelo.

Rómulo tosió y tomó aire. Con lágrimas en los ojos, en un estertor, pero esforzándose por sonreír, dijo:

—Si te doy la mano, no irás a ponerme un anillo, ¿verdad?

Aventino lo agarró de los hombros y lo levantó, mientras la gente de alrededor, enfadada, pedía silencio. El capitán calló, asumiendo una expresión falsamente grave, y, llevándose el dedo a la boca, dispensó órdenes convencidas. Los otros dos quiritas no sabían si echarse a reír o escabullirse, y seguían con un ojo clavado en la escalera por donde había desaparecido el feical. El pájaro carpintero volvió a posarse sobre el hombro de Rómulo, que le lanzó una mirada fulminante antes de apoyarse en la columna.

—La columna no se va a caer. No hace falta que la sostengas —dijo la guardia, provocante.

—Lo mismo pasa con tu lanza, muñequita —replicó Rómulo.

La joven le pasó la lanza a su compañera y se quitó el yelmo, liberando una melena de miel.

—¿Quieres seguir atacándome con palabras o prefieres probar con armas más contundentes y peligrosas?

—No creas que yo soy de ese tipo de hombres que no aceptan un duelo con una mujer. Un verdadero maestro da lecciones a todo el que se las pide. Porque me estás retando a un duelo, ¿verdad, muñequita? —le preguntó, rezando con todas sus fuerzas para que así fuese.

—Yo no he hecho más que dar voz a tus deseos, porque tú eres de ese tipo de hombres que cada día tienen que demostrarse a sí mismos que son más hombres que cualquier otro, más hombres incluso que cualquier mujer. No te preocupes, me gusta verte de rodillas, es una posición que te queda bien. Mañana por la mañana tendrás tu lección.

—Por mí puede ser esta noche.

—Esta noche no es para nosotros —sentenció la joven, antes de volver a ponerse el yelmo, atarse

el barboquejo, darse la vuelta sin mediar palabra y alejarse con paso marcial, como si ya se hubiese olvidado del extranjero y de su insolencia. A Rómulo le hirió más aquella sobria ostentación de indiferencia que la humillación precedente.

—Me da la impresión de que hemos tenido una caza perfecta de problemones —dijo Aventino con una risa sarcástica, antes de cruzar los brazos, ponerse una máscara de austeridad y clavar la mirada en el podio con una expresión de profundo interés.

Solo unos segundos más tarde Rómulo se percató de que los ojos de buena parte de los presentes, incluidos los del rey, apuntaban hacia él. Tito Tacio movió con un aire meditabundo la cabeza, levantó una mano y saludó a los sabinos reunidos con una voz ronca que, poco a poco, se fue haciendo más clara y estentórea. Sin embargo, a Rómulo se le había pasado todo interés: las palabras del rey llegaban confusas a sus oídos y, para sus ojos empañados, la corona de oro había dejado de brillar.

—Sabinos, sangre de Esparta, progenie de Menelao Brazo de Hierro, escuchad. Nos hemos reunido con ocasión del duodécimo *Ver Sacrum* desde que llevo la corona que me ofrecisteis, en lo que supone para todos nosotros un motivo de orgullo: la nación crece y nuestros hijos, semillas en el viento de la primavera, fecundan el vasto mundo. Ahora pido una señal celestial a favor de esta generación nacida hace veinte primaveras, bajo el milagro del terremoto. Invoco al dios o al demonio, masculino o femenino, que los marcó durante los meses en los que daban sus primeros pasos en este vasto mundo; que el numen se manifieste con una señal inequívoca y nosotros se los entregaremos. En su nombre fundaremos una nueva ciudad, esperanza del invicto pueblo sabino —proclamó Tito Tacio.

Los ecos de la última palabra resonaban aún en el auditorio cuando el pájaro carpintero alzó el vuelo desde el hombro de Rómulo. Después de dar tres vueltas bajo la cúpula, planeó hasta posarse sobre la lanza recta de uno de los jóvenes arrodillados a los pies del trono. El silencio fue engullido por un sonido cavernoso de admiración.

Tito Tacio se puso en pie de un salto.

—Una señal clara y potente se ha cernido sobre nosotros. Marte ha enviado a su pájaro carpintero; a él consagraremos a nuestros jóvenes. En honor al glorioso nombre de Marte Picovio, guerrero y oráculo, se les llamará piconos, aquellos del pico, y Picono será el nombre del lugar y del pueblo que fundarán. Ahora marchad, hijos míos, y recordad: no se triunfa sobre los sabinos, no se triunfa sin los sabinos.

El público lanzó un estampido que hizo levantarse a los jóvenes, invadidos por una excitación contagiosa formada de bramidos, palmadas y gestos de victoria. Las guardias ululaban y golpeaban el suelo con sus lanzas, mientras los presentes se amontonaban contra las paredes para dejar paso a los piconos, que saldrían por la puerta septentrional. Rómulo preguntó a Aventino por qué todos ponían tanto empeño en no rozarlos.

—Ahora están consagrados a Marte. Cosas tuyas. Ningún sabino podrá tocarlos hasta que no hayan cumplido su misión. Locos de atar.

—No te caen muy bien, ¿verdad?

—No, no, si a mí me caen muy bien; lo malo es que no acaban de caerme bien.

Aquella noche hubo una fiesta en honor de la expedición. Se prepararon cocinas móviles en los márgenes de la plaza del Ombligo, que rodeaba el corazón de Cures, y se montaron largas filas de mesas de pino, sobre las que los cocineros colocaban, de cuando en cuando, las bandejas llenas de carne a las especias, verduras a la parrilla y espesas *focaccias* cocidas sobre piedra. Los sabinos

comían de pie, sin abalanzarse sobre la comida, y charlaban con compostura en los cientos de corrillos que salpicaban el gran anillo, mientras a su alrededor un grupo de músicos marchaba tocando himnos marciales.

Rómulo recordó con nostalgia la flauta de su hermano, las notas con las que había crecido, capaces de liberar lágrimas y dibujar sonrisas; las marchas de los sabinos, en cambio, solo instilaban violencia.

Las amazonas patrullaban la plaza y todas las vías de acceso, moviéndose entre la multitud con los ojos alerta y las puntas de bronce apuntando al suelo. Un selecto grupo estaba dispuesto, formando una corona, alrededor del lugar donde se encontraban Tito Tacio y sus nobles, hombres y mujeres de avanzada edad en su mayoría, pero aún en forma.

A mitad del banquete un heraldo se presentó ante Rómulo con la orden de seguirle, pues el rey reclamaba su presencia.

—¿Qué querrá? —se preguntó el hijo de Fáustulo a sí mismo y al chico.

—Regalarte su reino, ¿qué, si no? —respondió Aventino, sin dejar de arrancar pedazos de carne de un espetón. Los ojos brillantes de vino y la barba untada de aceite le daban un aire oriental.

—Con un amigo como tú, no hace falta pensar. Tienes una respuesta inteligente para todo.

—Tito Tacio, así como todos los sabinos, descende de Menelao Brazo de Hierro —le reveló el heraldo mientras abría el camino.

—Vive Dios que ese tal Menelao tenía que ser un hombre de constitución fuerte —le soltó Rómulo.

El rey escuchaba con un dedo sobre la barbilla a un puñado de nobles. Rómulo se detuvo a una distancia prudente, sin saber dónde poner las manos ni hacia dónde mirar.

—Si te digo que vengas hasta mí, significa que tienes que venir hasta mí —le reprendió Tito Tacio, con una sonrisa igual de cordial que una cuchilla.

Los nobles se apartaron unos pasos para dejar al rey un poco de intimidación. —Un círculo de un par de metros de diámetro, que se parecía peligrosamente a una jaula—. Rómulo se acercó. Tito Tacio, un poco más bajo que él, lo sometió con unos ojos verdes que parecían esconder profundidades marinas.

—Joven del pueblo, he visto que has trabado amistad con mi hija.

—¿Tu hija? —balbuceó Rómulo.

—Sí, hombre, sí; esta mañana, en el corazón de Cures.

Rómulo se quedó mirando fijamente las cejas del rey. Podía distinguir cada pelo, blanco y gris, con la garganta seca y una sensación de vértigo.

—La joven, quiero decir, la amazona que...

—Sí, la misma a la que has desafiado a un duelo un minuto después de conocerla; un gesto bastante poco delicado por tu parte, ¿no te parece? —Una risita acompañó a la pregunta, que en absoluto parecía esperar respuesta—. Hersilia dirige a las Amazonas, la celeberrima guardia real sabina.

—¿Guardia real?

—No parece tan célebre, por lo que parece.

—¿Célebre?

—Sé que tengo tu atención, joven del pueblo, no hace falta que repitas cada palabra que digo para darme a entender que la has escuchado. La guardia real, como sin duda habrás notado, está formada por todas nuestras hijas. Somos sangre de Esparta, ningún sabino está exento del servicio militar, a excepción del rey, pero esa es otra historia larga, amén de tediosa. Nuestros hijos forman el ejército

que defiende los confines de la patria; nuestras hijas, las amazonas, defienden al rey y a la ciudad. Una cabeza, una espada: hete aquí explicado, en un minuto, el secreto de nuestra grandeza.

—Una cabeza, una espada —repitió Rómulo en voz baja, comprendiendo el motivo por el que Aventino lo había llevado con él.

Tito Tacio lo estudiaba con el interés descarado del mercader de caballos.

—¿Entonces lo haces a posta?

—¿A posta?

El rey hizo un gesto de rendición con la mano: renunciaba. Rómulo se repuso:

—En cuanto a tu hija, te prometo que le haré menos daño de lo que había pensado.

Tito Tacio lo agarró del brazo.

—Muy amable por tu parte. No sé si admirar tu franqueza, tu inconsciencia o incluso tu ignorancia. ¿Qué parte de la palabra «Esparta» no has entendido?

—¿Esparta? Nunca había oído hablar de esta ciudad hasta esta mañana, pero en un solo día lo he arreglado y, antes de que acabe la noche, me habré convertido en todo un experto al respecto.

—Los espartanos tienen un lema: o la victoria o lo otro.

—¿Lo otro? ¿Qué significa?

—Nunca han sabido qué significa. ¿Tampoco te han llegado nunca voces de las amazonas?

—Puede llegarme la tuya —propuso Rómulo, que se percató una vez más, con retraso, de que había dejado actuar a su impertinencia.

—Nuestras hijas entran en el cuartel a la edad de cinco años y, como primer regalo, reciben una lanza. A los quince años, después de diez de escuela militar, son abandonadas en el monte Soratte sin otra arma más que el adiestramiento recibido. Solo aquellas que consiguen sobrevivir y volver se convierten en hermanas de la guardia real. Por último, para completar la formación, pasan tres años en el ejército, combatiendo codo con codo con sus hermanos. ¿Tú cuántos años de adiestramiento militar tienes a tus espaldas?

—Pregúntate, antes bien, cuántos tengo ante mí.

—Le rogaré a mi hija que no te haga demasiado daño, pero no es de ella de quien quería hablarte —dijo el rey sin andarse con rodeos. El grupo de nobles había quedado ya unos cincuenta metros atrás, pero Rómulo sentía sus miradas en la espalda—. He visto que el pájaro carpintero de Marte ha alzado el vuelo desde tu hombro esta mañana, y me informan de que el pájaro sagrado ha entrado en el corazón de Cures contigo, hecho cuando menos curioso, amén de singular.

—Te han informado bien.

—¿Tú adiestras pájaros carpinteros? Suponiendo que se puedan adiestrar.

—Conocí al pajarito viniendo hacia aquí. Digamos que fue él quien me eligió a mí. Suelen hacerlo.

—¿Suelen hacerlo?

—Veo que tú también quieres demostrarme tu nivel de atención.

La sonrisa de Rómulo se reflejó en la del rey, que acarició con el pulgar la punta de su centro.

—Eres un joven afortunado y audaz, amén de desaprensivo. Si hubieses pronunciado esa frase delante de mis nobles, me habría visto obligado a castigarte, pero dado que estamos solos tú y yo, lo dejaré correr. Dejarlo correr es un sistema ideal para ahorrar aliento. La vida es una carrera larga, ya lo aprenderás. ¿No puedes decirme nada más del pájaro carpintero?

—No. Si estuviese aquí mi hermano podríamos preguntarle a él, pero no lo está.

Tito Tacio entrecerró los ojos, como ofuscado.

—¿Me estás diciendo que tu hermano habla con los animales?

—Es lo que te he dicho.

—Sois gente extraña, amén de extravagante. Pero es lo mismo que tú has dicho de nosotros esta mañana, ¿no es cierto?

—Veo que te informan bien.

—Tal y como haces tú, que me acabas de confirmar la autenticidad de la información, aunque le has cubierto las espaldas a tu compañero, pues la frase ha sido pronunciada por él, que no por ti. Eres un joven honrado, mas ingenuo, amén de inocentón. La historia del pajarito, como tú lo llamas, me intriga. El mundo se merienda a los ingenuos, pronto lo aprenderás. Mañana mi hija te dará la primera lección, y estoy convencido de que la recordarás por mucho tiempo.

—Ser recordado por mucho tiempo, eso sí —susurró Rómulo.

Mientras volvían hacia donde estaban los nobles, Tito Tacio volvió a hablar de su hija, como si nunca hubiese dejado de hacerlo:

—A propósito, una cosa más, pues me parece que eres el único que la desconoce: cuando las amazonas se casan abandonan el servicio y la vida comunal junto al resto de las hermanas de la guardia. Mi hija no tiene intención de renunciar a su puesto, con lo que ha rechazado a todos sus pretendientes. Tras muchas súplicas insistentes y dolientes por mi parte, accedió a un compromiso: se casará con el hombre que la derrote en duelo. Este año eres el decimotercero que ha tenido la osadía de desafiarla; la osadía, amén de la imprudencia.

—La fuerza de la ignorancia —lo corrigió Rómulo, aunque no consiguió dar a su tono la despreocupación deseada.

Cuando volvió entre los suyos, Aventino apuntó el espetón contra su pecho.

—¿Y bien, el viejo te ha entregado su reino?

—No, pero me ha mostrado el camino para conquistarlo.

A la mañana siguiente Rómulo se despertó con una patada de Aventino.

—Levanta y lávate la cara, dentro de una hora empieza el duelo —le advirtió, antes de agarrarlo por los pelos y meterle la cabeza en un catino lleno de agua.

—Estoy despierto —se lamentó Rómulo entre boqueadas, tras sacar la cara del agua.

Aventino le echó por la cabeza el líquido que había quedado en el recipiente.

—Ayer por la noche te bebiste hasta las macetas.

—Prefiero morir atravesado antes que ahogado —puntualizó Rómulo, respirando a duras penas y escupiendo.

—Me temo que no serás complacido: usaréis lanzas despuntadas.

—¿Tanto bebí ayer por la noche?

—Espero que no hayas querido buscarte una excusa para perder.

—En todo caso un atenuante, si es que le hiciese demasiado daño.

Aventino sacudió la cabeza, el labio inferior le sobresalía.

—¿Qué significa esa cara? —le preguntó Rómulo, poniéndose de pie.

—¿No lo lees?

—No.

—Preocupación, analfabeto.

—¿Por ella?

—Por ti.

—¿Por mí?

—Procura dar vueltas a su alrededor a una distancia prudente. Las pocas veces que logres

esquivar los golpes laterales, aprovecha el momento exacto en que su bastón te supere para cargar. Ese será el único instante en el que puedas intentar un contraataque. Tendrás como mucho una ocasión: derríbala en ese momento. En todos los demás, lo único que ganarás serán moratones —le explicó Aventino, con el tono de quien amaestra a un carnero sobre cómo enfrentarse a un lobo.

Rómulo se sacudió la túnica.

—Pensaba que me habías adiestrado para situaciones como esta.

—Te he adiestrado para la batalla.

—¿Y esto qué es?

—Un suicidio.

Los dos hombres dejaron la tienda, recorrieron el Cardo desierto y, tras atravesar la plaza del Ombligo, llegaron al barrio militar, que ocupaba todo el cuadrado noroeste del tablero de la ciudad, con sus cuarteles y campos de adiestramiento, sus palestras y sus establos. La palestra preparada para el encuentro era un círculo de arena delimitado por un terraplén de unos diez centímetros. El público estaba formado, en su mayoría, por amazonas y nobles.

—No podrás decir que has muerto solo como un perro —le hizo notar Aventino.

—Si me mata, ¿cómo podré decirlo?

—Yo lo diré por ti, soy de ese tipo de amigos que lo haría.

Hersilia esperaba en el centro del disco de arena, erguida sobre las largas y duras piernas bronceadas, agarrando la lanza de madera. El viento matutino hacía tintinear las campanillas que colgaban de su pelo.

—Se ha acicalado para mí.

—Se acicalará contigo, si acaso. Las amazonas llevan las campanillas durante la batalla. Cada una representa a un enemigo muerto. Tu amiga se ha cargado a un buen puñado por lo que parece. Procura no convertirte en una de esas campanillas.

Rómulo se giró hacia Aventino con una mueca de reproche.

—¿Cuándo tenías pensado darme esta información?

—Cuando te fuese más útil.

—Viendo el gran número de chicas, creo que voy a combatir desnudo.

—Déjame la túnica, así tendré algo con lo que enterrarte.

Rómulo se desató el vestido, se recalcó el cuello y se dirigió hacia el círculo de arena, pero antes de subir al terraplén se volvió una vez más hacia Aventino:

—Si no salgo vivo, dile a mi hermano que lo quiero.

—¿Cómo lo encuentro?

—Él te encontrará, tiene un olfato único para los animales.

Una de las amazonas le arrojó una lanza de madera. Rómulo la cogió al vuelo y la balanceó para calibrar el peso y el equilibrio. Hersilia esperaba con el aire tranquilo de quien ya conoce el final de un espectáculo.

—Tu padre me lo ha explicado todo, muñequita. Ahora entiendo el objetivo de la provocación de ayer por la mañana: podías ahorrarte toda la escena y pedirme directamente matrimonio. Quién sabe, a lo mejor habría dicho que sí.

—Estamos aquí para sustituir las palabras por las lanzas, ¿se te ha olvidado? ¿O acaso quieres comerte las palabras de ayer por la mañana?

—Ayer fue hace un año. Ven aquí, niña, que hoy te vas a convertir en una mujer.

Una amazona escupió al suelo.

—Yo ataré la campanilla de este fanfarrón a tu pelo.

—No creo que haga falta llegar a tanto, Cecilia. Pero, si quieres, cuando haya acabado con él puedes jugar tú un rato. —Las otras se rieron mientras Cecilia, que se había puesto roja, lanzaba una mirada irritada a Rómulo, que le hizo un gesto de «luego» con la mano.

En algún lugar sonó una campana. Hersilia dio un paso al frente.

—¿Estás preparado?

—Desde hace diecisiete años.

—¿Entonces por qué dejas que te den en la rodilla? —le preguntó la amazona antes de fingir un ataque al rostro y bajar la lanza para golpearlo en la rótula.

Rómulo se alejó, ahogando un grito, pero no había retrocedido ni tres pasos cuando un segundo mandoble descendente le alcanzó el tobillo. Lanzó un improperio mientras el dolor le subía por la pierna. Empezó a dar saltitos intentando desentumecer el torpor.

Hersilia se puso a favor del sol, cogió carrerilla y dio un brinco. Rómulo levantó el bastón con las dos manos y consiguió parar el golpe, pero aquello era solo un diversivo: la joven se agachó como un rayo y, con un giro del tronco, lo golpeó en los gemelos y lo tumbó en la arena.

El quirita, tosiendo y escupiendo polvo, rodó sobre sí mismo para escapar de ella, pero la lanza enemiga le golpeaba las piernas implacablemente: una, dos, tres veces. Cuando por fin logró ponerse en pie, tambaleante y deslumbrado, ya tenía a Hersilia encima. El joven detuvo dos estocadas, luego se lanzó hacia adelante con una voltereta desesperada, buscando una vía de escape, pero la amazona, rápida como una víbora, le golpeó el glúteo con la punta de la lanza, arrancando las carcajadas del público.

Rómulo, después del pinchazo, notó cómo un guante de insensibilidad le aferraba el muslo, y se vio obligado a hincar una rodilla en el suelo. El bastón de la hija del rey caía inexorable desde lo alto, un mazazo tras otro, cortando la luz del sol. El hijo de Fáustulo rechazó la mayor parte de los ataques, pero el último, que solo pudo desviar, le alcanzó en un hombro. Gritó de dolor, entre los aullidos excitados de las Amazonas, que levantaron las lanzas.

—Carga contra ella, ¡por Evandro! —le gritó Aventino.

—Muy bien, chica, al parecer me has derrotado —le dijo Rómulo en un susurro apenas perceptible, mientras se levantaba a duras penas, apoyándose en el bastón.

Hersilia se pasó la lanza de una mano a otra.

—¿Quieres decir que te rindes? —le preguntó en voz alta para que todos pudieran oírlo.

—Si no me dispensas de la obligación de casarme contigo en caso de victoria, no puedo combatir de verdad. Cuando te desafié, no conocía este chanchullo. Me embaucaste. Libérame de esa cadena y te daré lo que buscas.

—No tienes ninguna obligación —le prometió la amazona, antes de lanzarse de nuevo al ataque.

Rómulo estaba sorprendido por la inteligencia de su adversaria, por la malicia que infundía en los golpes y por su deseo evidente de humillarlo. Hersilia no combatía solo para ganar, sino para ganarle, para despojarle de la confianza en sí mismo, para hacerle daño por fuera y por dentro.

El joven levantó la lanza sobre su cabeza y luego la dejó caer con fuerza contra la rodilla, partiéndola en seco. Movié el cuello a derecha e izquierda, se golpeó las piernas en una sucesión rápida con los dos palos y empezó a desplazarse lateralmente dando saltitos.

Hersilia dudó un instante, Rómulo notó cómo los músculos de sus brazos se relajaban y las piernas perdían contracción, y atacó. Apretó los codos y abrió los antebrazos, blandiendo contemporáneamente las dos espadas de madera como si fuesen las pinzas de un cangrejo.

La amazona vio el pecho desnudo del joven y, sin pensar en el riesgo, en lugar de retroceder, lo golpeó en la base del cuello con un mandoble jugado al giro de muñeca, pero no pudo evitar acabar

arrollada por el asedio de aquel ataque en pinza. Sintió cómo las costillas le crujían bajo el estruendo de los bastones gemelos y, con un quejido, retrocedió de un salto; sin embargo, ahora era Rómulo quien la acosaba, agitando los brazos con una furia salvaje, sin que le importase exponerse al contraataque.

La hija del rey, presa de aquel huracán, golpeó, empujó, atacó, pero el quirita respondía con una furia duplicada, triplicada, y por cada golpe que la amazona infligía en el cuerpo indefenso del adversario, recibía el triple.

Ya no era un duelo, sino una lucha entre dos animales devorados por una pasión insana, magullados y sangrantes.

A ojos de la joven, Rómulo parecía cada vez más imponente. Bajo sus bastonazos, las manos eran saetas y la piel mármol. Durante un instante terrorífico Hersilia distinguió una sombra enorme, culminada por un yelmo, elevarse a espaldas del quirita.

De las Amazonas llegaban gritos de pavor. Su comandante cayó al suelo aturdida, soltando la lanza. El joven dio una voltereta en el aire mientras el público, ya preparado para lanzarse a la arena, con un pie en el terraplén y el otro preparado, contenía la respiración. Algunos se llevaron las manos a la boca y otros apartaron la mirada. La madera sibilante del quirita se detuvo a dos pulgadas del cuello desnudo de Hersilia.

Rómulo, tras la cortina de sangre y sudor que le cubría el rostro, la miró. La joven jadeaba de rodillas, cubierta de moratones y magulladuras; la túnica desgarrada dejaba al descubierto la curva de los senos. El joven dejó caer uno de los dos palos y le tendió una mano.

Hersilia la miró fijamente, asintiendo, pero de repente se lanzó hacia adelante, lo arrolló de un cabezazo, lo tiró al suelo y empezó a lanzarle puñetazos. Rómulo logró escabullirse asestándole un golpe en los riñones, se volvió a poner en pie y arrojó el segundo bastón.

—¿Hasta dónde quieres llegar, loca? —le gritó.

—Hasta el final —respondió Hersilia, aferrando el palo que el joven había dejado caer.

Rómulo extendió el antebrazo para protegerse de la selva de golpes cargados de rabia, pero vacíos de fuerza. Después del tercero no sintió nada, salvo la insensatez de la vida. Con un gesto rabioso agarró el bastón, se lo arrancó de la mano y lo lanzó hacia el público, que se apartó entre gritos de irritación.

—Si no te rindes, juro que te doy de bofetadas —le dijo.

La amazona hizo una cabriola y le golpeó el rostro con una patada. El quirita encajó el golpe sin alterarse, y con la velocidad de la serpiente aferró la muñeca de la joven. Luego dio un paso hacia atrás y empezó a correr en círculo sin soltarla. Hersilia tropezó y perdió el equilibrio; Rómulo aferró también el otro brazo, empezó a girar sobre sí mismo y la arrojó entre la multitud.

Hersilia se levantó, apartando las manos que se ofrecían para sostenerla, y se lanzó hacia adelante para volver a entrar, pero dos de sus compañeras la retuvieron.

—Ha acabado, has salido de la arena —le murmuró Cecilia con una mirada incrédula—. Te ha ganado.

La hija del rey lanzó un suspiro extenuado e incrédulo. Rómulo, de pie en el centro del disco de arena, la observaba con una admiración que no había sentido jamás por nadie más que por su hermano. Al igual que Remo, Hersilia estaba poseída por una vena de locura, y él quería recorrerla.

La joven sacó un cuchillo de la bota de una de sus compañeras y volvió hasta Rómulo; se cogió con la mano izquierda la larga melena, cortó un mechón de pelo y lo arrojó a los pies de su adversario. El quirita lo recogió y con la otra mano agarró un puñado de arena, se levantó y, con el puño en alto, dejó que el polvo se filtrase entre sus dedos.

—¿Ahora qué será de nosotros dos? —le preguntó.

—Podremos dejar de ser dos.

—¿Es lo que quieres?

—¿Te opones a casarte conmigo?

—No estoy en contra del matrimonio, pero pone fin a muchas cosas de las que estoy a favor.

—Esto no le gustará a mi padre. Quiere un heredero y creo que le gustas. Hasta me pidió que no te hiciese demasiado daño.

—Me considera un ingenuo y, en cualquier caso, has hecho caso omiso de su petición —dijo Rómulo, pasándose una mano por el pecho en llamas.

—¿Qué mejor yerno que un ingenuo? Te manipulará sin dificultad cuando llegue la hora de educar a nuestro hijo. ¿Vamos al templo?

—Vamos al hospital —bromeó Rómulo, que solo pudo concebir la idea de una sonrisa antes de dar un paso y desplomarse.

Al instante Hersilia estaba a su lado, sosteniendo su cabeza entre las manos.

—Intenta no perder el conocimiento. Tenemos que saber si tienes heridas internas.

—Una idéntica a la tuya —murmuró Rómulo antes de perder el conocimiento, joven y amado por los dioses.

—Es así —comenzó a decir el Pontífice sin darse la vuelta, como si la conversación ya hubiese llegado a un punto muerto. Estaba metido en el río hasta las rodillas, con la túnica enrollada sobre los muslos.

A lomos de Janto, Remo lo observaba, cegado por la reverberación de la orilla, incapaz de decirle quién era, de dónde llegaba y por qué había llegado hasta allí.

Al final había encontrado a su hombre, lo había encontrado después de una extenuante caza de quince días a través de los montes que rodeaban Siete Colinas, subiendo y bajando laderas, recorriendo senderos polvorientos y atravesando bosques inextricables. Durante la búsqueda desesperada de cualquier rastro o indicio, había interrogado a pájaros, fieras y plantas. Con los hombres había usado un acento extranjero, cubriéndose la cabeza al estilo de los sacerdotes itinerantes, por miedo a ser reconocido por los quiritas, para los que era un desertor al que había que colgar del árbol más cercano. Todos habían oído hablar del Pontífice, pero nadie tenía ni idea de cuál era su aspecto o dónde se encontraba. Algunos le habían dicho que estaba muerto, otros que no nacía uno desde hacía siglos, los había que aseguraban que se trataba de una simple leyenda, vestigios de un pasado olvidado, y no faltaba quienes afirmasen que había viajado allende los mares o quizá incluso al Averno.

—No sé dónde, pero sin duda cerca del agua —le había confesado un campesino al que le había segado el campo a cambio de un plato de sopa.

En el pozo junto a la encrucijada de Tres Casas, una vieja vestida completamente de negro lo había invitado a sentarse junto a ella en el banco de roble.

—¿Eres tú el que lo buscas a él o es él quien te busca a ti?

—Yo soy el que lo busca.

—¿De verdad? En ese caso te lo diré: están construyendo un puente sobre el Albula, dos millas al sur de Siete Colinas, un gran puente del que quieren sacar un gran beneficio, aranceles y otros impuestos cuyo nombre desconozco. A los hombres se les da bien encontrar nombres para cosas que no existen. Yo escupo en los impuestos —dijo, escupiendo al suelo—. En fin, que allí encontrarás al Pontífice, como su propio nombre indica. Podías haberlo adivinado tú mismo.

—¿Quieres decir que el Pontífice es un constructor de puentes?

—Lo dice su nombre. Los únicos nombres que valen algo son los que dicen. El tuyo, por ejemplo, querido Remo, me recuerda a cierta ciudad del pasado.

Le dio las gracias y saltó a toda prisa sobre el mulo, pero antes de irse le preguntó:

—Si en cambio hubiese sido él quien me buscaba a mí, ¿no me habrías dicho dónde encontrarlo?

—¿Por qué indicarle a la cabra la guarida del lobo, a menos que no sea la cabra quien la busca?

—¿Y quién te dice que yo soy la cabra? —le había preguntado Remo con un tono ambiguo, un instante antes de que Lykos surgiese desde la espesura de arbustos de detrás del pozo y se situase a su lado.

Un poco más adelante, el hijo de Fáustulo se había inclinado sobre el cuello de Janto para acariciarlo:

—¿Sabes qué es lo raro, amigo mío? En ningún momento le he dicho a la vieja que me llamaba Remo.

Se había dirigido hacia el río, donde una compañía de gastadores y un buen número de soldados

del pueblo se afanaban en torno a los cimientos del que habría tenido que convertirse en un enorme puente. Cuando le preguntó a uno de ellos por el Pontífice, el quirita, tras tocarse la frente para conjurar el mal fario, le señaló a un hombre que estaba solo junto a la orilla, casi una milla río abajo.

Remo dirigió a Janto en esa dirección, pero el soldado cogió al mulo por las bridas. Al joven se le había helado la sangre.

—¿Qué quieres del Pontífice?

—El puente.

—¿El puente?

—Para bendecirlo.

—Ah, claro —dijo el soldado, reconociendo ahora en la capucha el velo sacerdotal—. Claro, bendícelo también a él, ya que estás.

—Es así —volvió a repetir el Pontífice.

Remo ni siquiera sabía si se estaba dirigiendo a él o a sí mismo. Se lo preguntó, al menos era una forma de certificar su llegada.

—¿Hay alguna diferencia? —masculló el hombre. Remo se aclaró la voz:

—Escúchame, te lo ruego.

—¿Quieres saber si el puente aguantará? ¿Si aguantará? Pues bien, puedes estar seguro de que no aguantará, no cabe duda de que no aguantará. Tendrían que haberlo construido aquí, como les aconsejé, pero no quisieron hacerme caso; no hacerme caso a mí, tú te crees. Aunque, bien pensado, ¿por qué hacer caso a quien sabe? Quien no sabe no sabrá. Es mucho mejor fiarse del que conoce las leyes de la geometría porque las ha estudiado que fiarse del que las ha inventado, ¿no te parece? Así les ha parecido también a ellos, bienaventurados sean. Con la próxima crecida sus cimientos matemáticos se derrumbarán, es pura matemática —le explicó antes de sumergir una mano en el agua, sacar un canto rodado, lanzarlo contra la superficie ondulada del río, contar tres rebotes y cerrar el puño en un gesto de satisfacción.

Remo bajó del mulo de un salto. Ató el cayado y la alforja a la montura, se quitó las sandalias y la túnica, eligió una piedra pulida, la sopesó en la palma de la mano, inspiró y la lanzó al río con un movimiento fulmíneo. La piedra voló a un palmo del muslo del Pontífice y rebotó una docena de veces sobre el agua antes de desaparecer con un silbido entre los juncos de la otra orilla.

El Pontífice se giró hacia él. Sus ojos estaban enrojecidos y cubiertos por una pátina de lágrimas.

—¿Eres tú? —Remo asintió.

—Soy alguien.

—Entonces vamos a comer —propuso el Pontífice, poniéndose en marcha, sin comprobar si el joven lo seguía. Lo condujo a un modesto vivaque situado una milla al norte, sobre una duna cubierta de hierba que daba al río. Encendió un fuego entre las piedras, cogió de un canasto un par de pescados esmirriados y los ensartó con un espetón.

Rómulo se llevó dos dedos a la boca y silbó. Cuando los peces estaban casi asados, con las escamas convertidas en una capa crujiente, a sus espaldas surgió del bosque Lykos, que se acercó al vivaque con un trote dócil, y dejó caer un conejo a los pies del pastor.

El Pontífice le lanzó una mirada irritada, para nada temerosa, como si la aparición de la nada de un lobo enorme y al parecer domesticado fuese la cosa más natural del mundo.

—Podía haberlo limpiado por lo menos, por lo menos limpiarlo.

Mientras desollaba a la presa con un cuchillo curvado, Remo observó a su hombre, que masticaba

unas hojas sacadas de una bolsita de cuero rojo que llevaba atada al cuello. Era bajo, de una delgadez nerviosa, con la cabeza cubierta de una pelusa rala y blanca que dejaba al descubierto amplias calvas de piel quemada por el sol y cubierta de costras. Poseía una vejez particular, que no estaba vinculada a la edad. Sus ojos, cerúleos y acuosos, estaban rodeados de rojo. Tenía el aspecto de un hombre que había atravesado el hielo y el fuego.

—No te encuentro muy bien con respecto a la última vez que te vi —lo sorprendió el Pontífice, anticipándose a él.

Remo lo señaló con el cuchillo:

—Tú nunca me has visto antes.

—Si tú lo dices —dijo el viejo, levantando las manos.

—Lo digo yo y ahora lo dirás también tú.

—Te digo que la vida no se espera la llegada de la muerte.

—Dime, antes bien, quién eres tú —le ordenó el joven, cansado de encontrar a hombres que se jactaban de saber más cosas sobre él de las que supiese él mismo.

—Un Pontífice, ¿no lo sabes?

—¿Y entonces de qué te ocupas?

El Pontífice abrió los ojos de par en par.

—De puentes.

—Pensaba que eras un sacerdote.

—Soy un sacerdote que se ocupa de puentes. ¿Qué es un Pontífice, si no un puente entre cielo y tierra, entre pasado y futuro, entre dioses y hombres? ¿Qué es más sagrado y terrible que atravesar las aguas? ¿Si el agua es vida, cruzarla es morir? ¿Dónde se sitúa el límite entre la fe y la ambición, entre lo sagrado y lo sacrílego? Pero tú no has venido para saber quién soy yo, has venido para saber quién eres tú.

—En cualquier caso, aquí estoy.

El Pontífice levantó varias veces las cejas desgreñadas.

—Hazlo a tú manera, si tanto lo deseas, porque quien intenta hacer entrar en razón a los mulos acaba rebuznando.

—¿A mi manera?

—Dime tú quién eres.

Remo, en un gesto de rabia, lanzó la piel del conejo. Las gotas de sangre salpicaron sobre las rocas.

—Alguien que está perdiendo la paciencia. Estoy cansado de rompecabezas y frases incompletas. He dejado a mi mujer para venir a buscarte, todo para honrar la promesa que le hice a un fantasma, así que dime lo que tienes que decirme y luego deséame buena suerte.

Una inesperada sombra de compasión se cernió sobre el rostro del Pontífice, que renunció al tono provocador para cambiar al amistoso.

—Has dicho la verdad sin ni siquiera darte cuenta, pero no puedo hablar, lo siento. Hasta que no tenga la certeza de que eres tú, no podré revelarte nada, suponiendo que tenga que hacerlo. Sí, me has encontrado sin saber nada de mí, y esa especie de gato gris enorme te acompaña como si fuera tu hermano, pero no me has dado ninguna señal inequívoca. La espero. Intenta comprenderme: no estamos hablando de la vida y la muerte de un hombre, sino de todos los hombres.

—¿Señal? ¿De qué me estás hablando, viejo? —Lo agredió Remo, cerrando de golpe el cuchillo. El recuerdo de Angerona lo volvía impaciente; mientras él estaba allí jugando a las adivinanzas, a ella le tocaba mandar adelante la granja y asistir al padre sin su ayuda. La sensación de culpa se

desbordó hasta convertirse en cólera—. Habla claro, ¡por todos los dioses! —gritó, sin creer a sus propios oídos, pues era la primera vez en diecisiete años que blasfemaba.

El Pontífice señaló el río a sus pies.

—Haz que se hinche.

Remo sacudió la cabeza con la calma fría de quien ya ha dado un paso más de lo debido y se sintió preparado para llegar hasta el final, e incluso más allá.

—Dime lo que sabes, o el río se hinchará cuando tu cuerpo acabe dentro.

—Tú me amenazas con palabras y yo te respondo pasando a la esfera de los hechos. Se llama inteligencia —le explicó el Pontífice, sacando de la alforja el fragmento de un espejo. Lo orientó en dirección al sol y, haciéndolo girar en breves intervalos, proyectó señales luminosas en el cielo—. Hete ahí una señal: es la de peligro. Ahora los soldados vendrán aquí a ver qué pasa y yo les diré que eres un desertor; y te aseguro que no servirá de nada mascullar un par de frases en etrusco para hacerte pasar por un sacerdote. La única posibilidad de salvarte es la de hacer que el río se hinche. Ante tamaño portento huirán aterrorizados, aterrorizados huirán.

Remo se levantó para comprobarlo. Un pequeño grupo de soldados había abandonado el campamento situado junto al estribo del puente y cabalgaba en dirección al vivaque. Empuñó el *pedum* y, maldiciendo la fuerza del mundo y su debilidad de espíritu, salió con furia de sí mismo, se encontró con el Albulá, se hizo uno con las olas y sopló iracundo. Por un instante todo permaneció inmóvil; luego, con un fragor ensordecedor, las aguas del río se levantaron en una ola que tocó el cielo con su cresta plateada antes de caer sobre el pedregal en una tempestad de gotas y deslizarse valle abajo con el ímpetu desbordante de un tsunami, dejando a su paso una alfombra de espuma y peces agonizantes.

Frente a aquella bonanza blanca Remo se desplomó. Cuando volvió en sí, estaba oscuro. Lo primero que vio fue una hoguera, y se concentró en ella para volver a la realidad. En el espetón se estaba asando el conejo capturado por Lykos.

—¿Has dormido bien? —le preguntó el Pontífice, pasándole una bota de agua.

Remo la vació de dos largos tragos.

—Creía que no volvería a despertarme.

—Existía esa posibilidad. Deberías dosificar mejor tu talento: se necesita un puño para abatir a un hombre, pero basta la yema de un dedo para aplastar a una hormiga.

—Tú has sido el que me ha obligado.

—¿Yo? Para nada. Habrías podido levantar una fuentecilla, y yo te habría creído igual.

—¿Y qué me dices de los soldados? ¿Se habrían detenido ante una fuentecilla?

—¿Los soldados?

—Sí, ¿estás sordo?

—Sí, un poco. Para los soldados podías inventarte otra cosa; convocar a una manada de lobos, por ejemplo, qué sé yo. Además, me urge precisar que yo te había pedido que hinchases el río, no que lo transformases en el mar.

Remo se sentó sobre los talones, desorientado por una sensación de vértigo y un ataque de náusea.

—No me siento bien —se quejó. Se imaginó como la cuerda de un arco tensada por un hombre de una fuerza desproporcionada. Necesitaba a Angerona y su actitud resuelta, ella habría sabido cómo afrontar la situación.

El Pontífice sacó el conejo del espetón, lo partió en dos y pasó la mitad con la cabeza a Remo.

—Un poco de cerebro, campeón —masculló—. Cuando entras en el agua, el agua también entra en ti. Cuando entras en el lobo, el lobo también entra en ti. Cuanto más te conviertes en el otro, más se

convierte el otro en ti. Podrías despertarte un día y no saber ni siquiera quién eres, ni dónde, ni cuándo —le explicó, sin soltar el trozo de carne hasta que Remo no asintió.

—¿Puedo aprender a controlar esto?

—¿Tu talento?

—Lo que sea.

—No más de cuanto un pájaro pueda aprender a volar.

Al acabar de comer, Remo lanzó los huesos descarnados al fuego.

—Ahora es tu turno. Habla.

El Pontífice acabó de masticar su bocado con calma, luego bebió de la bota. Cogió de la bolsita de cuero un par de hojas, las trituró con mimo sobre la palma de la mano izquierda y se las puso bajo la lengua.

—¿Cuánta verdad eres capaz de soportar? No mucha, por el momento; por el momento, no mucha. Quedarías aplastado por ella. Pero algo tengo que decirte; no en vano, hemos hecho un pacto. Sin embargo, he de saber qué parte del todo ha emergido para tu conciencia. ¿Por dónde empezar?

—Empieza por la visión que mi hermano y yo tuvimos frente a la estela. El demonio Fauno predijo que fundaré una Ciudad Eterna y que para hacerlo he de encontrar, ante todo, los *Pignora Imperii*, los objetos dotados de la gracia celestial. Añadió que tú me guiarías, explicándomelo todo.

—¿Y tú le creíste? —preguntó el Pontífice.

Remo empuñó el *pedum*. El ojo izquierdo brilló con toda su intensidad violeta en la noche, y los otros ojos, amarillos, aparecieron entre los árboles a sus espaldas. El fuego creció, el viento sopló y los cantos rodados del río temblaron, tintineando.

El Pontífice no se dejó impresionar, y con un gesto ágil cogió una de las piedras y la lanzó a los pies del joven.

—Si entras en una piedra, la piedra también entra en ti, ¿te acuerdas, chico raro?

—No me digas raro.

—¿No te decían así tus amigos?

—Yo no tengo amigos.

—Me tienes a mí.

—Has prometido que me lo contarías todo, pero al parecer me has engañado. He llegado hasta aquí para conocer la verdad, pero he encontrado la mentira.

—Has venido hasta aquí porque no tenías otra opción y no has encontrado más que lo que has traído contigo. No estás listo para ir a ningún sitio. Tu mente, tu corazón y tu espíritu no te han seguido. No puedo guiarte, somos dos ciegos, lo siento.

—Muy bien. Eso era todo lo que quería oírte decir —afirmó Remo. Recogió la alforja, echó la manta sobre Janto y montó en su lomo—. Me olvidaré de ti, y te aconsejo que tú hagas lo propio conmigo —dijo antes de alejarse, seguido de los lobos, mientras el Pontífice miraba fijamente las brasas con un hueso en la mano.

La luna estaba alta en el cielo cuando, media hora más tarde, Remo llegó al campamento de quiritas abandonado. Los soldados y los gastadores se habían ido deprisa y corriendo después de que el río se convirtiese en un mar, arrasando el esqueleto del puente.

El pastor dirigió una mirada cansada a las ruinas esparcidas sobre la arena, relictos de un sueño naufragado, y dijo al mulo:

—Al menos sobre una cosa el Pontífice ha dicho la verdad: el puente no ha aguantado.

Janto movió la cola con pereza.

—Ya, es así —dijo Remo.

Una corriente que no tenía origen ni destino aparente sopló entre los bosques de la ladera occidental del monte Albano, descendió por la antigua vía de basalto, se deslizó sobre el silencio primordial de las aguas del lago de Nemi y acabó dispersándose, con soplos suaves, bajo los ojos ciegos de la estatua cubierta de musgo de la diosa Diana.

En la cima de la montaña, frente al antiguo templo de *Iuppiter Latiaris*, un círculo de hitos delimitaba el *fanum*, la explanada sagrada dedicada a las asambleas de la federación. Amulio, sentado en la cátedra de piedra reservada al príncipe de los latinos, escrutaba el cielo límpido con un aire interrogante, sosteniendo en la mano derecha el cetro culminado por el águila ebúrnea.

Los representantes de los otros veintinueve pueblos latinos fueron llegando uno tras otro, los más viejos con el aliento entrecortado y el paso claudicante. Entre ellos había soberanos, sacerdotes y altos magistrados. Todos iban sin escolta, siguiendo la costumbre. El rey albano los observó entrar en el círculo ancestral y sentarse en los asientos de piedra, y otorgó a cada uno un breve gesto de saludo.

A cada pueblo le correspondía un solo delegado: los diez caballeros que seguían a cada uno de ellos —pues un número mayor se habría interpretado como una señal de desconfianza— esperarían en la posada a los pies del monte, de donde arrancaba la vía Sagrada, que tras seis millas exactas de curvas conducía bajo el cielo de Júpiter.

Cuando los Treinta tomaron asiento, Amulio levantó un brazo. Dos sacerdotes con la cabeza cubierta aparecieron en el umbral del templo que había a sus espaldas. Empujaban un imponente toro blanco con los cuernos pintados de oro y adornados con guirnaldas. Si el concilio concluía con un acuerdo, el animal sería sacrificado a Júpiter y cada uno de los embajadores habría llevado a casa una treintava parte de las carnes sacrificadas, como señal tangible de la bendición celeste y de la concordia entre los latinos.

—Hermanos —empezó el rey albano, levantándose sin apoyar el cetro; su manto lanzaba flechas relucientes hacia los árboles—. Os he reunido ante el gran numen de todos los latinos para pedir os perdón.

El círculo de piedra y carne fue recorrido por un rápido escalofrío. Algunos de los presentes se intercambiaron miradas de recelo, pero la mayoría mantenía sus ojos clavados en los de Amulio, por miedo a dejar traslucir sus propios pensamientos. Con el paso de los años habían corrido muchas voces sobre los poderes del rey de Alba: en las tabernas de medio *Latium* se insinuaba que era un nigromante capaz de leer la mente y convocar las almas de los muertos desde el otro mundo.

El índice del rey albano se alzó hacia el cielo.

—Cuando hace trescientos años mi progenitor Eneas el Pío llegó al Pico Celeste con los penates, hubo de combatir duramente para conquistar la tierra que le había sido prometida por las profecías, afrontando las armas de sus enemigos y las tramas de sus amigos. Sin embargo, al final, derrotados los unos y los otros, Eneas y su aliado Latino fundaron Alba, para custodiar en ella las llaves del reino, los penates y el *Ius*.

El círculo vibró como una soga tensa. Amulio continuó:

—Pues bien, yo, heredero de Eneas y Latino, depositario de las llaves y de los penates de Troya, he fracasado en la custodia de la justicia, pues no he logrado evitar que entre nosotros, los latinos, creciesen las envidias. Por un excesivo y pernicioso amor por la libertad, he permitido que se

aflojasen los antiguos vínculos y que se desatendiesen las leyes, y algunos pueblos han aprovechado la ocasión para conspirar. Ahora, decidme, ¿qué sucede en el barco en el que tres o cuatro remeros bogan en el sentido contrario de los otros veinticinco? ¿Qué, en esa manada donde un par de lobos atacan a sus compañeros en lugar de a las presas?

Los embajadores se agitaron sobre sus asientos, mientras Amulio, en silencio, pasaba su mirada impenetrable y llena de una sabiduría oscura de un rostro a otro; algunos agacharon la cabeza, mientras otros examinaban con una concentración estúpida el bosque.

Cuando la tensión llegó al punto álgido, Amulio sacó de un bolsillo interior el medallón que le había entregado Céler y lo arrojó al centro del *fanum*. Veintinueve parejas de ojos se posaron sobre él.

—Mi fiel amigo Tulio, capitán del ejército de Alba, volvía de Siete Colinas cuando fue asaltado, saqueado y asesinado por un grupo de jóvenes quiritas —reveló.

—Es una vergüenza inaudita, un sacrilegio execrable —protestó, poniéndose en pie de un salto, el representante de los lábicos, que lucía la toga de los magistrados. Recogió el medallón bañado de sangre, lo observó con una expresión escandalizada y luego lo pasó entre los presentes, que a su vez levantaron murmullos de condena e indignación.

Amulio cerró la mano frente a su rostro para volver a tomar la palabra. Su voz explotó como el trueno sobre la lluvia.

—Ahora, decidme, ¿qué he de decirle a la familia de Tulio? ¿Qué, a mi pueblo? ¿Qué, a los vuestros? Yo mismo os explicaré el estado de las cosas. No puedo asistir impasible al derrumbamiento de nuestro mundo, y permitir que los hermanos devoren a sus hermanos. Tengo que intervenir para restaurar el *Ius*.

Amulio se dejó caer en la cátedra, imponente y extasiado como Júpiter tras una tormenta de rayos y, en ese mismo momento, los otros saltaron en pie. Se gritaban los unos a los otros y señalaban con indignación al *Pater Patratus* de los quiritas, que intentaba aplacar la cólera creciente con palabras de calma que nadie escuchó. Palabras que hablaban de pruebas, testimonios, procesos, serenidad y confianza recíproca.

Gabinio, señor de los gabos, gesticulaba y armaba escándalo para demostrar que prefería la acción a la vana meditación:

—Amulio tiene que demostrar estar a la altura de las circunstancias, de lo contrario, la confederación se verá obligada a tomar otras resoluciones urgentes, pues está en juego la supervivencia misma de la Liga Latina.

—Amulio lo está —sentenció el señor de Alba, para luego ponerse de pie, proyectando su sombra hasta el otro lado del círculo, a los pies de los otros miembros de la confederación, que se sentaron al punto—. En esta hora grave pido vuestra autorización para reparar los daños sufridos, y ejercitar el papel de garante de la concordia entre los Pueblos Latinos que, siguiendo una larga tradición, el rey de Alba ostenta. Siete Colinas busca la ruina colectiva; yo seré la ruina de Siete Colinas.

—¡Esto es una locura! —gritó histéricamente el *Pater Patratus*. El círculo se había estrechado alrededor de él y de su ciudad.

Gabinio se golpeó con un puño la palma de la mano:

—Hay que intervenir de inmediato. Mañana sería tarde.

—Hoy mismo —concordaron otros muchos.

Amulio empuñó el cetro.

—Ayer, digo yo. Mi ejército partió desde Alba ayer por la mañana. En pocas horas se abalanzará sobre Siete Colinas para restablecer la paz verdadera, pues no hay paz sin justicia.

—¡Invoco a los dioses! —gritó el *Pater* de Siete Colinas, rasgándose las vestiduras en un último intento desesperado.

—Yo invoco a la justicia y a las leyes —rebatió Amulio con una calma glacial, antes de hacer un gesto a sus espaldas.

Los sacerdotes dejaron caer los cuchillos sobre el toro aturdido, que hurgaba en la hierba alrededor del templo. El *Pater Patratus* cayó de rodillas. Fuentes de sangre bañaron la piel inmaculada del animal. «Dioses», susurró el quirita entre lágrimas, una invocación que era a la vez súplica e invectiva.

El toro se desplomó. En la base de la colina, los quiritas que escoltaban al *Pater* cayeron uno tras otro bajo los ataques de los numerosos Mantos Negros, que con las primeras luces del alba se habían apostado en el bosque a espaldas de la posada. Los pelotones de los otros pueblos observaban consternados la carnicería.

En la mano del *Pater* apareció una cuchilla.

—¡Tirano! —gritó lanzándose contra Amulio, que lo esperaba inmóvil.

La hoja estaba a pocas pulgadas de su pecho cuando el rey de Alba salió de un salto del círculo de hitos. El quirita erró el golpe y a punto estuvo de caer, arrastrado por su propio ímpetu. Recuperó torpemente el equilibrio e intentó un nuevo ataque. Amulio paró la mano con la suya y, con un ligero giro, le quebró limpiamente la muñeca. Los gritos del quirita se alzaron hacia el cielo.

—No derramaré ni una sola gota de tu sangre. Te abandonaré a la justicia de tus dioses. Quedas execrado y desterrado de los territorios de los latinos —decretó Amulio, empujándolo lejos de él. Luego se dirigió a los otros veintiocho—: Siete Colinas será destruida. Los quiritas que se rindan serán perdonados, se dispersarán entre nuestros pueblos y serán absorbidos; los otros harán florecer las siete colinas. Desde hoy serán veintinueve los Pueblos Latinos. Se ha hecho justicia.

Remo espoleó a Janto, incitándolo con palabras afectuosas y caricias, movido por el deseo acuciante de volver a abrazar cuanto antes a Angerona. Último Pago sería su destino final, la única ciudad de su vida; cuatro granjas en un valle olvidado, un lugar donde enterrar el pasado y construir el futuro.

La hija de Clicio era todo lo que un hombre de verdad habría podido querer, y como el hombre de verdad que era habría encontrado la forma de silenciar al demonio que lo atormentaba. Si los animales hablaban, él se callaría. «Es inútil intentar poseer aquello de lo que se está poseído», se dijo, espoleando a Janto con los talones. El Pontífice había sido claro al respecto: él se quedaría de este lado del puente.

Nada más ver resplandecer allá abajo el sendero de grava sombreado por los cipreses lanzó un sonido de alegría. No perdió tiempo deteniéndose a admirar las flores que salpicaban de violeta el prado, y se lanzó a toda prisa sendero abajo, dejando a un lado las sensaciones externas, cada vez más débiles a medida que crecía la idea de Angerona. Se la imaginaba yendo a su encuentro con ese caminar flotante, con una expresión imprecisa entre los cabellos castaños y sus mejillas marcadas, rojas de la emoción, y no se percató de las espirales de humo que salpicaban el valle, de los buitres en el cielo, de las marcas que a lo lejos hendían el claro como miles de heridas. Se volvió insensible a la llamada de las fieras y los pájaros y se sintió fuerte, por fin independiente y libre, victorioso sobre los instintos y la naturaleza, patrón de sí mismo y de su destino.

Cuando llegó a la mitad del sendero de acceso, en el punto en que empezaba a atisbarse el caserío, pensó que se había equivocado, pues no reconocía las paredes calcinadas, el cúmulo de ruinas que humeaban donde otrora estuviese el establo, y los árboles agrisados, como si un terrible invierno

hubiese penetrado en su corazón. Rozó la rama de un ciprés y una espesa capa de ceniza cayó al suelo.

Aturdido, se desplomó sobre la montura, pero fue Janto quien echó a galopar. Remo se sobresaltó y algo se rompió en su interior, liberando una carga de angustia que no era consciente de haber acumulado. Bajó de un salto del mulo y corrió hacia la casa derruida, con los ojos ya hinchados de lágrimas. «¡No, no, no!», gritaba, rebuscando en las habitaciones obstruidas por los escombros.

Las sensaciones lo invadieron y el olor de la sangre penetró como una culebra por su nariz. Se acuclilló sobre el empedrado y lo olfateó como un perro. Se puso en pie de un salto, tropezó, apoyó las manos para no perder el equilibrio y, casi a cuatro patas, echó a correr hacia el olmo que daba sombra a la colina, más allá del establo. Vio el cuerpo de Clicio tumbado sobre el sendero, lo superó de un salto y se lanzó hacia el árbol de donde venía el olor de Angerona, pero entre las raíces manchadas de sangre solo encontró unas huellas de pies desnudos que se confundían entre las de al menos cuatro hombres calzados.

Cayó de rodillas. Hundió las manos en la hierba, las levantó arrancando rizomas y liberando una lluvia de tierra, mientras gritaba su dolor contra el cielo, con un grito salvaje y prolongado como un aullido. Las perlas de sol que oscilaban entre las hojas dejaban entrever algo enganchado entre las frondas.

Animado por una absurda esperanza, Remo se encaramó al olmo y gateó hasta una rama nudosa para alcanzar el manto gris. Estaba recién tejido con lana bruta. Se lo apretó contra el pecho recordando la promesa de Angerona, una promesa cumplida.

Seguía subido al árbol, incapaz de detener las lágrimas, cuando escuchó un estertor. Bajó deslizándose, se golpeó la espalda contra una prominencia y cayó al suelo. Se arrastró hasta Clicio, que todavía parecía respirar, y giró su cuerpo.

—He luchado —susurró el viejo con los labios incrustados de sangre y mocos, y los ojos vacíos mirando hacia el sol. Remo le acarició el rostro, esforzándose por no mirar las heridas—. Los he seguido, he intentado detenerlos, he intentado...

—Angerona —murmuró Remo, pero no consiguió formular la pregunta, y el tono suspendido era una dolorosa constatación.

Clicio pareció retomar vida al oír a aquel nombre, e intentó levantar una mano trémula.

—Pídele perdón de mi parte, dile que he luchado por ella, no como entonces. Tiene que saberlo. Te lo pido por favor, pídele perdón de mi parte.

—Se lo pediré —le prometió Remo, intentando contener los sollozos, con un deseo impetuoso de seguir llorando, gritando y rezando—. En esta vida o en la otra.

—Cuando los lobos nos asaltaron, yo hui. No fui capaz de enfrentarme a ellos y me encaramé a un pino; entonces fue cuando me mordieron la pierna. Unas horas más tarde, aturdido por el dolor y la sensación de culpa, por fin tuve el valor de bajar, y encontré el cuerpo sin vida de mi mujer. La pequeña Angerona estaba sentada entre unas flores blancas y amarillas, sin un rasguño, junto al cadáver lacerado de la madre. Los lobos, milagrosamente, no la habían tocado.

—Los lobos no —murmuró Remo, levantando la mirada hacia el valle desierto y los ríos negros que marcaban el camino hacia Siete Colinas. Cuando volvió a bajarla, Clicio había expirado.

Aventino y Rómulo, a lomos de dos robustos caballos negros, atravesaron como rayos el bosque y se lanzaron al galope hacia las *Fossae Quiritium*, con los ojos clavados en las llamas que ardían sobre las cimas de las colinas.

Habían conocido la noticia del ataque a Siete Colinas esa misma mañana: tres enormes ejércitos habían emergido de repente desde el bosque, inesperados como una armada fantasma, para asaltar la

ciudad contemporáneamente desde este, norte y sur, mientras la retaguardia ocupaba los pagos de los alrededores para bloquear toda vía de escape a los quiritas.

Los dos caballeros estaban volviendo de Cures al trote corto, con una misiva del fecial para el *Pater Patratus*, charlando de los sabinos y sus costumbres, en particular de Hersilia —Aventino empuñando la espada de la provocación y Rómulo el escudo de la elusión—, cuando se habían topado con un grupo de pastores a la fuga, seguidos por una hilera de carros abarrotados de bártulos. Les habían preguntado de qué escapaban. «De los demonios y del fin de mundo», les respondieron con los rostros manchados de hollín y surcados por las lágrimas. Los quiritas habían lanzado de inmediato los caballos al galope. Por el camino lograron evitar dos escuadrones enemigos, pero Aventino reconoció las insignias:

—Son soldados de Alba.

—Latinos —había repetido Rómulo. «Como nosotros», habría querido añadir, pero no quiso—. ¿Qué significa esto?

—El fin del mundo.

Cruzaron como una flecha el foso fangoso, galopando a espaldas de la muerte, que había dejado tras de sí una estela de cadáveres. La seguían sin saber siquiera qué pretendían alcanzar. Ya era la hora de los saqueos, y en aquella zona la batalla se había fragmentado en una miríada de enfrentamientos. En varias ocasiones vieron soldados con mantos negros persiguiendo a mujeres y hombres desarmados, y solo en una ocasión se vieron obligados a combatir para abrirse paso.

Aventino los guio a través de recorridos secundarios. Después de rodear las ramificaciones de las ciénagas y superar el bosque de Clitunno, devoraron la escalinata de Caco —las sandalias tamboreaban y resonaban sobre la piedra secular—, atravesaron como espectros las ruinas aborígenes y alcanzaron por fin la cumbre del Germal. Los caballos jadeaban exhaustos, con la boca llena de espuma. Los abandonaron y corrieron hasta el muro que delimitaba la ladera sur del limítrofe Palatino, con el corazón palpitando en la garganta, aún al galope.

Un nutrido grupo de albeses había cerrado filas entre el Fagutal y la Velia, mientras un segundo batallón descendía del estrecho valle que separaba el Viminal y la colina Lacial. El grueso de las tropas, en cambio, había ocupado la base del monte Saturno, a la espera de lanzar el ataque final contra los restos del pueblo, que se había atrincherado en la Velia, isla roja en el centro de las tres bulliciosas corrientes negras. El flanco sur era el único aparentemente despejado, en dirección hacia el Palatino, pero había que atravesar las ciénagas del Velabro, y hacerlo con tres ejércitos a las espaldas era sinónimo de suicidio.

Rómulo y Aventino se intercambiaron una mirada que nació desesperada y murió decididamente desesperada. Se lanzaron sendero abajo, entre juncos y cañas, entraron en las aguas fangosas y no tardaron en estar hundidos en el barro hasta la barbilla. Vadearon la ciénaga remando con las manos, y salieron empapados y embarrados. Comenzaron la escalada de la ladera de la Velia en el mismo momento en que los enemigos cerraban filas por los otros tres lados de la colina.

—Lo hemos conseguido —gruñó Aventino mientras se encaramaba, tirando de brazos, por la ladera escarpada—. Ahora sí que estamos atrapados.

Sus compañeros de armas los observaban como si fuesen fantasmas. Los recién llegados descubrieron que incluso los simples ciudadanos, numerosas mujeres e incluso algunos pastores, habían empuñado las armas en aquel último intento de resistencia. Uno de los oficiales del pueblo corrió al encuentro de Aventino, que se abría paso entre el gentío.

—Capitán, has llegado justo a tiempo para morir.

—A lo mejor he llegado tarde y he perdido la cita, Cayo Fabricio —dijo Aventino.

—Ninguno de nuestros superiores ha perdido la cita.

—¿El curio máximo?

—Allí está —dijo Fabricio, señalando una hilera de lanzas clavadas en la cima del monte Saturno

—. Su cabeza es la tercera por la izquierda.

Aventino se rascó el cuello.

—Esperemos que se les hayan gastado las lanzas.

—Hasta hace un minuto yo era el de mayor rango, pero ahora eres tú —anunció Fabricio, que parecía haberse liberado de un peso.

—¿Qué ha pasado?

Fabricio escupió al suelo.

—Los albeses y sus aliados han planeado el ataque con mucha atención. Después de convocar en asamblea a los Treinta Pueblos Latinos, han violado la tregua sagrada. El *Pater Patratus* se dirigió al santuario de *Iuppiter Latiaris*, en el monte Albano, para responder a la llamada de Amulio, pero me parece evidente que nunca volverá.

—Fratricidio —susurró un Rómulo horrorizado.

—Ayer por la noche nos llegó la noticia del rápido avance del ejército de Alba desde el este. Los Mantos Negros ya habían hecho incursiones en los pagos orientales, dando muerte a nuestros centinelas, para ocultar el mayor tiempo posible la noticia de su avance. Reunimos de prisa y corriendo al pueblo, pero esta mañana las tropas enemigas ya habían llegado al Campo de Marte. Les hemos plantado cara y los rechazamos, pero por desgracia solo era una maniobra diversiva. Mientras tanto, otros tres ejércitos enemigos, surgidos a nuestras espaldas desde la nada, estaban asaltando la ciudad desguarnecida. Nos hemos replegado demasiado tarde, justo a tiempo para cavar nuestra propia tumba, que es esta —dijo Fabricio, extendiendo los brazos—. Esta noche dormiré con mi mujer y mis hijos.

—¿Cuántas pérdidas hemos sufrido? —preguntó Aventino.

Un hombre delgado y alto estaba desplomado junto a ellos. Tenía un ojo cubierto por una venda negra y el otro brillante de fiebre. Presa de escalofríos, tenía la mano derecha sobre una alforja repleta y la izquierda en la herida que le laceraba el costado. A Aventino le pareció conocerlo, tenía que ser un político importante, acaso un magistrado, pues estaba seguro de haberlo visto muchas veces. Durante unos segundos se forzó por recordar con qué ocasión, aunque luego lo dejó estar, ya que, en cualquier caso, no lo iba a volver a ver.

Fabricio dio un paso al frente.

—Al menos la mitad de los quiritas han muerto o han caído prisioneros. Los otros han huido o están desperdigados. En cuanto al pueblo, estos dos grupos son todo lo que queda de él.

Sus palabras fueron ahogadas por el silbido de las primeras flechas enemigas, que cayeron a unos diez pasos de distancia, sobre los bordes matosos de la colina, levantando olas de tierra. Los albeses subían con rapidez las laderas de la Velia, mientras los defensores, acabados los proyectiles y las piedras, esperaban en formación el asalto definitivo. Aventino miró atónito a su alrededor.

—Ordena la rendición —murmuró a Fabricio.

—¿Pero qué hay del honor de Siete Colinas?

—Siete Colinas ya no existe, amigo mío. Mira a tu alrededor.

—En ese caso, ¿qué hay de nuestro honor? Nosotros existimos.

—Un vivo deshonorado es mejor que un muerto honrado. Ordena la rendición: los albeses son latinos, no harán estragos.

—Ya los han hecho: han violado una tregua sagrada, han asesinado a nuestros jefes, violado a

nuestras mujeres, apresado a nuestros niños, saqueado todas nuestras casas.

Los dos se miraban fijamente a los ojos, listos para enzarzarse en una pelea, cuando Rómulo, que no sabía si intervenir, sintió que alguien le tiraba de la manga. Se giró para encontrar el rostro manchado de hollín de una mujer. La miró ciegamente, con los oídos y la cabeza en la discusión entre los dos capitanes a sus espaldas. Nada más reconocerla la abrazó, levantándola en peso. Le besó la mejilla y gritó «mamá» una vez tras otra, como si las palabras no bastasen para garantizar la realidad.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —le preguntó incrédulo.

—Logré refugiarme aquí justo antes de que llegasen los soldados, pero tu padre, en el intento de proteger mi huida, ha caído prisionero.

—¿Dónde se lo han llevado?

—Ahora no importa. Sígueme y te llevaré a un lugar seguro.

Rómulo acarició el rostro de la madre con el dorso de la mano. En aquel momento, la mujer bien podría ser su hija, una chiquilla que aún desconocía la vida y estaba animada por una ingenuidad que solo le acarrearía decepciones y dolor con el paso de los años. Sin embargo, ya no tenían años ante ellos.

—Madre, es el final —le dijo.

Aca endureció la expresión.

—El final es para los otros.

—Intenta ser razonable. Los soldados de Alba están a punto de alcanzarnos, nos matarán a todos. Este es el último día y me alegra poder vivirlo contigo. Lo único que siento es no poder ver por última vez a mi hermano y decirle cuánto lo quiero. Creo que le debo una disculpa, Remo es el hombre en el que a mí me habría gustado convertirme.

Aca clavó los pulgares en las mejillas del joven.

—Rómulo, ¿cómo es posible que todavía no lo hayas entendido? A lo mejor te has limitado a girarte hacia otro lado. ¿No te parece tener suficientes motivos para vivir?

En aquel momento un fragor embistió la Velia, seguido de otros dos estruendos. La marea de los albeses había subido y ahora se abatía sobre los defensores, que fueron brutalmente arrollados por el triple ataque. Rómulo y su madre se vieron arrojados hacia adelante. El joven sostuvo a la mujer y juntos se zambulleron en los matorrales al borde del barranco.

Aventino detuvo la estocada de un enemigo, lo alejó con un mandoble ascendente y de un salto se situó junto a Rómulo.

—Esta noche dormiremos en el Averno —le anunció.

—Llegarás antes de lo que crees. Seguidme —ordenó Aca con un tono perentorio, asomándose al borde.

—Mamá, ¿qué te pasa, por todos los dioses? —le gritó Rómulo, exasperado, tirando de ella.

—¿Quieres entender de una vez por todas que no soy tu madre?

—Mamá... —La mujer le dio un tortazo.

—Fáustulo y yo no somos tus verdaderos padres. Si quieres la verdad, sígueme y la conocerás. Solo entonces serás realmente libre para elegir.

Había algo en el tono de la mujer que hizo vacilar a Rómulo, que seguía turbado por el tortazo, el primero en diecisiete años. Aventino lo zarandeó.

—Si existe la más mínima posibilidad de sobrevivir, apuesta por ella, chico. No dejes que Siete Colinas muera, que al menos uno de nosotros se salve. ¡Vete!

—Cógelo a la fuerza y sígueme, y no lo dejes nunca —le ordenó Aca a Aventino, que la miraba

fijamente con los ojos abiertos como platos. La mujer le agarró de la muñeca, murmuró unas palabras incomprensibles y le dijo—: No te pido que hagas algo importante, sino lo más importante.

A sus espaldas, la formación flaqueaba: los quiritas luchaban con la furia de los jabalíes atrapados, pero sus filas adelgazaban rápidamente, mientras los cadáveres rodaban ladera abajo arrastrando rocas y arbustos en su macabro descenso.

Aventino atravesó con su espada a un manto negro que había logrado alcanzarlos, luego agarró a Rómulo y saltó junto a él sobre el terreno rocoso, aterrizando a un paso del precipicio. Pegó a la pared al joven, que se tambaleaba aturdido, y levantó las manos para aferrar a la mujer.

Arriba, la fanfarria del enfrentamiento se estaba apagando para convertirse en un coro lúgubre de gritos y gemidos. El capitán echó un vistazo, esperando de un momento a otro el silbido mortal de una lanza o una flecha, pero no vio nada: de repente estaban sumidos en la niebla, que subía desde las ciénagas en densas volutas y los ocultaba.

—¡Por Pólux y Cástor! Esto es brujería —murmuró Aventino.

—Lo es —confirmó Aca, guiándolos por el estrecho sendero de piedra que descendía hacia el abismo. Aventino se sumergió en la bruma, siguiendo a la mujer, sin soltar el brazo de Rómulo.

Aca no se giró ni una vez. Llegada a los pies de la pendiente, se metió en la ciénaga, remando con los brazos para abrirse paso entre el limo. Rómulo tropezó, pero el capitán tuvo reflejos para agarrarlo.

—Vamos, chico. No tiene que quedar mucho.

—¿Para qué?

Aventino asintió ansiosamente, sin responder.

—Vamos —dijo una Aca obstinada, dirigiéndose con decisión hacia una hendidura en la piedra del Velabro, donde el agua parecía más limpia—. Coged aire y sumergíos después de mí. La puerta está aquí abajo, bastan unas pocas brazadas. Ya casi estamos a salvo.

Rómulo se giró una última vez hacia la cumbre de la Velia: la silueta abrupta de la colina emergía de la niebla como en un sueño confuso. La bandera de Alba, tres picos negros sobrevolados por un águila blanca, ondeaba sobre los riachuelos de sangre y los cadáveres: el rojo era el único color vivo entre el gris generalizado.

—¿Qué encontraré al otro lado del agua? —le preguntó a la madre.

—La muerte y la vida.

Rómulo inspiró y se sumergió, venciendo a duras penas la resistencia de las aguas fangosas. Siguió a la madre, que nadaba con un vigor insospechado, hasta emerger bajo la bóveda rocosa de una caverna bañada por una luz celeste. Levantó la cabeza, pero no vio aperturas en las paredes húmedas y porosas. Aventino, sin dignarse a mirar ni siquiera una vez la bóveda, lo empujó hacia adelante, ansioso por seguir de cerca a Aca, que ya se había puesto en marcha. Se introdujeron por un pasillo de paredes historiadas, los grafitos luminiscentes infundían una sensación de pánico.

—¿Quién sabe qué dicen? —se preguntó Rómulo.

—Que demos media vuelta —zanjó Aca sin detenerse. Llegaron a una puerta de piedra: sobre la luneta superior había doce gemas incrustadas que formaban un arco luminoso.

—¡Por todos los dioses! —murmuró un Aventino estupefacto.

—Uno solo —murmuró Aca.

—El camino está obstruido —confirmó Rómulo, listo para dar media vuelta. Se abrazó los hombros con las manos, tiritando de frío.

—No para nosotros —dijo Aca, volviéndose hacia él. Luego endulzó la mirada—: No hay otro camino para salir vivos de Siete Colinas. Que te quede claro, mi pequeño. Ningún otro. Cuando uno

es el camino, una es la decisión. Recuerda mis palabras en el futuro.

—¿Qué hay al otro lado de esta puerta? —preguntó Aventino. Empuñaba con fuerza la espada, pero tenía la extraña sensación de que no le habría sido de ninguna ayuda.

—El Hades —respondió Aca. La palabra, en el silencio subterráneo, se desplomó con la fuerza de una roca.

Aventino retrocedió instintivamente tragando saliva. Unas voces aflautadas a la par que estridentes llegaban desde el otro lado de la piedra.

—Nos llaman.

—Madre... —dijo Rómulo.

—Para ya —le esputó Aca—. Hace diecisiete años, en el día de Pales, Fáustulo os encontró, recién nacidos, en una cesta situada junto a una higuera, a orillas del Albula, frente a la gruta de Fauno Lupercus, a los pies del Germal, la colina de los antiguos reyes de Saturnia. Una loba os amamantaba mientras un pájaro carpintero rojo montaba guardia. Movido por la piedad, os recogió y os trajo hasta mí. «Hete aquí los hijos que no hemos tenido», me dijo, pero yo supe al instante que erais los gemelos de la profecía.

—¿Qué profecía? —preguntó Aventino.

—No existe ninguna profecía —le interrumpió Rómulo.

—La profecía de la Ciudad Eterna —Aca dirigió al hijo una mirada tan fulminante que cortó de un solo golpe el cordón umbilical.

Rómulo vaciló.

—¿Tú sabes...?

—Yo soy Aca Larentia, estirpe de Carmenta, oráculo y guardiana de las *Sacra Carmina*. Yo sé.

—No somos nosotros, lo siento —dijo Rómulo.

—Te estás mintiendo a ti mismo; en tu corazón, tú también intuyes la verdad. Busca y encuentra. Tu hermano habla con los animales y gobierna la naturaleza; tú hablas con los hombres y un día los gobernarás. ¿Nunca te has preguntado por qué los hombres que deberían mandar sobre ti acaban por recibir tus órdenes?

—El amor de madre te ciega.

Aca levantó los brazos violáceos y el resplandor indistinto que flotaba en la gruta fue devorado por una nube caótica. De la oscuridad floreció lentamente un cielo escarlata, y de la boca abierta de la mujer surgieron palabras arcanas junto a una ráfaga de viento gélido. La tierra tembló y, con un crujido, la puerta giró sobre bisagras invisibles. Al otro lado, un sendero recto llegaba hasta un puente de mármol, cuyas imponentes arcadas se perdían en las profundidades del abismo.

Aventino, de rodillas, se había llevado las manos a la cabeza y rezaba angustiado, balanceándose. Cuando Aca bajó las manos el cielo se retiró hasta condensarse en una única gota negra, que llovió al suelo con un silbido humeante.

—El camino a los infiernos —anunció lacónica, antes de cruzar el umbral.

Rómulo ayudó a Aventino a levantarse.

—¿Querías vivir? —le preguntó con amargura, pero no recibió respuesta. El capitán, aterrorizado y pálido, era incapaz de poner un pie delante del otro sin tropezar. Rómulo lo sostenía, mientras seguía a la madre. Cuando pasó bajo el arquitrabe miles de voces le explotaron en los oídos, para luego apagarse con el siguiente paso. Ninguno de los tres pronunció palabra hasta llegar al puente.

En la otra orilla crecía un chopo solitario, un puñado de hojas grises verdosas despuntaban de las ramas blancas como huesos. Aca se giró hacia el hijo con el rostro desfigurado por la conmoción. Sus labios exangües se curvaron y la mujer se desplomó.

Rómulo se inclinó sobre ella.

—Madre, ¿qué te pasa? —le preguntó, pasándole los brazos por detrás de la espalda: era muy ligera, y lo era cada vez más.

—Es el precio que hay que pagar por atravesar el reino de los muertos. Mi camino acaba, pero aquí empieza el tuyo —susurró la mujer.

—Recupera el aliento, solo estás cansada por la fuga.

—Sí, cansada. Ha sido una dura prueba, pero no he fallado. Te he conducido hasta donde he podido —murmuró mientras el calor la abandonaba con la rapidez de la marea. Su piel estaba cada vez más tensa, diáfana y, al fin, transparente; tan gélida que daba escalofríos.

Rómulo la apretó con más fuerza, incrédulo, enredando los dedos en sus cabellos.

—No te dejaré.

Aca dobló el cuello, y sus ojos vacilaron hasta quedarse en blanco.

—Dilo... dilo por última vez.

—¡Madre! —gritó Rómulo entre lágrimas.

Aca, puede que por primera vez, le sonrió con serenidad.

Rómulo lanzó gritos llenos de una rabia animal, que sin embargo resonaron debilísimos contra la bóveda descomunal y muda que había sobre ellos. Aventino se arrodilló a su lado, tocándose la frente con la mano. Rómulo sacudió el cuerpo de Aca y lo llenó de besos, pero sintió que se le desvanecía definitivamente entre las manos, y creyó volverse loco.

Los gritos se habían convertido ya en espasmos dolorosos y roncós cuando, al abrir los puños, puso los ojos ciegos de lágrimas sobre la arena donde ahora, en lugar de la mujer, había una ramita dorada.

—Madre —dijo entre lágrimas mientras recogía la ramita, que pareció vibrar al contacto con su piel. Se quedó mirándola unos instantes, antes de esconderla en un bolsillo interior del manto, junto al corazón.

Puede que Rómulo permaneciese inmóvil una hora, con las manos clavadas en el suelo y la cabeza gacha, bajo la mirada consternada del compañero, incapaz de creer la escena a la que había asistido. Por fin se levantó y enfiló el sendero, que proseguía en la oscuridad más allá del chopo. Su voz resonó como el hierro:

—La muerte no es más que otra tierra: vamos a verla. Los muertos me deben algo: vamos a cogerlo.

Tener diecisiete años y haber perdido las ganas de vivir. Estar dotado de un talento excepcional y no ser capaz de usarlo para conseguir aquello que se desea más que cualquier otra cosa.

Ese era Remo. Envuelto en el manto de lana gris, estaba sentado en la rama más baja del olmo que culminaba la colina, con las piernas colgando sobre el túmulo de Clicio. En el horizonte humeaban los restos negruzcos de Último Pago.

Sus emociones habían quedado calcinadas junto al caserío, dejándole en la cabeza un vacío lleno de apatía, interrumpido solo por las apariciones fugaces de Angerona —una sonrisa, un gesto, una mueca— a las que inevitablemente seguía un conato de llanto, imprevisto como la última llama en un cúmulo de brasas, pues llorar es cosa de vivos.

No estaba herido, sino amputado. El tiempo no habría curado nada. Aliviarse no es sinónimo de volver a crecer. Ahora comprendía cómo debió sentirse Clicio, mutilado por dentro y por fuera. Desde aquel momento viviría deseando la muerte, con la diferencia de que él tenía piernas y corazón para ir a buscársela.

Después de escuchar las últimas palabras de Clicio, se había lanzado fuera de sí a la busca desesperada de Angerona, sumergiéndose hasta la última gota en los elementos vitales del valle para hurgar, olfatear, escrutar cada recoveco. Se había convertido en lobo, pájaro, árbol y piedra, pero todos los tentativos habían sido en vano. Angerona ya no estaba: aquello que los sentidos no habían sido capaces de confirmarle, se lo había revelado, con crudeza y sin tapujos, el corazón.

Entonces había prendido fuego a lo que quedaba del caserío, pues jamás habría querido vivir donde había muerto su futuro. Cuando las llamas se alzaron, arrojó a ellas la flauta, jurando en voz alta que ningún hombre volvería a escuchar una nota salida de su boca. Luego se echó el manto tejido por Angerona sobre los hombros y subió al olmo, a esperar.

Dos días después seguía allí. Puede que los asesinos que se habían llevado todo cuanto poseía volvieran a pasar por allí, y él les habría despojado de la única cosa que unas personas así podían tener: la vida. No habría sido la venganza de un hombre, sino el desencadenamiento de la naturaleza contra la hibris de los hombres: no los castigaría, sino que los aniquilaría. Nadie lloraría por ellos, y nadie los sepultaría, pues sus cuerpos no merecían el tacto piadoso de la tierra, sino el de las fauces y dientes feroces.

Sí, el Pontífice tenía razón: se había introducido tan profundamente en la piel del lobo que ahora se sentía cosido a ella. Lykos estaba acurrucado a la sombra del olmo, pero al menos tres manadas esperaban en los valles colindantes. Los tenía encadenados por voluntad propia, rabiosos por la falta de comida, a la espera de azuzarlos. Morderían, destrozarían, lacerarían a sus órdenes. Los enemigos no eran más que carne.

Caída la noche se percató, estupefacto, de que tenía hambre. Asqueado por aquella manifestación de debilidad y de apego instintivo a la vida, arrancó un puñado de hojas, sorbió el agua y luego se las comió.

Se sintió invadido por un torpor afligido por las visiones: en algunas estaba casado con Angerona, mientras que en otras nunca la había conocido. Sin embargo, en la mayor parte veía componerse y descomponerse, como en un espejo quebrado, esquirlas de recuerdos en los que ambos estaban juntos, a menudo sonrientes, o intercambiándose miradas cómplices, y entonces le parecía sentir en sus labios el sabor de la piel bronceada de la joven, y en la nariz ese olor de aire libre y prados en

flor que siempre llevaba con ella.

Intuyó que había emprendido el viaje para encontrarse con ella. «Más rápido, aún más rápido», se dijo, intentando abandonarse por completo al desvanecimiento que ya lo embriagaba, convencido de estar a punto de escuchar la voz sorprendida e incrédula de Angerona. «¿Tú por aquí?», le preguntaría, dudando si abrazarlo. «Yo por aquí», le respondería, porque la verdadera vida empieza con la visión de la amada.

Un dolor en el pecho lo traicionó. En el mismo instante en que volvió en sí, las sensaciones a las que había dado rienda suelta lo avasallaron desde todos los flancos, y percibió que no era el único hombre presente en el valle. Lykos, de pie en el margen del prado quemado, olfateaba el aire con el hocico mirando a la colina del sur; la mirada turbia de Remo siguió esa dirección. En las ondas trémulas de calor aparecieron las siluetas de dos hombres que corrían en su dirección.

Lo más probable es que luego se volviese a dormir, pues cuando volvió a abrir los ojos los dos hombres estaban a los pies del olmo. Uno de ellos era Rómulo.

—Sabía que te encontraría aquí.

—Aquí es pasado —gruñó Remo, antes de deslizarse de la rama y caer al suelo, otra vez sin sentido, entre una nube de ceniza.

Volvió en sí e instintivamente intentó levantarse, pero cuando fue consciente de que estaba vivo y de que era Remo, cerró los ojos y apoyó la nuca contra el suelo caliente. Acudió a los recuerdos de Lykos para ver lo que había sucedido, cómo los dos hombres lo habían cuidado, con cuánta diligencia Rómulo se había apresurado a humedecerle los labios y hacerle beber, en pequeños sorbos, una sopa que había preparado deprisa y corriendo.

—Me habéis salvado, pero al salvarme habéis condenado a muchas personas —dijo.

Cuando Rómulo lo escuchó hablar, sin prestar atención siquiera al sentido de aquellas palabras, se lanzó sobre él cubriéndolo en su abrazo.

—Hermano, ¡al menos tú! Cuánto temía haberte perdido también a ti.

Remo pensó que «perdido» era la palabra exacta.

—¿A quién has perdido, Rómulo? ¿A quién has perdido tú?

Rómulo lanzó una mirada a los cúmulos de cenizas humeantes que yacían donde otrora se erigiese la casa de Angerona, y adquirió un gesto gris, pues la que le había tocado era una tarea grave.

—Nosotros, hermano, nosotros hemos perdido a nuestro padre y a nuestra madre. Y los hemos perdido dos veces.

Estuviese vivo o muerto, Remo lloró, y lloró sin poder controlarse, descubriendo manantiales de lágrimas que jamás imaginó poseer, pues el hombre solo puede conocer pequeñas porciones de la felicidad, mas no tiene límites por lo que respecta al dolor.

—¿Cómo? —murmuró bajo el cielo púrpura que lo aplastaba contra la tierra.

Rómulo le narró lo que le había sucedido desde que se separasen tras la visión en la estela, callando solo los detalles de la travesía del Hades, pues sobre ella no tenía las fuerzas para decir más que una sola palabra, «horror», palabra que repitió, eso sí, muchas veces.

Después del relato se tumbó a su lado, le apretó la mano y juntos lloraron y recordaron. Habían confiado en que crecer significase despedirse de la infancia, pero no decirle adiós para siempre. Crecer es crecer en la experiencia del dolor, ahora lo sabían.

—¿Fáustulo te insinuó alguna vez algo sobre nuestro origen? —preguntó Rómulo, que fue el primero en romper el silencio.

La noche había caído sobre Último Pago y las estrellas los miraban desde su inmovilidad itinerante. En el fuego encendido por Aventino, que insólitamente se mostraba taciturno y

meditabundo, se tostaba el faisán capturado por Lykos. El soldado barbudo y el lobo se estudiaban el uno al otro, guardando las distancias, acortadas por la exclusión que los unía desde que los gemelos habían empezado a hablar entre ellos.

—El papá —precisó Remo. No siguió hasta que no vio que el hermano asentía—. El papá me mostró una vez un lugar junto al Albula, del que la mamá te ha hablado. Recuerdo cómo le brillaban los ojos aquel día, estaba conmocionado y, por algún extraño motivo, orgulloso.

—¿No te explicó nada más?

—Papá era indescifrable, como bien sabes.

Ahora le tocó a Rómulo precisar:

—Papá es indescifrable.

Remo asintió, esbozando una sonrisa por primera vez en tres días, pero pronto se entristeció al pensar en Angerona. Se sentía mal por haber sonreído, tenía ganas de vomitar.

—Es así —afirmó, apoyándose en el hombro del hermano para levantarse. Puede que ahora entendiese al Pontífice. Las cosas estaban marcadas desde siempre.

—¿El qué? —preguntó Rómulo.

—Todo, luego nada —respondió el gemelo, para señalar luego a Aventino—. ¿Tú por qué estás aquí?

El capitán quitó la carne del fuego.

—Porque si estuviese en otro sitio, estaría en el Hades.

—¿La estancia allá abajo no fue de tu agrado?

—Digamos que con una vez me ha bastado.

—En cualquier caso, volverás, tarde o temprano.

—Tarde.

—Yo elegiría temprano.

—Pero, como has visto, nuestras elecciones no siempre nos llevan donde queremos —dijo Aventino, señalando a Rómulo.

—En cualquier caso, vivir significa estar destinado a morir —susurró Remo, antes de aferrar el *pedum* y hacerlo girar entre sus manos. Cuando al fin lo apoyó, se dio cuenta de que los otros dos lo estaban observando inmóviles, con la carne goteando en la mano—. Habéis sobrevivido a una feroz masacre, os habéis salvado de la caída de una ciudad secular, habéis atravesado indemnes el Averno y habéis llegado a tiempo para devolverme al mundo. ¿Por qué? Vosotros tenéis un proyecto.

Aventino se giró hacia Rómulo, que sorbió con la nariz.

—Uno solo, de nombre Siete Colinas.

—Siete Colinas ya no existe, lo habéis dicho vosotros mismos.

—Juntos podemos reconstruirla.

—¿Juntos? ¿Podemos? ¿Reconstruirla? Vosotros tenéis un sueño y yo, en cambio, tendría una pregunta para cada una de las tres palabras. ¿Qué tengo que ver yo, cómo crees poder y a cuento de qué quieres reconstruirla?

Rómulo se esperaba una reacción similar, con lo que se limitó a poner la expresión de chico bueno con la que había conseguido, desde pequeño, granjearse la simpatía de los demás.

—¿Qué te parece si comemos antes de que se enfríe?

Remo le arrancó de la mano el trozo de carne tostado, le pegó un mordisco y se lo devolvió.

—Yo creo que ya se ha enfriado.

—Yo digo que, de todas formas, comamos —zanjó Aventino, que pasó otro trozo de faisán a cada uno y luego se sentó—. ¿Qué es aquel lobo? —preguntó, señalando disimuladamente a Lykos.

—Es evidente que no sabes de jardinería —dijo Remo. Aventino reflexionó un instante antes de agitar la cabeza.

—Perdóname, pero estoy un poco desacostumbrado a la vida. Entiéndeme, acabo de atravesar la muerte. —Rómulo le hizo un gesto para mostrarle su comprensión. Aventino arrojó los huesos a las brasas y se limpió las manos en la túnica—. He visto más prodigios en estos últimos días que en toda mi vida. Sin embargo, cuando había emprendido el regreso desde Cures tenía intención de ser yo quien mostrase a Rómulo cosas de las que se habría maravillado. Cuánta razón tendrá quien diga, como dicen en mi tierra, que no hay camino, que se hace camino al andar.

—Imagino que ahora el camino te conducirá a preguntarme otra vez sobre el lobo, que, como puedes ver, es un simple lobo —le dijo Remo.

—Un lobo extraño, vive Dios. ¿Estará siempre aquí con nosotros? Me inquieta.

—Intenta echarlo tú.

Lykos lanzó un gruñido bajo.

—¿Ahora por qué hace eso? —preguntó Aventino, listo para entrar en acción.

—Porque le he dicho que te gustaría hacer una capa con su pellejo.

—Pero yo no he dicho nada de eso.

—Eso explícaselo tú.

—Sí, intenta explicárselo, anda —dijo Rómulo, siguiéndole la corriente a su hermano—. No en vano, eres un instructor militar y te las has tenido que ver durante años con bandas de reclutas: ¿no decías que éramos como animales salvajes? Explicar es lo tuyo.

—No querría yo convertirme en lo suyo —zanjó el capitán, mirando de reojo al lobo.

Con las últimas brasas se apagaron también las ganas de hablar. Aventino, mascullando en voz baja, fue a echarse unos cincuenta metros más abajo, en la otra ladera de la colina, donde la peste a quemado era menos intensa. Remo se acurrucó contra el olmo, del que no conseguía separarse, y Rómulo, para estar cerca de él, apoyó la espalda contra la otra parte del tronco liso e impregnado de calor.

El sueño no llegó para ninguno de los tres. Aventino pensaba en los dos gemelos y en el destino que los había puesto en su camino, preguntándose dónde lo conducirían. Intuía que los seguiría hasta el final, toda vez que un hombre no puede volver a caminar después de haber volado. Rómulo pensaba en la madre muerta y en la ciudad a la que habría devuelto la vida. Remo en Angerona.

—No podemos quedarnos aquí. Las tropas de Amulio rastrearán todos los valles de Siete Colinas. Nos encontrarán —explicó a la mañana siguiente Aventino, escrutando el horizonte con una expresión preocupada.

—No queda un hombre vivo en una milla a la redonda —reveló Remo mientras, acuclillado, se ataba las sandalias.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Aventino.

—Le he preguntado al valle —respondió Remo. Cogió la espada que le ofrecía el hermano, cortó del olmo una rama de un par de pulgadas de diámetro y empezó a limpiarle las frondas. Trabajaba con precisión y método—. Dime, Rómulo.

El hermano lo había observado con inquietud, reprimiendo el deseo de hablarle por miedo a interrumpirlo.

—He visto llover sangre del cielo, he visto cómo una ciudad se derrumbaba y cómo los hombres se convertían en demonios. No puedo mirar hacia otro lado y seguir por mi camino, porque lo que he visto es mi camino.

—Siete Colinas es para ti una respuesta provisional a la pregunta fundamental de la vida.

—Siete Colinas no es para mí, es para nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—¡Lo que estoy diciendo, por todos los dioses! —gritó Rómulo, zarandeándolo por los hombros mientras lo miraba a pocas pulgadas de distancia—. ¿No sospechas que puede ser la ciudad de la que nos habló la visión de la estela? Hemos vivido a la sombra de las siete colinas durante toda la vida y puede que incluso hayamos nacido en ellas, según lo que nos han revelado. Creo que será allí donde un día encontraremos la muerte, pero antes la gloria. Es ella, lo presiento. No hacemos más que tropezarnos con ella continuamente.

—¿Pretendes reconstruirla?

A Aventino, de pie a sus espaldas, no se le escapó el tono deferente de Remo. Con cierta sorpresa se dio cuenta de que la pregunta del joven no era retórica, sino que en verdad consideraba a Rómulo capaz de tamaña empresa, y lo que era una constatación aún más extraordinaria, incluso él lo creía. ¿Qué le estaba pasando? Hasta hacía unas semanas era un capitán del pueblo, un oficial respetado y temido, del que dependían cientos de soldados; ahora, en cambio, se encontraba escuchando las conversaciones delirantes de dos jóvenes de diecisiete años que hablaban de derrocar tronos y fundar ciudades, y los escuchaba con entusiasmo.

—Mañana. Hoy quiero la cabeza de Amulio. Con él no hay futuro para nadie, tomaremos Alba —dijo Rómulo.

Remo dio un par de mandobles con el bastón recién tallado.

—Una vez tomada, ¿qué harás con ella?

—Solo quiero la corona de Amulio para arrojarla a las zarzas. Yo le daré a Alba la libertad, y Alba hará lo que quiera con ella.

—Los albeses podrían recoger la corona de entre las zarzas y ponerla sobre tu cabeza.

—Podrían...

—¿No sería mejor hablar antes de cómo vamos a tomar Alba? —apuntó Aventino. Levantó las manos para coger dos frutos de un árbol imaginario y bajarlos a la tierra. Los gemelos se dieron la vuelta a la vez, como si solo entonces se hubiesen acordado de su presencia.

—¿Todavía no lo has intuido, gran guerrero? —le dijo Remo, apuntándole con el bastón y el *pedum*—. Mi hermano quiere reunir un nuevo ejército, formado por los pastores supervivientes y los soldados desperdigados de Siete Colinas. Y, conociéndolo, te arrastrará sin descanso por valles y colinas en busca de sus tropas. ¿Estás preparado para seguirlo?

—Hasta el fin del mundo, me parece que es precisamente ese el lugar al que nos dirigimos. Es un plan óptimo y tiene todo mi apoyo, pero hay puntos débiles.

—Pues no te apoyes en ellos —dijo Remo.

—Un plan sin puntos débiles es como una bota sin un agujero del que beber: no sirve de nada —apuntó Rómulo.

Aventino se mesó la barba.

—Pongamos que damos con los pastores y los supervivientes; pongamos que hasta los convencemos para empuñar las armas, los unos por primera vez, los otros por enésima vez. Llegados a ese punto nos encontraremos a la cabeza de un ejército de reclutas y derrotados, que solo valdrá para una desbandada. Tenemos que reforzarlo con hombres de verdad.

—Sé dónde encontrar los hombres de verdad —zanjó Rómulo.

Remo aplaudió de forma teatral, con una mueca sarcástica dibujada en un rostro marcado por el dolor.

—Muy bien, ahora ya estáis listos para conquistar el mundo. ¿A qué esperáis?

—A ti —respondió Rómulo.

—Tú sabes dónde ir, yo no sé de dónde vengo. Ve al encuentro de tu futuro, que yo iré en busca de mi pasado, pues nunca tendré más futuro que aquel.

—Necesito tu ayuda —insistió Rómulo.

—No he dicho que no vaya a ayudarte, he dicho que no voy a seguirte —precisó Remo.

Aventino se acercó, prestando oídos, como si su incompreensión naciese de un defecto auditivo. Rómulo, en cambio, empezaba a intuir.

—A lo mejor te precedo —continuó Remo, antes de emitir un silbido bajo y prolongado—. Me dirijo a Alba. Si Fáustulo aún está vivo, está allí. Como ves, Siete Colinas no es la única ciudad con la que nos topamos.

—Entrar en esa ciudad no es ninguna broma. Hay garitas en cada puerta y estrictos controles —le advirtió Rómulo, recordando las vigorosas murallas y los picos—. Además, entrar en el palacio es imposible, por lo que he oído.

—No, si has sido invitado.

—¿Cómo piensas hacer que te inviten? ¿Haciéndote pasar por un juglar? —le preguntó Aventino.

En aquel momento llegó Janto al trote; se entreveían sus costillas bajo el pelaje ambarino. Remo le acarició el hocico y le susurró algunas palabras al oído. Luego ató la alforja y el *pedum* a la montura y, por último, le echó el manto por encima.

—Dejo en tus manos a mi mulo y, en cierto modo, te dejo a ti en las suyas, pues conoce mejor que nadie estos valles. Confía en Janto más que en los hombres. Yo confío en ti para volver a verlo: es mi último vínculo con muchas cosas.

—Si alguna vez vuelves a verme, me verás con él —le prometió Rómulo.

Remo asintió, le puso las manos en la cara y lo besó primero en una mejilla, luego en la otra, con fuerza, para dejarle impreso algo de él.

—En Alba conoceremos nuestro pasado y nuestro futuro. En Alba viviremos o moriremos.

—En Alba, hermano —confirmó Rómulo, apretándole los antebrazos, con los dedos clavados en la carne. Remo aferró el nuevo cayado, el único objeto que iba a llevar consigo, y se dirigió a Aventino.

—Dime la verdad, capitán. En el mejor de los casos, ¿cuántas esperanzas tiene un ejército de expugnar Alba?

Aventino suspiró con fuerza.

—¿Un ejército cualquiera o un ejército poderoso?

—El mejor de los ejércitos.

—Un uno por ciento.

—Yo soy ese uno por ciento.

Si miraba al cielo, era el azul que había enmarcado el rostro de Angerona la tarde en que se habían conocido. Si pasaba bajo un árbol, era el árbol al que se había encaramado para escapar de la joven que lo perseguía la vez que le vació un cubo de leche caliente en la cabeza. Si divisaba una flor, era una de esas flores que ella, de cuando en cuando, gustaba de ponerle entre el pelo, para luego apretarle la cara con el pulgar y el índice y observarlo con malicia. Si miraba un torrente, era el torrente en que se bañaban en verano, donde Angerona luchaba entre las salpicaduras con un ímpetu animal para que no sacase la cabeza del agua. Si atravesaba un bosque, era el bosque por el que, en otoño, solían pasear en busca de setas, castañas e intimidad. Si era, era por ella.

Remo caminaba por los valles que rodeaban Siete Colinas con los ojos rojos e hinchados, sumido en mil sensaciones y un solo pensamiento: de todas las cosas, ella; de ella, todas las cosas.

Puede que esa fuese la razón por la que durante un tiempo, inconscientemente, se mantuvo alejado de los hombres a los que tenía la intención de encontrar. A la mañana del tercer día de viaje, rogó a los dioses que satisficieran con rapidez sus propios deseos, fuesen cuales fuesen, pues los suyos ya no existían, y se sentó en el centro del sendero, junto a una fuente vigilada por una docena de perales silvestres. Los lobos le habían advertido que por allí pasarían, en un par de horas, los soldados. Si eran albeses, era el momento.

Lykos le apretó el hocico contra el muslo para hacerle cambiar de opinión. Remo le acarició la cabeza para despedirlo. Bajo el denso pelaje, los huesos del cráneo eran hierro templado.

—Si supieses que la persona que custodia el secreto de tu existencia está viva y, en cierto modo, a tu alcance, ¿en qué momento dejarías de buscarla? —preguntó el joven, que ante el silencio del lobo añadió, asintiendo—: Efectivamente, ese momento no existe.

—*Quizá haya otro hombre que sabe algo de ti, algo que tú has olvidado o que te has negado a recordar.*

—¿Te refieres al viejo constructor? —El lobo lo miraba fijamente. Sus ojos oblicuos y remotos conocían solo dos palabras, sí y no, y ninguna entonación. Fue el propio Remo quien se respondió —: Puede que ese hombre lo sepa todo, pero es lo único que sabe.

A la nariz de Lykos llegó el olor de hombres sudados y un instante después Remo miró hacia la colina; en unos momentos vería una nube de polvo levantarse sobre la cima.

—Vete, amigo mío. La ciudad no es lugar para ti.

—*No es lugar para nosotros, pero allí es donde nos dirigimos.* —Lykos se alejó, desapareciendo en la espesura de viburnos.

Remo esperó al pelotón sin moverse de sitio. Eran unos sesenta, todos a pie, sudados y armados con espadas cortas manchadas de sangre seca. Se detuvieron a varios pasos de él. Un hombre poco mayor que Remo se adelantó, tocándose la banda cosida sobre el manto negro a la altura del hombro, señal de su rango.

El centurión Orsilio, junto al resto de la centuria bajo su mando, llevaba días peinando valles y pasajes en busca de los quiritas fugitivos, persiguiéndolos sin descanso, subiendo y bajando como cabras. Y ahora tenía ante él a un hombre que no podía venir de otro sitio más que de Siete Colinas —aunque tuviese el aspecto de alguien llegado de otro mundo— y que, no obstante, estaba sentado tranquilamente en medio del sendero, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas.

Sin embargo, Orsilio era lo bastante sensato como para tener miedo de la ausencia de miedo; no

podía ser de otro modo, habida cuenta de que había ascendido en la jerarquía del ejército de Amulio.

—En nombre de Amulio, rey de Alba, señor de todos los latinos, príncipe del mundo, te ordeno que te levantes y nos dejes pasar —salmodió el centurión con la esperanza de que el joven desapareciese como por arte de magia.

—Vengo de Siete Colinas —anunció Remo con la intención de resolver la situación cuanto antes.

—Ahora vas a Alba, ¡agarradlo! —ordenó Orsilio a dos de sus compañeros, que se acercaron con una soga—. Era todo lo que quería oírte decir.

El centurión decidió no volver atrás para entregar al prisionero a sus superiores, sino conducirlo directamente a Alba. No iba a perder un día más cazando conejos en aquellos pagos de los que ya ni siquiera soportaba el olor, mientras en Alba se festejaba la victoria y se repartían condecoraciones y promociones.

Remo le ofreció las manos a los dos soldados.

—¿Tienes algún problema, chico? —preguntó el centurión. ¿La guerra los había vuelto a todos locos?

—Dos, al igual que cada uno de nosotros: yo mismo y el mundo.

—Hacedme un favor, ponedle una mordaza, no quiero volver a escucharlo —ordenó Orsilio, tocándose la sien. De haberlo escuchado, se volverían locos también ellos. Luego recogió el bastón del quirita.

Un soldado le metió un trapo en la boca al prisionero, pero no había ninguna necesidad. No tenía intención de pronunciar una sola palabra más hasta que no encontrase a Fáustulo y, entonces, habría dicho solamente dos: «¿Quién soy?». Si no lograba dar con él, callaría para siempre. La eternidad era el único horizonte temporal en el que, desde hacía un tiempo, se sentía como pez en el agua.

A la tarde siguiente, cuando se acercaba el ocaso, avistaron Alba. El firmamento descendía como un tapiz desde los tres picos. El centurión ordenó acelerar el paso; una mujer y un chuletón eran justo lo que necesitaba, sobre todo después de ganar una guerra. Atravesaron la Puerta del Jabalí justo antes del cierre nocturno. Los guardias, con una sonrisa sarcástica, preguntaron a Orsilio si los cuarenta que faltaban en la compañía habían caído para capturar a ese único prisionero. El centurión los mandó al Orco sin dejar de caminar.

—Precisamente donde has mandado a tus compañeros —gritaron los guardias a su espalda.

Orsilio se despidió del resto de soldados a la altura del Pico Marcial, junto al barrio militar, y prosiguió con el quirita hacia las prisiones que había bajo el palacio.

—No me vas a atacar, ¿verdad? —le preguntó, quitándole por fin el trapo de la boca. Al ver que Remo no respondía, le golpeó las piernas con el bastón. Luego le repitió la pregunta.

—Quizá en otra ocasión —respondió Remo. El centurión le asestó un segundo golpe ipso facto.

—¿Siempre dices disparates?

Remo asintió.

—Quítate la túnica y dámela, no creo que la necesites. Los fantasmas y los locos van desnudos.

Remo obedeció.

Orsilio lo escoltó hacia el Pico Dorado, al que solo se podía acceder a través de la Puerta del Cielo, un pasaje tallado en el corazón de la montaña, cuya anchura apenas si permitía el paso de dos hombres. —El mismo número de soldados habría bastado para defenderlo del asedio de todo un ejército.

Remo examinó el estrechamiento, tomando nota mentalmente de cada detalle, y entretanto se abrió

con los sentidos a la piedra: recorrió sus nervaduras secretas, descendió hacia sus profundidades y se introdujo en cada poro. De aquel pasaje, de unos quince pasos de largo, salió con una idea.

La prisión era un edificio escuadrado de arenisca, construido en la montaña, entre la Puerta del Cielo y el palacio. Frente a la entrada, el Vigilante, un hombretón de cien kilos y otros tantos malos pensamientos, cruzó teatralmente los brazos.

—¿A qué viene esta entrega irregular?

—Este es un hombre irregular, y por lo tanto las reglas no valen. ¿Lo quieres, o tengo que informar a mis superiores? —dijo Orsilio, dejando ver la banda cosida sobre el hombro derecho.

—De acuerdo.

Orsilio le repitió al Vigilante un par de veces el nombre, el rango, la centuria y la legión en que militaba, para que no hubiese errores en el momento de otorgarle un reconocimiento por los muchos prisioneros capturados.

—Yo veo uno solo —le hizo notar el Vigilante.

—Acuérdate de mi nombre y basta. ¿Crees que podrás?

El Vigilante asintió y Remo hizo lo propio, con un gesto que a Orsilio no le gustó un pelo. Pensó en golpearlo una vez más, pero había algo en la expresión del Vigilante que lo hizo desistir: el prisionero ya era cosa suya.

—Hasta nunca —le dijo.

Remo negó con la cabeza.

Mientras bajaban los peldaños resbaladizos y toscos de la prisión, el Vigilante le preguntó:

—¿Por qué llevas solo el taparrabos?

—Los fantasmas y los locos van desnudos —recitó Remo.

El Vigilante le aporreó la espalda.

—Sí, pero gritan como los hombres.

—¿Puedo saber tu nombre?

—¿Para qué lo quieres saber, para maldecirme?

—No, para ir a buscarte el día que salga de aquí.

—Me llamo Aquilio. Te lo digo porque me gustan los bravucones, sobre todo los que creen que pueden conmigo —dijo el Vigilante, antes de darle otro golpe en las piernas.

Las escaleras terminaban en una sala vacía. La humedad enfriaba la luz de la única antorcha colgada de un gancho. Aquilio cogió la llave que llevaba a la cintura, abrió la pesada reja y le indicó el pasillo oscuro.

—Búscate un sitio y no te separes de él. Según lo que he oído, en unos días estas cárceles estarán abarrotadas como los toneles en otoño, y os pisotearán como granos de uva. Amulio no tardará en decidir qué hacer con vosotros.

—También nosotros decidiremos qué hacer con él.

El Vigilante no sabía si prestar atención a aquellas palabras. No tenían sentido, pero el tono del chico sí. Volvió a aporrearle la espalda como única respuesta. El grito de dolor del prisionero lo tranquilizó.

—Entra antes de que decida matarte.

Aquilio cerró la puerta pero, mientras subía, tuvo la extraña sensación de que era él quien había acabado detrás de los barrotes, en lugar del joven quirita.

Remo, gracias a su vista de rapaz, recorrió expedito el pasillo. Las celdas no tenían puertas, barrotes ni ventanas; en cada una había al menos siete u ocho hombres acurrucados contra las paredes. Le bastó escuchar unas pocas palabras para entender que todos formaban parte de la prima

hornada de prisioneros llegados de Siete Colinas. Escrutó cada recoveco, pero no dio con Fáustulo.

En el fondo, descubrió para su sorpresa una escalera que descendía a una planta inferior, con un pasillo idéntico flanqueado por otra fila de celdas, pero tampoco allí había rastro del padre. El tercer subterráneo, el último, como pudo comprobar, estaba desierto. Sus pasos resonaron siniestros. Volvió arriba, eligió una celda semivacía y se tumbó en el suelo, entre el tufo de sudor y orina.

Uno de los otros reclusos, un joven más o menos de su edad, se le acercó para observarlo.

—Ya te he visto en algún sitio.

—En una pesadilla —respondió Remo sin abrir los ojos.

—Ahora te reconozco, eres el poseído —exclamó el otro, antes de llamar de un grito a los compañeros, para aconsejarles luego que guardasen las distancias con aquel ser que hablaba con los animales y sacrificaba niños a los demonios del bosque.

Había escuchado tantas historias sobre él en el pago que haría falta una noche entera para contarlas todas. Otro prisionero le sugirió a Remo que lo desmintiese, por su bien.

—Si hubiese sacrificado niños, este habría sido el primero —dijo Remo, señalando al joven que lo había reconocido—. En cuanto a mi bien, es, como tú mismo dices, mío.

Si a la primera frase le habían seguido algunos esbozos de sonrisa, con la segunda las expresiones se endurecieron. La celda, entretanto, iba abarrotándose. Ahora, un círculo de ojos blancos, iluminados por la sospecha, amenazaba al joven pastor, agazapado en un rincón. Lo escrutaban de cerca para localizar las señales exteriores de su diversidad: una cola, escamas, agujones o cualquier otro elemento que pudiese confirmar su naturaleza demoníaca. Al final se contentaron con los ojos para ratificar su esencia inhumana.

—Si nos han derrotado es en parte por culpa de individuos de esta calaña. Los dioses nos han castigado —dijo otro, volviéndose para buscar apoyo.

—Me llamo Remo —anunció el joven. Estaba a punto de añadir algo más, pero lo dejó correr y salió de la celda. Bajó las escaleras y se tumbó sobre la piedra gélida y cubierta de mugre de una celda vacía.

Acababa de dormirse cuando escuchó unos pasos lentos acercándose por el pasillo. Los siguió con los oídos bien atentos. Se interrumpían a intervalos regulares, el tiempo justo para escrutar las pequeñas celdas, y retomar luego su cantilena tintineante. Al fin, un hombre de ojeras rojas se perfiló en la puerta.

—¿Tú no tienes miedo de los demonios? —lo recibió Remo.

—Yo doy miedo a los demonios, por lo que parece —respondió el desconocido mientras tomaba asiento frente al joven.

Remo abrió los ojos y se incorporó de un salto.

—¿Tú, aquí?

—Yo, aquí.

—¿Cómo?

—¿Dónde, si no, en qué otro lugar debería estar?

—¿Cómo me has encontrado?

—Me han dicho que había un prisionero al que tenía que evitar a toda costa, un poseído, un execrado, así que me he dicho «helo ahí», «helo ahí», me he dicho.

—No me refería a eso, lo sabes de sobra.

—¿No te referías a cómo te he encontrado en esta prisión? ¿Te referías a cómo he encontrado esta prisión? Ah, ha sido fácil, ella ha sido la que me ha encontrado a mí. Los albeses me hicieron

prisionero el primer día de batalla; me hicieron prisionero en la primera hora, mejor dicho. Volvía a Siete Colinas para buscar otros puentes que construir y fui a parar a los brazos de la retaguardia de Amulio. Sin preguntarme siquiera si estaba con ellos o contra ellos, los Mantos Negros me han atado y me han traído hasta aquí junto a otros quiritas. Así es como te he encontrado.

—Así es como me habéis encontrado.

El Pontífice hizo oscilar la bolsita que llevaba colgada al cuello.

—Y qué me dices de ti, ¿cómo has acabado aquí?

—Busco a mi padre.

—¿Aquí?

—Ha caído prisionero de los albeses.

—Si lo buscas, significa que no lo has encontrado.

—Lo encontraré. Es solo cuestión de tiempo.

—Estoy de acuerdo contigo, por una vez: lo encontrarás, a su debido tiempo.

—Pero no está aquí, no logro sentirlo. —Remo dio una patada en el suelo y al instante se acordó de que era el mismo gesto que Angerona hacía cuando se enfadaba.

Si no daba con Fáustulo, no descubriría la verdad, y la verdad era la única razón por la que vivía. Se había dejado capturar convencido de que era la única forma de encontrar al padre, pero el padre no estaba allí. Estaba él, atrapado. Si Fáustulo no llegaba con el próximo grupo de prisioneros, Remo tendría que asumir la realidad y resignarse a la desaparición del padre. —Fuese verdadero o supuesto, pues nadie le habría podido desvelar el misterio de su origen—. Golpeó la coronilla contra la pared, una, dos, tres veces.

—Me siento perdido.

—Perderse es una buena forma de partir. El viaje es la vida, en cierto sentido. No creo que vuelvas nunca a casa.

—Buena profecía, Pontífice: yo ya no tengo ninguna casa.

El hombre se inclinó hacia él.

—Dame tus manos, busca en tu interior. Es el momento, ahora que estás extraviado, ahora que lo has perdido todo. Coge mis manos y úsalas para desenterrar y encontrar la verdad. Dentro de ti.

Remo, aturdido por los pensamientos, por las palabras y por la vida que se le había escapado entre los dedos, se dio cuenta, de repente, de que aquel hombre creía: en él y en lo que decía. Se fío de aquella fe que no era suya. Sin pensárselo dos veces extendió los brazos, y en el mismo momento en que el Pontífice los agarró, se sintió clavado a la pared por miles de púas invisibles, con los ojos abiertos como platos ante el súbito desfile de cientos y cientos de imágenes.

—Este viaje comenzó un amanecer de hace tres mil años, cuando, a la conclusión de la última batalla de la Edad del Oro, los dioses vencedores capturaron a Cronos, el de la mente tortuosa, aquel que había caído de los cielos como un rayo, y lo encerraron en la Séptima Torre, entre las nieblas de las secretas islas de los Beatos, al otro lado del pasaje del *Umbilicus Urbis*. Tú estabas allí —salmodió el Pontífice.

Remo lo miraba fijamente, con una mezcla de pánico y excitación. En la mirada del viejo reconoció la misma vacuidad, viva y multiforme, que poseía a Aca Larentia las veces que entraba en éxtasis. Incluso aquella voz particular, de hombre que ya no es hombre, tan distante que sonaba cercana, le era familiar: la había escuchado cuando, deambulando como un poseído, él mismo había profetizado sobre un rey sin corona. Se acordó luego de las palabras de Fauno en la estela, de la ciudad que había que fundar para sellar el pasaje e impedir que Cronos se liberase.

—¿Yo... estaba... allí?

—Lo veo a través de tus ojos. Veo a Cronos yacer en su propia sangre: es aterrador, como una montaña inaccesible que se erige en el centro de un lago. Te mira con un odio indescriptible. Te señala. Te habla. Jura por el trono celestial que volverá para vengarse, porque el mundo es su reino.

La voz del Pontífice se espesó de golpe.

—Mataré a los hombres y encadenaré a los dioses, mi venganza será la obra más grande de todos los tiempos. A los que permita conservar su mísera vida, serán despojados de la libertad y la esperanza. Estoy llegando...

Remo soltó las manos del Pontífice, que de repente ardían, y miró ansiosamente a su alrededor. El Pontífice, con los ojos en blanco y la respiración lenta, tardó algunos minutos en volver en sí.

—Si miras en el abismo, el abismo también mirará en ti —murmuró al fin.

—¿Qué quieres decir?

—Donde miremos nosotros, mira también él.

—¿Cronos?

—Cronos.

—¿Quién es, en realidad?

—¿Quién puede decirlo con exactitud? Los libros Rituales se han perdido. En los fragmentos que se han recuperado está escrito que el Logos, después de haber tejido este mundo con los hilos del espacio y el tiempo, envió a los Celestiales y a los Titanes para custodiar su creación. Cronos destacaba entre los Celestiales como Sirio entre las estrellas pero, muerto de envidia, traicionó al Logos y escogió las tinieblas para brillar con luz propia. Deseaba adueñarse del mundo para hacer de él su reino, con lo que sedujo a sus compañeros con promesas y lisonjas, acusando al Logos de haberlos engañado. Consiguió dividirlos y, cuando por fin se rebeló abiertamente, algunos Celestiales y muchos Titanes se alinearon junto a él.

De repente, el halo de una antorcha se alargó por el pasillo con la rapidez de un amanecer estival, precedido por los pasitos frenéticos de las ratas que huían y seguido por los pasos pesados de los hombres que marchaban.

—¿Dónde estás, fantasma? —gritó una voz retumbante. Remo y el Pontífice guardaron silencio. Aquilio y sus cien kilos se asomaron por el umbral de la puerta, obstruyéndolo. A sus espaldas aparecieron doce soldados armados. Sus antorchas teñían de rojo hierros y maderas. El Pontífice retrocedió hasta el rincón más alejado del cubículo.

—Aquí está nuestro chico raro. ¿Has encontrado un amigo? Despídete de él. El rey quiere verte. El rey siente pasión por los esperpentos, y los colecciona como mariposas. El rey les arranca las alas a las mariposas. En pie, fantasma —ordenó el Vigilante.

—Espera un momento —le imploró Remo, levantando una mano. El bastón del albés cayó de golpe, con un restallido seco, sobre los dedos extendidos.

—Ahí tienes tu momento. ¿Ahora estás preparado?

Remo se volvió hacia el Pontífice.

—Tengo que saber qué has visto, te lo ruego.

—Lo sabrás si vives.

—Entonces viviré —prometió Remo.

—Si el espectáculo ha acabado... —dijo el Vigilante antes de descargar otro mandoble, pero esta vez Remo aferró el bastón y se lo quitó de la mano, mirándolo con resentimiento. ¿No comprendía la gravedad del momento? Los guardias se abalanzaron sobre él, lo tumbaron boca abajo, la cara contra el suelo, lo desarmaron y lo cosieron a vergajazos.

Cuando por fin se levantó, magullado y dolorido, sonrió entre lágrimas al Vigilante, que lo

escrutaba con una expresión de desconfianza que se parecía peligrosamente a la deferencia.

—¿De qué te ríes, fantasma? —le preguntó Aquilio, incapaz de resistir a aquella inexplicable y en cierto modo molesta necesidad de saber.

—De que os empeñáis con todas vuestras fuerzas en matar a un muerto.

Las escaleras lo condujeron en once pasos de las tinieblas a la luz. Cuando cruzó el umbral de la puerta de la prisión, Remo parpadeó, dolorido, para acostumbrar los ojos al sol. Los guardias enseguida lo empujaron bruscamente hacia adelante, y le recordaron que a los reyes no les gusta esperar, y que a Amulio no le gustaba y basta.

—Volveremos a vernos —le prometió Aquilio en un tono que oscilaba entre la amenaza y el presagio, con el rostro duro agrietado por una esquirra de interés, como si tuviese una pregunta en la punta de la lengua, pero se viese obligado a tenérsela para sí.

—Pasaré a por ti, tarde o temprano —le aseguró Remo.

El Vigilante cruzó los brazos.

—Entonces te espero.

El sendero empedrado ascendía entre dos filas de edificios de piedra, adornados con elegantes órdenes de columnas. Todo aquel gris perla dañaba la vista. Remo miró con gratitud el único jarrón de flores que coloreaba una ventana.

Llegaron a un puente de piedra que cruzaba el vacío y desembocaba en la plaza de armas principal. Dos águilas de mármol, con dos rubíes rojos por ojos, custodiaban la entrada. A mitad del viaducto, de unos veinte pasos de largo, los guardias aferraron a Remo por la espalda y lo dejaron suspendido en el aire.

—¿Te gusta el puente de las Águilas? ¿Qué dices de echar a volar? —le preguntaron, fingiendo varias veces que lo soltaban. Bajo ellos la ciudad parecía una miniatura de madera.

—Pregúntate qué diría Amulio —replicó Remo, observando el vacío con los ojos llenos de viento y de locura.

Nadie tuvo la curiosidad de descubrirlo. Llegaron al otro lado y enfilaron un sendero que se enroscaba hasta la parte superior del Pico Dorado, un puño liso de piedra extendido con soberbia hacia el cielo. La espiral parecía ascender hasta el infinito, pero después de doscientos pasos los hombres llegaron a la cima, invisible durante la última parte del recorrido. El suelo ajedrezado se extendía hasta la basílica policroma, maravilla del mundo y morada de los dioses.

Los guardias estudiaron el rostro del prisionero en busca de muestras de estupor, pero solo vieron la indiferencia fría de quien considera las empresas de los hombres diminutos castillos de arena en la playa del universo.

—No es más que otra prisión —dijo Remo.

—Y este no es más que otro vergajazo —dijo el más joven de los soldados, asestándole dos golpes vigorosos en las costillas.

—La verdad es que son dos —murmuró Remo entre estertores, lo que solo le sirvió para ganarse otra serie.

—Cuenta mejor, despojo.

Mientras tanto, un hombre se había asomado a la puerta de bronce de la basílica. Era bajo y de pelo gris, y vestía una túnica. Sobre el pecho tenía bordado el blasón de Alba: el águila con un cetro de marfil entre las garras sobrevolando los tres picos negros sobre campo rojo. Cuando hizo tintinear las enormes llaves que llevaba atadas al cuello con un fino cordón, los soldados se cuadraron con cierto bochorno.

—Guardián —murmuraron con respeto.

—¿Es este el prisionero cuya presencia ha solicitado el rey? —preguntó Turno señalando a Remo, que respiraba a duras penas, arrodillado.

—Sí —respondieron dubitativos.

—¿Acaso ha ordenado el rey que se le cosa a golpes?

—No, pero...

—No o sí. Los reyes solo aprecian estas dos palabras y nunca en el mismo momento.

—No.

—¿Entonces habéis desobedecido a vuestro rey?

—Sí, pero...

—La ley del sí y del no sigue vigente.

—Sí.

—Como habéis admitido vuestra culpa, el gran rey Amulio os perdona a través de mí. Id y recordad que solo la ley del rey protege la justicia —dijo el guardián, dispensándoles la bendición de los tres dedos.

Él y Remo se quedaron solos en la plaza de granito, separados por la alfombra púrpura del sol. Entre las arrugas del rostro de Turno destacaban dos ojos color avellana, impregnados de una melancolía antigua; ojos que parecían haber visto más de lo que deseaban.

—¿Qué pretendías hacer? —preguntó al joven.

—Tomar un atajo.

—Irás al otro mundo el día establecido, ni una hora antes ni una hora después.

—Aun cuando fuese hoy, ya sería con trece días de retraso.

—¿Lloras a alguien?

—A una que valía lo mismo que todos.

—Todos lloramos a alguien.

—No me consuela. Si acaso, me entristece.

—No importa. Los que nos han precedido no esperan, porque el tiempo solo es de este mundo. Ya estamos con ellos, como estrellas en el cielo.

Remo se puso en pie con esfuerzo. Solo llevaba el taparrabos, el cuerpo desnudo estaba cubierto de excoriaciones y moratones amarillos y violetas.

—No pienso en mi muerte para morir, sino para vivir.

—El tiempo es vida.

—Entonces démonos prisa, condúceme ante tu rey.

—También es el tuyo —puntualizó Turno, antes de desatarse la capa y echársela al joven.

—El único rey que reconozco es el que llevo dentro —dijo Remo.

—Al rey no le gustarán estas palabras.

—Al rey le diré otras.

Turno guiñó el ojo izquierdo y levantó la ceja derecha, antes de hacerle un gesto para que le siguiese. Remo se encaminó, colocándose la capa sobre los hombros como buenamente pudo.

Superaron los batientes de la puerta, que tenían esculpidas en altorrelieve dos figuras guerreras dotadas de lorigas historiadas: la de la derecha cargaba con un anciano a hombros, mientras que la otra vestía un yelmo y empuñaba una larga lanza de la que manaba sangre.

Remo alargó el paso para llegar al podio donde estaba sentado Amulio, en la otra parte de la basílica, pero Turno lo agarró del brazo.

—Los mendicantes no pueden acercarse al rey sin su consenso —le murmuró al oído.

—¿Qué estoy pidiendo?

—Tu vida.

Amulio sostenía entre las manos un pesado libro. Los cabellos sueltos, largos y negros como el ala de un cuervo, escondían su rostro. Era imposible adivinar si estaba leyendo, reflexionando o incluso durmiendo, inmóvil y hierático como las dos estatuas descomunales que lo flanqueaban. Un arco iris polvoriento recubría por completo el Trono Tonante.

Los Setenta y Dos formaban dos alas perfectamente simétricas alrededor del podio.

—¿Quiénes son? —le susurró Remo a Turno.

—La guardia real. Son escogidos desde niños por sus extraordinarias cualidades físicas: después de un quinquenio de adiestramiento mortal, consagran su vida al soberano jurando que no le sobrevivirán. Cuando el rey muere, los Setenta y Dos, al término del velatorio, se dan muerte los unos a los otros.

—¿Cómo se puede mantener tal juramento?

—En el transcurso de los siglos solo tres se dieron a la fuga, rompiendo el juramento: en cada amanecer y cada ocaso sus nombres son maldecidos por los Setenta y Dos en el cargo.

Después de algunos minutos de un silencio roto solo por una respiración profunda, el rey suspiró, y fue como si hubiese pronunciado una palabra: fin, luego comienzo. Con un gesto flemático de la mano se apartó el pelo de la frente, sin levantar la mirada del libro, dejando ver una porción de su rostro. Remo se sorprendió de encontrarlo fascinante.

—¿Te gusta leer? —preguntó Amulio. Su voz resonó refinada, nota perfecta de laúd en una cávea.

—No sé leer —admitió Remo.

—Quien no lee no escribirá jamás una palabra importante en el libro de la historia.

—No tengo ninguna intención de escribir. Me gustaba tocar música, hasta hace trece días. Tocar es hablar con las palabras de los dioses.

—¿Qué dicen los dioses?

—Callan.

El rey asintió.

—Los dioses necesitan mucho más a los hombres de lo que los hombres los necesiten a ellos. Así y con todo, los hombres no se cansan de fabricar dioses y de darles la palabra. Así tienen a alguien a quien bendecir o maldecir según el caso, cuando lo único que deberían hacer es dar las gracias o criticarse a sí mismos. Cada uno de nosotros es artífice de su propia fortuna, ¿no estás de acuerdo?

—En verdad te digo que he hecho muchas cosas para mandar al traste mi fortuna.

—Me han informado de que eres capaz de comunicarte con los animales. Todo aquello que existe sin que yo lo conozca, existe sin mi consentimiento, y esto no puedo tolerarlo. Así pues, necesito saber: ¿es cierto?

Remo intentó ocultar la sorpresa.

—¿Tú qué preferirías?

—Yo no prefiero, yo quiero: la verdad, en este caso —respondió el rey, luego levantó una mano para interrumpir a Remo, listo para continuar—. Pero no quiero escucharla de tu boca. Las palabras de los hombres son fuegos fatuos liberados por las mentiras que se pudren en sus pechos. La verdad se demuestra.

Amulio restalló los dedos. En medio del silencio se pudo escuchar con claridad un chasquido metálico. De la puerta camuflada en los paneles de madera del coro surgió un hombre que se las veía y se las deseaba para controlar a un enorme mastín espumante. El perro, con los colmillos bañados de baba, raspaba el suelo. Un toro enfurecido no habría podido infundir más temor.

Cuando el guardián lo liberó, el mastín se catapultó entre las dos alas de soldados. Las patas

azotaban el mármol con la misma potencia de las pezuñas de un caballo de guerra lanzado al galope.

Remo liberó instintivamente los sentidos, interceptó la voluntad del animal y la encontró lista para amoldarse a la suya. El mastín gañó sorprendido y aflojó el paso, justo un segundo antes de que Amulio volviese a dar la orden de atacar. Remo divisó una sombra de ambigüedad en la mirada del rey, como de reconocimiento, y renunció.

El moloso volvió a ganar velocidad y saltó hacia su garganta, con las fauces de color sangre espeluznantemente abiertas. Remo lo esperó inmóvil, murmurando una oración. Ya estaba sumido en el aliento fétido de la fiera cuando Amulio lo llamó con una orden perentoria. El perro cerró de golpe las mandíbulas, que crujieron vacías, pero ya no pudo interrumpir el impulso y aterrizó sobre el pecho del joven, que se estrelló contra el suelo.

Remo se dio un fuerte golpe en la cabeza. Extenuado también por los golpes precedentes, permaneció durante unos instantes mirando al techo, que oscilaba a cien pasos sobre él. Al final, con un esfuerzo de voluntad, intentó incorporarse. Turno lo ayudó a ponerse en pie y luego lo sostuvo con firmeza pasando el brazo por debajo del suyo.

Amulio permaneció en silencio largo rato, y al final se acomodó en el respaldo.

—El conocimiento es poder. Ahora te conozco y, en cierto modo, te poseo. Tú no hablas con los animales. Hablarás conmigo. Ven.

Remo se arrastró a lo largo de la nave, observando cómo la figura del rey y su temor crecían con cada paso. Turno lo seguía, con las manos abiertas y separadas del cuerpo, como si temiese tener que sujetarlo de un momento a otro.

Amulio se alzó sin mediar palabra, agarró el borde de la capa, se giró con un movimiento reluciente, como un águila que repliega las alas, bajó los tres peldaños de piedra y se dirigió hacia el ábside. Remo, empujado por Turno, lo siguió, y al pasar junto a los Setenta y Dos se sintió por primera vez cabrito en lugar de lobo.

El rey y el pastor desfilaron entre las estatuas gemelas de Eneas y Latino y llegaron al fondo del hemicíclo, donde, entre las cátedras del coro, se intuía la silueta de una puerta. La cruzaron y enfilaron la escarpada escalera de caracol que se elevaba en el centro de la sala, como el jarrón sobre el torno.

—También me han informado de que eres una especie de sacerdote.

—Todos lo somos —dijo Remo, mirando hacia arriba.

—Todos, luego nadie.

—¿No te gustan los sacerdotes?

—Son los pastores de un rebaño de ovejas. Yo quiero guiar un pueblo de hombres. En el reino que estoy construyendo los sacerdotes acabarán fabricando ladrillos.

—O quizá puentes.

—O quizá puentes.

Después de unos cien peldaños llegaron a un entresuelo vacío: del agujero circular en el techo descendía en perpendicular una escalera de hierro junto a velos de luz rojiza y trémula. El hierro chirriaba bajo su peso a medida que ascendían, hasta que se encontraron en el centro del cielo. En efecto, habían salido a una terraza de piedra roja, corola inmaculada en el vértice del fuste, que se elevaba treinta metros desde el cimborrio de la basílica.

Alba era un mundo distante, ellos eran dioses. Remo se llenó los pulmones de aire, con la mirada cayendo sobre el panorama del que se alejaba la luz del crepúsculo. Venus estaba al alcance de la mano; rozó con los dedos ese fragmento del firmamento.

Amulio puso un pie sobre el pasamanos de mármol, apoyó el codo en la rodilla e hincó la barbilla

contra su puño.

—¿Te estás preguntando por qué te he conducido hasta aquí arriba?

Remo clavó los ojos en la espalda del soberano y pensó en atacarle. Era mucho más grande que él y sin duda más fuerte, pero pillándolo por sorpresa quizá habría logrado arrojarlo al vacío. Entonces, quizá, Rómulo habría tenido la posibilidad de tomar la ciudad. Sin embargo, algo lo retenía; acaso la seguridad con que Amulio le daba la espalda, acaso la sospecha de estar, en cierto sentido, vinculado a ese hombre. ¿Y Angerona? Angerona se habría reído de la palabra «venganza».

—Hace dos horas atravesaba el vientre de la ciudad junto a los prisioneros de guerra, ahora estoy en el pináculo más alto de la basílica de Alba junto al rey, y, con toda franqueza, no sé cómo he llegado hasta aquí.

—Te he conducido aquí para ofrecerte la cosa más preciosa: una ocasión —dijo Amulio, abrazando con un gesto abarcador toda la ciudad a sus pies.

—No veo cómo puedo serte útil.

—Yo lo veo.

—Solo soy un pastor.

—Tú tienes un hermano.

—Todos lo tenemos.

—No todos tienen por hermano un jefe del pueblo; pendenciero y ciego, sí, pero capaz de hablar a las entrañas de los hombres, de dirigirse hacia un barranco y arrastrar con él a decenas de personas.

—Amulio lo invitó a su lado—. Tu hermano está reuniendo pastores, bandoleros y fugitivos con la idea de repoblar Siete Colinas. Estarás de acuerdo conmigo en que no todos los hermanos albergan tales ambiciones.

—¿Cómo lo sabes? —farfulló Remo con la garganta seca. Las palabras se deshacían en sus labios como hojas muertas.

—Amulio sabe —dijo el rey—. Aunque Rómulo pronto se convierta en cenizas, las brasas del fuego que ha encendido en el corazón de los quiritas supervivientes volarán sobre cada valle. Con el paso del tiempo me he dado cuenta de que hay ciertas fuerzas que es mejor encauzar a tu favor en lugar de contrarrestar. Tu hermano me ha sugerido la idea adecuada, pero él no es el hombre adecuado para realizarla.

—¿Y yo?

—Rómulo se buscará la ruina junto a sus compañeros, y tú ocuparás su lugar a la cabeza del pueblo que ha imaginado.

—Yo no tengo ningún pueblo, y el de mi hermano, suponiendo que ya haya conseguido reunirlo, no me seguiría ni aunque conociese el camino hacia los Campos Elíseos.

—Te seguirán incluso hasta el Hades si yo les convengo de que es el camino adecuado. Los hombres no piden otra cosa más que ser guiados hacia la felicidad.

—¿Pero acaso alguien la alcanza?

—¿Y qué importa? Además, sería deletéreo abandonar Siete Colinas por motivos políticos y militares, empezando por su posición estratégica en la ruta de la Sal. La repoblaremos con hombres fieles y honrados, haremos de ella una colonia de Alba y tú la guiarás en mi nombre. Escogeremos a los primeros colonos entre los prisioneros.

—¿Los prisioneros de guerra? Los has derrotado y les has privado de todo, ¿por qué deberían obedecerte?

—Tú no tienes hijos, ¿verdad, chico? Quítale a un niño su juguete preferido y el crío, entre llantos, intentará morderte la mano. Devuélveselo y, entre risas, te la besará.

—No, yo no tengo hijos —dijo Remo con aspereza.

—Les daré la elección. Tendrán tres formas de serme útiles: como soldados, como mineros, o como muertos. Ya verás como me obedecen gustosos. —Amulio cruzó las manos detrás de la espalda y se volvió hacia las colinas occidentales, donde una franja del disco solar ardió por última vez antes de girar tras el horizonte. La capa real se apagó de repente—. Han seguido a Rómulo, te seguirán a ti. Cada uno de nosotros tiene un sitio en el mundo. El mejor hermano ha de gobernar: esta es la justicia.

—¿Es esta mi gran ocasión? ¿Siete Colinas?

Una vez desvanecido para siempre su sueño, ahora a Remo se le presentaba la oportunidad de hacer realidad el de su padre: un descendiente de Caco y de los aborígenes volvería a gobernar sobre las siete colinas de Saturnia. ¿Pero de dónde venía realmente la sangre de sus venas? ¿A quién había de ir su fidelidad?

—Tendría que traicionar a mi hermano —dijo, en lo que nació como una pregunta y murió como una respuesta.

—Tu hermano ya está condenado, y lo está desde el día en que decidió arrojar el cayado del pastor para empuñar el cuchillo del bandolero. Ocuparás su lugar y, en cierto sentido, honrarás su memoria, habida cuenta de que llevarás adelante su proyecto hasta hacerlo realidad. Serás un mejor jefe que él.

—Mi hermano no es un hombre que se contente con un recuerdo futuro. Tampoco es un hombre que acepte la muerte, no creo que alguna vez haya tomado en consideración tal posibilidad.

—Y aun así morirá.

—Me fío de tu juicio.

Durante un rato estudiaron en silencio las sombras que se dibujaban sobre los picos. Pronto los resplandores de los faroles y las antorchas bordearon el manto de la ciudad.

Cuando Amulio por fin se giró, sus ojos abrigaban una luz de auténtico pesar.

—Lo siento, chico, pero tienes que conocer la verdad. Sé que durante la última guerra has perdido muchas cosas, lo leo en tu cara; y puede que pienses que la culpa es mía, pero no es así. Te diré el verdadero motivo por el que atacé Siete Colinas: por pura supervivencia. He asaltado a los quiritas antes de que ellos me asaltasen a mí. De hecho, llevaban unos meses urdiendo alianzas clandestinas con algunos de los otros pueblos latinos, incluso con los sabinos, y estudiaban la manera de acorralarme. Siete Colinas ha crecido sin cesar en las últimas décadas: los quiritas mordían el freno, pretendían nuevos territorios y anhelaban el liderato de la Confederación Latina.

Remo sintió que las lágrimas le inundaban los ojos.

—Era vuestra guerra, pero los muertos han sido los míos.

Amulio se pasó una mano por la melena.

—Tenía en mente desde hace al menos diez años neutralizar la amenaza representada por Siete Colinas, pero si quieres saber por qué el día del juicio no ha llegado hasta este año, truncando la que creías que era tu vida, has de tener presente que la culpa, o el mérito, hay que atribuírsela a tu hermano.

—¿A Rómulo?

—Hace unos meses Rómulo asesinó y saqueó a un capitán de mi ejército que volvía de recaudar los tributos de Siete Colinas, ofreciéndome el pretexto para desencadenar una guerra justa y tener así de mi parte a los otros pueblos latinos. Muchos echan la culpa de sus desdichas al destino, al hado o a la mala suerte. Necios. Ahora ya sabes a quién culpar. Para quienquiera que hayas perdido, ya has encontrado al responsable. Si crees que soy yo, lánzate contra mí y arrójame al vacío. No

opondré resistencia, pues la verdad no necesita defenderse. De lo contrario, agacha la cabeza, dame tu mano, y yo le pondré un cetro —dijo Amulio, ofreciéndole la mano derecha.

Remo se fijó en los dedos vigorosos marcados por las cicatrices; los observó ciegamente durante unos instantes atemporales, en los que recorrió toda su vida a través de una secuencia fulmínea de imágenes: rostros, lugares, palabras. Al final, levantó los ojos irisados y estrechó la mano del rey, con el corazón en un puño.

—Aprovecho mi ocasión.

Céler se había marchado de Rómulo y tenía que volver a Rómulo, de lo contrario habría vagado como una carta sin remitente ni destinatario.

Rómulo le había dado una razón para vivir y el empujón para escapar de una existencia ya marcada. Rómulo le había dicho que la vida es una espada, que si se queda colgada de un clavo se oxida. «Si el mundo no viene a buscarte, ve a buscarlo tú». «Ven y ve», ese era el lema del fundador de la Hermandad Saturnina.

Solo tres años antes vivía con su padre y su madre en una choza de cañas, que había que reconstruir después de cada aguacero, seis millas al este de Siete Colinas. Todos sus bienes consistían en un rebaño de cinco cabras, que sus padres querían más que a cualquier otra cosa: eran sus amigas, su religión, su baluarte contra la nada. Céler las odiaba, pero era consciente de que dependía de ellas. El día que se marchó en busca de su propio camino, se había girado tras una decena de pasos para el saludo final, pero los dos viejos ya estaban agachados sobre los animales, acariciándolos con una expresión de agradecimiento. —Las cabras se quedarían, las cabras no les abandonarían—. Aquellas caricias fueron los últimos tortazos para Céler.

Rómulo no pertenecía al pasado, sino que constituía su futuro, la mano extendida en la oscuridad del pozo.

Céler se había marchado de la taberna del Paso de las Picas con una pregunta y ahora volvía con una respuesta, pero los acontecimientos parecían haberlo superado. Mientras rastreaba los bosques que rodeaban Siete Colinas en busca de los hermanos, se había topado con pequeños grupos de prófugos. Por sus relatos supo de la invasión de los Mantos Negros y de la caída de la ciudad de los quiritas. Había permanecido demasiado tiempo encerrado entre las murallas de Alba, esperando la audiencia con Amulio, que después, durante más de un mes, no le había concedido el permiso para volverse a marchar.

Al ver que todos los tentativos de dar con los compañeros en aquellos páramos desolados, arrasados por los incendios y el paso de los soldados, resultaban en vano, decidió refugiarse en el canal de Aguafría. El lugar más recóndito de aquel bosque era donde la banda de Rómulo se reunía en los momentos críticos, cuando la amenaza de los soldados era más acuciante.

Si se hubiese cruzado en el camino de los Mantos Negros de nada servirían sus explicaciones, pues no llevaba con él ningún sello que lo calificase como embajador. Los exiliados habían sido muy claros al respecto, explicando que los soldados albeses proponían solo dos destinos a quien se cruzaba en su camino: la tumba o la prisión.

En el canal encontraría a Rómulo, o lo esperaría hasta su regreso, pues estaba seguro de que el comandante de la hermandad, tarde o temprano, buscaría allí a los compañeros sobrevividos a la invasión. No dudó ni tan siquiera por un instante que Rómulo estuviese vivo; él lo estaba, y eso era una prueba suficiente. Una mañana temprano, después de deslizarse por la hierba alta en las mismas narices de una centuria albesa, exhausto por el largo vagabundear y el hambre, avistó el robledal que bordeaba el sur del bosque de Aguafría; apretó los puños y se exaltó en silencio. Luego atravesó volando el claro y se deslizó entre los árboles. Lo había conseguido.

Con ese paso largo y ágil que le caracterizaba y le había valido el sobrenombre, recorrió los senderos enmarañados expedito. Hacia mediodía llegó al corazón del bosque, donde una muralla de zarzas ocultaba un cañón en el que se camuflaban dos cabañas de follaje. Encontró el pasaje

escondido, descendió hasta la cuenca y se abrió paso entre los arbustos hasta llegar a las cabañas.

Abrió la boca de par en par por la sorpresa, y luego sonrió con alivio mirando al hombre sin pelo y sin nombre que, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas, permanecía sentado entre las dos cabañas con los ojos cerrados. Sí, lo había conseguido.

—Tengo tu respuesta —le anunció Céler.

—Tu hermano es un hombre peligroso, como un barco que ha perdido el timón. Nos llevará a la deriva junto a él —masculló Aventino, controlando al mulo que trotaba a su lado con el movimiento lento, pero constante, de las barcas que navegaban el Albula.

Rómulo abandonó el sendero a toda prisa en dirección a un peñasco que se recortaba en la cima de la colina, saltó sobre él e inspeccionó la llanura protegiéndose con una mano de los rayos oblicuos del sol matutino.

—Las tropas de Amulio no han abandonado nuestros valles, siguen peinándolos. Tenemos que encontrar a nuestros futuros soldados antes de que los encuentren ellos. No podemos perder más tiempo —informó, después de volver al sendero.

Aventino no pareció haberse percatado de su ausencia.

—Es pavoroso mirar fijamente los ojos de tu hermano, cada uno de un color, y, no obstante, te sientes casi obligado a hacerlo. Te llaman, como la oscuridad de la noche fuera de la taberna, como el barranco a los pies, o el mar bajo el farallón.

—Los capitanes de Amulio han dividido a sus tropas en numerosas patrullas de una treintena de soldados. Tenemos que alcanzar rápidamente ese número o, en caso de enfrentamiento, nos aniquilarán sin demasiados problemas. Dos lobos no tienen ninguna esperanza contra treinta perros.

—Ojos de lobo, sí...

—No podemos confiar en evitarlos hasta el infinito, por mucho que estas sean mis tierras y las conozca mejor que nadie. Sé dónde encontrar una veintena de compañeros de confianza. Una vez reforzados con su apoyo, podremos movernos con más seguridad.

—Tu hermano tiene la cara de alguien al que, cuando lo ves por primera vez, ya sabes que volverás a verlo y que no te deparará nada bueno. Hazme caso.

—El canal de Aguafría dista unas diez millas hacia el noroeste, pero para no alargar demasiado el trayecto tendremos que pasar junto a los límites urbanos de Siete Colinas. Partiremos tras la puesta de sol y antes del amanecer estaremos en compañía de mis mejores amigos. Serán los primeros en unirse a nosotros. Luego buscaremos a los prófugos y a los desperdigados y los reuniremos bajo nuestra insignia.

—Siempre y cuando consigamos dar con ellos antes que Amulio.

Rómulo se giró de golpe.

—Mi hermano es sangre de mi sangre, así que intenta por lo menos sonreír cuando hables mal de él.

Esperaron la noche al amparo de un pinar, compartiendo un repollo de lechuga que habían recogido del huerto de una granja saqueada. Se pusieron en marcha con la aparición de Venus. Cuando subieron la primera colina, distinguieron varios fuegos sobre la ladera oriental del valle.

—Mantos Negros —murmuró Rómulo, haciéndole una señal para avanzar con cautela. Caminaba a la cabeza, tras él iba Janto y, por último, Aventino. Los olores de las flores y las hogueras se entremezclaban en la noche. No se arriesgaron a hablar hasta que, tres horas más tarde, llegaron al siguiente valle.

Rómulo arrancó una hoja de hierba para llevársela a la boca.

—¿Cuál era tu sueño de niño? ¿Qué querías ser?

—Quería ser molinero, como mi tío.

—¿Molinero?

—Me acuerdo de su casa de piedra blanca junto al torrente, y de las aspas del molino brillando entre las gotas de agua, y de la intensidad del verde en la orilla. Los hombres llevaban carros, carretillas o sencillas canastas llenas de farro o cebada, y se sentaban bajo el pórtico a beber y charlar esperando que la harina estuviese lista. Cada verano mi padre me mandaba allí durante un par de meses para que cogiera unos kilos, como decía él. Yo trabajaba como un burro, perdía kilos pero ganaba músculos y, cuando mi tío se distraía, me acurrucaba a los pies de los clientes para escuchar los relatos del mundo perdido, de los días en los que el bronce era solo el del arado y los héroes peregrinaban para custodiar la paz.

—¿Qué tipo de hombre era tu tío?

—El tipo de hombre que miraba la rueda girar y el río fluir, sentado en una gran mecedora.

—¿Cómo acabó?

—Aún no ha acabado. Sigue allí, vigilando su muela y escuchando las historias de los transeúntes, por lo que sé. No es una de esas historias tristes en las que una tragedia cambia el rumbo de las cosas. Crecí e hice otra cosa, así de sencillo. ¿Y tú? ¿Qué vida te habías imaginado?

—Esta.

Al amanecer, los dos compañeros pasaron bajo los robles que custodiaban la entrada de Aguafría. Rómulo abría el camino pero a menudo se detenía para estudiar el recorrido. Entre los árboles se desenredaba una maraña de senderos. Hasta dos veces se vieron obligados a volver sobre sus pasos, pero cuando el sol ya tejía las primeras telarañas entre las ramas, fueron a toparse con la pared de zarzas salpicada de moras, tras la cual se ocultaba el refugio de la Hermandad Saturnina.

Mientras Rómulo rastreaba el perímetro, Aventino arrancaba con cuidado los frutos. Cuando tenía la mano llena se los llevaba a la boca, masticando con gusto, y de cuando en cuando le lanzaba uno a Janto.

—No seas tragón, que te van a sentar mal —le explicó el capitán, tragándose un buen puñado, con la barba embadurnada de rojo.

Rómulo encontró el pasaje camuflado entre los endrinos y silbó al compañero.

—Huelo a leña quemándose. Hemos llegado a tiempo para el desayuno —dijo.

—Carne —Aventino puso una mano sobre el mulo y le acercó la boca a la oreja—: Suculentas chuletas de buey.

—Para ya o acabará mordiéndote.

—Si lo intenta, le arranco los dientes y me hago un collar —amenazó Aventino.

—Aquí estamos, las cabañas de la hermandad están escondidas detrás de aquel grupo de lentiscos —anunció Rómulo.

Se giró para hacer la señal de la victoria, pero no dejó de caminar, con el paso acelerado por la excitación. Cuando volvió a mirar hacia adelante, un par de piernas desnudas se balanceaban a pocas pulgadas de su cara. Se detuvo en seco reprimiendo a duras penas un grito de horror. Levantó los ojos y vio a Céler, ahorcado de un árbol.

—¡Por todos los dioses!

Aventino se tocó la frente.

—¿Quién era? ¿Uno de tus amigos?

—Era un amigo mío —murmuró Rómulo, tragando saliva—. Hace mucho tiempo.

Janto rebuznó y, tras unos segundos, los dos quiritas escucharon un traqueteo que, como el lazo de una trampa, se cernía alrededor de las cabañas. Aventino sacó la espada.

—¿De qué te asustas, miedica? —le susurró al animal. El sotobosque vibraba.

Rómulo tenía las manos apoyadas en las piernas de Céler, indeciso sobre si apretarlas o hacerlas pedazos, y salmodiaba insultos y oraciones.

Al capitán le pareció distinguir un movimiento en la espesura. Recogió una piedra y la lanzó en esa dirección con la esperanza de que se tratase de un animal. Entre el revoloteo de los pájaros que huían surgieron una docena de Mantos Negros y otras tantas cuchillas.

Una lanza voló silbando hacia él. Aventino perdió toda esperanza, pero en el último momento la mano fulmínea de Rómulo aferró el arma.

—Por hoy ya he llorado a un amigo —dijo, empujando bruscamente hacia adelante al compañero—. Nos han tendido una trampa, huyamos.

Se lanzaron hacia las zarzas con Janto pisándoles los talones, pero dos soldados les cortaron el paso. Aventino se arrojó entre los arbustos y volvió a surgir atravesando y levantando en peso al primer enemigo. Mientras los borbotones de sangre caliente lo investían, ya la espada del segundo albés caía sobre su espalda. Aventino se giró de golpe, escudándose en el cuerpo del enemigo muerto, que se estremeció violentamente bajo los numerosos mandobles. El capitán retrocedió de un salto, empujó el cuerpo con el pie y desenfundó la espada. Cuando el manto negro consiguió quitarse de encima el cadáver del compañero, se encontró la espada del quirita en el pecho.

Rómulo hizo girar la lanza de la que se había adueñado contra otros dos albeses, que se vieron obligados a tirarse al suelo. Uno se levantó para encontrar la espada de Aventino, mientras que el otro acabó bajo las pezuñas de Janto.

—Más rápido —les ordenó Rómulo lanzándose al pasaje.

Aventino lo atravesó de un salto, arrancando a su paso sarmientos y espinas de un dedo de grosor, seguido de Janto.

—Muévete, maldito mulo —gritó aferrando las bridas y sintiendo a su espalda al menos a otros tres o cuatro soldados.

El peligro espoleó todos los sentidos de Rómulo, que enfiló sin dudar los senderos adecuados, pero sus perseguidores, a pesar de haber perdido terreno, los seguían de cerca aun cuando salieron del bosque.

Media hora más tarde los dos fugitivos se detuvieron para llenar sus cantimploras en un riachuelo a los pies de una colina quemada. Apenas llevaban una milla de ventaja, y otra patrulla de albeses estaba bajando desde el norte para sumarse a la persecución.

Rómulo levantó los ojos al cielo, atravesado por nubes grises.

—La noche está demasiado lejos. No podemos escondernos ni concedernos más pausas. Vamos en dirección oeste hacia el bosque de Juno Lucina, en tres o cuatro horas de marcha a un ritmo constante podemos llegar.

—¿Y una vez allí? ¿Tienes alguna idea?

—Necesitamos dos días enteros de camino para atravesarlo. Algo se nos ocurrirá mientras tanto.

Subieron la colina entre los esqueletos de los árboles quemados y descendieron por la otra ladera. Continuaron por una hondonada encajada entre dos elevaciones pobladas de arbustos, hasta que las dejaron atrás y giraron por un sendero que se encaramaba por la falda derecha de una colina yerma y azotada por el viento.

Cuando la pista se perdió entre las rocas y los matorrales bajos, cedieron la guía a un Janto que, avanzando a pequeños tirones, los pilotaba por trazados invisibles. Eran hormigas aplastadas contra

el flanco de la montaña. En el cielo, un águila navegaba con las alas extendidas.

Una vez en la cima, blancos por el polvo y sin aliento, recorrieron la línea de cresta, salpicada aquí y allá de pinos enanos. El sol se ponía y las nubes se volvieron más densas. La oscuridad se desbordaba desde las colinas y goteaba sobre el mundo cuando, al fin, llegaron bajo las frondas del bosque de Juno. Se desplomaron a los pies de un imponente tilo.

—Podemos darnos una pausa de una hora, luego hay que ponerse en marcha. Aprovecha para dormir —ordenó Rómulo.

—El cielo está cubierto esta noche y con el bosque lo estará por partida doble. No habrá estrellas que nos guíen, no podemos avanzar más.

—Te olvidas de Janto.

—Te olvidas de que es un mulo: nos conducirá hasta un precipicio.

—Puede que así los despistemos.

—¿Esa es la primera idea que te ha inspirado el bosque?

—Ya has perdido tres minutos de buen sueño.

Se despertaron casi dos horas más tarde. No sabían si temer más la muralla de robles y encinas que tenían enfrente o el sendero del que habían llegado. Se pusieron en marcha.

—¿Quién era aquel chico que encontramos con una soga atada al cuello en el canal de Aguafría? —preguntó Aventino.

—Uno de mis compañeros de hermandad de más confianza. Lo llamábamos Céler. Nadie caminaba como él: allá donde fuese, iba corriendo. Hace unos seis meses, después de un ataque en el que matamos a un pelotón de albeses, nos abandonó de repente llevando consigo el medallón que le habíamos sustraído a su comandante. Lo seguimos en vano hasta las puertas de Alba. Fue entonces cuando decidí disolver la hermandad.

—¿Por qué te traicionó?

—¿Por qué, me traicionó?

—Yo diría que al menos dos veces. Primero llevándole a Amulio el medallón y luego guiando a los Mantos Negros hasta el canal de Aguafría. Sabía que tarde o temprano habrías ido. Una vez que los condujo hasta allí, ya no les era útil a los soldados de Amulio, así que se lo cargaron. Habría podido sospecharlo: tu Céler era ágil de piernas, pero no de mente. Nadie tiene ganas de estar viendo a un traidor: no inspira confianza y, para más inri, nos recuerda todo el mal del que somos capaces.

—O quizá se ahorcó por el remordimiento.

—¿Te bastaría eso para lavar su imagen? ¿Basta con atarse una soga al cuello para reparar un error? A mis ojos el suicidio lo hace aún más culpable, y creo que veo algunas cosas mejor que tú. Tendría que haberse enfrentado a sus nuevos amigos o intentar escapar: donar su vida como rescate, y no tirarla a la basura. Basura siempre habrá, en cualquier caso.

—La verdad, en cualquier caso, ha muerto con él.

La lluvia los sorprendió mientras avanzaban con cautela, ciegos y torpes, tras la silueta de Janto. Luego advirtieron que las gotas se multiplicaban y se hacían más gruesas, y en poco tiempo estuvieron empapados hasta los huesos.

Procedían con extrema lentitud, tropezaban con las raíces y más de una vez acabaron con las rodillas en el barro. El sendero se desprendió en varios puntos, desenvainando piedras puntiagudas y ramas, mientras que en otros era una alfombra viscosa y resbaladiza de hojas amalgamadas.

—Es inútil seguir porque llevamos al menos una hora sin avanzar —estalló al fin Aventino, levantando la voz para hacerse oír.

Rómulo ordenó que prosiguiesen, pero a los diez pasos agarró a Janto por las bridas. Se pusieron a resguardo bajo el tronco de un roble que se había derrumbado contra una pared calcárea, que relucía contra el cielo negro de ramas. Se envolvieron en las mantas y pronto estaban sumidos en un sueño exhausto. Despertaron al amanecer, empapados y entumecidos.

—No llueve, pero podría volver a llover —advirtió Aventino.

—Esa es la historia de nuestra vida —intentó bromear Rómulo.

Bajo los árboles seguían cayendo grandes gotas, con un ritmo exasperante. Sopesaron la hipótesis de esperar a sus perseguidores a los lados del sendero, escondidos en la espesura, pero la desigualdad de fuerzas era excesiva incluso para una emboscada de ese tipo. No les quedaba otra que seguir y esperar un golpe de fortuna o una iluminación.

Dos días después salieron por fin del bosque de Juno Lucina.

—Sin que se nos haya ocurrido la más mínima idea —apuntó el capitán.

—Pero libres y vivos —se alegró Rómulo.

Habían recorrido aproximadamente un par de millas de llanura cuando, al volverse por enésima vez, vieron a los albeses salir de la barrera verde, como escarabajos al levantar una piedra.

—Nadie conoce estos parajes mejor que tú, pero aquellos parecen conocerlos igual de bien, y para nosotros el empate equivale a la derrota. No lograremos quitárnoslos de encima y hemos acabado las provisiones.

Rómulo se puso a dar patadas a la hierba.

—¿Por qué me informas de detalles que ya conozco? Si quieres ser útil dime algo que no sepa.

—¿Alguna vez te han clavado una espada en la barriga?

—No.

—Te informo de que no es agradable —le dijo Aventino, levantando la túnica para mostrar una vieja cicatriz.

—Quizá habría sido mejor rezarle a Juno en el bosque de Juno —dijo Rómulo.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—¿Qué quieres hacer ahora, capitán? ¿Esperarlos y morir combatiendo?

—No tengo prisa por morir, solo te invito a razonar.

—Es lo único que llevo haciendo desde que caímos en la emboscada de Aguafría.

—Me parece que ha sido inútil.

—Como inútil es engañarse. Tenemos que renunciar, al menos de momento, a nuestro plan, y abandonar el territorio de Siete Colinas, que está claramente en manos de los albeses. Están detrás de nosotros, pero también delante e incluso a nuestro alrededor. Si ni siquiera somos capaces de cuidar de nosotros mismos, figurémonos de reunir a los desperdigados. Es mejor que el pastor ciego se cure la vista antes de buscar a las ovejas.

—¿Y cómo piensas hacerlo, buscando a un taumaturgo?

—No, me basta un rey.

Aventino se agachó para quitarle una espina de la pezuña a Janto.

—¿Un rey?

—Sé que estás escuchándome, no hace falta que repitas cada palabra que digo —dijo Rómulo, sonriendo con el recuerdo. Luego, poniéndose serio—: Vamos a tomar el sendero hacia el paso del Braco y huir hacia el país de los sabinos, donde estaremos seguros. Podemos llegar a Cures en tres días de marcha desde aquí. Tito Tacio nos dará consejo.

—Y Hersilia una cama —se vengó Aventino.

—Agacha la cabeza la próxima vez que pronuncies el nombre de mi amada.

—No te preocupes, que ya se encargará ella de hacer que la agaches.

—Me parece que ya lo intentó.

—No te hagas ilusiones, las mujeres son capaces de perder cien batallas, con tal de ganar la guerra.

Después de haber calculado por enésima vez la distancia de sus perseguidores, Rómulo se apresuró en alcanzar al compañero y al mulo. Una hora más tarde, giraron por un sendero de tierra batida que ascendía hacia el paso del Braco. Pasaron luego bajo un bosque sombrío de arces y hayas; más arriba, el bosque se aclaraba entre los prados floridos tras el aguacero de la noche anterior. A medida que seguían ascendiendo, la vegetación se aridecía, dejando paso a matojos desperdigados, asediados por las rocas y la grava.

Bajo el sol de primera hora de la tarde el sendero se convirtió en una escarpada línea grisácea. De repente, Janto se plantó sobre las patas anteriores y levantó el hocico para olfatear el aire, con las orejas enardecidas. Rómulo se giró instintivamente, pero Aventino mantuvo la mirada clavada en la falda de la montaña, donde le pareció distinguir un desprendimiento imperceptible.

—Está bajando alguien —supuso el capitán, soltando la espada del cinturón.

—Nos pillarán en medio.

—A lo mejor son tus amigas las amazonas que vienen a salvarnos —dijo Aventino.

Tres hombres cubiertos de polvo aparecieron por la curva del sendero que descendía del paso y se quedaron inmóviles por la sorpresa. Empuñaban cortas espadas militares. Uno de los tres vestía una capa rasgada de color rojo.

—O es un quirita o ha matado a un quirita —dijo Aventino.

—Vamos a preguntárselo —propuso Rómulo, adelantándose.

Cuando estaban a apenas treinta pasos de distancia, cercanos ya al encuentro, uno de los desconocidos lanzó un grito de reconocimiento; luego dejó caer el arma, corrió al encuentro de Aventino y lo abrazó.

—Capitán, soy yo, Quinto Dentato.

—Dentato, casi no te reconocía. ¿Qué ha sido de las chuletas que llevabas encima? —le preguntó Aventino, estrujándole las caderas enjutas.

—El hambre me las ha arrancado a bocados. No he comido como Dios manda desde la caída de Siete Colinas.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó el capitán.

Durante un instante los cinco hombres se quedaron mirándose perplejos, luego se echaron a reír, y quien lo hacía con más fuerza era Aventino. Solo Rómulo sacudía la cabeza con una expresión resignada, pero al final también él sonrió. —Aunque su madre estuviese muerta, su hermano y su padre prisioneros de un tirano sanguinario, su ciudad destruida, sus compañeros desperdigados, y una patrulla de albeses les persiguiese sin tregua desde hacía días y estuviese a pocas horas de marcha—. «Incluso en la oscuridad más absoluta los ojos de los hombres captan un resplandor. El origen de esa razón es el ámbito de mi búsqueda», se dijo.

Dentato presentó a los connilitones de Siete Colinas, Horacio y Curio, y relató cómo habían conseguido ponerse a salvo después de la toma de la ciudad a manos de los albeses, cómo habían vagado durante semanas buscando reunirse con los otros dispersados, pero sin éxito.

—En cambio, por lo que he oído, los pastores que han sobrevivido han logrado reunirse al otro lado de las Ciénagas Venenosas, en Castelrotto.

—Ese lugar está infestado por los espíritus, hace siglos que nadie ha ido ahí. ¿Se han vuelto locos? —les preguntó Rómulo.

—Tienes más razón de la que crees —le confirmó Dentato—. Los dirige un viejo loco, un profeta que afirma estar guiado por un demonio antiguo y temible. Se dice que los muertos caminen con él, y que los árboles se inclinen a su paso. Al parecer quiere reconquistar Siete Colinas.

—Quiere conquistar el Hades —sentenció Aventino, mirando hacia atrás—. El mismo sitio en el que dormiremos esta noche si no nos movemos.

—¿Y no te gustaría? —le dijo Curio.

El rostro de Aventino se ensombreció inesperadamente.

—No, chico. No me gusta ese sitio.

Rómulo señaló la montaña.

—Tenemos que llegar al paso del Branco antes de la puesta de sol, en marcha.

Dentato lo agarró del brazo y sacudió la cabeza.

—Por ahí también se va al Hades. El paso está ocupado por una guarnición de albeses. Estamos bajando de ahí, era nuestro último tentativo por ponernos a salvo, pero ha sido en vano. Las tropas de Amulio vigilan todos los pasos orientales de aquí a Alba. Estamos atrapados.

—Ese perro de Amulio es más astuto que un zorro —explotó Rómulo.

Curio indicó la mancha que ascendía desde abajo, como una nube cargada de lluvia y empujada por un viento obstinado.

—Ya llegan.

—Vamos a afrontarlos y a acabar con esto —propuso Dentato, con el tono de quien espera, más que una victoria, una derrota rápida y la muerte, que supondría una liberación.

Rómulo observó los rostros mugrientos y desmoralizados de todos sus compañeros: no estaban en condiciones de soportar un combate. Más que el cansancio y el hambre, pesaba el abatimiento por haber perdido por un pelo el carro de la esperanza; agraciados primero, condenados después.

—Volvemos a Siete Colinas —ordenó el hijo de Fáustulo, para luego tocar el hocico de Janto—. Encuentra un sendero seguro a medio camino —le dijo, empujándolo por la ladera de la montaña, en la dirección opuesta a la que se habían dirigido hasta ese momento.

Los otros lo miraron atónitos. Aventino fue el primero en moverse y llamó a los compañeros con un gesto de la mano imperativo.

—Adelante, soldados. En mi tierra se dice que la muerte corre despacio para que la alcancemos, pero nosotros encontraremos la manera de darle esquinazo.

Dentato corrió para alcanzar a Rómulo. Lo cogió del hombro y le señaló a los perseguidores, que ascendían por el sendero.

—Espera. Dentro de un momento pasarán por detrás de aquellas rocas y durante al menos un cuarto de hora, el tiempo que tarden en rodearlas, no podrán vernos. Cuando estemos fuera de su vista, atajaremos por el flanco de la montaña, como propones. Si tenemos un par de minutos de paciencia, ganaremos media hora de ventaja.

—Este chico me gusta —comentó Rómulo, frenando a Janto.

—Normal, lo he adiestrado yo —rebató Aventino.

La única victoria posible era la huida. En los días siguientes caminaron a marchas forzadas, concediéndose solo un puñado de horas de sueño en los momentos más oscuros de la noche.

La primera mañana se toparon con una cabra solitaria que tascaba un manto de hierba extendido entre dos pedregales. Se habría salvado milagrosamente del saqueo de una granja, pero su fortuna acabó en aquel mismo momento. La agarraron y, mientras Aventino la sacrificaba, Dentato ya preparaba el fuego.

Al amanecer del tercer día compartieron el último trozo de cabra frío, dieron de beber a Janto y se miraron a los ojos.

—Ya no tenemos ni comida ni fuerzas, tenemos que enfrentarnos a ellos —dijo Dentato.

—Tarde o temprano encontraremos otra cabra o una granja que se ha librado de la rapiña —respondió Aventino.

—Tarde o temprano podría ser demasiado tarde —insistió Dentato.

—Rómulo conoce cada palmo de estos páramos —dijo el capitán, guiñándole el ojo al joven de Roble Quebrado—. Hemos ganado otras dos horas de ventaja, podemos despistarlos. Siempre es mejor una buena huida que una pésima resistencia.

—No podemos —estalló Curio—. Estamos exhaustos, ya no puedo ni andar, y cada vez que me doy la vuelta veo reaparecer a esos soldados de mierda, con sus asquerosos mantos negros de buitre. No nos dejarán en paz nunca. Vamos a matar al asno y a comer. Luego ya veremos.

—El asno es un mulo, y no morirá antes que yo —dijo Rómulo. Erguido sobre una roca, calculaba la distancia de la pequeña nube de polvo que avanzaba desde abajo—. En un par de horas llegaremos a la Colina Coronada, allí sabremos qué será de nosotros.

—O qué no será —dijo Horacio encogiéndose de hombros. Era un hombre enjuto, de ojos tímidos; casi siempre estaba callado, y cuando abría la boca se limitaba a criticar las frases de los otros.

Rómulo se equivocó en su previsión. Llegaron a las faldas de la colina casi cuatro horas más tarde, perseguidos a una sola milla de distancia por la compañía albesa.

En el último tramo Aventino se había visto obligado a cargar con Curio, que se había dislocado un tobillo y ahora lloraba, maldiciendo la mala suerte de haberse salvado solo para acabar muriendo exangüe e inútil.

—No te preocupes, que todavía tienes dos manos y una espada, y un hombre con dos manos y una espada es un hombre lleno de vida —le animaba el capitán.

Rómulo corría de un lado a otro de la pequeña fila, haciendo girar la espada y espoleando a los compañeros sin cesar.

—¡Ánimo, amigos! Un último esfuerzo y estaremos a salvo.

Al acercarse al círculo de estacas se adelantó en una carrera, incapaz de aguantar más. Estaba tan concentrado intentando ver que no escuchó las notas que cosquilleaban el aire inmóvil de la tarde. Entró en el tugurio y palideció: sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas, pero cuando ya no veía nada se percató de la música. Salió, rodeó la chabola y casi se tropezó con el banco donde el enorme Hércules pellizcaba su lira de diez cuerdas.

El gigante se pasó un dedo bajo el ala del sombrero, de un lado a otro, y lo levantó, desenvainando una sonrisa feroz.

—¿Buscas un amigo?

—Te he traído treinta enemigos.

Hércules apoyó con delicadeza el instrumento sobre el banco, se quitó el sombrero, se puso la piel de león y se la ató bajo la barbilla, de forma que la enorme boca dentada rodease su cabeza como si de un yelmo se tratase. Luego se levantó, el tugurio y los árboles se volvieron más bajos de repente.

Estaba probando la maza cuando los otros fugitivos llegaron junto a ellos. Aventino ayudó a Curio a sentarse en el banco. Dentato y Horacio se detuvieron a varios pasos de distancia. Nadie sabía qué decir.

—Sí, necesitáis, y mucho, un amigo como yo —valoró Hércules—. ¿Quién de vosotros sabe disparar con el arco?

—A los cuatro años ya le daba a las manzanas de los árboles —respondió Aventino.

—Las manzanas tienen la buena costumbre de no moverse; en cualquier caso, apoyados en aquel árbol hay dos arcos y dos carcajes —dijo Hércules, señalándole la robinia que crecía a quince pasos del tugurio, donde la cima caía hacia el sur.

Aventino, a su vez, se la señaló a Dentato, que sacudió la cabeza para volver en sí después de la sorpresa y fue a cogerlos en una carrera. El capitán alargó solícito la mano hacia el arco más grande, similar a una saeta de plata, y lo manoseó con un gesto de admiración.

—Ese arco no es para ti —le dijo Hércules.

Sin embargo, Aventino ya estaba intentando tensarlo, con las venas del cuello hinchadas. Se esforzó largo rato pero fue en vano.

—El tendón de este arco proviene del toro celestial de Zeus. Ningún hombre puede tensarlo —explicó tranquilamente el gigante. Luego se lo quitó de las manos, inspiró profundamente y lo tensó—. Aquel mata igual —dijo, indicando con la barbilla el otro arco.

—Tenemos que organizarnos. Estarán aquí de un momento a otro —advirtió Rómulo. Luego se encaramó a un árbol para escrutar el sendero por el que habían llegado.

—Baja de ahí —le dijo Aventino—. No esperan que los ataquemos; no hemos hecho otra cosa más que huir desde hace diez días. No desperdiciemos la ventaja de la sorpresa. Yo me apostaré tras el árbol y nuestro toro celestial detrás del tugurio. Vosotros os quedaréis escondidos hasta que los supervivientes lleguen aquí arriba. Esperemos poder matar al mayor número posible antes del cuerpo a cuerpo.

—Veinte: diez flechas para cada uno —calculó Hércules.

—Los contaremos al final —dijo Aventino.

—Si tú no llegas al final, contaré yo por ti. —Lo tranquilizó Hércules, antes de irse a su puesto, tras la esquina del tugurio. Clavó en la hierba las flechas, separadas varias pulgadas entre ellas, luego hincó una rodilla en el suelo y embrazó el arco.

Los otros se acurrucaron en la parte trasera del tugurio, junto a la pila.

—Nosotros tres atacaremos a la señal de Aventino, tú cúbrenos las espaldas —le susurró Rómulo a Curio, que asintió, mostrando la espada bien aferrada. Rómulo le guiñó el ojo, antes de asomarse por una esquina de la casucha.

Los albeses aún no estaban a la vista cuando un silbido atravesó el silencio que cubría la Colina Coronada. El ruido estalló en un grito de dolor, pero entretanto la segunda flecha de Hércules ya estaba en el aire y otro albés, el primero en aparecer por el horizonte, cayó con la garganta atravesada.

Solo cuando la tercera flecha del gigante golpeó al enemigo, Aventino logró herir por fin a un albés en el muslo y el hombre rodó en una maraña de gritos e imprecaciones.

Hércules tuvo tiempo de matar a otros dos antes de que los supervivientes se tirasen al suelo a la

desesperada, buscando reparo, arrastrándose como insectos por la ladera de la colina.

Una flecha de Aventino se perdió por la pendiente, a lo que siguieron unos instantes de calma, en los que resonaron las órdenes rabiosas del centurión albés que, protegido tras una roca, incitaba a los suyos a avanzar. El más diligente le obedeció y al instante se encontró una flecha en el pecho.

Hércules se lanzó hacia adelante con una voltereta, cargó el arco a la velocidad de la luz y lanzó otras dos flechas en rápida sucesión; ambas dieron en el blanco. Los hombres de Amulio se dieron cuenta de que no tenían protección sobre el flanco descubierto de la colina y se lanzaron al ataque. Rómulo abandonó el refugio seguido de Dentato y Horacio, que rezaba en voz baja. Aventino lanzó las últimas flechas y alcanzó a un albés en el gemelo, luego corrió para alcanzar al hijo de Fáustulo.

Hércules elevó hacia el cielo el grito de batalla junto a la maza, que oscureció el sol antes de caer como un castigo celestial contra dos Mantos Negros, que apenas si pudieron levantar los brazos para protegerse. La maza trituró bronce y huesos con un estruendo horrible.

Rómulo se situó a espaldas del gigante y con estocadas precisas y fulmíneas sorprendió a los enemigos, que zumbaban alrededor de Hércules, como perros luchando contra un león indomable.

Llegó un momento en el que todo se quedó inmóvil, excepción hecha de un albés que corría pendiente abajo, pero era tan lento bajando por una ladera carente de lugares donde resguardarse que parecía un caracol salido de la seguridad de la concha después de un temporal. Hércules, con calma, empuñó el arco, cargó la última flecha, apuntó y disparó. El fugitivo se desplomó sin un quejido.

Rómulo observó aquella desolación. Aventino, herido en un brazo, estaba agachado sobre Horacio. El soldado silencioso tenía las vísceras entre los dedos, con el rostro congestionado por el terror, y farfullaba que no quería morir, que no quería morir por nada del mundo. El capitán lo tranquilizaba diciéndole que no iba a morir, que solo tenía que calmarse. El hombre se calmó y murió.

Detrás del tugurio encontraron a Curio tumbado en un charco de sangre entre dos enemigos muertos.

—Nos has guardado las espaldas —dijo Aventino con orgullo, antes de cerrarle los ojos—. Misión cumplida, soldado.

Rómulo vagó entre los heridos, los muertos y los moribundos, y al fin dio con el hombre que buscaba. El centurión albés agonizaba, agarrado a la flecha que le perforaba el costado.

El quirita se acuclilló junto a él y cubrió el puño de una mano con la palma de la otra.

—En la guerra podemos permitirnos ser sinceros. La tuya es una herida del peor tipo: mortal. Lo sabemos los dos, pero yo también sé que podrías vivir todavía unas doce horas.

—Si quieres regalarme una muerte rápida, puedes quedarte con tu regalo —dijo el centurión, con los últimos restos de arrogancia, tras una vida pasada recibiendo órdenes por el placer de poder impartirlas a su vez. Tenía la nariz torcida por culpa de una vieja fractura, pequeños ojos negros y una expresión dura, a pesar del dolor.

—No me has entendido: en tu caso, vivir es sufrir. Doce horas, en nuestras manos, pueden convertirse en una experiencia infinitamente dolorosa. —En aquel momento Hércules apareció a espaldas del joven. La sombra gigantesca envistió al herido.

—¿Ves a este hombre? —preguntó Rómulo, tocándose los ojos con la punta de los dedos medio e índice—. Lo he visto desollar a un hombre con mis propios ojos, empezando por la punta de los dedos, y al final ese amasijo sanguinolento y vivo, toma nota, vivo, miraba con unos ojos sin cejas su propia piel clavada a la pared. Hay cosas que es mejor no ver, ni siquiera el día de nuestra propia muerte.

El centurión tragó saliva, con los ojos convertidos en las cabezas brillantes de dos alfileres.

—Responderé.

—¿Cómo te llamas?

—Aurelio Cotta.

—Escúchame, Aurelio Cotta: ¿por qué me perseguías?

—Mi manípulo, como los otros, tenía la misión de capturar a los quiritas supervivientes para llevarlos prisioneros a Alba, pero luego nos llegó la orden de parte del gran rey Amulio de que dedicásemos todos nuestros esfuerzos a localizar y matar a un peligroso traidor de nombre Rómulo.

—¿Fue Céler quien te guio hasta Aguafría? —preguntó Rómulo, mordiéndose el labio.

—Era lo que habría tenido que hacer. Cuando el joven abandonó Alba, el gran rey dispuso que un par de soldados lo siguiesen, pero consiguió, de algún modo, despistarlos; o a lo mejor aquellos dos soldados se detuvieron en una taberna a desmadrarse. Perdido el anzuelo, creíamos haber perdido también el pez.

Rómulo lo agarró de la túnica.

—¿Quieres hacerme creer que me has descubierto por un golpe de suerte?

—Por un chivatazo: un desconocido se presentó una noche en el campamento. Unos instantes antes estaba solo en mi tienda y de repente apareció este individuo enorme, con una capucha calada sobre la cabeza, mirándome fijamente con unos ojos crueles y azules como el hielo. «Tú buscas a Rómulo —me dijo—. Lo encontrarás en el canal de Aguafría». Llamé a mis hombres de un grito, pero el tipo salió tranquilamente y desapareció. Los hombres que montaban guardia en la puerta juraron y perjuraron que no habían visto pasar a nadie, así como los centinelas externos. Comprendí que había tenido un sueño, y hay que tenerle fe a los sueños. Así pues, hice lo que me había aconsejado el desconocido y tomé posiciones en aquel bosque para esperarte. La visión fue de palabra pero, como ves, los hombres cuyos sueños no se hacen realidad son más afortunados.

Rómulo lo soltó.

—¿Quieres morir ahora?

El hombre negó con la cabeza, tragando saliva a duras penas, con la mirada de quien no quiere morir ni ahora ni nunca. Rómulo se alejó, seguido de Hércules.

—¿Pero en la guerra no había que ser sinceros? —le preguntó el gigante.

—Tú tienes cara de ser capaz de despellejar a un hombre.

—Solo soy un músico.

—Un músico que toca una sola nota para los hombres a los que se enfrenta: la última.

—Quizá un día te cuente de Apolo y Marsias.

—¿Amigos tuyos?

—Parientes.

Aventino y Dentato amontonaban leña para la pira funeraria. Hércules sacó un paño de piel para sacar lustre a la maza. Rómulo cogió una piedra y la manoseó.

—Me pregunto por qué Amulio me quiere muerto.

—A lo mejor es para hacerte más guapo —le gritó Aventino mientras soplaba las llamas, que relampagueaban entre las ramas amontonadas.

—Lleva cuidado, no te vayas a quemar la barba —le dijo Rómulo, devolviéndole el golpe, pero ninguna de las dos bromas consiguió encender una chispa de buen humor, ni exorcizar la muerte de los dos compañeros.

Cuando el fuego se avivó, Dentato colocó los cuerpos de Horacio y Curio en la pira. El capitán recitó la fórmula de buen augurio para el viaje hacia el Averno.

—Espero que os parezca más agradable de lo que me pareció a mí —murmuró al final, y las palabras se perdieron entre las columnas de humo.

—¿Qué hacemos con los otros? —preguntó Dentato.

—Se los ofrecemos a los lobos —respondió Rómulo, acariciando a Janto—. Por lo que parece, Amulio quiere mi cabeza a toda costa. No seremos capaces de resistir otro ataque. Tenemos que ir a Castelrotto, unirnos a los pastores y convencer al viejo loco que los guía para que nos sigan. Después iremos en busca de los quiritas desperdigados.

—Vamos a tomarnos esta noche de descanso y mañana por la mañana nos pondremos en marcha —propuso Aventino.

—Esta noche descansarán ellos —dijo Rómulo, indicando a los caídos que salpicaban la colina.

—Al menos tendremos que comer —protestó Dentato, mirando primero a uno y luego al otro, buscando apoyo.

—Recupera las flechas y yo te recupero la cena —le prometió Aventino, que al rato añadió, en voz baja—: Lo de descansar lo decía por vosotros. Yo podría caminar dos días más.

Hércules se echó la piel de león a un hombro y el arco al otro, se caló el sombrero sobre la cabeza, ató la lira a la alforja, empuñó la maza y chasqueó los labios. Él estaba listo, ¿a qué esperaban?

Rómulo lo observó, procurando no dejar traslucir la sensación de alivio: había deseado con todas sus fuerzas que el gigante se sumase al grupo.

—¿No me preguntas dónde voy?

Hércules se pasó el dedo por el ala del sombrero.

—¿Por qué tendría que preguntarte a ti algo que yo sé?

—Imagino que conoces al menos un poco estos pagos, habida cuenta de que ya has estado aquí —dijo Rómulo, guiñándole un ojo.

—Imaginas bien.

—Entonces conduce a mis compañeros hasta la Piedra del Pastor, en el límite con las Ciénagas Venenosas. Yo os alcanzaré allí.

—¿Qué te queda por hacer aquí? —le preguntó el gigante, señalando la cima de la Colina Coronada, como si para él hubiese dejado de existir.

Rómulo observó el tugurio sobre el que danzaban las sombras del fuego, mientras el hedor de la muerte que flotaba en el aire se hacía cada vez más acre; luego dejó que la mirada descendiese hasta la roca contra la que yacía el centurión de los albeses. Aurelio Cotta, con los dedos embadurnados de sangre apretados contra la herida y la respiración flébil, tenía sus ojos lúcidos clavados obsesivamente en su dirección.

Al fin Rómulo levantó los brazos frente a su cara y los giró con una flema absorta.

—Quiero ver si estas son manos de rey.

Remo se despertó un instante antes de que el mastín le mordiese la garganta. Sudado y jadeante, apartó la manta a la que se había aferrado y se incorporó en la cama. Cuando abrió los ojos, la visión de aquella boca plagada de colmillos amarillos y bañados de baba se difuminó.

Sin embargo, la voz desconocida seguía resonando en sus oídos. En el sueño la había oído con claridad, pero, ¿y en la basílica? La pesadilla y la realidad se habían mezclado en su mente turbada, el límite era lábil y la memoria estaba extraviada. Una voz acostumbrada a dar órdenes había llamado al mastín, la voz de un hombre demasiado humano o quizá demasiado poco, peligrosamente parecida a la suya.

Se golpeó las sienes con las palmas de las manos para silenciar los pensamientos y apoyó los pies en el suelo, buscando en la caricia fresca de la cerámica alivio y un punto de contacto con la realidad. La tregua fue un espejismo.

Aferró la túnica y, aún desnudo, salió de la habitación que el rey le había reservado en el ala privada del palacio. El pasillo estaba iluminado por una hilera de antorchas que estaban tan cerca de apagarse como el sol de surgir, algo que jamás había esperado con tanto anhelo. Si los Setenta y Dos no se encontraban allí, aquello significaba que Amulio no estaba en sus aposentos, al otro lado de la espesa puerta de roble con gemas incrustadas.

Remo se asomó por una de las ventanas arqueadas que se abrían a intervalos regulares a lo largo de la pared exterior. El extremo del Pico Dorado, esculpido por el viento, se alargaba hacia el vacío como el casco de un barco. Abajo, en la ciudad, aún no había luces, y arriba, en el cielo, ya no había estrellas.

Recorrió todo el pasillo, cruzó la sala anular y se puso la túnica mientras bajaba las escaleras de mármol, cóncavas en el centro, que conducían al atrio principal.

El guardián de las llaves estaba sentado en un sofá de mimbre en el centro de la sala. Levantó los ojos enrojecidos de los papiros que estaba leyendo a la luz de una vela.

—Tienes aspecto de haber dormido poco —le dijo.

—Tú tienes aspecto de no haber dormido para nada.

—Yo, dentro de no mucho, dormiré para siempre.

—Busco al rey —dijo Remo, sin andarse con rodeos.

—La última vez que hablamos cara a cara buscabas la muerte. ¿Acaso quieres decirme que al final tenía razón yo?

—Y si tuvieses razón, ¿qué harías con ella?

Turno enrolló los papiros, apoyó el rollo sobre una mesita y estiró la espalda con una mueca.

—La juventud es algo hermoso, es una pena tener que malgastarla en los chiquillos —murmuró para sí.

—¿Qué dices?

—¿Qué te corroe, joven?

—Me corroe —dijo Remo con el tono de quién se pregunta si no es bastante—. No hace otra cosa, durante todo el tiempo, día y noche, es igual. Me corroe, me corroe por completo y me pregunto qué quedará al final.

—¿Qué queda, eso te preguntas? Mi familia lleva preguntádoselo trescientos años.

—¿Qué quieres decir?

—Latinos y rútuos, después de haber guereado largo tiempo por el control de estos territorios, establecieron una alianza: Turno, señor de los rútuos, se casaría con Lavinia, hija de Latino, y los dos pueblos se fundirían en uno solo y fundarían una nueva capital del reino.

—Pero la estatua de ese tal Turno no está junto a la de Latino en la basílica.

—Efectivamente. Poco antes de la boda llegó aquí Eneas, con su ejército de exiliados troyanos. Obtuvo asilo, pero pidió la mano de Lavinia. Entonces Turno desencadenó la guerra, la perdió y murió en duelo. Al final, fue Eneas quien se casó con Lavinia y fundó Alba junto a Latino.

—No veo qué tiene esto que ver contigo.

—Soy descendiente de Turno.

—Y llevas las llaves en lugar de la corona.

—Eso es lo que queda.

—Entiendo.

—Pero sigamos con los asuntos de sangre. Tu hermano, el afamado Rómulo del que tanto he oído hablar, ¿es más grande que tú? —le preguntó el guardián.

—Mi hermano es mi gemelo.

Turno, sentado en el sofá, se echó hacia adelante. Tenía el ojo izquierdo entrecerrado y la ceja derecha levantada.

—¿Gemelo? No tengo noticia de partos gemelares desde hace muchos, muchos años. ¿Cuántos? ¿Cuántos años tenéis? ¿Veintidós, veintitrés? —Remo salió de la sombra de la arcada. El ojo violeta capturaba el tremor de las velas.

—Cumplimos diecisiete el día de la fiesta de Pales.

Turno tuvo que agarrarse al brazo revestido de piel para no caerse.

—Cuidado, viejo —le dijo el joven, tendiéndole la mano.

El guardián la miró como si fuera una serpiente venenosa. Respiraba a grandes bocanadas, incapaz de ordenar las palabras que se le escurrían entre los labios. Cuando al fin pareció conseguirlo, los pasos tumultuosos de los Setenta y Dos irrumpieron en la plaza que había frente al palacio.

—El rey —anunció Remo, como si bastase aquella palabra para explicar cualquier cosa, y se movió para ir a su encuentro, con los pensamientos ladrando como perros al regreso del dueño.

Amulio entró a gran velocidad y el aire movió las pesadas cortinas que colgaban tras las cristaleras. La capa volaba, pero los cristales estaban ciegos en la oscuridad. Las cejas del rey eran látigos, los ojos esferas clavadas. Levantó una mano para detener al joven.

—Quieres hablarme, lo veo, pero este no es el momento ni el lugar. Sígueme, y en silencio.

Remo se sumó a la columna estridente y volvió sobre sus pasos hasta llegar a la sala anular. En lugar de girar a la derecha, hacia los aposentos reales, entraron por la puerta de la izquierda, bajaron una rampa y recorrieron un pasillo interminable, adornado con escudos, hasta llegar a las termas. Las figuras demoníacas se situaron alrededor de la entrada.

Remo fue el único en entrar con Amulio, que se desnudó con frenesí, invitándolo a hacer lo propio. El joven se quedó maravillado del físico seco y musculoso del rey, un bloque de mármol tallado a más de un metro noventa de altura.

Amulio se dirigió a la gran bañera donde el agua sulfúrea bullía, bajó solo dos de los cinco peldaños y se zambulló. Emergió cinco metros más adelante, nadó hasta la pared opuesta y se sentó en el banco de roca escondido bajo la superficie, dejando fuera solo los brazos extendidos sobre el pasamanos, y la cabeza reclinada hacia atrás.

Remo probó el agua con la punta de los pies. Esperó unos minutos con las piernas a remojo, luego se deslizó dentro de la piscina y se estiró en la posición del muerto. Se dejó mecer por las olas,

disfrutando de la sensación ilusoria de ir a la deriva. Durante al menos media hora ninguno de los dos dijo nada. El único ruido era el suave chapoteo de las aguas que rodeaban sus cuerpos reblandecidos y surcados por grandes gotas de sudor.

—Una voz llamó al mastín —dijo al fin Remo, y fue como si hubiese hablado una tercera presencia.

El rey, que seguía inmóvil en la misma posición, con los ojos cerrados, no respondió. Remo ya estaba convencido de que no lo haría cuando, bastantes minutos más tarde, la misma voz que había escuchado en el sueño e imaginado en la basílica interrumpió el silencio.

—No una voz, sino mi voz.

Amulio se levantó, echó hacia atrás la gran melena, que salpicó miles de gotas brillantes, y salió de la piscina formando una cascada. Después de accionar un mecanismo, se enjuagó bajo el chorro de agua fresca que llovía de una apertura en el techo. Luego se dirigió hacia el *calidarium*, dejando una estela de huellas en las baldosas de cerámica.

Remo lo alcanzó y se dejó caer con cansancio a su lado, en el banco de fresno.

—Tú hablas con los animales.

—La tuya es una confesión —replicó Amulio.

Remo apoyó la cabeza contra la pared de tablas.

—Tú hablas con los animales —repitió al rato, casi como si no le entrase en la cabeza.

—Yo sé hablar con los animales, pero eso no significa que lo haga habitualmente.

—¿Sabías que yo también soy capaz? —preguntó el joven.

—Lo supe, aquel día en la basílica.

—Y, aun así, no me mataste.

—Y, aun así, no te maté.

—Estaba convencido de que lo habrías hecho, de haber siquiera sospechado que era capaz de comunicarme con los animales.

—¿Mentiste para salvar tu vida?

—Mentí para saber.

—Ahora también sabes por qué estás vivo. El deseo de conocer te salvó, amén de la prudencia. Hay cosas que es mejor mantener en secreto, y tú lo has entendido.

—Necesito saber. Me refiero a esta capacidad nuestra.

Amulio se masajeó las rodillas.

—Es solo un instrumento, como tantos otros. Los hombres hacen a los reyes, es de los hombres de quien tenemos que ocuparnos.

—¿Cuándo descubriste que poseías esta facultad? —insistió Remo.

—De pequeño, cuando se descubren todas las cosas y el mundo es un bosque lleno de hadas, el viento la voz de los dioses y las estrellas los ojos del cielo. Al principio fue divertido, pero el día que ordené a nuestro perro saltar por la ventana mi hermano Numitor, casi veinte años mayor que yo, me mandó azotar, y me ordenó que no volviese a utilizar mi misteriosa habilidad. Yo, sin embargo, estaba convencido de que Argos podía volar. Mi hermano no lo entendía, no podía entenderlo. Aquella fue la última vez.

—¿Que usaste el poder?

—Que cumplí una orden.

—Así que, a veces...

—Así que a veces interrogo a los pájaros, les pregunto dónde se encuentran mis enemigos y dónde van.

—¿Y dónde está yendo mi hermano?

—Hacia mi trampa. —Le relevó el rey a quemarropa. Luego le apoyó una mano en el muslo, ignorando el sudor—. Le perdonaría la vida, créeme, si fuese un bien para ti, pero no lo es. Fíate de mi raciocinio. Deja que Rómulo viva en tu memoria, allá donde puede permanecer como tú lo quieres, pues tú amas la idea que te has hecho de él, no lo que realmente es. Tu vida depende de su muerte. Un día lo entenderás.

—Creo intuir lo que quieres decir.

El rey asintió.

—¿Cómo procede tu adiestramiento? Los profesores están muy satisfechos. Me informan a diario. Aprovecha todo lo que puedas, absorbe su néctar. Dentro de un mes, dos a lo sumo, tomarás posesión en Siete Colinas.

—La historia y el adiestramiento militar son bastante dulces, pero la escritura y las cuentas son como la hiel.

—La hiel fortalece la boca y te prepara para degustar la miel —sentenció el rey, levantándose en toda su imponencia, con los cabellos largos hasta las nalgas de bronce. Su mirada se enterneció inesperadamente mientras aferraba el hombro del joven—: Yo no tengo hijos varones —aumentó la presión de los dedos, hasta que no estuvo convencido de haber sido comprendido; luego asintió una última vez con solemnidad, y se marchó.

Remo se quedó largo rato mirando las gotas que resplandecían sobre la superficie de madera bajo sus pies, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas detrás de la nuca, preguntándose si había perdido o ganado un hermano.

Cuando por fin salió de las termas, el mediodía había pasado hacía un buen rato. Se había perdido las clases de ingeniería y de geometría, pero todavía estaba a tiempo para la sesión de esgrima. Pasó por las cocinas donde, sin sentarse, devoró una olla de estofado, charlando con las cocineras, a las que les parecía simpático, con esos ojos graciosos y sus modales torpes y amables. Después de zamparse un par de dulces deprisa y corriendo, y dar otro par de besos a cada una de las mejillas rollizas, se fue volando al patio de la armería real.

El maestro espadachín lo esperaba, golpeando el bastón contra la palma de la mano.

—¿Has llegado tarde para ponerme nervioso y poder por fin golpearme por primera vez?

Remo se percató de que Turno lo estaba observando desde uno de los balcones que daban al patio. Lo saludó con un gesto de la cabeza, y luego se dirigió al maestro con una expresión de profundo desaliento, preguntándose en qué preciso momento se había convertido en un ladrillo del palacio que había venido a destruir.

—Podría pedirle a tu bastón que te golpee por mi cuenta, pero he comprendido que para vivir tranquilo hay que seguir vuestras reglas, así que lo haré, para no disgustar a nadie y guardar las apariencias.

—Sí, claro —asintió Silvano, alisándose la perilla antes de lanzarse hacia él.

Remo vislumbró una esquirla de luz arder en el aire, luego advirtió un dolor agudo en el diafragma y cayó de rodillas. Ni siquiera tuvo tiempo de tomar aire antes de recibir un primer golpe en un hombro y un segundo en el otro. Volvió a ponerse en pie, pero un bastonazo detrás de la rodilla lo devolvió al suelo. Intentó acompasar la respiración para aliviar la rabia creciente, pero Silvano lo castigó con un mandoble en los dientes.

El joven gritó de dolor y escupió, pero al ver la sangre en la arena dejó que la oleada lo arrastrase. Sintió el mundo entero sobre la superficie de su piel. El aire era suyo, suyas eran la tierra y la madera. Temblaba por la intensidad. Irrumpió en el bastón del adversario.

El palo vibró como si estuviese poseído antes de golpear al maestro en el rostro en repetidas ocasiones, hasta que la sangre brotó de la nariz rota y tiñó el bigote. Silvano acabó cayendo al suelo, y se quedó mirándose las manos, aturdido, sintiendo vacilar su sensación de realidad.

Remo, aún presa del temblor, se marchó a trompicones sin mediar palabra, por la prisa de alejarse. ¿Qué había hecho? Vio con el rabillo del ojo a Turno bajar corriendo por las escaleras, temió que lo hubiesen descubierto y, con el corazón quebrado por el miedo, aceleró el paso; ahora corría.

—Hijo, tenemos que hablar —le gritó con una voz contenida el guardián, como si fuese importante que no los escuchase nadie, pero aún más importante que Remo lo oyese.

—No sé qué ha pasado, Silvano se ha vuelto loco, ha empezado a golpearse a sí mismo. Tú también lo has visto —farfulló Remo, dando media vuelta con las manos levantadas. Turno frunció el ceño.

—¿Silvano? No he visto nada, ¿qué tiene que ver Silvano? Quiero hablarte de otra cosa, no hay tiempo que perder. Hay una duda que me acucia, una duda del tamaño de un reino. —Remo soltó el aire que se le había quedado atrapado en el pecho y fue como salir de la apnea.

—Dame un minuto para que me enjuague —le pidió antes de dirigirse a la fuente. El sudor no era lo único que deseaba quitarse de encima, sino también la sucia sensación de estar manchado de un crimen, de haber echado mano de un poder inconmensurable por un estúpido desquite.

Se quitó la túnica y sintió la mano áspera del sol en su espalda, acompañada por escalofríos de placer. Puso la cabeza debajo del chorro y apenas pudo oír el lamento agudo a sus espaldas. Se frotó el cuello y los hombros, pero cuando apartó la cabeza para tomar aliento distinguió claramente los estertores.

Turno estaba en el suelo, con los ojos y la boca abiertos de par en par. Gemía, intentando hablarle, con toda la parte izquierda del cuerpo inmovilizada.

Remo, como si estuviese hipnotizado, tardó en percatarse de que la mano derecha del guardián estaba tendida hacia él. Se inclinó a su lado, Turno consiguió tocarle el cuello, pero entretanto el patio se había llenado de curiosos.

—Resiste. —Remo lo cogió en brazos, se abrió paso entre la multitud y lo llevó corriendo al médico personal del rey, que vivía dentro del palacio.

Nada más ver al guardián, Furio palideció. El vaso se le cayó al suelo y el vino tinto, color rubí, se desparramó por las baldosas.

—¡Un infarto, por Esculapio! —berreó, tirando al suelo de un manotazo rabioso los objetos que llenaba la mesa, sobre la que mandó tumbar al viejo. Cortó frenéticamente la túnica con unas tijeras y le palpó el pecho.

Turno intentaba apartarlo para hablarle a Remo. Al ver que no obtenía ningún resultado, empezó a tirar de la manga del médico, señalándole al joven y mugiendo histéricamente, con el rostro ardiendo.

—Apártate de aquí o este se muere. O coge un estilo y una tableta, ¿no ves que quiere escribirte algo? ¡Pero date prisa, que este se muere, por Esculapio! —le gritó Furio a Remo, dándole un empujón. Luego se dirigió al guardián—: No te agites, viejo loco. Furio está aquí contigo. No te vas a morir porque si te mueres Furio se muere contigo. No te agites y todo irá bien.

Remo registró como un loco la habitación abarrotada en busca de algo con lo que escribir, levantando, moviendo, arrojando objetos de todo tipo. Por fin encontró un fragmento de tableta de cera y un estilo, que puso en la mano de Turno.

Sin embargo, el guardián, por mucho que se esforzase, no lograba producir más que garabatos sin

sentido. A su lado, el médico trajinaba, preparando una poción con hierbas y raíces, cortando, escardando, triturando, y mientras salmodiaba los nombres de los ingredientes, acompañados de las divinidades que había que invocar o conjurar.

Al final Turno agarró el estilo e indicó el suelo.

—¿Aquí abajo? —le preguntó Remo.

El brazo del guardián se movió más rápido.

—¿Hay algo aquí abajo?

El brazo se agitó con violencia.

—¿Tengo que buscar aquí abajo?

El brazo se desplomó y los ojos, tras un último fulgor, se quedaron en blanco. Entonces Furio clavó sus dedos de hierro en las costillas del joven y lo echó.

Remo fue asaltado por una pequeña muchedumbre de curiosos, militares y sirvientes en su mayoría, que lo acribillaron de preguntas a las que respondió con una expresión muda de desconcierto. El gentío se disolvió en un abrir y cerrar de ojos cuando los pasos de los Setenta y Dos tamborearon sobre el suelo. El rey apareció en medio de un vórtice de destellos que la luz que se filtraba a través del arco encendía sobre la capa. Entró expedito en la sala y no permaneció más de un minuto en ella. Cuando salió, ordenó a Remo que lo siguiese hasta el patio.

Se sentaron en un banco insidiado por enredaderas y glicina. Allí, entre los árboles y los setos, la muerte era, como mucho, una idea remota. Así y con todo, a pocos metros de allí, el segundo hombre más importante del reino estaba expirando.

—¿Cómo está? —preguntó Remo.

—Como un árbol abatido. Le deseo la muerte. Es mejor quemarse que pudrirse.

—¿Así que está vivo?

—¿Está vivo un hombre inmóvil y mudo? ¿Está vivo un pedazo de carne a merced de la putrefacción? La vida de Turno, guardián de las llaves de Alba, acaba hoy. Se va sin hijos, último de la descendencia real de los rútilos. Ahora también cargaré yo con el peso de las llaves hasta que no encuentre un digno sustituto de ese hombre escrupuloso e inteligente.

—Pero no crees que deberías esperar a que Turno...

—Cuando te pregunte qué tengo que hacer, sabrás que tienes la edad y la preparación para decírmelo —lo reprendió duramente Amulio—. He visto al maestro de esgrima, que me ha contado una historia confusa; él no se imagina ni siquiera la verdad, yo la conozco. Los atajos acaban contra paredes o en precipicios. Te he mostrado otro camino, joven, el camino de la ciencia, que conduce a la cima del conocimiento. Sobre dicha cima te espera Siete Colinas.

—Creo que tengo que decirte algo. Turno...

Amulio zanjó la frase con un gesto perentorio.

—Tú no tienes que decirme nada. Soy yo el que tiene que decirte algo: tu hermano Rómulo está muerto.

Libro tercero: Al amanecer, el rey

Libro tercero

Al amanecer, el rey

-¿De dónde vienes?

—De muchos sitios distintos.

—¿Por qué has venido aquí?

—Todos vendrán.

—¿Es un buen motivo?

—Es un embudo en las manos del destino, y nosotros somos hormigas sobre sus paredes resbaladizas: es mejor lanzarse que resbalar inexorablemente —respondió Hércules.

Acariciaba imaginariamente la lira, con sus dedos largos suspendidos en el aire, sin tocar las cuerdas, como si no encontrase la nota adecuada con la que empezar. Estaba distraído por el olor del ciervo asado y el recuerdo de las muchas tierras en las que había estado. Había crecido con la idea de visitar todo el mundo, había visto demasiado y ahora que se acercaba el final se preguntaba si de verdad era bastante.

Aventino gruñó algo mientras se agachaba para soplarle al fuego. Removía las brasas con la punta de un palo chamuscado y, entretanto, miraba de refilón al gigante indescifrable, no demasiado convencido por las respuestas recibidas, que solo parecían esconder otras preguntas. Hércules, con todo su misterio, estaba allí para recordarle que nadie es capaz de decir realmente algo sensato sobre sí mismo, por mucho que no deje de intentarlo. «Contamos una versión nuestra, diferente cada día», se dijo, antes de echar también el palo entre los tizones.

Habían acampado al abrigo de un saliente de roca que se extendía sobre la superficie inconmensurable y lúgubre de las Ciénagas Venenosas. La espesura alta de juncos y cañas, una media milla más adelante, marcaba el punto donde la pendiente se sumergía en la ciénaga.

Durante la jornada apenas concluida, Hércules había cazado un ciervo adulto y una pareja de faisanes en el bosque que había a sus espaldas. El capitán, por su parte, había logrado capturar una liebre y la estaba agitando con orgullo cuando vio las presas del gigante, adormilado a la sombra de una haya solitaria, y se ensombreció. Luego sorbió con la nariz y, rascándose la barba, afirmó:

—Es mejor comer un día como un rey que hacerlo una semana como un pordiosero.

Hércules había abierto un ojo.

—Te felicito por la frase impactante, pero quiero volvértela a oír durante el sexto día de ayuno en medio del mar de cieno que nos espera allá abajo.

Rómulo había pedido en repetidas ocasiones a sus compañeros que hiciesen buen acopio de provisiones de comida, en previsión de la travesía.

—En el peor de los casos, ¿cuánto tiempo podríamos tardar en atravesar las ciénagas? —le había preguntado Aventino al joven antes de abandonar la Colina Coronada. Fue Hércules quien respondió:

—Incluso toda la vida.

Aventino lanzó un puñado de bayas de mirto a la carne, que se estaba tostando.

—Rómulo me ha dicho que tienes muchos nombres.

—Muchos nombres, pero un solo *dáimôn*, como todo el mundo —dijo Hércules.

—¿Qué es un *dáimôn*?

—No creo que exista la palabra adecuada en tu lengua para explicarlo.

—Prueba con una.

—Probaré con dos: destino y espíritu.

—¿Por qué no me revelas también alguno de tus nombres?

—Alcides, el Perseide, el Calínico, por ejemplo.

—¿Significan algo?

—Muchas cosas, porque cada uno posee una historia —explicó Hércules, antes de apoyar la lira y estirarse entre bostezos cavernosos. Se acuclilló junto a Aventino, y tocó la carne crepitante con la punta de un palo.

—¿Ya has cambiado de idea por lo que al ciervo se refiere?

—Solo los estúpidos están llenos de ideas. Yo tengo pocas y sabe Dios que no voy a desperdiciar ninguna por un estúpido ciervo —dijo el capitán, apartándose unos centímetros.

—Me parece una óptima táctica.

Dentato estaba sentado con las piernas cruzadas en la punta del espolón, con las manos entrelazadas bajo la barbilla, y observaba el sol sumergiéndose en la ciénaga y tiñéndola de rojo. Los dos hombres frente al fuego se sorprendieron al ver que ambos le estaban lanzando al mismo tiempo una mirada de benevolencia y se echaron a reír, lo que llamó su atención.

—¿De qué os reís?

—Nos hacen gracia tus ideas —respondió Hércules. Aventino asentía.

—¿Mis ideas? No querréis hacerme creer que sabéis en qué estaba pensando. Y que, además, lo habéis adivinado los dos al mismo tiempo.

—Has pensado que es curioso ver una puesta de sol tan hermosa sobre un lugar tan tenebroso —dijo Aventino.

—Te ha recordado a la puesta de sol de tu casa —prosiguió Hércules.

—Te has preguntado si volverás a casa alguna vez.

—Y luego te has dicho que tú ya no tienes casa.

—Y que, visto lo visto, tanto vale tirar adelante, y seguir tirando, hasta que encuentres una casa o una tumba.

—Un futuro, en fin, es decir, un sentido —concluyó Hércules.

Dentato tardó unos segundos en cerrar la boca. Luego dijo:

—¿Cómo? ¿Cómo lo habéis podido adivinar?

—Es una región que ya hemos atravesado —dijo Aventino.

Cuando acabaron de comer, Hércules se dirigió a Aventino:

—Tarde o temprano tendré que responder a esa pregunta, aunque nunca lo he hecho. Puede que este sea el momento adecuado. Además, me caes simpático.

—Me alegra caerte bien, ¿pero de qué pregunta me estás hablando?

Por toda respuesta el gigante empuñó la lira y tocó un tema melancólico. Cuando el eco de la última nota se perdió en aquel cielo inmenso, se acarició la melena y anunció, con un hilo de voz, que iba a contar de dónde venían sus compañeros más fieles.

—Porque, a fin de cuentas, por algún lugar hay que empezar.

—Oh —dijo Dentato.

—La piel que uso como armadura y tótem pertenecía al mítico león de Nemea, invulnerable al hierro, al bronce y a la piedra. Era hijo de Equidna y de Tifón el Dragón, y poseía una fiereza inaudita. Jamás se sentía hastiado y era capaz de exterminar toda una aldea en una sola tarde y sembrar el pánico en regiones enteras.

—¿Dónde lo encontraste? —le preguntó Aventino.

—En Argólida, pero no lo encontré por casualidad. Fui a buscarlo.

—¿Por qué?

—Esa es otra historia.

—Háblanos del león —le rogó Dentato, inclinándose hacia adelante.

—Lo perseguí durante semanas a través de cañones y cavernas subterráneas tentaculares; me hirió en muchas ocasiones, y al menos en dos corrí el riesgo de ser despedazado. Al final logré dar con él gracias a un cebo. Lo acribillé a flechazos, pero fue en vano. Probé con la espada, pero su piel no tenía ni un rasguño. Así pues, me di a la fuga, y entonces fue el león quien me persiguió sin tregua. Busqué amparo en el Bosque Sagrado del monte Helicón, donde los olivos milenarios nacen y crecen gracias a la sangre de alguna divinidad.

—¿Cuál? —preguntó Dentato.

—Se habla de muchos nombres —respondió Hércules.

—Déjalo —lo invitó Aventino.

—Pero Nemeo también me alcanzó allí. Estaba extenuado por la larga fuga, y no me quedaban ideas. Presa de la desesperación, arranqué de raíz uno de los olivos sagrados y lo golpeé una, dos, tres, cien veces en la cabeza. Al final, los tendones de mis brazos estaban temblando y parecían a punto de hacerse pedazos. Le arranqué la piel y luego tallé mi maza de la planta con la que lo había matado. Tenía dieciocho años —dijo al final, con los ojos clavados en los tizones oscuros con franjas rojas—. Y así he acabado por contaros mi primer trabajo.

Tras unos instantes de silencio, Dentato soltó un silbido de asombro en voz baja:

—Es una historia hermosa, ¿quién te la ha contado, un vate o un trovador?

Hércules se echó a reír dándose palmadas en el muslo.

—Conozco otras incluso más asombrosas, ¿queréis escucharlas?

—Claro —se apresuró a responder Dentato.

—¿Ves las estrellas de la Vía Láctea sobre tu cabeza? —preguntó el gigante señalando al cielo—. Era un recién nacido cuando fui abandonado por mi madre Alcmena, por motivos que quizá os cuente otro día. Por una casualidad o, mejor dicho, por un ardid del destino, fue mi madrastra Hera quien me encontró, morado y berreando, a las puertas de Tebas. Enternecida por la inesperada visión y desconocedora de mi verdadera identidad, me ofreció su seno, pero yo lo chupé con tanta fuerza que la diosa se apartó de golpe por el dolor, con lo que un chorro de su preciosa leche voló hacia el cielo: he ahí la Vía Láctea.

Dentato no podía parar de reír, y seguía riendo cuando se envolvió en las mantas para pasar la noche. Solo cuando escuchó que su respiración se volvía pesada, Aventino se dirigió a Hércules con una expresión desconfiada.

—¿Por qué, aun sabiendo que es absurdo, tengo la desagradable sensación de que no has mentido?

—Porque la verdad es más grande que la razón.

Rómulo llegó a la mañana siguiente, a tiempo para el desayuno a base de ciervo recalentado. Apareció de repente entre las hileras de bruma que habían subido desde las ciénagas, silencioso cual fantasma. Se sentó sobre una piedra plana, entre los compañeros aún somnolientos. En sus ojos ardía una luz enferma.

—Tienes la cara de alguien que acaba de presenciar algo terrible —le hizo notar Dentato.

—Participar —precisó Rómulo, rechazando la carne.

—¿Dónde está el mulo? —le preguntó Aventino.

—Las ciénagas no son un lugar adecuado para los mulos. Se lo he confiado a una viuda que he encontrado en el camino —respondió Rómulo, que se percató de la chispa de nostalgia en los ojos

del capitán y añadió—: No te preocupes, pasaremos por él a la vuelta.

—No me preocupo por él, sino por nuestra vuelta —dijo Aventino.

Rómulo dijo que sí con la cara de quien piensa que no. Acabaron el desayuno, recogieron el petate y se dividieron la carga: Hércules llevaría las provisiones, Aventino y Rómulo los odres llenos de agua, Dentato las fajinas de leña seca.

—Con toda probabilidad no encontraremos nada de todo esto en las Ciénagas Venenosas —recordó Rómulo.

—¿Qué nos espera allí? —preguntó Dentato.

—Ciénagas y veneno —silabeó Rómulo.

—Ah —dijo Dentato, en lo que podía sonar como una imprecación, una queja o una constatación.

—Tenemos una autonomía de unos seis días. Creo que emplearemos como mucho dos para realizar la travesía —explicó Rómulo, intentando usar un tono de confianza.

—¿Cuántas veces has atravesado estas ciénagas? —le preguntó Dentato, mientras se ajustaba a los hombros las correas que ataban las fajinas.

Rómulo asintió casi con alivio, porque esta vez podía dar una respuesta precisa:

—Ninguna.

—Era la única respuesta que habría preferido no recibir —dijo Dentato, para dirigirse luego a Hércules—: ¿Y tú? Dijiste que ya habías estado en esta zona.

—Yo tampoco he pisado jamás estas ciénagas, pero he atravesado sitios peores.

—También Rómulo y yo hemos atravesado sitios peores —quiso precisar Aventino.

—Solo es una ciénaga —insistió Hércules—. Bastará con que nos orientemos con el sol.

Estaban descendiendo la pendiente, con Alcides a la cabeza, cuando Aventino preguntó, sin dirigirse a nadie en particular, si alguien sabría decirle por qué aquella extraña formación rocosa se llamaba la Roca del Pastor. Los tres compañeros respondieron al unísono que ningún pastor había puesto jamás un pie al otro lado de aquella frontera.

—Perdonad por mi ignorancia —farfulló el capitán.

Media hora más tarde se encontraban en la orilla de la ciénaga, donde el terreno cedía entre las charcas infestadas de juncos. A su paso, una bandada de pájaros voló hacia el interior de un bosque antes de lanzarse contra el cielo.

—Estas ciénagas no son tan malas como dicen —comentó Dentato.

—No me parece prudente cruzar por el centro, donde lo lógico es que la ciénaga sea más profunda e insidiosa. Vamos a elegir uno de los dos márgenes externos —aconsejó Aventino.

—En la parte baja, hacia el mar, encontraremos el agua menos fangosa y el aire más respirable —supuso Dentato.

—Entonces vamos hacia la parte alta, donde encontraremos tierra más sólida, porque yo estoy acostumbrado a caminar sobre la tierra. ¿O acaso tú prefieres caminar sobre las aguas? —dijo un Hércules que, sin esperar una respuesta, se encaminó en esa dirección, seguido por Aventino, orgulloso de haber planteado el problema antes que nadie.

Bordearon el lado meridional del pantano durante unas tres horas, sin notar cambios sustanciales en la consistencia del terreno, antes de decidirse a atajar hacia el norte, impacientes por atacar las ciénagas, que estaban allí, inmóviles, desafiándolos con su horizonte plácido e inconmensurable.

El primer tramo resultó ser bastante sencillo, pues había senderos relativamente compactos que bordeaban las ciénagas y permitían proceder en fila india a un buen ritmo. Vieron las últimas cañas a primera hora de la tarde, luego no había más que agua, tierra y cielo, y con el paso de las horas cada vez más agua, mientras la tierra se hundía y el cielo se ocultaba detrás de la niebla.

En cualquier caso, estaban de buen humor, cuando al fin, poco antes de la puesta de sol, acamparon en una modesta franja de tierra ligeramente húmeda.

Mientras Dentato preparaba el fuego, Aventino fileteó con precisión la segunda mitad del ciervo, cortando con mimo largas y finas tiras de carne para hacerlas al fuego.

—Tienes futuro como carnicero —le dijo Hércules, ocupado en dar aceite a la lira.

—Me conformo con un futuro cualquiera —admitió el capitán.

Rómulo observaba el sol disolverse en las ciénagas, más allá de la bruma, y solo cuando se sentaron a cenar abrió la boca por primera vez desde la mañana:

—Hércules, ¿qué sabes de Amulio, rey de Alba?

El gigante aplastó un mosquito contra su hombro desnudo.

—Un rey con proyectos grandes y un corazón pequeño. Juega su partida de damas con el universo, pero no todos los jugadores son visibles para el ojo humano.

—Te he pedido hechos, no opiniones —precisó Rómulo.

Un silencio preocupado se cernió sobre el grupo, pero Hércules lo evitó encogiéndose de hombros, con lo que Aventino y Dentato lanzaron un suspiro de alivio.

—¿Hechos? Asesinó a su hermano mayor Numitor, el rey legítimo, y ocupó su lugar en el trono del águila. Un usurpador, en mi opinión. Asesinó a todos los hombres leales al rey depuesto, salvo al guardián de las llaves, un hombre demasiado respetado y valioso para ser eliminado. Un traidor, en mi opinión. Clavó en la puerta del palacio al arúspice que predijo su ruina por culpa de un descendiente de su misma sangre. Un sacrílego, en mi opinión. Asesinó a Silvia, la hija de Numitor, para impedir que tuviese descendencia. Un asesino, en mi opinión. Se las ingenió para asegurar que hubiesen hombres fieles al mando de los otros pueblos latinos confederados, y pagó a sicarios para que eliminasen a los que le eran hostiles. Ahora busca conquistar todo Lacio. Un tirano, en mi opinión.

—¿Unir a todos los latinos en un único pueblo no es acaso una buena idea? —aventuró Rómulo.

—Pregúntaselo a tu madre, a tu padre o a tu hermano —le respondió Hércules.

—Te lo he preguntado a ti.

—Si fuese un latino no me arrodillaría ante un hombre que ha derramado su propia sangre. Si fuese un hombre no le regalaría mi libertad a un tirano.

—Pero, aun así, tiene un gran séquito: numerosos voluntarios se han unido a su ejército —dijo Dentato, hurgando con la punta de su arma en las brasas, que lanzaron una lluvia de chispas.

—Han hecho un pacto: la libertad a cambio de la paga, pero por el momento solo han recibido un trozo de pan y una espada —explicó Hércules—. Son muchos los que acuden al ver el hueso en la mano del dueño. Sin embargo, cuando en lugar del hueso aparezca el látigo, ¿cómo podrán escapar si tienen la cadena al cuello?

—¿Para eso estás aquí? ¿Para derrocar a Amulio? —le preguntó Rómulo.

—Amulio solo es una dama, no un jugador, como él se imagina. Jamás un rey me cayó simpático. Los reyes toman aquello que deberían dar, y yo nunca he querido serlo —dijo, como si se le hubiese presentado la ocasión. Dentato estaba a punto de preguntárselo, pero el gigante continuó—. Además, Amulio redujo a escombros casi todos los templos de Alba, harto de escuchar las quejas de los sacerdotes en relación a sus fechorías, y pronto abolirá el culto a los dioses, lo cual no me hace demasiada gracia, habida cuenta de que espero convertirme en uno tarde o temprano.

—¿En un sacerdote? —preguntó Aventino.

—En un dios —respondió Hércules.

—Rey y numen, ¡ahí es nada! —dijo Dentato entre risas.

También Rómulo sonrió y se disculpó con el Perseide por las duras palabras con las que lo había increpado poco antes.

—Necesitaba saber que estoy haciendo lo adecuado. Tengo una fe inquebrantable en mi misión, pero a veces temo que me ciegue. Ciego no soy útil para nadie.

—¿Tu misión es derrocar a Amulio? —preguntó Hércules.

Rómulo se recogió la melena en la redecilla y no respondió. Fue Dentato quien interrumpió el silencio, dirigiéndose al gigante:

—¿Por qué no nos cuentas otra de tus historias?

—¿Por qué no? Os hablaré de mi segundo trabajo, cuando maté a la hidra de Lerna.

—¿Qué es una hidra? —preguntó Dentato con la barbilla apoyada en las palmas de las manos y los dedos rascando las mejillas.

Hércules levantó una ceja con una expresión mezcla de sorpresa y ofensa, pero una sonrisa maliciosa ya se dibujaba en unos labios atravesados, en el lado izquierdo, por una cicatriz blanca.

—¿Pero de dónde habéis salido vosotros? La hidra es un monstruo con el cuerpo de un perro y nueve cabezas de serpiente. Todos lo saben.

Todos rieron.

La humedad los despertó mucho antes del amanecer y comprendieron que tenían un nuevo enemigo: parecía estar viva, dotada de una voluntad propia, y recordaba a la hidra, pues se arrastraba como una serpiente y mordía como un perro.

Ateridos y anquilosados, se movieron a duras penas, masajeándose los músculos y las articulaciones, con los ojos parpadeando, ciegos, en la oscuridad. Se reunieron y después de un intercambio de miradas mudo decidieron encender el fuego, luz para el espíritu y tibieza para el cuerpo.

Una hora más tarde, un poco reconfortados, se pusieron en marcha, pero no se percataron de la salida del sol hasta después de bastante tiempo, por culpa del cambio en el tono de la niebla, que había pasado de la antracita a un gris perla.

Los senderos se convirtieron en franjas de fango que daban infinitos rodeos en torno a las gigantescas charcas de agua oscura y pútrida, de las que emanaban vapores nauseabundos. Aventino no preguntó por qué las llamaban Ciénagas Venenosas.

—¿Por qué no esperamos a que la niebla se disipe para poder orientarnos con el sol? —propuso Dentato, mirando de reojo a Hércules.

—¿Y si no se disipa nunca? —zanjó Rómulo.

En más de una ocasión vieron huellas frescas en el fondo fangoso, señal de que ya habían pasado por aquel punto. Entonces el pánico los rozaba, pero el hijo de Fáustulo se obstinaba en predicar calma y esperanza:

—No hemos llegado hasta aquí para ahogarnos en un estanque.

Sin embargo, a mediodía, un mediodía intuido, también él tuvo que admitir que se habían perdido. No avanzaban, vagaban.

—Vamos a encender antorchas para encontrar el camino —sugirió Dentato.

—Ninguna antorcha te mostrará el sol —le dijo Hércules.

Siguieron caminando, entre otras cosas porque no se toparon con ninguna franja de tierra donde poder sentarse a descansar. Detenerse en el mismo punto, aunque fuese durante unos pocos minutos, significaba hundirse inexorablemente. Aventino propuso entonar una canción, de esas cantadas en las tabernas o en los cuarteles militares, para levantar la moral, pero nadie le respondió.

A mitad de la tarde, el grito de Dentato barrió el silencio que se había sumado como un quinto compañero, tan invisible como voluminoso. Los otros tres se giraron de golpe y lo vieron luchar con furia en el cieno, que se lo estaba tragando. Se había resbalado y había caído en la ciénaga, y ahora el peso de la leña atada a la espalda lo estaba arrastrando hacia el fondo. El fango burbujeaba alrededor de sus manos, que se agitaban en vano.

Rómulo y Aventino se lanzaron hacia el charco, pero Hércules los retuvo y echó una soga al compañero. Dentato se agarró a ella pero, por mucho que se esforzase, no lograba vencer la fuerza de absorción del cieno.

—¡No quiero morirme! —gritaba, agitándose en medio de una tormenta de gotas.

—Sujetadme —gritó Hércules. Rómulo y Aventino se agarraron a las poderosas piernas. Alcides dio un tirón, pero Dentato no lograba aferrar la cuerda, que se le resbalaba constantemente entre las manos viscosas, y mientras gritaba que algo le estaba mordiendo, que quemaba, ¡que se moría!

Aventino gritaba que había que tirarse al agua, Hércules gritaba que no lo soltasen y Rómulo se limitaba a desgañitarse. La situación estaba al límite.

El joven quirita ya estaba hundido hasta el estómago cuando Aventino se lanzó, mientras Hércules lo sujetaba por los pies: suspendido sobre la charca, pasó la soga bajo las axilas de Dentato, y luego se la ató a la altura del pecho.

Hércules sacó al capitán, luego se enrolló el otro extremo de la cuerda alrededor del hombro, saltó hacia atrás y con un arreón rabioso sacó del agua al joven.

Aventino y Rómulo lo ayudaron a levantarse, pero Dentato no dejaba de quejarse, con los ojos hinchados por las lágrimas.

—¡Me quemo, me quemo, ayudadme, por favor!

No comprendían por qué seguía gritando, si ya estaba a salvo. Sin embargo, nada más ver sus piernas, cubiertas de llagas y quemaduras, palidecieron.

Hércules hurgó en la alforja, sacó un unguento y lo untó con mimo sobre los muslos y las espinillas del compañero.

—Unos minutos más en esas aguas y habrías acabado con dos palos relucientes por piernas. Estate quieto, esta crema está elaborada con melisa recogida en las laderas del monte Himeto y te pondrá en pie.

—Quema tremendamente.

—Nunca te he prometido que te vaya a pasar el ardor, solo que te pondrá en pie. ¿O prefieres que te corte las piernas?

Un par de minutos después, los quejidos del quirita se habían convertido en gemidos tenues. Aventino se pasó una mano por la frente húmeda y embadurnada, lanzando un suspiro de alivio, pero luego se percató de que las fajinas se habían hundido sin remedio, y por un instante dejó de respirar, con el estómago convertido en un saco estrujado. Observó a sus compañeros, arrodillados y recubiertos por una capa de cieno mellada únicamente por los riachuelos de sudor, con la respiración aún jadeante y la expresión vacía, y tuvo miedo.

—Adiós al fuego —murmuró.

—Comeremos carne cruda. En marcha —ordenó Rómulo, poniéndose en pie—. A lo mejor saldremos como animales, pero saldremos vivos.

Hércules se echó a Dentato sobre los hombros, mientras Aventino cargó con el equipaje del gigante, excepción hecha del arco, la piel de león y la maza, de los que el Perseide nunca se separaba.

—Ni que fuese a perderlos —protestó el capitán.

—Pero podrías perderte tú, y ellos contigo.

Erraron otras dos horas por aquel laberinto sin paredes pero carente de salidas, sufriendo los ardides de la niebla y del agua turbia, antes de rendirse a la caída de las tinieblas y buscar un jirón de tierra donde acampar para pasar la noche.

Se desplomaron en una fina lengua de fango, pero no probaron la carne: aún se sentían demasiado hombres, por mucho que sus fuerzas estuviesen al mínimo. El sol se puso en algún lugar y la niebla cayó formando volutas impenetrables. Aquella noche Hércules no contó ninguna historia.

Se despertaron unas horas pasada la medianoche y aguardaron el amanecer acurrucados, los unos contra los otros, en un pequeño círculo; lo aguardaron sin ninguna esperanza particular, pues no sabían qué esperar.

Por la mañana fue como si alguien hubiese sustituido las cortinas negras por unas más claras, pero igual de espesas.

—¿Y ahora dónde vamos? —preguntó Dentato.

—Vamos —dijo Rómulo.

Se hundieron. Los senderos estaban sumergidos, chapoteaban ya con el calzado envuelto en trozos de paño para proteger la piel de la acción corrosiva de la ciénaga.

Dentato caminaba apoyándose ora en Hércules, ora en Aventino. El capitán le contaba anécdotas de la vida militar para animarlo, pero la sonrisa del joven, cuando aparecía, no era más que un gesto deslucido, con un mensaje escondido tras los dientes: ¿qué quieres que haga yo con los recuerdos bonitos del ayer, si no sé cómo llegar al mañana?

No estaban yendo a ningún sitio. Tenían hambre, frío y miedo. Eran niños sumidos en una naturaleza hostil. La niebla los separaba; cada uno encerrado en su propio cono de humedad y miedo. Pronto dejaron de hablar. Ciegos, escuchaban la oscuridad, rociada apenas de un polvillo luminoso, a la espera de una señal cualquiera.

Estaban a punto de caer rendidos cuando advirtieron, bajo la planta de los pies, un terreno más consistente. Pisaron, primero con reverencia, como si temiesen romper algo, acaso el sueño, y luego con más determinación. Aceleraron el paso. El terreno ascendía y se hacía poco a poco más compacto, el velo de agua más sutil.

Rómulo echó a correr, seguido de cerca por Aventino, mientras que Hércules se quedó rezagado para ayudar a Dentato, que lo zarandeaba presa de la euforia.

—Casi hemos salido, ¿verdad? ¿Verdad?

Rómulo salió de la ciénaga y se quedó de piedra, clavado literalmente al suelo, sólido e incluso seco, ante aquella visión. Aventino le adelantó sin ralentizar ni siquiera el paso.

En el claro libre de bruma flotaba una modesta pendiente, cuya cima estaba coronada por un majestuoso plátano. El verde de aquellas frondas le pareció al capitán el color más vivo que había visto nunca. Coloreaba el mundo, llenaba los ojos y el cielo; era un himno a la vida. Presa del entusiasmo, solo en un segundo momento se percató de la joven agazapada entre las raíces del árbol. Estaba desnuda de cintura para arriba, con los senos apenas cubiertos por espesos rizos negros, y escrutaba el horizonte.

Aventino tropezó, apoyó una mano en el suelo y recuperó el equilibrio. La joven aún no lo miraba. El capitán estaba ya lo bastante cerca como para que lo escuchase, pero era incapaz de pronunciar palabra. Le hizo un gesto de saludo amistoso.

Rómulo, detenido a los pies de la pendiente, se preguntó por qué la joven no se movía, pero antes de poder responderse, la vio convertirse súbitamente en una selva de ramas como zarpas, que se extendieron y aferraron a Aventino con un crujido horrible.

Desenvainó la espada y se lanzó al ataque agachando la cabeza, vigoroso por la tensión y la rabia acumuladas en los últimos dos días. Estaba a punto de bajar la espada, saboreando ya el ruido sordo de la madera quebrada, cuando tropezó contra una raíz, y unos instantes después estaba aprisionado entre las ramas robustas. Golpeó y fue golpeado. Luchaba salvajemente para liberarse pero, pulgada a pulgada, iba sucumbiendo. Advertía el anhelo del árbol y un hedor de vísceras. Había una boca en algún sitio, al otro lado de la oscuridad. Perdió el cielo y la espada. Estaba atrapado. Gritó y oyó gritar a Aventino.

De repente le pareció oír un grito mudo y desgarrador lacerando el aire. Pensó en el compañero, y en su final horrible, pero aquel no podía ser un espasmo humano. Las frondas se le hundían en la piel, el árbol palpitaba. Estaba a punto de ser triturado cuando buena parte de las ramas que lo enredaban se quebraron con un estruendo de astillas. En una rendija de cielo vio resplandecer la gran maza.

Hércules giró sobre sí mismo y asestó un segundo martillazo. En el aire flotaba ahora un olor a serrín. El gigante desató su furia sobre el plátano y no se detuvo ni siquiera cuando los dos compañeros cayeron rodando al suelo, cubiertos de arañazos y sangre, pero libres. Golpeó implacablemente, hasta que se erigió solitario y bañado de sudor sobre la cima de la colina, rodeado de un cúmulo de troncos, en una lluvia de hojas y virutas de madera.

Dentato, a pesar de la cojera, ayudó a los dos compañeros heridos a sentarse, luego les dio de beber y les limpió las heridas, echando mano de una energía insospechada.

Hércules, con el rostro rojo por el esfuerzo y el pecho granítico oscilando al ritmo de un fuelle, entrelazó las manos sobre la empuñadura de la maza apoyada en el suelo.

—Hemos hecho leña.

Dos horas después comieron carne asada alrededor de una hoguera crepitante. Las luces y las sombras bailaban sobre los rostros agotados y concentrados en el fuego para olvidar la terrible experiencia de la tarde y la niebla que los esperaba en derredor.

Hércules, en voz baja, narró su tercer trabajo, cuando, después de una caza infinita, había capturado y devuelto a la hechicera Hera la cierva sagrada de cuernos de oro y pezuñas de bronce.

Aquella noche nadie se rio.

Remo estaba sentado en la balaustrada de la Torre Celestial, bajo el cielo vespertino, con las piernas suspendidas en el vacío, y lloraba por un hermano que no estaba muerto, sino perdido, como el resto de personas que aún recorrían los caminos del mundo. Rómulo estaba vivo, lo sentía; lo que no sentía era el amor. El gemelo estaba allá afuera, en algún sitio, al otro lado de la barrera de los sentimientos. No, no lloraba por Rómulo, sino por sí mismo.

Una gran masa de arena le obstruía el pecho, sofocando todo lo que palpitase y hubiese sobrevivido en su interior, pues no existe peor desierto que el corazón humano. Percibía la distancia de los hombres, incluso de aquellos de su misma sangre, y, por encima de todo, la ausencia. ¿Era un monstruo? ¿O se había convertido en uno? ¿Se puede uno convertir en algo que no es desde el principio, al menos en potencia? ¿Puede nacer un fresno de un piñón?

Marcado desde el nacimiento, impuro, abocado al fracaso: en cierto sentido, siempre lo había sospechado, y esa era una de las razones por las que había elegido una vida al margen, alejado de los justos y los sanos, en un lugar situado en el camino hacia ningún sitio, teniendo por única compañía a una mujer llena de ardor y una naturaleza indiferente.

Sin embargo, su elección no había coincidido con la elección de los dioses, o del azar, o de los otros hombres. Angerona estaba muerta, mientras que él vivía en el corazón de la ciudad que Amulio quería convertir en el centro del mundo. Solo, en la cima del pináculo más elevado, se preguntaba si todo aquello estaba hecho para él.

Recordaba amar a su hermano, pero precisamente a eso, a un recuerdo, había quedado reducido su amor. Se aferró a aquel recuerdo con todo su ser, pero las lágrimas eran alfileres en los ojos y los sentimientos no eran más que briznas de hierba aplastadas por las rocas. ¿Los recuerdos son semillas o frutos? Se maldijo y se asomó, aferrándose al pasamanos pulido por el viento. «¿Me quieres?», gritó.

La imagen se volvió nítida: ya no miraba al vacío, lo veía. Pensó en tirarse, pero era un truco hipócrita, pues el pensamiento ralentiza la acción. Vivir o morir es una cuestión de instinto. Y el instinto le decía que viviese, aunque fuera con los sentimientos muertos. ¿Qué sabía un joven de diecisiete años de la vida?

Allá abajo atisbó a la muchacha de los tejados, como la había apodado. Recorría el patio de la Última Decisión con un paso agraciado e incluso seductor, aunque no hubiese nadie observándola. Al igual que las dos noches precedentes, tras una mirada furtiva al claustro desierto se encaramó ágilmente al canalón recubierto de hiedra, gateó por el tejado y se sentó con las piernas cruzadas en el punto en que las tejas de ambos lados se encontraban.

El patio de la Última Decisión, en la zona reservada para las novicias, estaba situado en la parte más externa de la casa de las vestales, un vasto complejo que ocupaba toda la zona oriental del Pico Dorado. La casa y el palacio, situado en frente, formaban los dos peldaños gemelos del podio sobre el que se erigía la basílica.

Las vestales eran las sacerdotisas encargadas de cuidar y velar por el fuego sagrado, que ardía perennemente en el templo dedicado a la diosa Vesta. El edificio, en el corazón del complejo, tenía forma circular y contaba con un agujero en el centro del techo que permitía salir el humo para que los albeses pudiesen vigilar. Y es que estaba escrito que Alba solo caería si el fuego sagrado permanecía apagado durante más de un día. Las vestales, vírgenes escogidas por su integridad

moral, consagraban toda su vida a ese servicio y gozaban de sumo respeto.

Eso era lo que había aprendido Remo desde que vivía en Alba. Le había parecido bastante, hasta hace tres días: las mujeres y el fuego eran asuntos de los que se mantenía alejado con mucho gusto, pues ambos eran inflamables. Ahora, en cambio, ardía por el deseo de saber. El interés que albergaba no era por la novicia, sino por su misterio. ¿Qué empujaba a una joven a gatear por un tejado, noche tras noche, para transcurrir horas solitarias contemplando la nada?

Solo había una forma de averiguarlo, y solo un momento: ir, e ir de inmediato. Remo se deslizó por la escalera de hierro, se lanzó espiral abajo por las escaleras que se enrollaban en el corazón de la Torre Celestial, cruzó a grandes zancadas la basílica silenciosa, atravesó volando la explanada y embocó el sendero bordeado de almendros que llegaba hasta la Casa de las Vestales.

Fue a abrirle una mujer anciana. Lucía una melena blanca larga y sedosa en torno al rostro rojizo, y lo escrutaba con una expresión severa.

—No se admiten visitantes tras la puesta de sol.

—Por eso has empezado ya a beber —le replicó Remo.

—Insolente. El rey será informado.

—El rey está aquí. —Remo sacó de debajo de la túnica el medallón que le había entregado Amulio y lo puso en la cara de la mujer, que tenía el ceño fruncido. Sobre la plata estaban impresos el fuego sagrado de Vesta, símbolo de la ciudad, y el águila de Júpiter, emblema del soberano, pero el colgante importaba por lo que no estaba escrito en él: «Hablo con la voz del rey».

El mensaje invisible e indigesto llegó a orejas de la vieja que, imprecando contra los hombres, se apartó para dejarlo pasar. Remo avanzó a lo largo de un pasillo apenas iluminado, muy de cuando en cuando, por antorchas colgadas de anillas de hierro. Tras una decena de pasos se dio cuenta de que no había pensado en cómo dar con la joven. Ni siquiera sabía su nombre.

—¿Con quién quieres hablar? —le preguntó la vieja, acudiendo involuntariamente en su ayuda.

—Quiero visitar el que llamáis patio de la Última Decisión.

—Está reservado a las novicias —protestó ella.

—Precisamente por eso. Las novicias aún no son vestales, ¿de qué te preocupas?

Remo estaba seguro de que la vieja estaba a punto de darle un bofetón, y casi lo deseaba. En cambio, la mujer se limitó a poner los ojos ofuscados por las cataratas en blanco, antes de hacerle un gesto para que la siguiese. No intercambiaron ni una palabra mientras atravesaban pasillos, atrios, corredores de acceso y modestos jardines.

La vieja había elegido un recorrido secundario, para que viese lo menos posible de la casa y de sus inquilinas, aunque la zona exclusivamente reservada para las vestales, inviolable por ley para cualquier hombre, incluso para el rey, estaba en otra parte del complejo.

Se creía espabilada y prudente, pero a Remo le bastaría con apretarle ese cuello arrugado para demostrarle lo contrario. Las personas no hacían más que combatir batallas insulsas y personales. Se mordió el interior de las mejillas hasta hacerse sangre, aterrorizado por la deriva de sus pensamientos.

Cuando llegaron frente a la entrada del patio de la Última Decisión, la vieja lo empujó adentro sin demasiados miramientos. Luego le mostró la llave con la que había abierto la puerta:

—Cuando hayas terminado tu visita, toca.

—Podría durar horas —dijo mientras entraba.

—Podría cansarme y dejarte ahí dentro durante días.

A Remo le bastaron un par de segundos para localizar el canalón que ascendía entre dos arcadas cubiertas de hiedra bañada de blanco por la luna. Se encaramó con desenvoltura y empezó a escalar,

pero pronto perdió el agarre y se deslizó hasta el suelo. Al tercer intento, a mitad del trayecto, sintió cómo las manos se le humedecían; tuvo miedo, dio un bandazo y se agarró con torpeza a la hiedra. Las enredaderas cedieron, se rasgaron y el joven acabó en el suelo. Solo cuando levantó la mirada comprendió que el ruido que lo había acompañado en la caída era la risa de la joven, que ahora lo miraba desde arriba con una expresión divertida.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó, masajeándose las nalgas.

—No eres muy diestro.

—Normal, soy zurdo.

—¿Se supone que me tengo que reír?

—Te estás riendo.

—De ti, no contigo.

—Solo quería romper el hielo.

—Lo único que te vas a romper es la cabeza. ¿Quieres que baje a ayudarte?

—¿Quién te dice que he venido por ti?

—¿Tienes que arreglar el tejado?

—Exacto —dijo el joven, agarrándose al canalón y subiendo con la fuerza de los brazos.

—¿Puedo darte un consejo, guapo de cara?

—No me llamo guapo de cara, y estoy más allá de cualquier consejo.

—Vale, pues entonces usa los pies para apoyarte —le sugirió la joven, que se quedó observándolo con una expresión impertinente, sin dignarse a echarle una mano.

—Gracias por la ayuda —gruñó respirando a duras penas cuando por fin, morado por el esfuerzo, consiguió llegar al tejado.

—Faltaría más. A los hombres os basta una mirada para sacar nuevas energías. El día que me veas desnuda escalarás la Torre Celestial.

—De ahí es de donde vengo.

La muchacha de los tejados enmudeció de golpe. Remo se alegró del cambio de tornas y se tomó la revancha: ahora era él quien la miraba fijamente, con insolencia.

Ella agachó la mirada y la voz.

—¿Te envía él?

—Ha sido mi curiosidad la que me ha traído hasta aquí, nada más. Ya no tengo ganas de ir a ningún sitio por orden de nadie. He venido con una pregunta.

—¿Entonces no me conoces?

—¿Debería?

—¿Es esa tu pregunta importantísima?

—¿Se supone que me tengo que reír?

—Ya te estás riendo —dijo ella antes de darle un empujón sin previo aviso, y echar a correr sobre las tejas chirriantes.

Remo se agarró a la desesperada al borde del tejado. Un escalofrío lo recorrió de la cabeza a los pies. Respiró profundamente para convencer a su corazón de que no iba a caerse.

Cuando la sílfide se giró, intuyó que se esperaba que Remo la siguiese. Sin embargo, su pregunta era demasiado importante como para arruinarla con una respuesta. Bajó y se marchó.

La vieja de la entrada no se inmutó la noche siguiente.

—¿Hoy no te quejas? —la provocó Remo.

—Mi oído sigue siendo lo bastante bueno como para reconocer la voz del rey —le replicó

mientras lo escoltaba. Frente a la puerta del patio de la Última Decisión añadió—: Incluso cuando la voz del rey es inoportuna.

Remo logró encaramarse por el canalón al segundo intento.

La muchacha de los tejados, sentada con las piernas cruzadas, le daba la espalda.

—Llegas tarde, y además no sé si me alegro de volver a verte.

—No te hagas ideas raras. Además, ¿quién ha dicho que tenemos que alegrarnos?

—Claro, estás aquí por tu pregunta importantísima.

—La verdad es que ya no. No necesito absolutamente ninguna respuesta.

La joven se dio la vuelta.

—Sería precioso, ¿lo has pensado? Un diálogo sin preguntas. ¿Tú crees que podría ser posible?

—¿De verdad crees que mi opinión tiene algo que ver con la realidad de la cuestión?

—¿Tú qué crees?

—¿No te gustan las preguntas?

—¿Por qué, a ti te gustan?

Remo batió las manos contra las tejas, sonrió y se sorprendió, pues no saboreaba el gusto de una sonrisa espontánea desde hacía meses.

—Yo diría que acabamos de demostrar que no se nos dan bien los diálogos sin preguntas.

—Nunca se me han dado demasiado bien los diálogos, pero los monólogos se me dan de fábula, ¿quieres escuchar uno?

—Apuesto a que ahora me contarás la historia de tu vida.

La joven se puso roja.

—No, todas mis historias nacen de los libros que he leído. Mi vida puedo contártela en un minuto.

—No me digas nada de ti, por favor.

—¿Por qué no quieres saber nada de mi pasado?

—Por culpa del mío.

—Pues yo te lo voy a contar de todas formas: vivo en la casa de las novicias desde que tenía pocos meses. Salgo un par de veces al año, con motivo de las fiestas más importantes, si exceptuamos mis fugas, pero sobre ellas no debería decirte ni mu. Creo que a la gran vestal, a la madre Giulia, no le caigo muy bien, pero las otras vestales me quieren bastante, o al menos no me odian. El problema es que saben tan poco de la vida...

—¿Y qué hay de los libros?

—Los libros son mi ventana hacia el mundo: cada uno me regala un trocito nuevo. El problema es que aquí, en la casa, no hay muchos, y a menudo tengo que escaparme a la Biblioteca Real, pero de esto tampoco debería decirte ni mu. Dentro de unos meses cumpliré dieciocho años y ese día mi vida acabará: vestiré el velo y me despediré de cualquier esperanza de tener una existencia mía.

—Parece que todo es tuyo...

—¿Porque tu vida de quién es?

—Y yo qué sé.

—Pues si no lo sabes, no vayas de sabelotodo.

—Creía que la de vestir el velo era una elección libre.

—He elegido libremente aceptar la orden de vestir el velo, ¿te vale así? —Se apoyó sobre los talones y extendió los brazos como si fuesen alas; parecía a punto de arrojarse al vacío—. El nombre de este patio hace referencia al hecho de que es aquí donde las novicias meditan antes de tomar los votos. Es una elección que no tiene vuelta atrás. A las vestales que infringen los juramentos se las entierra vivas, pero eso lo sabe todo el mundo en la ciudad.

—Será ahora. Yo no lo sabía.

—¿No conoces la historia de Rea Silvia?

—¿Quién es Rea Silvia?

—La sobrina del rey Amulio, la hija de Numitor el derrocado. Era una vestal pero infringió el voto de castidad y dio a luz a dos gemelos. Los pequeños fueron asesinados y ella enterrada viva, a pesar de tener sangre real. Cuando cruzas esa puerta dejas atrás tu pasado, tus privilegios, tus vínculos. Una vez que has tomado la última decisión, no hay vuelta atrás.

—¿Quién te ha impuesto la decisión?

—Mi padre, ¿quién, si no?

—¿Has intentado disuadirlo?

—A mi padre no se le disuade, es él quien persuade. Es su famosísima especialidad, deberías saberlo. —Remo estaba a punto de preguntarle por qué cuando ella señaló hacia la Torre Celestial que se erigía negra contra el cielo—. ¿Por qué has bajado de allá arriba?

—Me di cuenta de que estaba como un animal frente al cielo, y creo que aún tengo algo que hacer aquí abajo. Pero me aburre escucharme. Soy un sabelotodo, ¿no? Sigue hablándome de ti: ¿por qué acataste la orden de tu padre?

—Por amor.

—¿Quieres al hombre que te ha encerrado aquí dentro durante dieciséis años?

—¿Tu quieres a tus padres?

Puede que la joven se esperase una respuesta inmediata, pero aquella pregunta no llegaba en el momento adecuado para Remo. ¿Los quería? Ni siquiera sabía quiénes eran.

—Sí —respondió al fin. Había querido a Fáustulo y Aca.

—¿Quieres a las personas que te arrojaron a este mundo cruel hace... cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—¿Diecisiete años de reclusión y los quieres?

—¿Reclusión?

—¿Solo tienes diecisiete años? Te echaba por lo menos el doble.

—No exageres.

—¿Qué tiene de malo exagerar?

Remo se movió para que le diese la luz; los ojos oscuros de la joven estaban camuflados bajo el pelo.

—¿Tienes intención de tirarte?

—De levantar el vuelo, en todo caso.

—¿Por qué no huyes?

—Espero un motivo. ¿Quieres ser mi motivo?

Remo entrelazó las manos alrededor de sus piernas.

—Tengo demasiada poca música dentro para hacer bailar la vida, chica.

—No me llamo chica.

—Todavía no me has dicho como te llamas.

—He pensado una cosa.

—¿El qué?

—Dudo.

—¿Dudas de hacer qué?

—Vaya preguntas, si lo supiese no dudaría.

Remo levantó las manos en un gesto de rendición, fingiendo buscar un testigo que pudiese

confirmar lo absurdo de la situación: él no era el loco.

—He sido clarísima, ¿pero por qué eres tan arrogante?

—Yo no he entendido gran cosa, pero no tengo ninguna intención de contradecirte. Lo harás tú misma, tarde o temprano.

—Chico.

—¿Qué?

—Nada, déjalo. De todas formas, no sabrías de lo que estoy hablando.

—Probablemente no.

La novicia tenía la misma mirada que quien acaba de hacer un descubrimiento maravilloso.

—¿Qué dices si mañana por la noche vamos juntos hasta el lago de Diana?

—¿Para qué?

—Para ver si todavía tendremos ganas de ir juntos al lago.

La noche siguiente se lo dijo.

—Tienen un buen motivo para tenerme segregada en la casa de las vestales, de la misma manera que yo tengo un motivo igual de bueno para seguir estándolo.

—No irás a decirme que hablas con los animales —le soltó Remo mientras caminaba a su lado. Venus centelleaba tenuemente entre los almendros, vacilando a medida que pasaba la noche.

—No, no es algo tan vulgar.

—¿Vulgar?

—Yo tengo visiones.

—¿Visiones?

—¿Estás sordo o qué?

—Qué. Yo siempre soy el otro qué.

—¿Por qué te ríes?

—Porque tienes visiones —dijo Remo con un tono ambiguo, de modo que su frase pudiese entenderse como una pregunta o una respuesta, y la elección fuese de la joven.

Ella eligió no andarse con rodeos; había tomado carrerilla y al final del camino estaba la liberación.

—Cuando veo a alguien aparecen imágenes de su vida en mi mente. Ahora lo entiendes: las personas que conocen este don mío procuran evitarme. A nadie le apetece mostrar su pasado. Y yo huyo de los otros, porque las imágenes que se me aparecen casi siempre están relacionadas con el dolor. No tienes ni idea de cuánto dolor existe en el mundo.

—He empezado a hacerme una idea.

—¿De verdad?

—¿No lo ves?

—Entonces me crees.

—Sí.

—¿No necesitas ni siquiera una demostración?

—No.

—Mejor que mejor.

—¿Por qué?

La muchacha agachó la mirada y la clavó de repente en sus pies.

—¿Prometes que nuestra relación no cambiará si te lo digo?

¿Podía confesarle que ella, tan solitaria y despegada, representaba su único puente con el mundo?

—No cambiará —le prometió con todo el calor que tenía en el cuerpo, que fue suficiente para hacer enrojecer sus mejillas.

—No veo nada. Por eso me sentí tan vinculada a ti desde el primer momento en que te vi. A gusto, protegida del mundo y de mí misma: así es como me siento. Es como si una barrera te protegiese, y esa barrera también me protege a mí. —Con un gesto de la mano pareció rodearlo—. Hay como un halo oscuro, impenetrable, alrededor de tu cuerpo.

Remo sintió una especie de cercanía e intentó cortar aquel vínculo.

—Estar solo es una elección.

La sonrisa de la muchacha de los tejados se apagó.

—De los otros.

—Yo también lo creía, pero no es así.

—¿De verdad?

—¿Sabes cuál es nuestro problema? Nos sentimos mejores, pero no lo somos en absoluto. Somos, si acaso, peores, y precisamente por eso hemos sido llamados. Lo que nos ha pasado es una llamada. Ahora tú puedes pasar el resto de tus días en este patio y yo allá arriba, entre las nubes, pero seguiremos estando en el mundo. A lo mejor pensamos que lo hemos evitado, que hemos salido de él, pero sigue estando con nosotros, en aquel patio y sobre aquel balcón: el mundo está presente y acabará cuando acabemos nosotros, ni siquiera un instante antes —dijo.

—Significa que tú también... —murmuró la muchacha, rozándole el antebrazo con la punta de los dedos.

—Soy un hombre vulgar.

—¿No irás a decirme que hablas con los animales? No me lo creo —dijo ella con el tono de quien se lo cree, y mucho.

—Digamos que la naturaleza y yo tenemos la misma opinión.

—Si sigues andándote por las ramas te entrará vértigo. Habla claro.

—Yo hablo y las fuerzas de la naturaleza escuchan; ellas hablan y yo las escucho, aunque ya ocurre rara vez. Puedo hacer que el viento se levante, puedo quebrar la piedra, alzar las aguas, e incluso puedo hacer caer los rayos. Tengo el poder de hacer sonar a la creación, y aun así me siento como un címbalo que tintinea.

Se produjo un instante de silencio en el que los dos, desde perspectivas diferentes, contemplaron la historia de sus vidas, sin dejar de caminar por el empedrado bañado por la luz de la luna. Las ramas de los almendros ilustraban el mundo.

—¿Y si en cambio hubiese un nosotros, e incluso un mañana para nosotros?

—El mundo no es lugar para nosotros, nuestra única posibilidad es convertirnos en dioses —dijo un Remo amargo.

—¿Por qué me miras los brazos?

—¿Qué?

—No me gustan mis brazos.

—¿Porque son rollizos?

—No son rollizos.

—A mí me gustan.

—Esta noche me das miedo —dijo ella con la cara de quien no teme nada. Remo le dio una patada a una piedra.

—Vamos a hacer lo que tenemos que hacer y vamos a hacerlo rápido. Luego acabaremos con todo.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Cuando el deseo de saberlo sea insoportable, ven a buscarme al palacio —le rozó la mejilla con el pulgar, mientras la miraba fijamente, con una invitación escondida en sus ojos. Luego se alejó.

Después de unos veinte pasos levantó una mano, hizo el gesto de lanzar algo al aire y, sin darse la vuelta, dijo en voz alta:

—A propósito, me llamo Remo.

Ella sonrió.

—Si te llamo.

La isla ya no estaba. Había desaparecido en la noche, engullida por la niebla. La tierra seguía siendo sólida bajo sus espaldas, empapadas de humedad, pero ya no lograban distinguirla.

Por algún extraño sortilegio el plátano maléfico había alejado la bruma de aquella colina, pero ahora había quedado reducido a una pila de leña y polvo, y nada contenía el ascenso de los hilos oscuros.

—Hasta el mal hace el bien sin saberlo —comentó Aventino, echándose a los hombros las fajinas que había preparado.

—¿Eso significa que he hecho mal en hacerlo pedazos y salvaros la vida? —preguntó Hércules.

—Tú has hecho bien, él hacía bien, todos hacemos bien. Solo que las cosas, de todas formas, van mal —dijo Aventino.

—Llevaremos la luz en la niebla gracias a ese árbol. Me parece suficiente —zanjó Rómulo.

Durante toda la mañana vagaron a través de la superficie vaporosa, hundiéndose en el fango hasta los tobillos, siempre en vilo sobre las aguas venenosas, con las antorchas bien levantadas, pero no localizaron ningún sendero. Se habían perdido y estaban perdidos, ya era inútil mentirse. Los muertos escuchan la verdad. No hace menos daño, pero no mata.

—¿Y ahora? —preguntó Dentato.

Nadie respondió, porque no había ningún ahora. El tiempo era una línea, o un punto.

Al final fue Aventino quien rompió el silencio, en calidad de militar, para el que todo problema es, ante todo, una mera cuestión de supervivencia, incluso cuando ya se está condenado.

—Tenemos leña para una semana al menos, pero comida y agua solo para un día. En pocas palabras, tenemos dos posibilidades: o acabamos con esto aquí o seguimos y nos encomendamos a los dioses.

—Si no es la espada será la sed: ¿eso quieres decir? —farfulló Dentato.

Rómulo señaló las tinieblas, arañadas apenas por el halo de las antorchas.

—Mejor buscarla que esperarla.

Dos horas más tarde avanzaban por un estrecho puente de fango suspendido sobre la ciénaga, escudriñando en derredor con una mezcla de temor e incredulidad, porque creer es temer. En efecto, la niebla era menos densa en ese punto. A través de los claros observaron como el cielo diáfano asomaba sobre las ciénagas. No había nada, pero por lo menos veían, y eso les pareció a todos una mejoría.

—Y tú que querías tirarte sobre tu espada —le dijo Aventino a Dentato.

—¿Yo? —respondió el otro.

Apretaron el paso como si hubiesen divisado algo que merecía la pena alcanzar pero, tras un cambio de rasante, se detuvieron alerta. El camino se perdía en un ensanche terroso cuyos bordes diseñaban un pequeño anfiteatro.

—No hay nada... —aventuró Dentato.

—Pero aquí pasa algo —completó Aventino.

Inspeccionaron la zona con prudencia y se echaron a temblar. De repente hacía más frío. ¿Qué era ese ruido? Las antorchas se apagaron con un soplido siniestro. En los márgenes del claro la niebla se condensó, fluctuó y dio forma a unos espectros que tenían el aspecto de soldados. Los miembros caliginosos surgían de armaduras de cuero raído, y los ojos rojos ardían en los rostros grises.

Inmóviles, atestaban los graderíos de la cávea, sosteniendo espadas y lanzas caliginosas. Los había a docenas, y se confundían los unos con los otros.

A los quiritas se les puso la piel de gallina. Dentato, más pálido que los espectros, balbuceó:

—¿Qué quieren?

—¿Mostrarnos el camino? —respondió en voz baja Aventino.

Hércules permanecía impertérrito, no avanzaba y no blandía la maza, apoyada en el suelo, sino que esperaba como un faro ruinoso ante la llegada de la tempestad. Aventino y Dentato, sorprendidos, lo vieron débil y se sintieron débiles.

Rómulo dio un paso al frente.

—Buscamos el camino hacia Castelrotto, al otro lado de las ciénagas —anunció, pero ninguno de los espíritus dio muestras de haberlo escuchado.

Un murmullo recorrió el oscuro círculo, que se abrió a la altura del joven de Roble Quebrado. En el hueco luminoso apareció un espectro vestido con un yelmo. El guerrero no era ni más alto ni más voluminoso que sus compañeros, simplemente daba más miedo. Sus pupilas rojas hablaban de muerte y tristeza, y la loriga de plata brillaba como las estrellas salidas del océano.

El espectro de sombra y luz se deslizó hacia él. Extendió una mano, y un hilo de niebla se separó del antebrazo.

—No me digáis quiénes sois ni hacia dónde os dirigíais.

—¿Por qué? —murmuró en voz baja Dentato.

—Cargas para la eternidad. Mis días sin noches ya son lo bastante pesados, lo bastante gravosos.

—Buscamos el camino hacia Castelrotto —repitió Rómulo, dando otro paso al frente.

El espectro sacudió la cabeza con resignación, pero el poderoso yelmo crinado no hizo ni el más mínimo ruido.

—Todos buscábamos.

—Yo te conozco —admitió Hércules.

—Quizá conocieses a Diomedes el Conquistador, hijo de Tideo, el héroe que participó en la conquista de las inexpugnables Tebas, la de las Siete Puertas; Argos, la patria de los héroes; y Troya, la Soberbia. Quizá conocieses al Tidide de armadura robusta, que en la batalla hirió a Afrodita e hizo huir a Ares, señor de la guerra. —El espectro alargó los brazos y, con una voz llena de remordimiento, susurró—: Perdidos en la búsqueda.

—¿Qué buscabas? —preguntó Rómulo, después de haber dado otro paso hacia el guerrero.

—¿Intentas alejar el círculo de la muerte o saltar en él? No, no me respondas. Si no me decís nada sobre vosotros, yo, a cambio, os diré algo sobre mí. De esta forma honraremos al menos parcialmente las costumbres de los días perdidos, cuando en el litoral troyano los héroes se rendían homenaje antes de empuñar las armas.

»El día en que mi padre partió junto a los Siete para derribar Tebas, el vate Calcante profetizó que allá donde Tideo fracasaría, yo tendría éxito: presagió que participaría en la destrucción de tres ciudades, las más poderosas de nuestra era, y en la fundación de la urbe más importante de todos los tiempos. Cuando, años después, Tebas cayó, fui yo quien lideró la carga al otro lado de los bastiones ciclópeos. La noche en que Argos fue tomada, en mis manos ensangrentadas se depositó la corona. Cuando, después de diez años, se rompió la resistencia de Troya, Ulises y yo fuimos los primeros en poner un pie en la Fortaleza Sagrada.

—La profecía se cumplió —murmuró Rómulo, al que ya solo lo separaban una quincena de pasos de Diomedes.

El espectro jugaba con la cuerda que llevaba atada al cuello, pero, si había un colgante, se quedó

escondido bajo la loriga, así como la respuesta oculta tras otros discursos:

—Cuando Troya cayó fui el primero de los aqueos en zarpar, pero no dirigí mi nave hacia Argos. Sabía que mi mujer me había traicionado, entregando a otros el reino, pero yo estaba cansado de derramar sangre y destruir, con lo que vine a Italia, donde fundé primero una, luego dos, tres, y, en fin, casi veinte ciudades. Sin embargo, ninguna de ellas parecía destinada a florecer. Caí preso del desánimo, aunque bajo las cenizas de la desilusión seguían ardiendo las brasas de la fe. No podía no creer: la profecía seguía obsesionándome.

—Sé de qué me hablas —confirmó Rómulo.

—Un día un capitán fenicio desembarcado en las costas de Calabria, a donde me había retirado, me habló de Eneas y de su proyecto de fundar una Troya inmortal. Dijo que el troyano juraba haber recibido el encargo por parte de los dioses. Aquellas palabras me incendiaron. Yo había derrotado y perseguido a Eneas por la llanura troyana, pero Afrodita y Apolo habían logrado salvarlo de mi furia. Sentía que mi destino estaba, en un cierto sentido, vinculado al suyo, con lo que, acompañado por mis compañeros de más confianza, nos hicimos a la vela en dirección norte para buscar a Eneas y su ciudad.

Diomedes bajó el rostro y la voz.

—Desembarcamos en la costa de Lacio y nos dirigimos hacia el oeste, pero nos perdimos en estas ciénagas malditas. Durante dos semanas erramos sin descanso; vi sucumbir a mis compañeros uno tras otro. —Levantó los ojos conmovidos hacia los espectros y, al final, clavó la mirada en los ojos de Rómulo—. Yo fui quien los maté. No fueron mis manos, sino mi sueño, el que los mató. Al final yo también me sumí en el sueño de la muerte, pero no encontré el camino hacia el Hades. Fui condenado a vagar para siempre entre estas nieblas funestas... —se calló de repente, pero tras unos segundos interminables prosiguió—: Condenado a matar a quienquiera que intente atravesarlas.

Dentato gimió. Diomedes desenvainó la espada y el bronce vibró.

—He aquí lo que habéis encontrado.

Rómulo comprendió que cualquier conversación habría sido en vano. Existen puertas que ninguna palabra es capaz de abrir, con lo que también él desenvainó la espada, convencido de que habría sido la última vez.

Aventino estudió a Hércules, que seguía inmóvil con la expresión demudada de un terror innombrable; luego a Dentato, que temblaba de miedo; en fin, a los espíritus, enigmáticos tras sus máscaras de muerte. Asintió, empuñó la espada y dio un paso al frente. Sin embargo, Rómulo levantó una mano para detenerlo, y luego, con el índice, dibujó un pequeño círculo: era un asunto entre él y Diomedes.

—No sé qué buscabais, pero lo que habéis encontrado es para todos. Lo siento —anunció el Tidide.

Rómulo se pasó la espada de una mano a otra, intentando no darle la ventaja de conocer su mano buena.

—¿Por qué estás tan seguro de que vas a matarme?

—Porque aquí yo soy la muerte, y a la muerte no se la vence.

—Entonces ven a buscarme.

Diomedes movió el brazo libre y entre los dedos de niebla relampagueó una lanza. La balanceó con calma y la lanzó. El arma silbó, describiendo su trayectoria en el cielo, pero el puño de Rómulo se cerró con la velocidad del rayo en torno a la madera. El joven señaló al héroe espectral con su espada.

—Sigo esperándote.

Cuando Diomedes dio el primer paso, Rómulo se arqueó y arrojó la lanza de la que se había apoderado. La punta de bronce devoró el espacio, no encontró resistencia y se clavó, letal, en la garganta del espectro. La atravesó con un soplido y cayó en la niebla sin hacer ningún ruido.

—Muerte —suspiró Diomedes. Y atacó.

Los tres compañeros retrocedieron instintivamente, mientras que Rómulo, por alterado que estuviese, tuvo los reflejos de levantar la espada para repeler el ataque. El fragor del bronce contra el bronce lo despertó; se aferró a ese ruido. El bronce recordaba a la carne, la carne a la vida, la vida a la posibilidad de morir.

Tres veces descargó el Tidide la poderosa espada de empuñadura historiada y tres veces logró Rómulo parar el golpe, con el brazo atravesado por dolorosas vibraciones. Resistió, pero comprendió que no habría sido capaz de hacerlo por mucho más tiempo. Era más débil, lento y vulnerable que su adversario. Tenía todo que perder, pues estaba vivo.

Diomedes fintó un primer golpe, luego un segundo y, cambiándose la espada de mano con un movimiento inesperado, soltó un mandoble que rozó el muslo de Rómulo. Jamás la sangre pareció más roja. A Dentato se le escapó un gemido, y Hércules tuvo que retener a Aventino por la muñeca.

Rómulo contraatacó por puro instinto, con un mandoble ascendente. El adversario no se movió. La espada fluctuó a través de las piernas de humo y se detuvo contra la loriga, a la altura de la ingle, con un lúgubre tañido metálico.

Dentato cayó de rodillas, entre lágrimas, mientras Aventino sacudía la cabeza, sin saber si gritar, rezar o maldecir. Hércules agachó la cabeza, murmurando una invocación.

El aqueo lanzó un soplido imperceptible, empuñó el arma a dos manos, a la altura de la mejilla, con la lama resplandeciente paralela al suelo, murmuró una oración de perdón a los dioses y atacó.

El quirita retrocedió de un salto y, con un golpe rabioso, logró desviar la lama, que aun así le mordió en el antebrazo, haciendo brillar más sangre, rojo en el gris. El héroe de Argos envolvió al joven en una vorágine de sablazos, saltos y ataques. En el cielo centelleaban fulgores, mientras el bronce cantaba, alternándose primero con la fricción de la tela y luego con el silbido horrendo de la carne lacerada.

Cuando por fin Diomedes volvió a la posición de guardia, Rómulo se tambaleaba, solo, en medio de la explanada, con la respiración entrecortada, el rostro bañado de sudor y ríos de sangre cayéndole de las heridas esparcidas por todo el cuerpo.

El hijo de Fáustulo lloraba, porque sentía que la vida se le escapaba. Pensó en su madre y en su hermano, en cuánto lo habían querido y, un instante antes de cerrar los ojos, en Hersilia. «He sido tan débil», se dijo, rindiéndose al torpor. Algo lo arrastraba hacia abajo, el brazo pesaba cada vez más y, extenuado, lo abandonó. Los oídos palpitantes escucharon el ruido de la espada golpeando el suelo. Rómulo abrió los ojos instintivamente y vio cómo la punta se clavaba en el pequeño charco de su propia sangre.

Se giró una última vez hacia sus amigos, les sonrió entre las lágrimas. Realizando un gran esfuerzo apretó los dedos alrededor de la empuñadura y, con el último atisbo de vida, se lanzó contra la muerte.

Empujó la espada hacia adelante, pero el peso era excesivo: los músculos estaban vacíos y el bronce lleno. Cayó de bruces al suelo, con los músculos contraídos a la espera del golpe final, pero cuando la espada bañada por su sangre rozó el gemelo del espectro, la niebla crepitó y el Tidide gritó, más de sorpresa que de dolor.

El quirita observó al adversario mirar con estupor la sangre que le goteaba de la pierna. Entonces asestó otro golpe de espada, que hirió en el tobillo al espectro. La visión de aquel líquido azulado

le insufló fuerzas. Giró sobre sí mismo para volver a ponerse de pie, mientras Diomedes vacilaba: de sus heridas manaba energía y una seguridad secular.

Los otros espectros dieron un paso al frente, estrechando el círculo. Los tres compañeros de Rómulo, espalda contra espalda, levantaron las armas: ahora empuñaban la esperanza.

—¿Qué sensación te da la vida? —preguntó Rómulo con un susurro doloroso.

Diomedes se quitó el pesado yelmo crinado, lo tuvo en la mano durante unos segundos y al final lo dejó caer. Por primera vez, sonrió:

—Ven a cogerla.

Rómulo drenó las últimas gotas de energía dejándolas gotear en la punta de los dedos; aferró y bajó la espada, abandonándose, para que el peso del cuerpo le diese el impulso necesario para cargar.

Diomedes, con la mirada clavada en un punto impreciso del cielo, a espaldas del quirita, y los brazos abandonados, esperó inmóvil el golpe, que lo alcanzó en el cuello. La hoja de la espada encontró la carne y se clavó con esfuerzo en los tejidos. Los dos hombres se tambalearon durante un segundo vítreo antes de caer al suelo, el uno sobre el otro, exánimes.

Los aqueos se estremecieron, emitiendo sonidos lúgubres. El cielo empezó a girar sobre sus cabezas y se volvió púrpura. Aventino y Dentato, arrodillados, se apretaban las palmas de las manos contra las orejas. Los espectros se agitaron, cada vez a más velocidad, perdieron los contornos, se confundieron con la niebla y, unos momentos después, con un batido de alas salvaje, docenas de patos alzaron el vuelo, subiendo rápidamente hacia el cielo.

Con paso inseguro, los tres compañeros llegaron junto a Rómulo, desplomado, inerte, sobre el cuerpo de Diomedes. Ninguno de los dos parecía respirar. ¿Muertos? Hércules se inclinó sobre el joven y le dio la vuelta, con las manos temblorosas y sudadas. Agachó la cabeza, palideció, y ese fue su «sí».

De algún modo, la muerte había ofuscado el rostro de Rómulo: la expresión se había endurecido, como si hubiese alcanzado la madurez en el último segundo de vida. Aventino rompió a llorar casi sin darse cuenta, vencido por el terror, el fracaso y la nada.

Nadie había notado el cambio en el cuerpo de Diomedes: ahora, en lugar de la niebla turbia, unos miembros torneados y rosáceos despuntaban de la armadura manchada de sangre. El Tidide se movió y los tres se pusieron en pie, desconcertados. Aventino y Dentato dieron un paso atrás, y Hércules aferró la empuñadura de la maza.

El aqueo abrió los ojos, azules como el cielo que habían olvidado. Los dedos tocaron una pequeña melodía en la arena, en busca de la sensibilidad perdida. Se iluminó como si hubiese dado con el tesoro más preciado, y se incorporó.

—Vivo —murmuró maravillado, pasándose una mano entre los largos cabellos color del trigo maduro.

Nada más ver al joven tumbado a su lado, ignorando las miradas rabiosas de los hombres que lo rodeaban, alargó una mano, pero Hércules levantó la maza:

—Tócalo y te devuelvo al sitio de donde has venido.

Diomedes, lleno de consternación, asintió. Luego lo tocó.

—Los vivos pueden morir —gritó el gigante, blandiendo la enorme maza. Parecía haber vuelto a ser la indestructible máquina de guerra que en la Colina Coronada había aniquilado a toda una compañía de soldados albeses—. ¡Muere!

—No —la voz de ultratumba detuvo la mano del Perseide y atrajo las miradas de todos. Rómulo, de algún modo, estaba vivo.

Aventino se lanzó hacia él y lo ayudó a incorporarse mientras lo besaba y lo bendecía.

—Sabía que no estabas muerto, no lo he dudado ni por un segundo porque no podía ser, no podías estar muerto, ¡no tú!

—¿Seguro? —le preguntó el joven, luciendo una expresión rara. Había algo nuevo en sus ojos, algo rojo. Un velo o un halo rojo.

Hércules, invadido por el estupor, apoyó la maza.

—Estabas muerto.

—¿Seguro? —repitió el joven, extendiendo la mano. El gigante la miró durante unos instantes, antes de aferrarla. Lo levantó y lo apretó en un abrazo rápido.

Diomedes ya se había puesto en pie y miraba fijamente a Rómulo.

—¿Tienes una dirección?

El joven se rozó las heridas, donde la sangre se había cristalizado, y recorrió los bordes irregulares con la punta de los dedos. Lo mismo hicieron sus compañeros con la mirada, como si se hubiesen dado cuenta solo entonces de lo que había ocurrido de verdad.

—La tengo —dijo al fin.

—Es la mía —prometió Diomedes.

Remo había buscado por doquier, salvo allí, en el corazón desnudo del palacio.

La sala anular estaba desierta e iluminada tenuemente por los rectángulos de luz que se filtraban por las rendijas de las tres puertas. La de la derecha conducía a los aposentos reales, la de la izquierda a las termas, y la otra a las salas públicas.

La búsqueda de Remo había empezado el día en que Turno, luchando contra la parálisis, le había dado a entender, con sus últimas fuerzas, que había algo muy importante escondido en las profundidades de la montaña. No había dudado ni por un segundo del anciano guardián; no podía quitarse de la cabeza ese rostro devastado por el sufrimiento y que, aun así, seguía mirándolo testarudamente como si la entrega de ese mensaje mudo fuera el fin último de su existencia.

Durante semanas había rastreado las plantas subterráneas del palacio, sin excluir bodegas, viejas celdas caídas en desuso, canales de desagüe, crujías y conductos de ventilación, pero no había encontrado nada.

Cada amanecer visitaba a Turno, postrado en un estado de inconsciencia perenne en la parte trasera del apartamento del médico de la corte, y cada día Furio repetía la misma frase, que sonaba como un triste augurio: «No llegará a esta noche». Pero llegaba, por así decirlo: el guardián no moría, pero tampoco volvía a vivir.

Aquella noche, de vuelta del paseo con la muchacha de los tejados hasta el lago de Diana, mientras cruzaba la sala anular con la indiferencia habitual, Remo escuchó el golpeteo de sus propios pasos sobre el suelo desnudo, y fue como si los sentimientos y los recuerdos de toda una vida tocasen a la puerta de su alma, y si había una puerta, también tenía que haber algo tras ella.

Le pareció encontrarse de repente sobre la cima de una época, aunque no sabía explicárselo bien porque es imposible transmitir, incluso a uno mismo, la sensación de vida que emana de un periodo cualquiera de la propia vida, de la misma manera que ninguna descripción de un sueño puede transmitir la sensación del sueño.

Con los ojos brillantes de repente, aflojó las bridas del férreo control que se había impuesto y su mente se vio invadida por las imágenes: Angerona corriendo a su encuentro y Lykos corriendo a su lado, un viandante con el rostro de su hermano y la expresión enigmática de la niña de los bosques, senderos en la noche y faroles entre los árboles, el cayado del padre y la melena de Saturnino, los ojos acuosos del Pontífice y la vieja vestida de negro de la encrucijada, el carnero Pan y el mulo Janto, hombres y animales, amaneceres y puestas de sol, horas y días, y la novicia que pasaba los días en un patio y las noches en los tejados.

¿Qué había detrás de aquella pared? Gracias a la liberación de sus sentidos, ahora era consciente de cada elemento natural. Percibía la piedra hasta el último átomo, la recorrió palmo a palmo hasta toparse con una especie de mecanismo. Se sobresaltó por la sorpresa.

Se dirigió hacia la pared, pasó los dedos por el borde de una baldosa, encontró un fragmento móvil, empujó y escuchó como algo se activaba. Un segundo después había aparecido una apertura en la pared.

Se rascó la cabeza con ambas manos, miró a su alrededor y luego entró en el hueco, cerrando la puerta a sus espaldas de una patada. No cogió la antorcha colgada del gancho en la pared, y enfiló las escaleras que se sumergían en el vacío.

Los fuertes latidos de su corazón lo seguían, o mejor dicho, parecían precederlo a medida que

descendía los resbaladizos peldaños de piedra. Pero, curiosamente, cuanto más penetraba en la montaña más parecía disminuir la oscuridad, en lugar de adensarse. Comprendió el motivo cuando, con cierta sorpresa, se topó con una puerta de madera reforzada con barras de hierro horizontales. Y se sorprendió aún más cuando sintió que la puerta se abría bajo la leve presión de su mano.

Vislumbró a tres hombres en la penumbra. Dos viejos soldados estaban sentados frente a frente en un par de taburetes, con las caras pálidas, las espaldas encorvadas y los uniformes idénticos raídos y descolorados. Lo miraron como si fuese un fantasma, mientras que al hombre en pie, al fondo de la habitación, los ojos grises le brillaron en una muestra de reconocimiento, antes de resoplar para apartar el mechón de pelo que le cubría la frente.

Pasaron unos instantes inmóviles, antes de que los dos guardianes se pusiesen en pie con una agilidad que sorprendió a Remo; ya no parecían tan viejos y sin duda el bronce de sus espadas estaba en buen estado, y ahora acechaba su garganta desnuda.

—Quietos, ¿no lo reconocéis? —gritó el tercer hombre con un tono perentorio, que no estaba oxidado a pesar de no haber sido usado en muchos años.

Los guardias se detuvieron pero no bajaron las espadas. Con una coordinación perfeccionada por la experiencia, uno se giró hacia el hombre de pelo gris, mientras el otro vigilaba a Remo:

—¿Lo conoces?

—Lo reconozco, sí.

—¿Quién es, Numitor?

—¿Numitor? —preguntó Remo con los ojos abiertos como platos.

—Numitor —confirmó el hombre de pelo gris—. Tu tío.

—¿Tío? —repitieron Remo y los guardias.

Numitor lo señaló:

—Miradlo: ¿dónde habéis visto ya esa forma de ojos particular, ese nacimiento del pelo, esa mandíbula dura y esa expresión amenazante de un lobo listo para atacar?

Remo vio cómo las pupilas de los carceleros se abrían y se llenaba de luz.

—Amulio —susurró uno de los dos.

—¿Amulio? —murmuró Remo.

—El hijo del rey en persona nos honra con su visita —reveló Numitor, improvisando una reverencia socarrona.

Las espadas tocaron definitivamente el suelo con un leve tintineo.

—¿El gran rey tiene un hijo?

—Su mujer estaba embarazada hace dieciocho años, cuando fuimos encerrados aquí. Pero en dieciocho años las cosas cambian: una semilla se convierte en un hombre hecho y derecho. Y, un día, en un rey.

—Nadie tiene acceso a este lugar —murmuró el guardia, que fruncía la nariz por costumbre.

—Nadie a excepción del rey, y creo que tú has venido precisamente siguiendo sus órdenes, ¿no es cierto, sobrino? —sin esperar una respuesta, Numitor añadió—: Tendrás que perdonarnos, pero no estamos acostumbrados a recibir huéspedes en nuestros aposentos. En los últimos años solo hemos visto a Amulio, y pocas veces. Me imagino que tienes que charlar conmigo, ¿verdad? Vamos a mi estudio.

El hermano de Amulio se puso en marcha sin esperar tampoco esta vez una respuesta; respuesta que, por otra parte, el joven no tenía: todo eran preguntas. Fue la mirada escudriñante de los guardias la que lo espabiló del torpor.

Numitor lo esperaba en el estudio, sentado en una silla de mimbre, al otro lado de un escritorio

repleto de gruesos libros y velas consumidas.

—Tienes la cara de alguien que no recuerda el mensaje que tiene que transmitir.

—Los recuerdos se interpretan, igual que los sueños —dijo Remo mientras se sentaba en el sillón.

La sonrisa de Numitor se convirtió en una mueca.

—Igualito que tu padre...

—Mi padre está muerto, por lo que sé. Solo soy un pastor, o al menos lo era.

—¿Ahora qué eres?

—Cualquier cosa, pero el día después.

Numitor pareció reflexionar.

—¿Contra qué te rebelas, joven?

—Adivina.

—No estás aquí por orden de tu padre, ¿verdad?

—Conozco a Amulio desde hace pocos meses. Soy un prisionero de guerra.

—¿Con el medallón real en el pecho?

Remo pasó la mano por el pelo: no sabía cómo explicar en pocas palabras los diecisiete años que lo habían conducido al amanecer de aquel día en la celda secreta del palacio real de Alba, pero sabía que tenía que hacerlo.

—Busco la verdad —dijo.

A través de los tragaluces se insinuaban dedos polvorientos de luz que hurgaban en la habitación y parecían señalar secretos ocultos entre las estanterías. Numitor apoyó los codos sobre la mesa.

—Creo que eres sincero, ¿pero qué lleva a un pastor caído prisionero a convertirse en el brazo derecho del soberano? No creo que conozcas el valor del medallón que luces. Existen tres tipos, con diferentes grabados para indicar el grado de poder de quien los lleva. El tuyo, pastor, con el fuego de Vesta y el águila con el cetro de Júpiter entre las garras, es el más poderoso, y afirma que tú hablas con la misma voz que el rey. Solo existen dos ejemplares, y uno de ellos está reservado al guardián de las llaves.

—Sabes muchas cosas.

—No te olvides de quién he sido. Yo también soy un ex, un ex rey.

—Todos te creen muerto.

Numitor miró a su alrededor.

—¿Por qué?, ¿qué soy?

—Entonces, ¿por qué Amulio te perdonó la vida después de derrocarte, cuando podía...? —dijo Remo, pero se detuvo y agachó la cabeza.

—¿Cuando podía haber matado a mis compañeros, a mi hija y a sus dos hijos? Quizá porque me quiere.

—Una forma insólita de demostrar su amor.

—Somos una familia insólita. Además, como tú mismo has dicho, sé muchas cosas, y de cuando en cuando Amulio me pregunta algo. Mi hermano respeta el conocimiento, y aquí custodio muchos secretos —dijo, tocándose la sien—. Desde hace dieciocho años vivo en este agujero, olvidado por todos, en compañía únicamente de esos dos soldados, que ya son mis únicos amigos, y a los que he visto envejecer junto a mis esperanzas, día tras día. Cada mañana están ahí para recordarme que solo se muere una vez, pero que se tarda mucho tiempo...

—¿Por qué no te has suicidado? —le preguntó Remo, aunque la pregunta, y se dio cuenta en el mismo momento en que la formulaba con voz trémula, también estaba dirigida a sí mismo.

Numitor respondió por los dos:

—Espero.

—¿Esperas?

—Espero mi ocasión. ¿Eres tú mi ocasión?

—Qué coincidencia. A lo mejor resulta que las dos caras de la luna no son tan distintas entre sí.

—¿Qué quieres decir?

—La pregunta que me has hecho coincide con la respuesta que me dio Amulio. Tu hermano me dijo que él es mi ocasión.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Me ha enviado el guardián de las llaves. Fue, en cierto modo, su último deseo.

—¿Turno ha expirado?

—Yace inconsciente desde hace una semana. Ese hombre no tenía ningún motivo para amarme, y aun así me amaba.

—Lo mismo ocurre con los dioses, pastor. El viejo Turno debió haber intuido algo sobre tu identidad. Él es el único, además de Amulio, que conoce el secreto de mi reclusión. Creo que tenía un plan en mente.

—¿Un plan en relación a qué?

—A tres hombres y una ciudad: Amulio, tú, yo y Alba.

—Si el guardián te hubiese sido fiel y hubiera querido liberarte lo habría hecho. En dieciocho años habría encontrado la forma.

—Quizá la haya encontrado ahora. No creo que exista un hombre en todo el mundo que pueda derrocar a Amulio... salvo el propio Amulio. Por eso Turno te envió aquí. Has encontrado lo que buscabas, pastor.

—¿La verdad?

—Creo que sí.

Remo se puso en pie de un salto.

—¿Es esta la verdad? ¿Soy el hijo renegado de un usurpador? ¿De un tirano que ha asesinado a amigos y parientes? ¿De un enemigo que ha declarado la guerra a mi gente y asesinado a todo cuanto quería? ¿De este hombre soy hijo?

—No eres responsable de los crímenes de tu padre, pero te convertirías en uno si no hicieses nada para ponerle remedio.

—Déjame adivinar el remedio que propones: ¿ayudarte a retomar la corona?

—Ah, pastor, para eso necesitarías un enorme ejército, un buen puñado de capitanes expertos, una dosis de fortuna irrepetible y, en fin, el favor de los Celestiales. En tal caso, quizá tendrías alguna posibilidad de derrotar a tu padre.

—Es una conversación absurda. Amulio no es mi padre.

—Que tú no lo quieras no cambia la realidad. La verdad no es la certeza, sino la revelación.

—Pongamos que dispongo de tal ejército —dijo Remo, cambiando de repente el tono y la expresión.

Numitor se estremeció: esa era la misma mirada que tenía Amulio el día en que había entrado en la basílica, con la cabeza del capitán de la guardia ciudadana en una mano y en la otra la espada, que dejaba un rastro de sangre en el suelo.

—Entonces yo tendré mi venganza y tú tu corona. —Se levantó y extendió la mano derecha desde el otro lado de la mesa—. Amulio encontrará la muerte y Alba la justicia.

—¿Es esto lo justo?

—Es lo que hay que hacer.

—Alba ni siquiera es mi ciudad.

—La ciudad de los hombres libres para elegir es aquella donde se condensan las nubes más grandes.

Remo miró largo rato la mano tendida hacia él, pero al final no la estrechó. De repente, Numitor le pareció viejo, vacío, como si toda la autoridad demostrada hasta ese momento le hubiese supuesto un esfuerzo excesivo.

El rey depuesto retiró la mano: los años y las fuerzas se le habían escurrido, junto a las esperanzas y los sueños, y todo lo que le quedaba era una vaga idea de redención demasiado parecida a la venganza.

—Tú no me crees —admitió sin ocultar la amargura—. Y eso que he sido sincero hasta la médula.

—Ni siquiera consigo creer en mí mismo, ¿cómo puedo creer en ti?

—Te daré una prueba. ¿Recuerdas la estatua gigante de Eneas que hay en el ábside de la basílica? Pues bien, bajo el dedo meñique de la mano izquierda hay una palanca minúscula. Acciónala y se abrirá una trampa secreta a los pies del monumento, que te conducirá a la antigua cripta. Nadie conoce su existencia a parte de mí. En el interior del *penus*, el *sancta sanctorum*, encontrarás el Paladión, el talismán que el héroe dárdano trajo consigo desde Troya. Quien lo posee, posee el corazón de la ciudad. Este es mi regalo para ti.

Remo sacudió la cabeza.

—Si la respuesta es guerra, ¿cuál es la pregunta?

Castelrotto surgió lentamente de la niebla como el casco de un velero encallado en una playa en los confines más lejanos de la Tierra.

Las torres agrietadas e inestables se erigían sobre una maciza construcción redonda. El muro exterior, construido con bloques macizos de arenisca, estaba parcialmente derrumbado; una avalancha de piedras había rodado colina abajo y formaba una especie de escalera en ruinas, entre la hierba alta y los matorrales.

Rómulo y sus compañeros llegaron por la parte opuesta, donde la ladera escarpada de la colina caía verticalmente sobre una larga lengua de arena, en lo que era la ramificación extrema de las ciénagas.

Solo habían podido salir de las Ciénagas Venenosas gracias a la guía segura de Diomedes, que ahora, para anunciar el fin de su cometido, cedió a Rómulo la cabeza de la pequeña columna.

—Puede que te reconozcan y así quizá no nos maten —explicó el Tidide, señalando a los hombres armados de lanzas dispuestos sobre el terraplén superior de la fortaleza. Sin embargo, ninguno de los centinelas miraba hacia aquel lado, pues sin duda no temían una amenaza que llegase desde las Ciénagas, de donde jamás alguien había salido vivo.

—O a lo mejor te llevas el primer lanzazo en la panza —dijo Aventino.

Diomedes se frotó el vientre.

—Es una sensación hermosa.

—¿Cuál? —le preguntó Dentato.

—Saber que puedes morir otra vez.

—¡Entonces vamos a intentarlo! —exclamó Hércules, superándolos expedito.

Llegaron a la base de las escaleras. En lo alto, la herida de la roca negreaba en el flanco del castillo.

—Parece que le haya caído el rayo de Zeus —dijo Diomedes.

—O quizá el biello de Neptuno —bromeó Aventino, pero ni al Tidide ni al Perseide les pareció

gracioso.

Abajo, la niebla se había levantado, revelando un claro salpicado de arbustos raquíuticos, donde varios cientos de hombres se estaban ejercitando bajo la atenta mirada de un viejo. Con las manos cruzadas detrás de la espalda, estaba de pie sobre una roca que despuntaba en la llanura ondulada. Vestía una túnica desgarrada, y la larga melena blanca ondeaba al viento como un estandarte del pasado.

Los recién llegados se vieron rodeados por una decena de hombres armados con largas espadas melladas por la herrumbre.

—¡Que Fauno esté con vosotros! Bienvenidos al campo del pueblo perdido de Saturnia —anunció un hombre alto con un trozo de tela roja atado al brazo—. Os esperábamos. Por aquí, rápido: el Profeta quiere hablar con vosotros.

Lo siguieron sin rechistar. El viento había cambiado de dirección y ahora resonaban con claridad las voces de los adiestradores y el choque de los bastones.

—Vamos a intentar por lo menos ser prudentes, si no podemos ser algo mejor —susurró Aventino a los compañeros, desatando la vaina de la espada.

Cuando estuvieron bajo la sombra de la roca, el viejo habló sin girarse:

—Una extraña compañía, a través de un paraje intransitable, llega en una hora de extrema necesidad, cuando ya las esperanzas de muchos se estaban enfriando, pero a tiempo; tiempo de lanzar al viento las insignias, tocar las trompetas y ponerse en marcha. Mis ojos ven la noche y mi tiempo se agota, pero tu ejército está listo, mi rey.

La última palabra resonó largo rato en la llanura, que de repente se había quedado en silencio. Todos los presentes interrumpieron los entrenamientos y se habían acercado, disponiéndose en un círculo alrededor de los recién llegados.

Los compañeros de Rómulo se guardaban las espaldas con una preocupación creciente, aplastados entre la piedra y esa muralla de soldados. Solo él miraba hacia arriba. El cielo gris parecía descender sobre ellos, mientras el viento tocaba flautas invisibles.

Rómulo sintió que el corazón le estallaba dentro del pecho cuando el viejo Profeta se giró para revelarle lo que ya había intuido. Fáustulo lo escrutaba con los ojos llenos de amor y tristeza: «lo siento, pero te toca a ti», parecían decir.

—He aquí el rey —anunció, indicando a su hijo.

Cuando Rómulo asintió, la explosión de los hombres respondió al fragor del trueno.

Se reunieron en el castillo de la cima para comer y debatir los planes. Sobre la mesa baja en el centro del salón había tablas llenas de polenta y de carne a las especias; alrededor, sobre el suelo recién barrido, espesas mantas de lana. Un par de carneros se asaban en la chimenea de piedra que, sólida y bruñida, parecía soportar todo el peso de la pared inclinada y agrietada. Pilas de cascotes delimitaban el perímetro; el viento se colaba por las grietas, aullando, y a través del techo derrumbado se veían las torres apoyadas en el cielo cubierto de nubes.

Sentado a un lado, Tíber pellizcaba su cítara. Rómulo lo había encontrado entre los hombres del séquito de su padre y había llorado al volver a abrazarlo. ¿Cuántos años habían pasado? Solo algunos meses.

—¿Entonces, te has convertido en un vate? —le preguntó mientras le besaba las mejillas.

El compañero de hermandad había reído con sarcasmo.

—No, pero he aprendido un buen montón de marchas militares.

Rómulo vació una copa de leche fermentada, se limpió la barbilla con el dorso de la mano y se

dirigió al padre:

—La mamá me dijo que los albeses te habían hecho prisionero.

—Aca siempre ha tenido un estilo muy suyo para decir las cosas.

—También me reveló otra cosa. ¿Puede que también haya mentido al respecto?

Fáustulo levantó el índice fibroso.

—No, te ha dicho la verdad.

Rómulo comprendió que no añadiría nada más.

—Pero tú no fuiste capturado.

—Tu madre tuvo una premonición sobre la invasión de los Mantos Negros, la noche antes del ataque. Decidió ir a buscarte inmediatamente a Siete Colinas. Yo me quedé en Roble Quebrado porque tenía otra misión. Nuestros caminos se separaron después de cincuenta y un años.

—¿Por qué te quedaste?

—Reuní deprisa y corriendo a un grupo de pastores y los convencí para echarse al monte. Al día siguiente sorprendimos a un pelotón aislado de albeses saqueando un caserío: nos llevamos sus vidas y sus armas. El episodio, insignificante en el contexto de la gran invasión, se propagó de valle en valle e infundió un nuevo ánimo en los prófugos. El fuego de la resistencia se prendió en aquel momento.

—¿Vinisteis aquí para resistir? —le interpelló Diomedes.

El viejo siguió a lo suyo:

—Reuní a una gran cantidad de aborígenes desperdigados y quiritas supervivientes, luego los conduje hasta Castelrotto, donde sabía que podía encontrar la protección y las armas que necesitaba imperiosamente para mis planes.

—¿Cómo lograsteis vadear las ciénagas? —le preguntó Aventino.

—No las atravesaron —dijo Diomedes.

—Exacto —confirmó Fáustulo—. Ningún mortal las ha atravesado jamás.

—Bien de cierto —aprobó Diomedes.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó Dentato a Rómulo—. ¿Sabías que nadie había logrado salir con vida cuando nos condujiste allí?

—Que nadie haya hecho nunca algo no significa que ese algo sea imposible —dijo Rómulo.

—Realizamos una gran viaje por la milenaria cadena montañosa que une los valles de Siete Colinas con el norte —explicó Fáustulo con orgullo—. Luego, en un mes, logré convertir a una banda de pastores en un ejército.

—De mil hombres —comentó Aventino.

—Mil noventa y cuatro —precisó Fáustulo.

—Mil noventa y nueve con nosotros —añadió Hércules.

Diomedes le hincó el diente a un trozo de carnero y lo devoró con voracidad.

—Fuimos cincuenta mil los que acampamos en vano bajo las murallas de Troya durante diez años. Al final, siendo quince, nos bastó una noche para conquistarla. Los números valen para los caballos y las ovejas, no para los guerreros.

—Estos guerreros se parecen peligrosamente a ovejas —dijo Aventino en voz baja.

—Diomedes, pareces un hombre que no ha comido desde hace siglos —apuntó Pomilio, el hombre con la venda roja en el brazo, que Fáustulo había presentado como el segundo en rango de su ejército. El Tidide puso otro hueso repelado hasta el tuétano en la bandeja.

—Día arriba, día abajo...

Dentato se aclaró la garganta. Aventino le hizo un gesto para que hablase sin cortarse, con una

expresión brusca, como diciendo que los problemas eran otros.

—Es probable que yo haya sido el último de nosotros en ver el grueso de las tropas de Amulio, y puedo afirmar con cierta seguridad que en los valles de Siete Colinas hay al menos veinticinco mil Mantos Negros. Creo que la intención del rey de Alba es ocupar definitivamente la ciudad, ahora que está desierta.

—Una proporción de veinte contra uno ni siquiera nos permite proyectar una derrota respetable, figurémonos una victoria —rebatío Aventino, mesándose la barba desaliñada.

—Sin embargo, no tenemos alternativas: tenemos que ocupar Siete Colinas y volver a fundarla —afirmó Fáustulo con voz dura, mientras Pomilio asentía con extrema determinación.

—¿Quién dice que para volver a fundarla tenemos que ocupar Siete Colinas? —preguntó Rómulo, y los ojos de todos se clavaron como flechas en los suyos, donde, desde el duelo con el Tidide, flotaba un etéreo resplandor rojizo—. Entre nosotros y la ciudad, entre nosotros y la libertad, entre nosotros y el futuro, está Amulio. Allá donde mire, veo a Amulio. No marcharemos sobre Siete Colinas, sino sobre Alba.

En el cielo cobalto que se cernía sobre sus cabezas volvió a bramar un trueno, y todo el castillo pareció estremecerse. Un puñado de cascotes se soltó de una de las paredes y se estrelló contra el suelo.

—Donde vayas tú, voy yo —dijo Hércules.

—Lo mismo digo —aseguró Diomedes.

—Alba es inexpugnable. Jamás nadie ha tomado el Pico Dorado —objetó Fáustulo.

—Tampoco nadie ha vuelto con vida de los infiernos, por lo que sé —observó Aventino.

—En cualquier caso, es evidente que Alba no estará desguarnecida. Se habrá quedado una guarnición de al menos tres mil soldados con Amulio —dijo Pomilio, buscando el consenso del Profeta.

Sin embargo, Fáustulo miraba al hijo. De repente volvió a animarse y dijo:

—Tú sabes cómo entrar.

Rómulo negó con la cabeza.

—Él lo sabe.

—¿Él?

—No me has preguntado por él.

Fáustulo temblaba.

—Temía que...

—Remo está vivo y abrirá para nosotros las puertas de Alba.

—Hércules —dijo Aventino.

—Tenemos que llegar bajo las murallas albesas por la noche sin ser vistos. Un grupo selecto nos precederá con la misión de tomar la puerta y, solo en un segundo momento, el grueso de nuestro ejército se sumará a la vanguardia. De esta forma quizá logremos retrasar el momento en que los Mantos Negros hagan sonar las alarmas. Podría funcionar. Lo último que se espera una ciudad victoriosa es un asedio —dijo Hércules. Luego se limpió las manos, se caló el sombrero y abrazó la lira.

Aventino creía ciegamente en el plan, pero dejó hablar al capitán que había en él:

—Supongamos que no nos avistan hasta que lleguemos a las murallas, e incluso que logramos entrar sin problemas. Nos encontraremos combatiendo contra un enemigo tres veces superior, en una ciudad desconocida, por si fuera poco; eso sin contar que bastan diez hombres para defender a ultranza la Puerta del Cielo, el único acceso hacia el Pico Dorado.

—Estáis contando más de la cuenta para ser guerreros —les reprochó Diomedes, antes de partir en cuatro trozos un pedazo de queso y llevarse una tajada a la boca.

—Además, tendremos a nuestras espaldas al ejército albés, que sin duda se replegará hacia Alba cuando sepa del ataque —apuntó Dentato.

Rómulo apoyó la copa en el suelo, y la movió primero hacia un lado y luego hacia el otro.

—Yo no le estoy declarando la guerra a Alba, sino a Amulio. Todo lo que os pido es que mantengáis ocupada a la guarnición de la ciudad para darme el tiempo de encontrar al rey y matarlo. Cuando muestre su cabeza desde lo alto del Pico Dorado, los albeses depondrán las espadas y nosotros haremos lo propio. Amulio es un usurpador y un tirano, y todos nosotros somos latinos y hermanos.

—Tú le tienes demasiada fe a los hombres —le reprochó el padre.

Diomedes lanzó el cuchillo contra la viga de la chimenea y eructó con gran estruendo.

—Agamenón estaría orgulloso de mí —dijo antes de señalarlos—. Ahora soy yo el que quiere hacer una observación: he visto a tus hombres, viejo, y tengo que admitir que Barbarizada, mi hermano de sangre, tiene razón. —Y le hizo un guiño a Aventino antes de seguir—: No pueden llamarse soldados, figurémonos guerreros. Además, no están bien equipados: tienen espadas desbocadas, pocos escudos, y frágiles; ninguna armadura y ni siquiera un cuenco por yelmo. Acabarán masacrados como ovejas. Podrán resistir una hora como mucho contra un ejército de verdad. No digo que no lo hagamos, digo solo que hay que tener en cuenta que seremos claramente más débiles.

—El arte de la guerra consiste en ser más fuerte que el enemigo en un momento concreto. Que Amulio sea más fuerte que nosotros no tiene ninguna importancia; importa solo que no lo sea el día en que le atacemos —dijo Hércules pellizcando la lira, con la mirada oculta por el ala del sombrero.

—Ya lo hemos hablado. Para robustecer nuestras filas necesitamos soldados expertos —recordó Aventino—. En pocas palabras, hombres de verdad.

—Yo sé dónde encontrarlos —garantizó Rómulo, poniéndose en pie entre las primeras gotas de lluvia—. La cita con nuestro destino está fijada en la noche del equinoccio de otoño. Nos veremos en el bosque de Diana, dos millas al oeste de la Puerta del Águila. Pasada la medianoche podrá ser a cualquier hora. Aventino y Diomedes serán los lugartenientes de mi padre. Con vosotros irá también Dentato. Hércules, en cambio, cabalgará conmigo.

Mientras Dentato le recordaba a Rómulo que no disponían de caballos, Aventino se inclinó hacia Diomedes para preguntarle qué significaba eso de hermanos de sangre.

—Ni que fuésemos de la misma sangre tú y yo.

—Pero pronto derramaremos la misma sangre —le prometió el Tidide.

Cuando el sí de Fáustulo por fin se escuchó sobre la cháchara, Pomilio se puso en pie con la copa de peltre en la mano.

—Propongo un brindis de buen agüero.

—Lo haremos en Alba o no lo haremos nunca —dijo Hércules.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Dentato.

Rómulo sonrió:

—Hace un minuto.

Ya estaban todos fuera dando órdenes cuando Rómulo se acercó al padre, que seguía sentado con las piernas cruzadas sobre las mantas. Cuando se agachó, la rama de oro que llevaba colgada del cuello salió de la túnica. Los ojos de Fáustulo se humedecieron: parecía volver a ser el viejo y

sabio pastor de Roble Quebrado.

—¿Es cierto lo que me reveló mamá sobre nuestro origen?

—Lo es.

—¿De quién somos hijos?

—No lo sé.

—Pero tienes una idea.

—Yo tenía la mía y Aca la suya.

—Me la puedes revelar.

—Es cosa vuestra, y de nadie más, descubrirlo.

—¿Se llama vida, verdad?

—Así la llaman.

Rómulo le apoyó una mano en el brazo enjuto, donde las venas azules se entrecruzaban bajo la piel translúcida, e intentó transmitirle todo el afecto que sentía.

—Siempre pensé que solo te importaba Remo.

—¿Todavía no lo has entendido, hijo mío? Tú eres Remo.

—Puedes seguir llamándome chica, pero si quieres que te responda has de saber que me llamo Anthò.

Remo se despertó sobresaltado. La muchacha de los tejados, sentada al borde de su cama, lo miraba fijamente con grandes ojos de animal. Él se sintió perdido en los bosques:

—¿Cómo me has encontrado?

Anthò le apretó un pie.

—He olfateado tu rastro.

—Estoy hablando en serio. ¿Cómo has podido llegar hasta aquí? —dijo Remo, apartándose.

—Nací en este palacio, lo conozco mejor de lo que crees. Conozco muchas cosas mejor de lo que crees. Esa mirada, por ejemplo —dijo tocándole la nariz.

Estaba sentada descalza, con una pierna bajo la nalga y la otra doblada sobre la cama, con la barbilla apoyada en la rodilla. Vestía una túnica con una generosa abertura entre los senos, y una bufanda verde, como el cinturón alrededor de su cintura.

Remo se dejó caer sobre el colchón de plumas y se estiró para soltar los músculos entumecidos. Todavía no se había acostumbrado a aquel lujo y sabía que nunca lo conseguiría.

—He soñado con mi madre —reveló, cerrando los ojos, como si quisiese recomponer el rostro de la mujer en su cabeza.

—¿Está lejos?

—Está muerta.

—Entonces está muy lejos, como la mía.

—Su mayor miedo era el de sobrevivirnos. Nunca lo dijo abiertamente, pero era como si tuviese el presentimiento de que no nos habría tocado una vida larga.

—Miedos de madre.

—Ya, pero también de profetisa.

—¿De verdad lo era? Yo creo que todas las mujeres lo son un poco.

—Puede. Cuando mi hermano Rómulo se marchó de casa para formar su banda, ella cogió la costumbre de salir a la puerta cada noche, con un farol en la mano. Cuando mi padre le decía que lo dejase, porque Rómulo no iba a volver y ella iba a pillarse alguna enfermedad, Aca respondía que una madre siempre espera el regreso de un hijo, ya haya ido a un país lejano, a uno cercano, o hacia la muerte.

—Hay un viejo dicho que afirma que en tiempos de paz los hijos entierran a los padres, mientras que en tiempos de guerra son los padres quienes entierran a los hijos. Solo que estos no son tiempos de paz.

—Durante todo el sueño me ha llamado Rómulo, y eso que estoy convencido de que se dirigía a mí, y no a mi hermano. Me ha recordado a cuando, algunas noches, tocaba la flauta acurrucado a sus pies, frente a nuestra chimenea, y ella cantaba para mí. Tenía una voz mágica, incluso cuando hablaba, y yo la adoraba, aunque rara vez se dirigiese a mí.

Dos lágrimas se escaparon de sus párpados cerrados, corrieron por la mejillas y se depositaron sobre los labios, como el rocío. Anthò se inclinó sobre él y las alejó de un soplido. Tenía el perfume del aire nocturno y los almendros en flor.

—Me da la impresión de haber llegado a este punto de mi vida por culpa de toda una serie de

circunstancias ajenas a mi voluntad, y también ahora me pregunto si de verdad soy libre para elegir, y si es cierto que la libertad consiste en la posibilidad de elegir.

—¿Por qué te preguntas todas estas cosas? ¿Por qué pasas tanto tiempo dentro de tu cabeza? —le preguntó la joven, pero en ese «tú» parecía querer decir «nosotros». Remo apretó la sábana.

—No lo sé. Me temo que el pensamiento no es más que la sombra de una actividad profunda e irracional. Me pregunto si de verdad pertenezco a mí mismo.

—A lo mejor resulta que la única finalidad de la vida es vivir.

—A veces me parece ser un hombre muerto que está de permiso.

Anthò enmudeció durante unos minutos, como si esperase que volviese a fluir esa marea que los estaba llevando lejos.

—¿Qué te ha dicho tu madre en el sueño?

—Que haga aquello para lo que vine al mundo.

—¿No es más o menos lo mismo que me dijiste tú la otra noche?

—Más o menos.

—¿Y en qué consiste?

—Eso no lo ha dicho.

—¿Pero te has hecho una idea?

—Sí.

—¿Y tienes miedo?

—Estoy aterrado.

—¿Y luego, chico, qué harás?

—Me marcharé —anunció Remo. Luego buscó la mano de ella, la cubrió con la suya y la apretó con fuerza, en lo que era una invitación silenciosa.

Anthò se tumbó a su lado y permaneció un buen rato observando el techo oscuro antes de preguntar:

—Y si yo no me fuese contigo, ¿te marcharías de todas formas?

Remo se levantó y, sin soltar su mano, dijo:

—Ya me he marchado.

Cuando salió de la habitación, pocos minutos después de Anthò, Remo encontró a Amulio esperándolo. Estaba de pie, entre dos ajimeces, con la espalda pegada a la pared y la pierna izquierda cruzada sobre la derecha; se estudiaba la mano, abriéndola y cerrándola lentamente. El rostro estaba oculto por la melena, que le caía hasta la cintura, donde resplandecían las empuñaduras de las dos espadas gemelas.

El amanecer todavía no había llegado y las antorchas ya estaban apagadas. En la penumbra del pasillo desierto, la capa del rey lanzaba pequeños destellos. Al otro lado de las ventanas el cielo se había condensado en el negro intenso que precede a la expansión prepotente de la aurora veraniega.

—No es una mujer para ti.

—Solo es una amiga.

—No deja de ser una mujer y, en cualquier caso, no para ti. Tendrás muchas otras, cuando tengas la ciudad.

Remo tragó saliva.

—Esa muchacha significa algo para mí.

—También significa algo para mí. —Amulio se percató de la expresión desconcertada que se dibujó en el rostro del joven, y añadió—: No en ese sentido.

—Lo mismo digo —precisó Remo con un susurro titubeante.

Amulio se separó de la pared con un ligero empujón.

—La verdad es que somos muy parecidos, tú y yo.

Remo sintió una punzada en el pecho y luchó para rechazar la emoción. Escrutó el rostro del rey en busca de un parecido, pero era en otro sitio donde lo encontraba, junto a las dudas que lo atormentaban: ¿Por qué motivo lo había elegido Amulio? ¿Porque era capaz de hablar con los animales como él, o conocía el secreto de su origen? Numitor estaba convencido de su vínculo de sangre sin sospechar siquiera de la existencia de ese talento que ambos tenían en común.

—Más de lo que crees —le dijo con un nudo en la garganta.

Amulio le cogió la barbilla y la movió con dulzura, de arriba abajo, un par de veces, sin mudar la expresión afectuosa pero decidida.

—Ya casi estamos, muchacho. El día después del equinoccio de otoño partiremos juntos hacia Siete Colinas. Los valles están saneados y nuestro ejército nos espera. Fundaremos una nueva colonia de Alba y tú la gobernarás en mi nombre. Serás rey.

Remo seguía inmóvil en el pasillo, frente a la puerta de su habitación, cuando el último paso del rey ya había dejado de resonar hace un rato entre las paredes adornadas con escudos y lanzas. La luz del sol ya extendía las primeras sombras sobre el suelo ajedrezado.

Sin darse cuenta el joven se llevó una mano al pecho, hurgó distraídamente con los dedos y al final dio con la estatuilla de madera que llevaba al cuello, escondida por prudencia bajo la túnica. Representaba a una mujer de ojos azules; en la mano derecha sostenía una lanza con la punta hacia el cielo y en la izquierda un escudo redondo.

Según Numitor, con ese talismán milenario y divino colgado del cuello, Eneas, hijo de Anquises, que había sobrevivido a la caída de Troya, recorrió cientos de millas, atravesó el mar y los infiernos, y derrotó a héroes y a demonios antes de llegar allí, donde había fundado Alba y se había convertido en rey.

Tener y ser, reino y rey.

El tiempo se había acabado aquella noche. Aca, Anthò y Amulio, tres sujetos para una única acción: marcharse.

Era indispensable que la obra de los días dejase paso al día de las obras. Ahora era el momento de decidir si vivir como rey o matar al rey. Al primer amanecer de otoño, todo se habría cumplido.

Remo se vio invadido por una necesidad imperiosa e incontenible: tenía que hablar con el Pontífice, con el guardián de las llaves y con Numitor, pero ninguno de los tres estaba disponible: el uno, prisionero; el otro, moribundo; el tercero, sepultado vivo. No obstante, echó a correr. Tenía fiebre.

Los sirvientes lo vieron lanzarse escaleras abajo, atravesar como un rayo el atrio, cruzar los pesados cortinajes que escudaban la entrada y, al fin, irrumpir en la explanada de la basílica.

Presa del impulso y cegado por el paso repentino de las tinieblas a la luz, fue a estrellarse contra un hombretón y rebotó violentamente, pero no cayó al suelo. Cuando levantó la cabeza para maldecirlo o pedirle perdón, vio cómo el rostro grave del Vigilante se relajaba en una expresión de alivio.

Con sus ciento y pico kilos estaba plantado de brazos cruzados frente a la puerta del palacio, y parecía llevar allí mucho tiempo. Tenía unas señoras ojeras y el rostro de quien no ha digerido algo.

—Dijiste que habrías venido a buscarme, un día u otro —le recriminó.

—Hoy es el día, Aquilio —le aseguró Remo, mintiendo solo parcialmente: ¿acaso no tenía

intención de visitar las prisiones para hablar con el Pontífice?

El Vigilante lo escrutó con atención y decidió fiarse, raptado por el sonido de su nombre en la boca de Remo.

—Te tengo que decir una cosa.

—Camina a mi lado, como si nos hubiésemos encontrado por casualidad.

—Hay un hombre que tiene que hablar contigo —le reveló tras una decena de pasos. La basílica era un faro sobre la ciudad, aún en la sombra.

—¿Quién? —preguntó Remo.

—Un centurión.

—¿Orsilio?

—No, otro: uno que tiene autoridad. Fue a buscarte a las prisiones. Le he aconsejado que vaya a hablar con el rey, y me ha respondido que su rey está donde está su corazón. Estas palabras me han hecho reflexionar.

—¿Qué quiere de mí?

—Te espera en la taberna del Oso Pardo, en la ciudad baja. Tiene un mensaje para ti.

—¿Tú, en cambio, qué quieres de mí?

—Creía que tenías un mensaje para mí.

—¿Tienes un motivo para estar cabreado con Amulio?

—¿Un motivo? Con Numitor era el adiestrador jefe de los reclutas de la guardia real. Ahora, desde hace diecisiete años, trabajo como vigilante de las prisiones.

—Han pasado dieciocho años desde que Numitor fue derrocado.

—Pasé un año en las prisiones. Luego el rey fue clemente conmigo —reveló Aquilino.

—¿Cómo has logrado intuir mis intenciones?

—Has sido el primero de muchos en tener el valor de levantar tu mano contra la de Amulio, y la mano del rey, en aquel momento, era la mía. Entonces tuve lo que los sacerdotes llaman una iluminación, y me pregunté cómo había podido acabar en ese punto, cómo había podido convertirme en el brazo armado de mi verdugo.

—Es una pregunta que nos hacemos todos, un día u otro. Hoy le pediremos la respuesta al destino.

El Vigilante se detuvo sorprendido.

—¿Hoy?

—No existe otro día para los rebeldes. ¿Cómo está el panorama en las prisiones?

—Tenemos alrededor de quinientos prisioneros: albeses, en su mayoría prisioneros políticos, y quiritas, todos supervivientes de la batalla de Siete Colinas.

—Creía que había más.

—La mayor parte ya ha sido trasladada a las minas y a las fraguas. De los que han quedado, doscientos están en condiciones de empuñar una espada; los otros pueden hacer, como mucho, de escudo. Pero no creo que los quiritas combatan por mí, quizá los albeses.

—Hay un viejo de pelo ralo y blanco y ojos de demonio entre los detenidos. Lo llaman el Pontífice. Búscalos a él. Él los convencerá.

—¿Y quién lo convencerá a él?

—Dile que el amigo del lobo ha empezado la búsqueda. Él lo entenderá.

—En cualquier caso, no tenemos espadas, solo la mía. Quinientos hombres desarmados son quinientos cadáveres.

—Encontraré la forma de armarlos. Por el momento te pido que esperes y permanezcas vigilante —dijo Remo, antes de darle una palmada en el pecho y marcharse.

En la Puerta del Cielo los guardias no se dignaron ni a mirarlo. Las calles de la ciudad baja ya estaba animadas y resonaban los gritos, los ruidos metálicos, el chirrío de las ruedas, mientras en el aire flotaban los buenos olores del despertar: la fragancia de los cereales en los hornos y el aroma de la leche caliente recién ordeñada perseguían la estela de los efluvios nocturnos. Remo caminaba a paso rápido mirando al frente, pero nadie le hacía caso.

Entró en la taberna del Oso Pardo. En la sala desierta una mujer que le daba la espalda ordenaba algunas jarras sobre una repisa. Estaba a punto de preguntarle cuando un hombre lo agarró por los hombros y lo llevó a la parte trasera.

El desconocido tenía la nariz partida en dos puntos por culpa de una vieja herida y pequeños ojos negros.

—Soy un centurión, o mejor dicho, un antiguo centurión, y me llamo Aurelio Cotta —dijo antes de añadir—: Te pareces a él.

—¿A quién? —le preguntó Remo, pensando en el rey.

—A tu hermano Rómulo.

Remo se quitó de encima la mano del hombre.

—¿Tú lo conoces?

—Lo estuve persiguiendo durante muchos días, a través de los valles de Siete Colinas, pero al final fui yo quien cayó en su trampa. Soy el único superviviente de mi compañía.

—¿Te perdonó la vida?

—Me mató antes de perdonarme la vida.

—¿Qué quieres decir?

Aurelio miró a espaldas de Remo, y luego se levantó la túnica para mostrar el costado, marcado por una cicatriz de treinta centímetros de largo y casi dos de ancho.

—Me curó con sus manos.

—¿Con las manos?

—Sé que es absurdo, pero me aseguró que me habrías creído. Tú más que nadie, dijo.

—Te dijo la verdad.

—Ahora escúchame bien, tengo un mensaje para ti. Rómulo me manda para decirte que estés listo para la noche del equinoccio de otoño. Después de la media noche, podrá ser a cualquier hora: se reunirá contigo en la Puerta del Águila junto a su ejército. Procura estar listo.

La noche del equinoccio de otoño, al final del día sagrado en que la luz y la oscuridad son iguales, pocas horas antes de la marcha hacia Siete Colinas fijada por Amulio: ¿el destino o una trampa?

—¿Por qué fuiste a buscarme a las prisiones?

—Rómulo pensaba que dejarías que te capturasen para entrar en Alba.

—¿Qué habrías hecho si hubiese seguido preso?

—Habría tenido que liberarte.

—¿Cómo? —inquirió Remo.

—He servido como centurión durante diez años: puedo encontrar cincuenta compañeros de confianza en un par de días, pero visto lo visto parece que ya no los necesitamos.

—Te diría que los encontrases y que te procurases también doscientas o trescientas espadas, porque necesitamos, ahora más que nunca, eso y mucho más; te lo diría si me fiase de ti pero, ¿cómo puedo?

Aquilino se frotó la nariz.

—Tu hermano tiene una mancha roja con forma de árbol en el cuello.

—Igual que yo; pero eso solo significa que lo has visto o que alguien lo ha visto por ti. A fin de

cuentas, lo estabas persiguiendo, me lo has dicho tú mismo.

—No me sorprende tu reacción. Rómulo también previó tu desconfianza al respecto.

—¿Y qué ha previsto mi hermano para convencerme de una vez por todas de que me fie de ti?

—Sígueme —lo invitó Aurelio, precediéndolo por un pasillo largo y estrecho.

Solo había una forma de averiguar si era una trampa. Remo lo siguió. Atravesaron un trastero, se agacharon para pasar por una puerta desgoznada y bajaron por una angosta escalera sin barandillas hasta llegar a un patio cubierto por una parra, sobre la que se enredaba una vid repleta de racimos rojos.

Remo vio dentro del recinto un mulo de pelaje ambarino. Sobre el lomo lucían un cayado y un manto familiares. Era Janto, con todo el peso del pasado.

—Campeón —le dijo con lágrimas en los ojos, saltando al interior de la cerca. El mulo restregó el hocico contra su mano mientras saltaba sobre sus pezuñas, como si deseara abrazarlo y no supiese cómo hacerlo.

—¿Ahora me crees? —le preguntó Aquilio.

Remo levantó la cabeza, pero no se giró:

—Lo que importa no es si crees en los dioses, sino si los dioses creen en ti: encuentra los cincuenta compañeros y las trescientas espadas.

Los dos carceleros se pusieron en pie de un salto e hicieron el saludo militar, con la espalda rígida y el rostro arrugado bajo los yelmos comidos por la herrumbre.

El medallón real era un salvoconducto que no conocía puertas, prohibiciones o barreras. Allá donde fuese, había sitio para él, que otrora había decidido vivir alejado de las comunidades humanas.

Remo sintió una gran tristeza mientras pasaba junto a ellos.

—Después de todos estos años, ¿tenéis algún sueño que cumplir o alguien fuera que os espere? —les preguntó. Al ver que dudaban, añadió—: Hablad libremente. El rey sabe escuchar.

Uno de los dos se armó de valor.

—Hace tiempo tenía un deseo: una parcela de tierra al final del servicio militar y una mujer junto a la que cultivarlo. Sin embargo, me temo que soy demasiado viejo para coger la azada, y no sé si esa mujer sigue ahí fuera esperándome —admitió.

—Los sueños se los dejo a los hombres que duermen —dijo rápidamente el otro.

Numitor se había adormecido en la silla. Remo lo observó inmóvil durante unos minutos.

—Tío —murmuró por fin.

El viejo parpadeó, con el rostro enrojecido y marcado por surcos profundos.

—He tenido un sueño —anunció.

—Ya no es un sueño —dijo Remo sin andarse con rodeos. Se dejó caer en el sillón de piel y se lo reveló a quemarropa—: Tengo un ejército.

Numitor se quedó sorprendido; estudiaba el rostro del joven con la sospecha de seguir durmiendo.

—¿Tú tienes un ejército?

—Yo tengo uno dentro de las murallas y Rómulo tiene otro fuera. La noche del equinoccio, en la Puerta del Águila, donde nos reuniremos, nos convertiremos en tu ocasión.

Numitor se levantó. La habitación era una jaula y él, de repente, un león de melena encrespada.

—Un ejército —repitió trepidante.

—Nada más que una banda de prisioneros y disidentes —rectificó Remo, al darse cuenta de haberse dejado llevar por la emoción—. ¿Qué posibilidad podemos tener contra un ejército regular?

—La que nace de la desesperación. Un hombre libre solo tiene un objetivo, la victoria; el siervo, en cambio, en el fondo de su corazón sabe que tiene dos a su disposición, pues perdiendo la batalla podría conservar la vida o, incluso, ganar la libertad —explicó Numitor. Caminaba de una pared a otra, chocando contra la mesa y las estanterías, que se tambaleaban con cada golpe.

—En este momento la proporción es de doce a uno en el interior de las murallas. Con la llegada de las tropas de Rómulo, en el mejor de los casos podrá bajar a cinco contra uno. Si, en cambio, el grueso del ejército de Amulio volviese... Bueno, lo único que habría que contar serían nuestros muertos.

—Un hombre liberado combate con la fuerza de dos siervos —insistió Numitor.

—Entonces seremos cinco contra dos, en el mejor de los casos.

—¿Y quién es ese tal Rómulo? ¿Un capitán de Siete Colinas?

—Algo así.

—¿Podemos fiarnos de él?

—Tanto como de mí —garantizó Remo con un tono ambiguo.

—¿Te ha hecho llegar un mensaje?

—Tendré que tener abierta la Puerta del Águila la noche del equinoccio.

—Irás solo a la Puerta del Águila —le dijo Numitor, señalándolo—. Tus tropas tendrán que ocupar la Puerta del Cielo. ¿Vienen de la vieja prisión?

—¿Cómo lo has sabido?

—Perdí la corona, no la cabeza.

—Nadie ha tomado jamás la Puerta del Cielo.

—Nadie la ha atacado por la espalda. Si lo consiguen, la guarnición albesa se encontrará bloqueada en el medio, y el camino hacia el Pico Dorado estará en nuestras manos, así como mi hermano Amulio.

—Estás corriendo mucho —le reprochó Remo, atrapando al vuelo una tableta que se estaba cayendo de la mesa—. Con Amulio estarán los Setenta y Dos y al menos otro centenar de soldados, que suelen guarnecer los alrededores del palacio. Estos, a su vez, bajarán hacia la Puerta del Cielo, sorprenderán a los nuestros por la espalda y los aniquilarán.

—El problema es el tiempo. Nuestro objetivo no es ganar una guerra, sino derrocar a Amulio. Yo conozco la forma: mientras tu puñado de fugitivos lleva a cabo la emboscada a la Puerta del Cielo, yo me introduciré a escondidas en la basílica y levantaré la bandera de la tregua sagrada. Los Mantos Negros depondrán las armas pensando que la orden proviene de Amulio, pues solo el jefe de la Confederación Latina puede convocar dicha tregua, y nuestras tropas de la Puerta del Águila podrán llegar sin derramar una gota de sangre hasta la roca.

—¿Y si te capturasen?

—Conozco el palacio y la basílica mejor que nadie.

—No eres el único que reivindica tal cosa.

—No me cogerán.

—Los Setenta y Dos no depondrán jamás las armas.

—Los Setenta y Dos no tienen cabida en el próximo reino.

—¿Y qué hay de Amulio? ¿Él tiene cabida en el próximo reino?

—Amulio será juzgado.

—Haces demasiadas previsiones y hablas como si tuviésemos nueve posibilidades sobre diez de conseguirlo, cuando es exactamente al contrario —esputó Remo, poniéndose en pie de un salto.

—Sé perfectamente que lo más probable es que mañana esté muerto, chico, pero vivo y actúo

como si mañana fuese a ser rey —dijo Numitor, haciéndole frente con los puños cerrados. Luego se desplomó sobre la silla de mimbre—. Rey, otra vez; porque muerto ya lo he sido.

El ojo violeta de Remo resplandecía en la penumbra.

—En cualquier caso, moriremos a la luz.

Era un día hermoso en Alba. El cielo era una alfombra azul tendida al sol en la que se vislumbraban los hilos relucientes de la trama y de la urdimbre. Los tres picos se erigían immaculados. El verano era música en el aire.

Remo había dado las últimas instrucciones, estrechado manos, intercambiado abrazos, repetido palabras de ánimo. «Mañana será nuestro día», le había prometido Numitor. «Mañana será tu día», le había garantizado Amulio.

Ahora vagaba por la ciudad alta y escrutaba estatuas, fachadas, escorzos y edificios como si los viese por última vez, intentando llevarse algo de ellos y dejarles impreso, a su vez, algo suyo. En aquel momento, para él ya solo existían dos formas de ver las cosas: como si las viese por primera vez o como si les dijese hasta siempre.

«Hasta siempre» era una expresión que quedaría atrapada en su mente para la posteridad: había perdido a Angerona, a Aca y a Fáustulo sin poder decírsela. Ahora, ¿se lo estaba diciendo a la ciudad o a la vida?

Todos los planes estaban preparados, aunque ningún plan habría funcionado: Remo lo presagiaba, pero, aun así, jamás habría dejado de intentarlo todo. Siguiendo el curso de su mente rodeó la basílica, saltó la verja de hierro forjado y enfiló la escalinata que llevaba desde el Pico Dorado hasta el Pico Celeste. Mientras subía por los peldaños quebrados por el tiempo y el viento, que allá arriba soplaba a ráfagas, lanzó una mirada a la ciudad y la vio distinta.

Cuando llegó a la cima, buscó instintivamente el manto, pero no lo encontró y se echó a temblar. Las gotas de sudor se cristalizaron bajo la túnica ligera. No había nadie, las chozas de los guardianes habían sido derribadas y todos los postigos de la casa de los sacerdotes estaban atrancados; a los pies de la puerta principal crecían matojos de hierba. Remo avanzó con paso vacilante entre los hierros oxidados y los montones de escombros.

Sobre el lado opuesto del pico, el templo de Júpiter era un esqueleto blanqueado por el sol: el techo había cedido y numerosas vigas estaban esparcidas sobre el podio de mármol. Cuando llegó a mitad de camino, junto al pozo derruido, se percató de que el friso había sido saqueado a golpe de cincel, así como las losas historiadas que otrora revistiesen el *naos*; solo quedaban un par de ellas, quebradas, en una esquina.

Siguió acercándose con reverencia, como si la destrucción no hiciese sino incrementar la sumisión y el pánico que le suscitaban aquel lugar. Advertía algo, que ni los martillos ni las mazas habían podido destruir; algo que no se podía definir con palabras. Había sentido unas sensaciones parecidas en la escalinata de Caco, en el Germal, en la que ahora le parecía una vida precedente.

En el aire susurraban voces. «Aquí flota un numen», murmuró Remo, justo antes de vislumbrar la estatua de un Júpiter que, desde su celda desnuda, lo miraba fijamente, hierático, con brillantes ojos verdes, sumido en un halo de luz polvorienta, indiferente a la destrucción que lo insidiaba.

Como la última columna de aquel templo en ruinas, Remo permaneció largo rato de pie en medio del viento, mudo y solitario.

El sol del equinoccio se puso con una pregunta: ¿cuánto duraría la noche?

Remo la abordó con el *pedum* en la mano y el manto de Angerona sobre los hombros, no le importaba el calor. Mientras descendía hacia el vientre de la montaña, bajo el techo opresivo hinchado por la humedad, el corazón le retumbaba en el pecho y los pasos en la cabeza. Los sonidos no habían sido nunca tan nítidos ni las sensaciones tan afiladas. Su piel y la piedra parecían confundirse.

Algo en su mirada debió alarmar a los dos carceleros, pues su saludo fue más formal que de costumbre.

—Vuestra guardia ha terminado —anunció Remo, apoyando una mano en el hombro de cada uno y apretándolos ligeramente—. El rey os da las gracias y os despide. Volved con vuestras familias. Hoy se cumplirá el destino del prisionero.

En aquel momento apareció Numitor. Vestía una capa de seda: sobre los bordes estaban recamadas, con hilo de oro, minúsculas águilas brillantes. Se había afeitado y cortado el pelo, que ahora le caía sobre las mejillas formando dos alas grises separadas por una raya blanca. Las ojeras oscuras le cargaban los ojos, y un temblor se había apoderado de la comisura izquierda de la boca. Tenía el aspecto de un monarca condenado a muerte.

Pasó entre los guardias con paso incierto, tartamudeando un saludo incomprensible, y tropezó con la capa, que se había enganchado en uno de los taburetes. Remo estuvo rápido para cogerlo antes de que cayese al suelo; le agarraba la mano, tirándolo hacia él, bajo las miradas consternadas de los dos hombres.

Nada más enfilar las escaleras Numitor le clavó los dedos en la muñeca.

—Tendrías que haberlos matado, pueden desbaratar nuestros planes —le recriminó, en un susurro vehemente.

—¿Matarlos? Deja en paz a los muertos. ¿Y qué hay de ti, crees que estás preparado? No tienes buena cara.

—Me gustaría verte a ti después de dieciocho años de sepultura. Ve más lento que no veo nada.

—Yo veo —le dijo Remo—. Amulio y los Setenta y Dos se han retirado a los aposentos reales, pero aún hay algunos Mantos Negros patrullando el pico.

—Te he dicho que no te preocupes. Dentro de dos horas la bandera de la tregua sagrada ondeará en el asta de la basílica. —Luego se detuvo en seco, como clavado por un flechazo—. No hemos hablado de cuál será tu recompensa y tu papel en la nueva Alba. No tengo hijos, ya no, y he decidido nombrarte como mi heredero.

—Me llevaré tu herencia conmigo. No tendré ninguna relación con la nueva ciudad. Me echaré al monte.

Se separaron en la puerta de la sala anular. Numitor le palpó con insistencia los brazos, como si intentase sacar fuerza y vigor del joven.

—Pase lo que pase, nadie olvidará lo que estás haciendo.

El joven sospechó que el rey depuesto se estaba despidiendo, como si temiese que no volvería a verlo.

—Déjate de eternidades, viejo, que antes nos espera la noche más larga.

Remo salió bajo las estrellas como una sombra engendrada por la noche; con el paso del lobo

cazador descendió por los callejones desiertos en dirección de la ciudad baja. Caminaba al amparo de los muros para no dejar que la luz de la luna lo bañase, y serpenteaba entre los halos que envolvían las antorchas colgadas de las paredes.

En la explanada empedrada de las prisiones lo esperaba el Vigilante, en compañía del centurión Aurelio Cotta y del Pontífice. Las tres siluetas eran péndulos nerviosos; sus pasos repicaban sobre las piedras como campanas lejanas. Remo enmascaró la aflicción.

Nada más verlo frente a él, Aquilio lo abrazó.

—Aquí estás.

El Pontífice tenía los ojos rojos y empañados.

—Estás vivo —le dijo.

—Aún no —respondió Remo. Ambos asintieron, y luego el Pontífice añadió:

—El Logos sopla según su voluntad.

—¿Está todo listo? —preguntó Remo.

El Vigilante y el Pontífice se giraron hacia Aurelio Cotta, que sorbió con la nariz.

—No todo ha ido como la seda. Los almacenes del ejército estaban vacíos. Se ha transferido un grueso cargamento de armas en los últimos días, en previsión de una nueva ofensiva militar. He intentado saber más al respecto, pero mis superiores se han mostrado reticentes.

—No necesitamos noticias, sino espadas —respondió Remo sin andarse con rodeos.

Aurelio se tocó la nariz con el dedo índice.

—He conseguido hacerme con un centenar de viejas espadas y traerlas hasta aquí; te aseguro que no ha sido fácil. He tenido que cobrar antiguos favores con un funcionario del palacio, intentando hacer pasar la operación como un simple negocio de contrabando.

—No tiene que haber resultado difícil para ti —supuso el Vigilante.

—¿A cuántos compañeros has convencido para que tomen las armas por nosotros? —le preguntó Remo, mientras vigilaba el camino a sus espaldas.

Los dedos de Aurelio se cerraron alrededor de la nariz torcida.

—A ninguno, pero he convencido a unos cincuenta para que tampoco tomen las armas por Amulio. Esperarán la evolución de los enfrentamientos antes de tomar partido.

—¿Lo único que has hecho ha sido conseguir a cincuenta posibles delatores? —dijo el Vigilante.

—Basta con pronunciar el nombre de Amulio para que a los hombres, incluso a los más valientes, se les ponga la piel de gallina. Es un nigromante, ¿no lo sabes? Son pocos quienes tienen el valor de nombrarlo, así que figurémonos de rebelarse contra él; tú deberías saberlo mejor que nadie —rebatía Aurelio con rudeza.

—Será la revuelta más breve de la historia, si seguís gritando —los amonestó el Pontífice.

—Escuchad —dijo Remo sin saber muy bien qué decir, pero sabiendo que tenía que intervenir, pues los dos parecían dispuestos a tirarse al cuello del otro—. Las cosas no han ido como esperábamos, pero seguiremos adelante de todas formas. Vosotros dos liberaréis a los prisioneros, los armaréis con estas cien espadas y los guiaréis al asalto de la guarnición de la Puerta del Cielo. A media noche, como acordamos —ordenó, señalando al Vigilante y al Pontífice, que asintieron—. Tú, Aurelio, vendrás conmigo a la Puerta del Águila. Te necesitaré.

El centurión aprobó con la expresión de quien conoce el valor de su presencia.

—De acuerdo, pero vamos a vernos directamente junto a la puerta. Es más seguro.

Apenas desapareció tras la esquina del callejón, Aquilio escupió al suelo.

—Ese miserable nos va a traicionar.

—Alguien nos va a traicionar, eso seguro, pero no creo que sea él —dijo Remo.

—Nadie va a traicionar a nadie —aseguró el Pontífice.

—¿Qué llevas ahí dentro, viejo? —le preguntó Aquilio, señalando la bolsita al cuello del Pontífice.

—El corazón —respondió, para luego dirigirse al joven—: Ahora vete, Remo.

Era la primera vez desde que lo conocía que pronunciaba su nombre, y con una pasión repentina añadió:

—Recuerda que no te contentarás simplemente de tener un nombre, sino que lograrás ser ese nombre, y ese nombre te sobrevivirá.

Remo se desvaneció en la noche. En pocos minutos llegó hasta la guarnición de la Puerta del Cielo. Había unos cincuenta soldados alrededor del barracón junto a la puerta: comían a turnos de una gran olla y reían socarronamente, intercambiando bromas. Remo recordaba que nunca había visto más de veinte reunidos en ese punto, pero no podía jurarlo ni sobre su memoria ni sobre su capacidad de observación. Aquella noche todo estaba en movimiento.

Conocía de vista al capitán del presidio, que lo invitó a detenerse. Se llamaba Curcio y solía lucir una venda negra sobre la frente pelada. «Vuelve locas a las mujeres», gustaba de repetir a quien le preguntaba el motivo.

—¿Dónde vas a estas horas, osezno? Mañana por la mañana, al amanecer, tienes que partir con el gran rey, y ya deberías llevar un buen rato en el catre.

Remo pensó echar mano del poder del medallón que lucía sobre la túnica, pero Curcio sabía perfectamente quién era: lo llamaba osezno precisamente para recalcar la predilección que el rey sentía por él. Así y con todo, el capitán no parecía propenso a dejarle pasar. Sobre el grupo se había cernido un silencio atento, y ahora tenía cientos de ojos curiosos encima.

—Hay una chica en la ciudad de la que me gustaría despedirme antes de marcharme —dijo Remo, bajando la mirada. Escuchó el mugido del silencio, que luego se quebró bajo la carcajada liberatoria de Curcio, a la que se sumaron las de los conmlitones.

—¡Ahí te quiero ver, cachorro! Puede que esa sea la única razón por la que valga la pena perder alguna hora de sueño.

—Curcio, dile una de tus máximas —le gritó un compañero. También los otros lo incitaban.

—Escucha esta. Hay dos formas de comportarse con una mujer: hacerle la corte si es guapa, hacérsela a otra si es fea.

Remo se esforzó por sonreír. Cuando echó a andar, Curcio lo aferró de la mano. Se había vuelto a poner serio de repente.

—Lleva cuidado, cachorro, que esta noche hay espíritus al acecho en las tinieblas.

—De acuerdo —le prometió Remo antes de enfilar el callejón. No conseguía quitarse de la cabeza los rostros de aquellos soldados: se preguntaba si también ellos tenían una Angerona esperándolos en casa, y de qué culpa estaban manchados, a parte de la de empuñar las armas para un tirano.

No resistió y se giró.

—¿Y quién te dice que los espíritus escondidos en las tinieblas son enemigos? En el momento adecuado, recuerda que la obediencia no puede estar en un sitio y el corazón en el otro —le gritó a Curcio, que aún estaba mirando en su dirección.

Luego se fue corriendo, cada vez más rápido, hasta que la sangre tronaba en sus oídos. El medallón y el *palladium* rebotaban, uno sobre la túnica y otro bajo ella, y chocaban con un leve tintineo amortiguado por la tela.

Cuando llegó a la Puerta del Águila, jadeante y bañado de sudor, a punto estuvo de arrollar a Aurelio Cotta, que lo esperaba al amparo de la última casa.

—Acaba de producirse el cambio de la guardia. Si hacemos una operación limpia tendremos algunas horas de relativa tranquilidad —le dijo el centurión antes de explicarle qué quería decir con «operación limpia».

Remo asintió sin reflexionar mucho, pues había llegado demasiado lejos como para volver atrás. Se puso al lado del centurión en el último tramo de camino, entre las primeras casas y las murallas. Aurelio tenía la espada apretada contra la espalda de Remo para esconderla, y así dar la impresión de que era un hombre que caminaba apoyándose en su compañero.

Estaban a diez pasos de la garita cuando alguien apuntó una luz en su dirección.

—¿Quién anda ahí? —Remo levantó el medallón real y tras unos instantes bajaron el farol—. ¿Noticias del rey? —preguntó el guardia, que se había asomado a la puerta, con la cara aún hinchada de sueño.

—La última —dijo Remo, antes de agacharse de golpe para que Aurelio clavase la espada. Luego todo sucedió muy de prisa. El antiguo centurión lanzó el cuerpo del guardia al interior de la garita para obstaculizar a los otros, que intentaban desenvainar sus armas frenéticamente.

Remo, con el ímpetu de quien se lanza al vacío por miedo de caerse, saltó al interior de la sala soltando un mandoble descendente que desgarró la garganta de un albés. Sin embargo, un instante después sintió el bronce acosar su espalda. Se lanzó torpemente hacia adelante para evitar el ataque y la cuchilla le rozó el omóplato. Se encontró tumbado sobre el cadáver, con la espalda completamente expuesta. Esperó al golpe letal, pero en su lugar advirtió una lluvia de gotas tibias. Cuando se giró vio a Aurelio sacando la espada del cuerpo del enemigo, que se desplomó.

—La próxima vez que decidas suicidarte, procura avisarme. No tengo ninguna intención de que me maten —le dijo Aurelio Cotta, ofreciéndole la mano para levantarse.

Remo dejó al centurión en la garita, que olía a muerte y humores, y llegó hasta la majestuosa puerta. Seguía temblando mientras forcejeaba para abrir el portillo recortado en el batiente derecho.

Una vez fuera reconoció los perfumes del bosque y se tranquilizó. El instinto de echarse al monte era fuerte. En algún lugar, a la espera, estaba Lykos. Lo percibía, pero no tuvo tiempo para localizarlo, pues sus ojos de animal nocturno vislumbraron unas sombras extrañas que se movían bajo las frondas del bosque de Diana. ¿Esperar o desesperarse?

Preso de la excitación, se pasó las manos por el pelo, y solo un minuto más tarde se percató del hombre acurrucado detrás de la garita donde estaban los guardias durante el día, cuando la Puerta del Águila estaba abierta.

A su señal, el desconocido abandonó su escondite y se acercó. La luna barnizó la larga cabellera blanca que se escapaba de un yelmo culminado por dos cuernos curvados. Los hombros huesudos se marcaban bajo la túnica lactescente. Era un espectro.

—¿Papá? —murmuró Remo, incrédulo, y antes de la respuesta lo besó en la frente. Luego lo cogió en brazos levantándolo como si de un palo se tratase—. ¡Estás vivo, papá, y estás aquí!

—¿Podía dejarte solo en una noche como esta?

Remo había ido a Alba para buscarlo y en Alba lo había perdido, en cierto sentido. Anhelaba desde hacía mucho tiempo preguntarle la verdad: ahora era él quien podía revelársela, pero dudaba.

—Creo que un hombre puede elegir a sus propios padres —dijo al fin.

—Un hombre libre elige hacer lo que tiene que hacer. ¿Estás preparado? —le preguntó Fáustulo, que había dejado a Remo toda una vida para quedarse perplejo, pero ni siquiera le dio un segundo para decir que no—. Tu hermano Rómulo se ha retrasado. Nuestros soldados aguardan ocultos en el bosque de Diana, pero no podemos esperar más. De camino nos han llegado algunas voces afirmando que el ejército de Amulio está volviendo de Siete Colinas a marchas forzadas.

Remo se giró hacia la ciudad. Por encima de las murallas ciclópeas emergían los tres picos: allá arriba, la fachada de la basílica espiaba la noche con cien ojos ardientes, pero ninguna bandera ondeaba en el asta.

—Dame diez minutos y luego encabeza el ataque. Nos veremos en el Pico Dorado.

Había un tono de sacralidad en el rostro de Fáustulo, que anidaba pensamientos oscuros en los pliegues de su rostro, arrugado como un olivo secular. Lloró, pero no dijo nada más. Besó al joven y lo abrazó rápidamente. Luego lo dejó libre, y con las manos extendidas le indicó el camino.

—Nos vemos en el pico —repitió Remo.

Entró en la ciudad y corrió hasta la garita, pero en la puerta había un manto negro. Buscó frenéticamente la espada.

—Soy yo —lo tranquilizó Aurelio Cotta—. ¿Los has encontrado?

—Nuestro ejército, con mi padre a la cabeza, estará aquí de un momento a otro. Acciona el mecanismo para abrir la Puerta del Águila y luego guíalos hasta la Puerta del Cielo, y más allá, si es posible.

—Nos vemos arriba.

—Arriba —repitió Remo antes de emprender el ascenso. No se cruzó con nadie en los callejones empedrados. Por mucho que se esforzase en prestar oídos, no escuchaba ruidos ni enfrentamientos, ni frente a él ni a sus espaldas. Le parecía ser el último superviviente de una hecatombe o el primer hombre sobre la Tierra. Era el cielo durante el estallido del trueno; y Amulio, Numitor y Rómulo rayos caídos quién sabe dónde.

De repente, cuando ya no se lo esperaba, cientos de antorchas prendieron la noche. Gritos y trompetas estallaron en lo alto para luego cernerse sobre la ciudad como lluvia; en pocos minutos se transformaron en una tormenta de sonidos que retumbaban en cada esquina.

Remo sintió que le rodeaban, que le perseguían, que le tendían una trampa. El fragor de los enfrentamientos invisibles resonaba por doquier. A su izquierda divisó a los albeses, que se derramaban como un chorro de lava desde el barrio militar hacia las murallas. Eran una imparable mancha negra salpicada de rojo; mantos y antorchas. Conoció el miedo.

Aceleró aún más el paso, con la espalda doblada y las manos braceando en el aire como remos y, tras una última curva, se encontró casi sin darse cuenta sumido en la batalla que se había desatado en la Puerta del Cielo. Desenvainó la espada, pero nadie le atacó, decenas de corrillos flameaban en la semioscuridad. Vio a Curcio luchar contra dos hombres y fue a su encuentro.

—¡Fuera de aquí, cachorro! ¡Corre a avisar a Amulio! Nos han traicionado —le gritó el capitán albés nada más verlo.

Remo se acercó un poco más. Curcio abrió la boca estupefacto, como si en ese momento hubiese descubierto en los ojos del joven algo de cuya existencia no sospechaba. El albés dudó y un adversario lo sorprendió con un ataque al costado, mientras que otro le atacaba de frente. Se recompuso con velocidad y se lanzó contra los dos fugitivos con la furia de un oso herido, los desarmó y los hirió mortalmente. Luego, jadeante, se giró hacia Remo, mientras la sangre le empapaba el cuerpo.

—Nos has traicionado —murmuró.

—Ven conmigo, Curcio, estás a tiempo. Ordena a tus hombres que se rindan. Numitor está vivo y recuperará el trono. El verdadero rey te espera.

—Mi rey es Amulio.

—Tu rey es Numitor.

—Numitor es polvo.

—Vamos a preguntárselo.

—Numitor es polvo —repitió el capitán con una nota de histeria.

—Ven y lo verás.

—Es el final, cachorro —declaró Curcio antes de lanzarse sobre Remo, que se echó a un lado, esquivando el ataque. El capitán albés era un soldado experto, pero la herida en el costado lo ralentizaba.

Remo se mantenía a su izquierda, procurando quedarse en la sombra.

—¿Por qué no quieres creerme? —le gritó, esforzándose por encontrar las palabras para persuadirlo. Luego se acordó y confesó—: Amulio es mi padre.

Curcio se quedó de piedra. Entonces Remo comprendió que le había creído, y sintió reafirmar la esperanza: si lo creía él, entonces también todos. Se quedaron quietos, mirándose fijamente, durante un largo instante.

Centímetro a centímetro la espada del albés fue cayendo hasta tocar el empedrado. Con ella bajó los ojos, de golpe vacíos, pero cuando, unos instantes después, los volvió a levantar, cargados de lágrimas, también el bronce volvía a resplandecer a la misma altura.

—Es demasiado tarde —susurró Curcio, volviendo al ataque.

Remo se lanzó al cono de oscuridad bajo la pared, de la que surgieron chispas incandescentes con los golpes de la espalda albesa. Se alejó a gatas cuesta abajo, pero los golpes del atacante eran cada vez más distantes e imprecisos, aunque no se detuviesen. A un paso de la esquina, presa del pánico, desenvainó la espada y se giró de repente.

Curcio, con el impulso, acabó ensartado. Dejó el arma y se desplomó sobre el hombro de Remo.

—Dile al rey que le he sido fiel hasta el final.

Remo liberó la espada y, conteniendo las lágrimas, bajó la venda negra sobre los ojos de Curcio. La batalla seguía y, aunque los suyos tenían superioridad numérica, no lograban conseguir ventaja. Evitó a los rivales y se introdujo en el pasadizo con el arma por delante, esperándose una emboscada. Sin embargo, una vez dentro le pareció encontrarse en otro mundo: todo estaba extrañamente en calma allí abajo. En aquella fuente de silencio, apenas roto por los ruidos externos, escuchó incluso el gotear del agua sobre el suelo. En ese momento aquella era tierra de nadie, a pesar de que todos combatiesen por ella.

Al otro lado distinguió a Aquilio, que combatía en medio de una nube de Mantos Negros. A su espalda estaba el Pontífice, herido en la sien izquierda y dolorido. Remo lanzó un grito rabioso y bajó la espada para abrirse paso.

—Vete de aquí, fantasma, necesitamos esa maldita bandera: sin la tregua nuestro sacrificio será inútil —le gritó el Vigilante, rechazando los ataques simultáneos de dos albeses.

Remo se puso a su lado para ayudarlo, pero el Pontífice lo agarró y lo alejó de un empujón.

—Vete, aquí solo eres un soldado, allí puedes ser un rey —le gritó, señalando la basílica con la mano roja de sangre—. Ve donde sirves. Ve, si quieres servir.

Remo, sorprendido de tanta agresividad, obedeció, abandonándolos a su destino. Mientras corría hacia el Pico Dorado volvió a enfundar la espada y empuñó el medallón real, pero no se cruzó con nadie por el camino, las zonas libres de enfrentamientos parecían sin vida.

Llegó a la cima y corrió hasta la balaustrada que delimitaba la explanada de la basílica. Sentía dos corazones en el pecho cuando se asomó para ver qué pasaba en la Puerta del Águila, y si las tropas de su padre estaban ascendiendo hacia la ciudad, pero solo pudo ver el bullir vehemente de cuerpos minúsculos atravesados por destellos metálicos, como un cielo borrascoso surcado por saetas.

Levantó la cabeza lentamente: hacia el sur, al otro lado de los bordes irregulares de los bosques, justo en la línea del horizonte, vio un resplandor móvil y comprendió que Fáustulo tenía razón: las tropas de Amulio estaban a no más de dos horas de marcha de Alba, y todos sus planes se habrían ido al traste.

Para evitar la derrota solo quedaba la bandera blanca de la tregua sagrada. Remo se giró. Sobre la fachada de piedra roja las antorchas anudaban espesos hilos de sombra y de luz. El asta era un palo desnudo plantado en el cielo.

Se dirigió con paso incierto hacia la puerta lustrada por los siglos. Apoyó la mano sobre el bronce y tragó saliva. Dirigió a las dos efigies una invocación muda, luego abrió el batiente de una palmada y se deslizó hacia el interior.

En la base del podio real, donde los hilos de la luz de la luna que se filtraban por las vidrieras enfrentadas se encontraban en un polvillo ambarino, había un hombre arrodillado, con las manos y los pies atados detrás de la espalda con un paño blanco.

El hombre era Numitor, el paño el de la tregua sagrada.

«¡Adelante!», rugió por enésima vez Aurelio Cotta, con la garganta abrasada y una expresión rabiosa de súplica, mientras ondeaba su espada sobre la cabeza. Ya no avanzaban.

Habían atravesado como demonios nocturnos la Puerta del Águila. Durante varios cientos de pasos no encontraron resistencia y desfilaron bajo casas dormidas, pero luego el aire se había llenado de silbidos y se encontraron bajo un bosque de flechas.

La guarnición albesa se había organizado con una rapidez pasmosa: un primer batallón les cortó el paso hacia la ciudad alta, y ahora el dique crecía y se espesaba, mientras su río disminuía y empezaba a deslizarse hacia abajo.

—Estamos a punto de ser arrasados —le gritó Aventino a Diomedes, señalándole la maraña de callejones que se abría a su derecha—. Coge una veintena de hombres, rodea esas casas, sube la colina y ataca a los albeses por el flanco este. Yo haré lo mismo por el oeste. Tenemos que aligerar la presión.

El Tidide se puso el yelmo crinado, ató las correas de cuero y asintió sin mediar palabra. Aventino lo vio desaparecer entre las filas, antes de guiar a algunos compañeros por una calle en la parte opuesta. Realizaron un rodeo tortuoso a través del laberinto de callejuelas que se encaramaban por las laderas de la ciudad baja, en dirección noroeste. Después de un cuarto de hora giraron a la derecha y llegaron al flanco de la columna albesa, a varios cientos de pasos sobre el frente.

«El remordimiento es pesado como una rueda de molino, el deber es ligero como una pluma», susurró Aventino antes de emprender al ataque.

Como los moscardones contra el lomo del buey, se lanzaron sobre el flanco descubierto de la formación enemiga, desplegada a lo largo de casi media milla por la calle principal. Tras las picaduras fulmíneas de sus aguijones de bronce se retiraban detrás de las casas.

Se desplazaban con rapidez y en silencio, arriba y abajo, aprovechando la protección de los edificios y de la oscuridad. Sin embargo, en cada emboscada perdían al menos a un compañero, y en una hora Aventino se encontró solo con otros cinco soldados, con lo que se vio obligado a retirarse.

Diomedes, en cambio, había elegido un único compañero: él mismo. Subió en paralelo de la columna enemiga hasta llegar a una encrucijada, donde una rosaeda se enrollaba en torno a la estructura de madera de un pozo. Escogió una zona iluminada entre dos casas para dejarse ver por sus enemigos. Los albeses notaron a un enorme espectro de bronce brillar en la noche y cuatro de ellos abandonaron las filas para ir a comprobarlo.

El Tidide, acurrucado tras la esquina de la casa, cortó las piernas del primero con un mandoble, luego giró sobre sí mismo para buscar reparo tras la esquina sucesiva. Cuando la espada del segundo albés asomó por la pared, Diomedes bajó la suya como si de un martillo se tratase, desarmó al enemigo y, con el movimiento de retorno de la espada, lo hirió mortalmente en la garganta. Luego se lanzó detrás del pozo. Escuchaba los pasos de los albeses restantes, que examinaban con cautela la encrucijada. Cuando el tercero estuvo lo bastante cerca, se lanzó contra él con un movimiento fluido y le atravesó el vientre.

El superviviente lo miraba aterrorizado a varios metros de distancia.

—¿Quién eres? —tartamudeó con la espada en alto.

El Tidide se quitó el yelmo.

—¿No me reconoces? Soy Eneas, regresado de los infiernos para castigar al usurpador Amulio.

—Su risa sarcástica resonó demoníaca en los oídos del manto negro, que se dio a la fuga precipitadamente.

Nada más verlo reaparecer entre los suyos, Aventino, con el rostro sucio de hollín y una herida en la oreja, fue a su encuentro y le apretó el brazo, sin ocultar el alivio:

—¡Estás vivo, alabados sean todos los dioses!

—Solo los que están de nuestra parte —precisó el Tidide.

El capitán se dio cuenta de que el guerrero de Argos había vuelto solo y se entristeció:

—¿Cuántos compañeros has dejado entre los enemigos?

—Ninguno, pero he dejado un espectro a los albeses.

Antes de que Aventino pudiese pedirle explicaciones, llegó Dentato.

—Capitán, dos columnas de Mantos Negros están descendiendo por nuestros flancos para intentar una nueva maniobra de pinza.

—¿Intentar? Ya casi estamos triturados. Corre y dile a ese viejo Profeta loco que tenemos que retirarnos.

—No creo que me escuche.

Aventino miró hacia arriba. Su formación se desbandaba pavorosamente y pronto los albeses los habrían rodeado y aniquilarían hasta el último hombre. Si había alguna esperanza de salvarse, estaba en las manos de Rómulo, pero el joven jamás lograría llegar a tiempo al lugar donde se encontraban.

—Eso significa que me lo llevaré por la fuerza —dijo, catapultándose hacia adelante.

—En Troya también habría podido jugar un buen papel —comentó Diomedes antes de seguirlo.

Encontraron a Fáustulo alentando a los suyos como un poseso, con las venas del cuello hinchadas, los ojos endemoniados y la lanza embadurnada de sangre, mientras, delante de él, Pomilio se desvivía para mantener a los enemigos a raya.

—Viejo, ordena la retirada —le intimó el Tidide con un tono que no admitía réplicas y que le recordó que, en otro tiempo, había sido rey.

—¿Dónde, ahora que ya no tenemos ni patria ni ciudad? ¿Dónde, dónde los conduciré a morir? —gritó Fáustulo.

El capitán levantó en peso al viejo, se lo cargó a la espalda y se dirigió calle abajo abriéndose paso a empujones, seguido de cerca por Pomilio. El Tidide lanzó un grito, ordenando una retirada ordenada, y se dirigió a combatir en primera fila junto a Aurelio Cotta, para dar ejemplo e infundir confianza en los suyos.

El repliegue repentino sorprendió a los albeses. Cual gigante enzarzado en un largo cuerpo a cuerpo que, al perder de repente el contacto con el adversario, tropieza y forcejea en el vacío, las filas de Mantos Negros se deshilaron, permitiendo que los hombres de Fáustulo pudiesen ganar terreno y retroceder con orden.

Los pastores y los quiritas supervivientes se escaparon por un pelo del mordisco de los albeses. Las tres columnas negras se reagruparon, listas para lanzar un poderoso ataque frontal.

—¡Hacia la Puerta del Águila, rápido! —gritó Aventino. Luego ordenó a Dentato que hiciese correr el mensaje entre las filas, imprecando por no disponer de mensajeros, trompetas, estandartes, centuriones, ni nada con lo que dirigir a ese tropel de hombres que no era un ejército y que, no obstante, resistía.

Diomedes llegó junto a él. juntos acordaron formar una línea defensiva en la puerta, donde al menos no habrían temido posibles acorralamientos y donde la inferioridad numérica estaría contrarrestada por la modesta porción de terreno que habían de defender.

—Pero tenemos que lanzar una contraofensiva para dar a los nuestros el tiempo de darse la vuelta y tomar posiciones, de lo contrario se verán arrastrados por la maniobra —dijo Diomedes, apuntando en alto con la lanza.

—Es un suicidio.

—Lo ha sido desde el primer momento.

Aventino asintió.

—Iré yo.

—Yo también.

—No, alguien tiene que quedarse guiando a las tropas.

—Ahora necesitamos un guerrero más y un general menos —zanjó el Tidide, golpeándose el yelmo con las manos y lanzándose contra el enemigo.

Mientras tanto, Fáustulo gritaba las instrucciones para la maniobra y Pomilio se desgañitaba para ponerlas en práctica.

—¡Ánimo, hijos de Fauno!

Aventino siguió al guerrero de Argos, al que también acompañaban unos cincuenta compañeros.

—Cerrad filas, lanzas al frente. ¡Vamos, quiritas! —gritó el capitán.

Diomedes fue absorbido por los compañeros; el puñado de hombres se reagrupó y se lanzó contra la avalancha negra. Se escuchó un fragor horrendo. La línea osciló, ganando algunos pasos, se detuvo en equilibrio, como una roca sobre el borde de un precipicio, y luego fue arrollada. Los quiritas cayeron y fueron pisoteados.

Aventino detuvo una selva de sablazos, luego se resbaló con un charco, hincó una rodilla en el suelo, vio cómo una sombra lo sumergía e intuyó el final. Sin comprender cómo, se sintió arrastrado hacia arriba; bajo él, el mundo oscilaba, y en lo alto las estrellas salpicaban el cielo como dados. Diomedes lo había levantado en peso y ahora cargaba con él a hombros, corriendo furiosamente sobre la cresta de la ola negra, entre los silbidos de las lanzas. A tres metros de la puerta, el Tidide dio un salto y el cielo fue a su encuentro. Aterrizaron en una maraña de cuerpos, al otro lado de las primeras filas de su propia formación.

Aventino, magullado y dolorido, se levantó con gran esfuerzo, apoyándose en las dos manos. Alguno le tendió una bota de agua, que se bebió de un solo trago. Respiraba con dificultad, los ojos le escocían por el humo. Sabía que estaba herido, puede que en varios puntos, pero no quería comprobarlo por miedo a desplomarse. Cuando giró la cabeza se percató de que también el Tidide, de pie a su lado, estaba exhausto. Bajo el yelmo abollado corrían ríos de sangre.

—Me has salvado la vida —le dijo, apoyándole la mano en la muñeca.

—Solo una hora de tu vida, visto lo visto. Hemos dejado al menos doscientos soldados por las calles. Los nuestros están desmoralizados y cansados. Una hora es todo lo que nos queda.

—Nos queda Rómulo —murmuró Aventino, con la cara de quien se espera una aparición de un momento a otro.

—¿Pero qué quedará de nosotros cuando llegue? —preguntó Diomedes. Se arrancó un jirón de la túnica para limpiarse la cara y señaló a las murallas—. Si fuese un comandante albés ordenaría una salida por la puerta norte o sur para abordarnos por un flanco.

—Eso es lo que van a hacer, pero todas sus tropas están concentradas aquí; entre ida y vuelta tardarán casi una hora, que es más o menos el mismo tiempo que nos queda de vida. Así que, ¿de qué preocuparse? —rebató Aventino.

Ambos se giraron hacia la puerta, donde Fáustulo había logrado organizar a la formación, y se lanzaron de nuevo al ataque para dar el relevo a los compañeros.

Adelante.

Los soldados de la primera fila echaron mano de los pocos escudos disponibles para formar una especie de empalizada a la altura de la puerta. Detrás de ellos, los otros soldados blandían las lanzas, rechazando la presión de la vanguardia albesa, que no dejaba de aumentar.

La aparición del alto yelmo crinado de Diomedes provocó una oleada de pánico entre los Mantos Negros, que se desbandaron como espigas azotadas por la tramontana. «Eneas regresado de los infiernos», murmuró alguno, y el murmullo estremecedor pasó de fila en fila.

El Tidide, con los brazos en alto, gritó a pleno pulmón, como si quisiese empujar las voces. Los quiritas recuperaron terreno. Aventino tuvo que contenerlos con órdenes rabiosas para impedirles que sobrepasaran el umbral y acabasen atrapados entre los enemigos. Sin embargo, con el paso de los minutos los Mantos Negros volvieron a compactarse y retomaron la presión.

Atrás.

Aurelio Cotta estaba en la primera fila sosteniendo el escudo. Pálido y cubierto de sudor; se esforzaba por mantener los ojos abiertos. Sentía que la vieja herida en el costado pulsaba y que las fuerzas lo abandonaban, pero no se arrepentía de nada; solo esperaba poder volver a ver a Rómulo una vez más antes del final.

Aventino se dio cuenta de sus problemas y llamó de un grito a Dentato para que lo sustituyese, pero justo en ese momento, Aurelio se separó de la línea de compañeros, fue agarrado por una docena de manos y acribillado a golpes. Algunos Mantos Negros intentaron introducirse en el hueco que se había abierto, pero Diomedes atravesó al primero y arrolló al resto con un empujón furibundo. Aventino lanzó un escudo hacia adelante, Dentato lo cogió al vuelo y la brecha quedó cubierta. Entretanto, habían perdido más centímetros, centímetros que cavaban su tumba.

Diomedes y Aventino se intercambiaron una mirada sobre las cabezas y las lanzas de sus compañeros, sordos ante el arrecio de la batalla, como los marineros acostumbrados al balanceo de la nave en la tempestad. En la expresión de ambos estaba la misma pregunta, pero ninguna respuesta: ¿Qué quedaba, ahora?

—He aquí a mi hombre —proclamó Amulio apareciendo entre las dos enormes estatuas del ábside. La capa cubierta de cristales de colores desplegó un evanescente cielo estrellado.

Remo, que seguía inmóvil en la otra parte de la nave, comprendió que era el final y se sintió liviano, como una pluma al viento. «Que se derrumbe el mundo y yo con él», se dijo.

—Aquí estoy, padre —murmuró antes de avanzar.

Numitor, arrodillado y atado como una cabra, se balanceaba bajo el podio, murmurando una nenia incomprensible. A través de la túnica desgarrada destacaban las señales rojas y profundas de los latigazos.

Amulio se sentó en el trono del Águila y apretó la espalda contra la madera, con el codo apoyado en el brazo derecho. Con los dedos palpaba el aire alrededor de su barbilla. Era como si saborease la consistencia de una soga imaginaria que sostenía la balanza de la justicia. Remo vio formularse un juicio en esos ojos negros y comprendió que el rey había luchado hasta el final para no rendirse ante la evidencia: ese hombre lo quería.

—Me has traicionado —dijo al fin Amulio con una voz arrastrada, de la que no había podido desprenderse una pátina de duda: no era una pregunta, sino que, en cierto modo, rogaba una respuesta negativa.

Remo se sintió arrasado por la pena por sí mismo, por Amulio y por todo el mundo. ¿Acaso era eso lo que se busca en la vida, sentir la mayor pena posible para convertirse en uno mismo antes de

morir?

—He traicionado a Amulio, no al rey —confesó.

—Te he enseñado, mi joven discípulo, y tú has aprendido el valor de la inteligencia —admitió Amulio con una nota de orgullo.

—También he traicionado a mi padre —añadió Remo, conteniendo unas lágrimas que creía haber agotado. Pero no hay límite en el dolor ni en la vida; no sabía si sentirse aliviado o desesperado. A un paso de la muerte, en su cabeza seguía viviendo. Anthò le habría reñido.

Los dedos de Amulio se quedaron inmóviles.

—¿Tu padre?

—¿Por qué finges no saberlo, maldito? —gritó Numitor. Tenía la boca rota y escupía sangre con cada palabra—. ¿A quién quieres engañar, Amulio? El chico es tu hijo, sangre de tu sangre.

—Hermano, los años en la oscuridad han cegado tu mente, otrora fúlgida.

—Tu mujer estaba embarazada, al igual que mi hija, cuando fui encarcelado definitivamente en la mazmorra secreta del palacio. ¿O acaso lo niegas?

—No niego que tengo un hijo —admitió el rey. Remo sintió un nudo en la garganta y el deseo de abrazarlo—. Pero es una chica —desveló Amulio. Luego chasqueó los dedos y por la puerta de madera tallada en el coro entraron dos soldados que escoltaban a Anthò. La novicia tenía las manos atadas detrás de la espalda y la expresión del animal atrapado.

Algo se rompió dentro de Remo. Miró a Amulio y vio un trono, una corona y una armadura: hierro, cristal y oro.

—Anthò —murmuró.

—Las plantas enfermas han de arrancarse de raíz. La mujer de un traidor es una traidora. Tú, Remo, me obligas a realizar el gesto más doloroso: obligas a un padre a ejecutar a su propia hija —anunció Amulio, señalando a la muchacha sin quitar los ojos del joven.

—Ella no ha hecho nada, perdónale la vida, te lo suplico —le imploró Remo.

—¿Nada? Ha apagado el fuego sagrado de Vesta. Es un sacrilegio —sentenció Amulio.

—Tú no crees en los dioses.

—Pero el pueblo sí, por el momento.

—Padre, yo veo tus manos bañadas de sangre, veo sangre gotear de tu corona y de tu hermosa melena —reveló Anthò con los ojos abiertos como platos, intentando en vano liberarse de los dos soldados, que la agarraban bruscamente—. Padre, aún hay tiempo para ti, tiempo para nosotros.

—Calla, niña.

—No puedes matar a tu hija —gimió Remo, paralizado por la incredulidad.

—No existe crimen del que no sea capaz —gimió Numitor—. La matará, al igual que mató a mi hija, a la que había jurado amar y proteger.

Amulio cruzó las manos frente a su rostro, ocultado por la larga melena azabache, y permaneció en silencio largo rato. Nadie osaba interrumpirlo. Cuando por fin habló, su voz pareció llegar desde distancias arcanas.

—No la maté. La sepulté viva, como te dije en su momento; pero no en la tierra, sino en la piedra. Durante diecisiete largos años ha vivido tres metros bajo tus pies, y tú, que siempre te has creído sabio, nunca has sospechado nada. Te fugaste de tu prisión sin percatarte de las escaleras que se hundían aún más en la montaña. Has venido directamente aquí, ante el trono, porque es lo único que te interesa. El trono es para ti hijo, padre, madre y hermano.

—¿Silvia está viva? —Numitor se tambaleó como una caña quebrada.

Los ojos del rey relampaguearon sobre los nudillos blancos.

—En estos diecisiete años casi no ha habido día en que no haya acariciado la pared tras la que Silvia está encerrada. La amaba, es cierto, pero no podía casarme con ella. Todos conocíamos la profecía que afirmaba que uno de tus descendientes me mataría: ¿cómo habría podido permitir que tuviese un hijo que un día me habría asesinado? Tú y yo, hermano, conocemos demasiado bien el valor de las profecías del Libro de los Rituales como para ignorarlas. ¿No es cierto?

Numitor asintió entre sollozos.

—Maldito seas.

—Me casé para silenciar mi corazón. Mi mujer murió dando a luz a Anthò: ¿cómo podía fiarme de esa criatura? ¿Acaso no era también ella de tu sangre, en cierto modo? Entretanto, me había convertido en rey, y un rey tiene que pensar, ante todo, en la seguridad de su reino. Así pues, dejé a la pequeña Anthò en manos de las vestales, de la misma manera que confié a tu hija Silvia a las sacerdotisas, después de que fueses derrocado: si yo no podía tenerla, nadie la tendría. Sin embargo, alguien la poseyó. Alguien del que tu hija nunca me quiso revelar el nombre.

—Aún recuerdo el día en que bajaste a la mazmorra para contármelo: Silvia te habló de un numen.

—Patrañas, como los dioses. Dijo que un numen luminoso la había poseído mientras estaba en el río cogiendo agua para el templo. No la torturé para descubrir la verdad. La ley prevé que las vestales culpables de infringir el voto de castidad sean enterradas vivas, pero yo la amaba, y por eso me limité a encerrarla viva: la ley estaba a salvo y ella también. Antes de encerrarla le permití dar a luz. Nacieron dos gemelos. Le permití incluso apretarlos contra su pecho por un momento, antes de llevármelos.

—Asesino —gimió Numitor.

Amulio abrió los brazos, su voz se hinchó e inundó la nave.

—Sí, asesiné a tus nietos. El guardián de las llaves los arrojó en el Albula en mi presencia, para demostrar su fidelidad al nuevo reino. De lo contrario, un día, habrían sido ellos los que me matasen a mí. Ese día fue erradicado del tiempo y de los libros.

En el silencio que siguió, cuya profundidad ponía en duda la existencia misma de una palabra capaz de romperlo, se liberó la carcajada de Numitor, una carcajada al límite de lo humano, que resonó bajo el envigado imponente.

—¿Aún no lo entiendes, hermano? —gritó Numitor—. ¿Tu inteligencia prodigiosa aún no ha aferrado la verdad? Ni siquiera la mejor espada puede capturar la luz, solo reflejarla. ¿Estás ciego como yo? Eres un títere en manos de los dioses. Puedo ver cada uno de los hilos que te atan.

—Lo único que veo ahora es tu locura, hermano.

—No, Amulio. Tú también has tenido la verdad ante tus ojos por mucho tiempo y no la has reconocido. Mira a este chico.

—Ahora te reconozco —le confesó Remo a Amulio, sorprendido por su intervención—. He soñado contigo cientos de noches. Tu rostro es el del poderoso guerrero que en mi sueño combate contra dos árboles que crecen hasta derrotarlo. Con cada golpe de tu espada siento una punzada en mis carnes, pero al final sucumbes.

—Rómulo y Remo, dos gemelos de diecisiete años. Solo ahora lo he comprendido: mis nietos, los hijos de Silvia —dijo Numitor desgañitándose, mientras forcejeaba furiosamente para desatar los nudos que lo legaban.

Amulio sacudió la cabeza.

—Tú estás delirando, viejo loco. Turno arrojó a los dos bebés al agua.

—Por fin lo sabes —dijo Numitor.

—Ya basta. —Amulio levantó un brazo y trazó en el aire tres pequeños círculos. Desde las

sombras que se formaban entre las columnas avanzaron los Setenta y Dos, invisibles hasta ese momento. Las máscaras pintadas de rojo ardían como llamas en la oscuridad. Las setenta y dos lanzas resonaron al unísono contra el suelo.

Amulio se erigió con sus dos metros de altura y los doce rayos de la corona apuñalaron la penumbra. Sus ojos de obsidiana ancestral tocaron primero a Remo, luego a Anthò y finalmente a Numitor, arrodillado a sus pies.

—En cierto sentido estamos en paz, hermano. Esta noche pierdo a dos hijos.

Bastó el tiempo de una respiración profunda, la del barco bajo la ola, para que la primera línea se quebrase. Hubo un ruido de madera aplastada y los Mantos Negros irrumpieron como agua vertiginosa en el casco.

Los quiritas se resquebrajaron: corrían, saltaban, caían, rodaban, se volvían a levantar y gritaban sin cesar. El Tidide y el capitán permanecieron inmóviles, como peñascos en la marejada, mientras sus compañeros se desperdigaban, presa de la confusión. En silencio, el uno junto al otro, esperaban el ataque final. El yelmo de Diomedes era una bandera en medio de la vorágine.

Dentato se aferró al brazo de Aventino, intentando arrastrarlo con él.

—Vamos a escapar, a ponernos a salvo. Ha acabado.

El capitán sacudió la cabeza.

—Vete tú, chico, y cuando un día te pregunten dónde traicionaste a tus compañeros, no te olvides de responder que fue en Alba, junto a la Puerta del Águila.

El joven soldado agachó la cabeza.

—Hasta el final —murmuró, y tomó posición junto a ellos.

La valentía del Tidide y el capitán conmovió y enardeció a muchos de los huidizos, y pronto en ese lugar se reunió un nutrido grupo de quiritas. Fáustulo estaba con ellos y gritaba que no perdiesen el valor, pero las miradas de los soldados parecían responderle que el valor era lo único que les había quedado; habían perdido todo lo demás.

El primer manto negro acabó ensartado en la poderosa lanza de Diomedes, que giró en el aire con el cadáver cual cabeza de martillo. Los quiritas levantaron las lanzas y se reagruparon en un erizo de púas férreas. La marea negra se cerró sobre ellos.

Por encima de las picas, al otro lado del mar oscuro que se extendía por la llanura, sonaron cornos y centellearon estandartes. Los corazones de todos se pararon. ¿Los nuestros?

Diomedes, mientras tanto, soltaba mandobles frenéticamente, cortando y quebrando, cuero y carne, sin dejar de pronunciar el furibundo grito de guerra con el que, en Troya, había perseguido a héroes y a dioses. El rojo cimera era la insignia a la que los hombres de Fáustulo se aferraban; mientras ese estandarte siguiese ondeando contra el cielo, ellos no cederían.

La tierra retumbó y tembló. Una carga de infantería descendía desde la colina al oeste, pero aún estaba demasiado oscuro como para distinguir las insignias.

Dentato vio a Pomilio desplomarse con una espada en el vientre mientras intentaba hacer de escudo al viejo Fáustulo, y un poco más allá, Aventino, acosado por una selva de espadas, retrocedía inexorablemente. Entonces, advirtió cómo las lágrimas le entibiaban los ojos, levantó el escudo como un ariete y se lanzó con rabia hacia adelante. Chocó contra un albés, lo escuchó caer bajo el golpe y se exaltó. Cogió impulso y embistió a numerosos enemigos, trazando un sendero de huesos rotos y armaduras arrancadas entre la formación albesa.

Algo le mordió en la espalda, pero no se detuvo. Corría agarrado al escudo. Luego un golpe terrible lo hizo girar sobre sí mismo pero, sin saber muy bien cómo, y después de una voltereta en la que vio un destello de cielo, recuperó el equilibrio y siguió la alocada carrera. Hubo otro choque, pero aún no se detuvo; sus pies ya estaban desequilibrados y el cuerpo lanzado hacia adelante por pura inercia. Al final impactó contra algo inmóvil y el choque lo dejó aturdido: el mundo vacilaba sobre él mientras las espadas caían como los rayos de un sol jamás surgido. Un velo de sangre le

cubrió los ojos. Se desplomó.

Aventino y Diomedes se habían lanzado sin dudarlos tras el compañero, y ahora se encontraban rodeados. En ese momento, el río negro, que estaba a punto de tragárselos, fue dividido por un pelotón de caballeros que irrumpieron en un torbellino de pezuñas y lanzas, aplastando a los Mantos Negros. Diomedes levantó los ojos incrédulo. Todas eran mujeres, salvo una.

—Aquí tenéis a vuestros hombres —gritó Rómulo agitando la espada.

—Hombres de verdad —dijo Aventino.

Los Mantos Negros habían roto la formación y ahora escapaban. Los quiritas, que ya habían llegado al borde del bosque de Diana, dieron media vuelta para afrontarlos, envalentonados por el inesperado vuelco del enfrentamiento. Así las cosas, los albeses se vieron atrapados entre el yunque de los hombres de Fáustulo y el martillo de las amazonas, soberbias y terribles sobre sus altos caballos.

Diomedes y Aventino se abrazaron.

—Nos hemos ganado otra hora de vida —dijo el Tidide, quitándose el yelmo abollado.

—Vamos a intentar hacer buen uso de ella —asintió Aventino antes de recoger el cadáver de Dentato, echárselo a los hombros y alejarlo de la zona de combate.

A los compañeros con los que se cruzaba en su camino Diomedes les ordenaba volver a tomar la puerta, manchada por ríos de sangre que parecían brotar directamente de las plumas del águila.

—¿Esta puerta nos conducirá a los Campos Elíseos o al Averno? —preguntó el Tidide.

Aventino echó abajo la puerta de la garita exterior y colocó allí a Dentato, antes de responder:

—A Alba.

Diomedes le señaló a algunos Mantos Negros que huían por una pequeña cresta a media milla de distancia. Algunos fueron arrollados por una roca, los otros cayeron atravesados por flechas. Estaban incrédulos, pero se decía que tras la colina había un nuevo contingente amigo. Un instante después, sobre la cima se recortó la silueta titánica de Hércules, que corría con la maza en una mano y el arco en la otra.

—Ese hombre parece inmortal —dijo Aventino.

—Quizá lo sea.

—Si no fuese imposible... —estaba añadiendo Aventino, pero luego se giró hacia Diomedes y se calló de golpe. Hércules los saludó con un gesto desde lejos, y luego se encaminó hacia ellos. La oscuridad, mientras tanto, se estaba disipando lentamente, y los enfrentamientos se habían trasladado a la llanura.

Unos minutos después también llegó Rómulo. A su lado cabalgaba Hersilia. Del yelmo con cabeza de oso descendía una larga melena. En las fauces abiertas de par en par latían ojos de jade.

—¿Está libre el camino que lleva al pico? —preguntó Rómulo sin desmontar.

—¿Quién sabe? No lo hemos atravesado —respondió Aventino.

—Lo atravesaremos —prometió Rómulo.

—La batalla aún no está ganada —le recordó Hersilia.

—Y nunca lo estará —dijo Diomedes antes de calarse el yelmo—. Tenemos que llegar hasta Amulio y matarlo. Él es nuestro caballo de Troya.

—¡Rápido! Tenéis que ir. El ejército albés está volviendo de Siete Colinas y estará aquí de un momento a otro —gritó Fáustulo, que llegaba a la carrera. El pecho le latía, jadeante, mientras que el rostro demacrado era una sábana tendida entre el casco, al que le faltaba uno de los cuernos, y la túnica empapada de sangre. Sin embargo, aún lograba, de algún modo, mantenerse en pie.

Rómulo le acarició el pelo blanco.

—Te dejo al cargo, padre.

—Reúne a los tuyos y haz que se concentren en la puerta, Profeta. Y que el águila de Júpiter os proteja —añadió Aventino.

—Yo me quedaré aquí con las amazonas —anunció Hersilia, empuñando las bridas de su caballo alazán para hacer que se girase—. Esperaré junto a mis hermanas el nuevo día. Os cubriremos las espaldas, de lo contrario no tenéis ninguna posibilidad de lograrlo.

Rómulo la agarró por el brazo, con los ojos encendidos por una luz febril. Los caballos se agitaron, el uno junto al otro, encabritándose.

—No puedes quedarte aquí. Dentro de media hora como mucho habrá treinta mil soldados entre tú y tu mañana.

—Entonces no pierdas tiempo, si quieres ver mi mañana. Te prometo una hora de resistencia.

—En una hora podemos tomar el Olimpo —prometió Hércules, antes de cruzar la Puerta del Águila, que pareció más pequeña a su paso.

Diomedes recogió otras dos lanzas y lo siguió de inmediato. Aventino pasó la mano por la jamba de la puerta y miró hacia la llanura: las amazonas estaban volviendo al trote corto entre las espirales de polvo. La última vez que las había visto, Siete Colinas aún estaba en pie. En aquel momento se habría reído si alguien le hubiese anunciado lo que pasaría en adelante: hombres que hablan con animales, héroes del pasado, monstruos, profetas e infiernos.

Rómulo desmontó del caballo y le dejó las bridas a Fáustulo.

—No olvides, hijo mío, que para el cazador siempre hay otro día, mientras que la presa solo tiene una ocasión —le dijo el padre.

—Papá, te quiero —dijo del tirón Rómulo, abrazándolo.

Hersilia ya estaba dando órdenes a Cecilia. Rómulo le puso una mano en la pierna.

—Si las cosas no van bien...

—Si las cosas no van bien no podrán ir, en cualquier caso, más allá de mi puñal —le aseguró Hersilia, escrutándolo de arriba abajo.

—Pero...

—Mi padre es el rey de una nación vecina, sobre la que Amulio tiene puestos los ojos desde hace tiempo. No puedo permitirme convertirme en prisionera. Los padres pierden fácilmente la cabeza por los hijos, los reyes las coronas. No quiero descubrir que Tito Tacio me quiere más a mí que al reino.

—Un rescate no es el fin del mundo.

—Sería el fin del mío. Amulio pediría la corona de los sabinos y mi padre se la entregaría.

—Entonces, puede que cuando todo esto haya acabado sea yo quien te rapte —dijo Rómulo, levantando la comisura izquierda de la boca. Luego se quitó uno de los brazaletes de plata que llevaba y se lo entregó.

Hersilia se lo puso en la muñeca, pero no cambió de expresión.

—Amulio morirá de viejo si no encuentras el valor para ir.

Rómulo le besó la rodilla y fue.

Un hombre encapuchado le entregó a Amulio una espada de hierro el doble de larga de lo normal. El rey la levantó sin esfuerzo y dio algunos mandobles en el aire, antes de pasar la mano por la hoja bruñida por el tiempo.

—Cuando la justicia del rey se dirige contra sus propios familiares, es el propio rey quien ha de impartirla —anunció—. En primer lugar mi hija, luego mi hermano y por último tú, chico, pues

presenciarlo todo formará parte de tu castigo —le explicó con el tono del maestro que imparte una última lección al discípulo antes de la despedida.

Remo vislumbró ese halo particular que centellea alrededor de la desesperación más tétrica y se lanzó fuera de sí para sumergirse en la basílica: descendió hacia los cimientos seculares, subió luego por las columnas, se introdujo en la madera de las vigas. Exultó con las primeras vibraciones.

—La muerte es para todos: he ahí la justicia —murmuró, mientras el estremecimiento se propagaba por la enorme sala. Una grieta se abrió a sus pies y recorrió el suelo hasta llegar al podio. El edificio se derrumbaría, matándolos a todos.

Sin embargo, de repente, un tremendo golpe en el cuello le hizo caer de rodillas. Se aferró desesperadamente a las fuerzas que estaba canalizando, pero una serie de reveses rabiosos le hizo perder definitivamente el agarre. Su cara chocó contra el mármol, la sangre goteaba de su frente y caía con pequeños ruidos sordos en el polvo.

—Tú y yo provenimos de las mismas tinieblas, ¿no te acuerdas? —le preguntó Amulio.

—Sí —gimió Remo.

—El camino para llegar aquí arriba es largo, chico, y el tuyo acaba hoy. Hace falta demasiado valor para ser solo un hombre. Empezaste con buen pie, pero has tropezado en tus sentimientos de culpabilidad. Yo estoy aquí y tú estás ahí, y dentro de poco yo seguiré aquí. Ven aquí, Anthò, hija mía, muéstrale cómo muere una descendiente de Eneas —dijo Amulio.

—La puerta se abrió de golpe y contra el sol naciente se recortó la silueta gigantesca de un hombre, con los brazos extendidos contra los batientes y la cabeza cubierta por una piel de león.

Un instante después, otras tres sombras se alargaron sobre el pavimento hasta cubrir la figura de Amulio, de pie sobre el podio, al otro lado de la basílica.

—Ahora sabrás que me llamo Rómulo —dijo una de las sombras. A sus espaldas surgieron las siluetas de otra treintena de hombres, entre las que destacaba la mole del Vigilante.

Hércules, con un solo movimiento, empuñó el arco, cargó un par de flechas y disparó. Los dos soldados que tenían agarrada a Anthò se desplomaron uno tras otro. Hubo un instante de inmovilidad, inestable como un vaso en vilo. Luego el vaso se estrelló, y todos se movieron de golpe.

Amulio se acercó a la hija, incrédula e inmóvil a pocos metros de distancia. Remo intentó volver a ponerse en pie; las piernas iban recuperando las fuerzas poco a poco, pero se movía muy lentamente, con una lentitud mortal. Cuando vio caer la larga hoja de hierro se abandonó y se lanzó con sus sentidos al podio. La tarima de madera estalló en una tormenta de astillas bajo los pies del rey, que cayó al suelo entre las tablas.

Remo, sin interrumpir el impulso, sostuvo a Anthò, y juntos se deslizaron por el suelo hasta impactar contra el pedestal de la estatua de Eneas.

—Me habría matado —murmuró la muchacha, sin separar las manos de la espalda del joven—. Mi padre me ha matado —añadió.

Remo se apartó del abrazo y se giró para afrontar el caos. Al otro lado de la muralla impenetrable de los Setenta y Dos, Rómulo y sus compañeros luchaban entre el retumbar del bronce. Le quitó la espada a uno de los soldados ensartados por Hércules, pero en ese momento, de entre las ruinas del podio surgió Amulio en una cascada de escombros, con la corona inclinada sobre la frente polvorienta y una herida superficial en la base del cuello. El rey recuperó la espada y se lanzó con la velocidad impetuosa de una avalancha contra Remo.

Rómulo, en un destello entre los yelmos infernales, entrevió a Amulio arrojarse contra su hermano. Se lanzó hacia adelante para llegar hasta ellos, pero tres guerreros enmascarados se lo impidieron.

Rechazó una selva de golpes e intentó abrirse paso; al segundo intento una espada le alcanzó el hombro. Gritó por el dolor y la sorpresa, como si solo entonces hubiese descubierto que era mortal. Levantó los ojos consternados hacia su atacante, no sabía cómo afrontarlo, pero un instante después, en lugar de la máscara resplandeciente estaba la cabeza de la maza.

—¡Corre! ¡Ahora! —le gritó Hércules, mientras señalaba el ábside.

Rómulo se coló por la línea formada por la guardia real a mitad de la basílica. Dos albeses se giraron para perseguirlo. Entonces, Diomedes levantó las dos lanzas con las que estaba recolectando víctimas, se arqueó y las disparó. Las puntas dieron de lleno en los Mantos Negros, pero en el flanco descubierto del Tidide había aparecido otro enemigo que lo hirió en el costado con la punta de la espada. Aventino le saltó encima antes de que pudiese ahondar el golpe, cortándole limpiamente el brazo con un mandoble. El grito agudo del albés se levantó por encima del resto, antes de que un segundo sablazo se lo apagase en la garganta.

—¿Cuántos son estos Setenta y Dos? —preguntó el capitán.

—Morirán todos, uno a uno —le prometió Diomedes, sacando la espada.

Aventino se giró, presa de una corazonada: de todos los hombres que los habían seguido solo quedaba en pie el Vigilante, que perdía sangre de muchas heridas y se tambaleaba notablemente.

En la Puerta del Cielo solo habían dejado a cargo al Pontífice. «Llegados a este punto un hombre con tu cara puede parar por sí solo a todo un ejército», le había asegurado Rómulo.

Mientras recorrían el último tramo hasta el Pico Dorado, el Vigilante le había explicado al capitán que tomar ese pasaje les había costado tres horas de combates cuerpo a cuerpo y casi trescientas vidas. Solo una treintena había sobrevivido.

Aventino no tenía intención de perder al único superviviente de tal hazaña, y corrió junto a Aquilio para hundir su espada entre los omóplatos de un albés. Algo le mordió en el muslo. Lanzaba mandobles a lo loco, pero los enemigos estaban por doquier. Pronto, él y Aquilio se encontraron espalda contra espalda.

El capitán notó otro pinchazo en el brazo, y luego un tercero en el gemelo. La espada le pesaba cada vez más y los ríos de sudor le nublaban la vista. Cuando sintió que el apoyo a sus espaldas flaqueaba, se inclinó, perdió el contacto con el suelo, se desplomó y acabó tumbado. A ciegas, con los miembros temblando por el miedo, levantó la espada a la altura de su cabeza para protegerse, pero el golpe del enemigo se dirigía al vientre.

El Vigilante, con el último borbotón de energía, rodó contra las piernas del albés, desviando el golpe mortal. El manto negro retiró de golpe el brazo armado y la espada abrió un surco rojo en el costado de Aquilio.

—¡No! —gritó Aventino, lanzándose hacia adelante con la espada extendida.

Erró el golpe y fue a estrellarse contra la coraza del enemigo. Mientras perdían el equilibrio, lo agarró del cuello y, de un cabezazo, lo dejó aturdido. Luego sacó el puñal y lo traspasó, antes de inclinarse sobre el Vigilante, pero ya una corona de enemigos se cernía a su alrededor.

Sobre ellos se erigió el alto yelmo de crines rojas, y el fulgor de una espada desgarró el velo negro, revelando a Diomedes.

—No te permitiré que mueras antes que yo —le gritó, rechazando golpes y lanzando ataques fulmíneos. El capitán jamás había visto un guerrero similar: era Marte descendido a la Tierra.

El Vigilante intentaba hablar con gran esfuerzo, mientras Aventino le sujetaba la cabeza para ayudarlo a respirar.

—Di a Remo que he tomado y defendido la Puerta del Cielo, tal y como le prometí.

—Te lo juro —dijo el capitán, preguntándose, un instante después, cómo habría logrado cumplir la

promesa. Estaba herido y agotado, y se sentía como el último hombre entre aquellas columnas arcanas. Frente a él, Diomedes y Hércules contenían por sí solos a los quince albeses supervivientes, pero ellos también perdían sangre por varios puntos, pues incluso los dioses mueren.

La espada de Amulio cayó sobre Remo. El joven detuvo el mandoble, pero acabó de rodillas por culpa del tremendo contragolpe. El rey lo mandó al suelo con una patada en la cara.

Remo se alejó, reptando con la velocidad de una culebra, pero el arma enemiga mordía el suelo, cada vez más cerca. Gritó antes de que el metal se clavase en su muslo. La sangre estaba caliente, y aún más contra el frío del mármol.

El rey estaba listo para el ataque final cuando Anthò se encaramó a la espalda del padre con un salto desesperado que le hizo perder el equilibrio. Amulio imprecó, luego la agarró con la mano libre y se la quitó de encima, arrojándola contra una columna. «¡Locos!».

Volvió a lanzarse contra Remo, pero en el último momento viró bruscamente para repeler a Rómulo, que le había atacado por sorpresa y ahora lo miraba asombrado a causa de la reacción fulmínea del rey.

Amulio giró sobre sí mismo describiendo un círculo de muerte con la espada. Los gemelos se tiraron al suelo para no acabar segados, se alejaron con una voltereta y se levantaron para volver a la carga.

Cuando Amulio los vio, el uno junto al otro, algo vaciló en su mirada.

—¿Reconoces la verdad? —le preguntó Remo, intuyendo que la verdad era la única arma capaz de derrotar a ese hombre.

El rey arrojó la enorme espada lejos de él. Se desató la capa, que centelleó una última vez, la dobló con cuidado y la apoyó sobre los escombros del podio. Luego se quitó la corona y la túnica, dejando al descubierto un pecho musculoso y brillante de sudor. Por fin, desenvainó las dos espadas atadas a su cintura: las empuñaduras taraceadas eran idénticas, y las hojas brillaban como si el acero encerrase polvo de estrellas.

—Mandé forjar estas espadas gemelas al herrero del Etna hace diecisiete años, en recuerdo de mis dos sobrinos.

Rómulo y Remo lo atacaron simultáneamente, pero el rey detuvo sin dificultad sus golpes y pasó al contraataque, haciendo girar las dos espadas con una agilidad y un control del cuerpo que consternaron a los gemelos.

—¡Padre, te lo ruego, detente! —gritó Anthò.

La vista de ese rostro magullado enardeció el corazón de un Remo que, espoleado por la sensación de impotencia, arrojó la espada contra el rey como si fuese una lanza. Amulio logró desviar el arma, pero el joven se le echó encima. Los dos, abrazados, rompieron una de las vidrieras del ábside y cayeron, en una lluvia de cristales de colores, a un jardín interno.

Rómulo saltó por la ventana con la espada extendida, pero Amulio, con una rodilla hincada en el suelo, cruzó sus armas para parar el golpe, y luego lo repelió. Rómulo lo acosó con una serie de ataques. Sin embargo, el rey era demasiado rápido y, gracias a un par de fintas, lo desequilibró. Luego le rajó la mejilla con un ataque fulmíneo.

—¡Venga de donde venga vuestra sangre, hoy se derramará aquí! —imprecó Amulio.

Remo se lanzó de nuevo contra las piernas del rey, clavadas en el suelo, y esta vez, cuando su hombro golpeó la rodilla, escuchó un ruido seco. Amulio gritó, y ya Rómulo lo asediaba a mandobles. El bronce aullaba con cada golpe sobre el acero.

Remo recogió la espada que había caído de las manos de Amulio y acompañó a su hermano.

Ahora el rey retrocedía, apoyando el peso en una sola pierna. Los gemelos lo acosaron hasta llegar al gran olivo que crecía en el centro del patio. Un hilo de sol emergió sobre el techo de la basílica, imprimiendo en el suelo un rectángulo de luz.

Rómulo y Remo golpearon y golpearon en una tormenta de chispas y fragmentos de bronce.

Amulio ya no se reconocía en sus movimientos, al levantar la mano, al blandir la espada. Sentía que las rodillas le fallaban y la sangre se coagulaba. Le parecía estar atrapado en uno de esos sueños en que se realizan inútilmente movimientos ávidos y se acaba cayendo exhausto.

Además de ver a los dos gemelos animados por la furia, en la ventana rota del ábside entrevió el rostro de su hija, repleto de una piedad y un amor que lo aniquilaron. Entonces dio el primer paso, abandonó las fuerzas que ya lo estaban dejando y bajó el brazo, con una palabra muda posada en los labios secos. Apenas se estremeció cuando la espada de Rómulo le hirió en el brazo, clavándose profundamente en el tronco del olivo secular.

—¡Es el momento! —le gritó Rómulo al hermano, mientras intentaba liberar la espada de la madera.

Remo era como una playa después de la marejada. Contuvo el golpe y murmuró:

—Es nuestro tío.

—Eso no puede hacer que nos echemos atrás —dijo Rómulo, arrancándole la espada de la mano.

En aquel momento a Remo su hermano le pareció igual que Amulio. Pensó en decírselo, en preguntarle cuánto camino había recorrido, y hacia dónde, pero se vio obligado a girarse de golpe para aferrar a Anthò, que se estaba lanzando sobre su gemelo. La muchacha, sin parar de gritar, arañaba, soltaba patadas y mordía salvajemente para liberarse, maldiciéndolo.

—Adelante, chico, haz que se cumpla tu profecía —le murmuró el rey a Rómulo, tocándose la frente. Luego clavó sus ojos negros sobre Remo; cuando estuvo seguro de haber llamado su atención se tocó el pecho un par de veces y, luego, lo señaló.

Anthò aprovechó el momento de confusión de Remo para liberarse de su abrazo y alargó la mano hacia Rómulo.

—Te lo suplico.

—También nuestra madre era nuestra madre, nuestros amigos nuestros amigos y nuestros compañeros nuestros compañeros —dijo Rómulo. Luego asintió con las comisuras de la boca encorvadas, apoyó la espada contra el pecho de Amulio, puso el pie sobre el brazo de la empuñadura y hundió la hoja.

La sangre del rey se esparció entre las raíces del olivo, bajo el cielo immaculado del primer día de otoño.

Rómulo se inclinó sobre Amulio. En el jardín flotaba una nitidez blanca y la sensación de los acontecimientos trazados con precisión. El mundo veía la luz de manera irreversible, e incluso las hojitas caídas al suelo vibraban por la conciencia. El joven abrió la mano del rey y le quitó la espada. Luego se levantó y se alejó.

Anthò se soltó de las manos de Remo y se lanzó sobre el cadáver de su padre, desplomado contra el tronco, con el rostro apoyado en su hombro, una mano en el regazo y la otra abandonada sobre el suelo.

Los dos gemelos estaban cara a cara a la sombra de la basílica.

Tenían la expresión de los hombres que han sobrevivido a un terrible incendio y las palabras sepultadas en los ojos. Al final Remo asintió, y Rómulo lo abrazó. Era necesario: aquellas palabras, susurradas o quizá solo imaginadas, los estrecharon.

Cuando se separaron, Remo se giró hacia el árbol color verde plata. Anthò acariciaba la larga melena azabache de Amulio. Entre lágrimas, le hablaba de perdón. «Papá, papá, papá», repetía.

Rómulo se agarró al armazón de la vidriera rota, se balanceó para tomar impulso y se levantó con los músculos doloridos. Permaneció asomado durante unos instantes, con un pie en la base del marco de hierro, el otro suspendido en el aire y el corazón detenido al borde del próximo latido.

El suelo de la basílica estaba sembrado de cadáveres, lanzas y yelmos, que se reflejaban en charcos oscuros; las manchas de sangre subían por las columnas y el hedor de la muerte pesaba como un sudario. Ya nadie luchaba.

Solo cuando encontró el valor para entrar vio a Diomedes, quien, con el yelmo bajo el brazo, miraba fijamente la estatua de Eneas con una expresión indescifrable.

—¿Hemos encontrado lo que buscábamos? —le preguntó el Tidide.

Rómulo suspiró: por un lado sí, por otro no.

—Si no lo hubiésemos hecho todo, no habríamos hecho nada —murmuró. Luego siguió andando.

Apoyado contra una columna, a mitad de la nave, estaba Aventino con los ojos entrecerrados, la respiración débil y las manos cruzadas sobre el vientre. Hércules, en cambio, estaba sentado sobre el montón de escombros del podio, jugando con los fragmentos del Trono Tonante. A sus pies estaba tendido Numitor, que seguía atado y, al parecer, inconsciente.

—Nuestro abuelo, el rey de Alba —dijo Remo, que entretanto había alcanzado al hermano en el interior de la basílica—. Vamos a hacer lo que hay que hacer —añadió, dirigiéndose hacia el viejo. Lo despertó con una caricia y le susurró algo al oído.

—¿Tú? —dijo Numitor.

Remo se quitó el medallón real y lo puso a sus pies. Luego lo desató, cogió la bandera blanca de la tregua y corrió para izarla en el asta de la basílica, pues aún había una guerra que detener.

En aquel momento se recortó en el rectángulo luminoso del umbral la figura tortuosa del Pontífice. Se detuvo junto a la jamba de la puerta, con la mano apretada alrededor de la bolsita de cuero que llevaba atada al cuello.

Rómulo vio la corona de doce rayos y la capa de Amulio, sobre la que descansaba. La levantó a la altura de su cara y la volvió a mirar: la luz que provenía de la vidriera destruida la hacía resplandecer. Los otros estudiaban su rostro a la espera. Al final, el joven bajó la corona y la colocó sobre la cabeza de Numitor.

—Te entrego tu ciudad.

El abuelo le aferró las muñecas, con el rostro aclarado por el llanto y, asintiendo, murmuró una sola palabra:

—Justicia.

Rómulo se liberó de las manos de Numitor y caminó hasta Aventino.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, apartándole con delicadeza las manos de la herida. El destello de sus dientes asomó de entre la barba del capitán, roja de sangre.

—Mantengo el corazón caliente.

—Por suerte no has perdido las ganas de bromear.

—Estoy perdiendo otra cosa, pero no importa. Setenta y dos guerreros mortíferos derrotados, y desde poco antes de la mitad del enfrentamiento ya solo éramos cuatro para plantarles cara. No sabíamos que era imposible, de lo contrario no lo habríamos hecho. Quizá alguien componga una canción sobre esta historia.

—Sin duda, capitán.

—Has de comunicarle a tu hermano las últimas palabras del Vigilante.

—Se las comunicarás tú.

—Yo me estoy yendo, amigo mío.

—Te irás de aquí, pero a mi lado —le prometió Rómulo, y puso sus manos sobre el compañero.

Hersilia, de pie sobre los estribos del alazán, escrutaba la nube de polvo que se acercaba a las murallas de Alba, oscureciendo el cielo matutino, la llanura y los bosques.

Los supervivientes, con una mezcla de incredulidad y arrepentimiento, vieron desaparecer rápidamente esa luz que habían anhelado durante toda la noche: el día apenas había durado un par de horas.

Cecilia llegó junto a su compañera al galope corto.

—Como imaginabas, los albeses han abierto las otras tres puertas de la ciudad; es inútil que nos atrincheremos detrás de esta.

Hersilia asintió con calma y se giró para evaluar la formación. Había dispuesto que la infantería de Fáustulo se colocase en el centro, en el espacio libre entre las imponentes jambas, mientras las amazonas formaban dos alas en los flancos. ¿Cuánto podían resistir mil soldados contra treinta mil?

La respuesta iba a llegar antes de lo que quería, pues en ese momento el ejército albés surgió de la polvareda, esparciéndose por la llanura. Estaba por todos lados: despuntaban desde los bosques, las colinas y los matorrales junto al torrente. Habían extendido el frente con la intención evidente de rodearlos y no iban a perder tiempo para situarse en una formación concreta, como Hersilia esperaba, sino que aprovecharían la más sencilla de las tácticas: la superioridad numérica.

—La única forma de resistir una hora sería quitarnos la ropa y correr desnudas por la llanura —apuntó Cecilia con un silbido.

—Encontraremos otra —le prometió Hersilia.

—A lo mejor tu antiguo suegro ha encontrado alguna. —La provocó su lugarteniente señalando a Fáustulo, que caminaba a duras penas hacia ellas, con la ayuda de un bastón.

—Me casaré el día que alguna de tus bromas me parezca graciosa.

—Hersilia... —empezó Fáustulo, mientras acariciaba el hocico del alazán.

—Cuidado, viejo, es un animal inquieto.

—He conocido otros mucho más peligrosos —dijo Fáustulo.

—¿Quieres algo? —le preguntó la líder de las amazonas, con una dureza de la que se arrepintió de

inmediato.

—Uno de mis chicos ha avistado a un compañero de Rómulo, bajaba corriendo del pico. Creo que viene con un mensaje, pero no sé si llegará a tiempo.

Sin dudarle un segundo, Hersilia espoleó al caballo hacia la ciudad. Cecilia sonrió al viejo con una nota de ternura, y la siguió. Fáustulo esperó a que desapareciesen al otro lado de la Puerta del Águila antes de quitarse la túnica y encaminarse en dirección de los enemigos. Las Amazonas lo vieron cojear hacia la llanura, preguntándose si se habría vuelto loco. Quiritas y pastores lloraban.

Fáustulo clavaba el bastón a cada paso, y pronto lo empuñó con las dos manos, como si empujase una piragua por las aguas fangosas de un río. Sentía que había llegado al final de su carrera: había combatido una buena batalla y, con su muerte, la ganaría.

Cuando los oficiales del ejército albés vieron a aquel viejo desnudo de larga melena blanca arrastrándose hacia ellos, ralentizaron el paso, pensando que se trataba de un sacerdote o de un profeta, un loco, en cualquier caso.

Hersilia cabalgaba a través de la ciudad baja seguida de Cecilia. Las pezuñas retumbaban siniestramente contra el enguijarrado. De repente tiró de las bridas e hizo dar media vuelta al alazán.

—¡Ese viejo loco nos ha engañado! —esputó, lanzándose a rienda suelta por el camino apenas recorrido.

Sin embargo, cuando alcanzó a sus compañeras situadas junto a la puerta era demasiado tarde: la figura tambaleante de Fáustulo se había desvanecido en la nube de polvo que se levantaban entre ellas y los albeses.

—¿Por qué no lo habéis retenido? —le preguntó a todas, pero ninguna respondió.

—A ver ahora quién se las ve con Rómulo —dijo Cecilia.

Hersilia la fulminó con la mirada.

—Toma el mando del ala izquierda, yo guiaré la derecha.

La formación vibraba como la cuerda de un arpa, pero el ejército enemigo, que en aquel momento ya debería estar a tiro de arco, seguía sin verse, desaparecido de nuevo en la polvareda. ¿Qué lo retenía?

—Puede que el viejo haya encontrado de verdad la manera —susurró Cecilia.

Fáustulo llegó a una decena de pasos de la vanguardia albesa, que se había detenido sin que nadie hubiese dado la orden. Cientos de yelmos lo miraban entre el murmullo de la tela negra.

El viejo levantó los brazos hacia el cielo.

—Traigo un mensaje del rey —anunció con gran voz.

—¿Qué mensaje? —dijo uno de los capitanes albeses, adelantándose.

—¡Paz! —gritó Fáustulo, antes de caer desplomado al suelo.

Cuando por fin los treinta mil llegaron a la Puerta del Águila, la bandera de la tregua sagrada ondeaba sobre el Pico Dorado, resplandeciendo en el sol de la mañana.

—¡Nuestra madre! —gritó de repente Remo, agarrando al gemelo del brazo.

Rómulo se tambaleaba, extenuado tras las curas que había efectuado. Miró al hermano con inquietud. ¿Deliraba?

—Amulio ha dicho que está viva —confirmó Numitor, con voz trémula.

—Vamos —insistió Remo, tirando de Rómulo.

Salieron con paso incierto de la basílica. A Remo le parecía que otra persona estuviese corriendo en su lugar. Recorrieron la explanada e irrumpieron en el atrio del palacio, donde se habían reunido

los sirvientes, que se apartaron a su paso. Remo guio al gemelo hasta la sala anular, luego a través del pasadizo secreto y al final por las escaleras que se sumergían en la oscuridad.

La puerta de la prisión de Numitor estaba abierta de par en par y sobre el pavimento yacían, en un charco de sangre coagulada, los cuerpos de los dos guardias, con sus respectivas espadas clavadas en el pecho del compañero.

Remo se dirigió hacia el rincón opuesto del rellano, completamente a oscuras, y a punto estuvo de caer rodando por la rampa de escaleras que se hundía en el corazón de la montaña.

Rómulo saltó los dos cadáveres, registró la sala, cogió una lámpara de aceite, la encendió y luego siguió al hermano. Lo encontró inmóvil, frente a un muro de ladrillos. Levantó la lámpara, iluminando primero una hendidura excavada en el tabique, a la altura de los ojos, y luego, en el suelo, frente a un nicho atrancado con una tabla de madera, una bandeja, un plato y una cuchara.

—¿Una celda? —preguntó Rómulo, con la voz atrapada en la garganta. Sentía un dolor en el pecho y sus dedos no tenían sensibilidad—. Nuestra madre —gritó excitado, y luego se arrojó contra el muro, que apenas vibró con su golpe—. ¿Cómo lo echamos abajo?

Remo estaba inmóvil.

—¿Estás preparado?

Rómulo se paralizó de repente. Estaba a punto de responder, de decir que solo en ese momento había comprendido la pregunta, y que no, que no tenía ni idea de si estaba preparado, pero Remo ya había cerrado los ojos. Un instante después, el muro tembló violentamente y se derrumbó en una avalancha de escombros y ladrillos. Cuando el polvo se disipó, los dos gemelos superaron el cúmulo.

La habitación era una pieza cuadrada de pocos metros de lado. Contra la pared opuesta había un catre y un arcón situados bajo un delgado tragaluz horizontal. En una esquina, junto a un agujero excavado en el suelo de piedra, relucían una jarra y una palangana.

Ella estaba sentada en el suelo, con la espalda contra la pared; parecía una niña. Sus cabellos, larguísimos, tejían una alfombra ambarina bajo los muslos céreos. Sus ojos claros pero empañados parpadearon.

—¿Me ha llegado la muerte o la locura?

Los hermanos dudaban. Al final fue Remo quien se aclaró la voz.

—Mamá.

En el rostro de Silvia se dibujó una sonrisa sibilina.

—¿Habéis vuelto del Averno?

—Estamos aquí —dijo Remo—. Hemos matado a Amulio, devuelto al trono a Numitor, y ahora estamos aquí para liberarte.

Dieron un paso al frente, pero Silvia seguía sacudiendo lentamente la cabeza; sus ojos estaban ora encendidos por el leve destello de la demencia, ora velados por la firmeza vítrea del dolor. Tenía la expresión ascética de quien mira todo el día en su interior.

—Mamá —volvió a repetir Remo, y los ojos de Silvia se rizaron, como la superficie de un lago del que emerge lentamente algo.

Rómulo divisó el dibujo del árbol trazado en la pared frente a él y se agarró al hermano. Incapaz de hablar, se lo indicó con la cabeza. Remo palideció nada más reconocerlo.

Silvia siguió la mirada de los dos jóvenes y suspiró.

—Es todo lo que recuerdo de mis dos hijos. Nacieron con esa extraña mancha en forma de árbol sobre el cuello.

Rómulo y Remo no se habían sentido nunca tan unidos. De dos, uno; de uno, tres. Empezaron a

quitarse las túnicas, pero tenían demasiados dedos y acabaron por arrancárselas. Luego se giraron y se pusieron de cuclillas, en una espera trepidante. En la sala, sus corazones eran tambores.

Transcurrieron unos largos instantes antes de que un llanto liberatorio cubriese el ruido de los latidos. En ese momento, dos manos frías se posaron sobre sus hombros para reunirlos en un abrazo. Se aferraron a esos brazos delgados, que besaron, olieron y acariciaron como cachorros, antes de abandonarse.

Cuando por fin se detuvieron las lágrimas, Rómulo encontró la fuerza para preguntarle por su padre. Remo lo miró con una expresión de reproche, pero el gemelo, con la voz enmarañada por la angustia, insistió:

—No es Amulio, ¿verdad?

Silvia negó con la cabeza. Luego tomó aire. Las palabras le salían a duras penas de la boca, y cada una de ellas parecía costarle un enorme sacrificio, como si tuviese que sacarlas de un pozo profundo.

—Acababa de entrar en el internado de las vestales cuando un día, en el río, vi entre los matorrales una sombra luminosa. Me acerqué, con más curiosidad que miedo. Del bosque salió un hombre de una belleza sobrecogedora. Y me poseyó.

No se había oído ningún ruido, pero ambos gemelos se estremecieron de repente. Sinenomen estaba de pie frente a ellos. Los ojos brillaban como lagos helados sobre una llanura nevada.

—Al final nos volvemos a encontrar —dijo.

Rómulo se levantó. Le pasaban mil preguntas por la cabeza. ¿Cómo había logrado encontrarlo allí abajo? ¿Dónde había estado todo ese tiempo? ¿Cuándo había llegado? ¿Por qué lo había hecho?

—¿Quién eres? —le preguntó Remo, erigiéndose junto al hermano para hacer de escudo a la madre, acurrucada entre ellos. Estaba impresionado por la inmovilidad de ese hombre que, no obstante, no se parecía en lo más mínimo a la paz. Era la inmovilidad de una fuerza implacable que albergaba intenciones inescrutables. Todo le pertenecía, parecía decir su expresión, pero aquello no era nada; Remo se preguntaba, más bien, a quién pertenecía él, qué poder de las tinieblas reclamaba su propiedad.

Sin embargo, fue a las preguntas no expresadas de Rómulo a las que el gigante dio respuesta:

—Nunca te he abandonado en todo este tiempo: te puse en camino y luego he velado por ti. En el Paso de las Picas fui yo quien le confié a Céler el medallón del capitán albés con la misión de ir hasta Amulio y entregarle un mensaje de tu parte. Si el rey de Alba no te hubiese perseguido, tú no lo habrías perseguido a él y yo nunca habría encontrado la respuesta a mi pregunta: ¿eres o no eres el hombre que busco?

—¿Fuiste tú? —preguntó Rómulo, con un susurro incrédulo.

—La noche en que Aventino te condujo a la taberna de El Viejo Carterista, maté a un sicario que el noble Claudio Indómito Primero, padre de tu compañero Segundo, había contratado para eliminarte. Y en muchas otras ocasiones te he cubierto las espaldas, justo como uno de los anodinos dioses a los que acostumbráis a rezar. Yo ahorqué a Céler en el canal de Aguafría, donde los Mantos Negros llegaron gracias al soplo que yo le había dado al centurión Aurelio Cotta.

—¿Velar por mí? ¡Por poco no me dejo el pellejo en esa maldita trampa!

—Lo hice para dar un nuevo impulso a tu acción, cuando vagabas como un cachorro de lobo que busca a su madre en lugar de a otra oveja. Lo que no te mató, te hizo más fuerte. Y te preparó.

—¿Me preparó para qué?

—Solo la guerra, padre y madre de todas las cosas, podría conducirte a donde estás ahora.

—¿Dónde estoy ahora?

—En el lugar en que puedes cumplir para mí tu misión: encontrar el pasaje hacia las islas de los Beatos y la Séptima Torre, donde Cronos, príncipe de los Celestiales, está encerrado. Encuentra el pasaje, como está escrito, y yo liberaré a Cronos gracias al *palladium* —dijo Sinenomen, empuñando la estatuilla que llevaba atada al cuello.

Remo se estremeció: era idéntica a la que él había encontrado en el *penus*, y que ahora lucía sobre el pecho, en lugar del medallón real. Sin embargo, también Rómulo había visto ya esa misma estatuilla colgando del cuello de Diomedes, el día del duelo en las Ciénagas Venenosas.

Cuando Sinenomen se percató del colgante de Remo, sus ojos se tiñeron de tinta cobalto, como el cielo próximo a una tormenta de rayos.

—Mostradme el pasaje y cerremos el círculo. El Terrible, una vez liberado, sabrá recompensaros. Esta ciudad será solo una centésima parte de vuestro reino.

—¿Un reino más grande? ¿Es todo lo que tienes que ofrecer? Acabamos de renunciar a Alba —rebatió Remo.

Sinenomen lo ignoró.

—Cien veces más, y un sitio a los pies del Terrible. El poder, como la gloria, solo es bastante cuando es demasiado. Nosotros lo tendremos todo.

—Nosotros no conocemos el pasaje —le reveló Rómulo. En su fuero interno sabía que ese no era el lugar donde habría fundado su ciudad, necesaria precisamente para sellar el pasaje del que hablaba Sinenomen.

El gigante se cruzó de brazos.

—El pasaje tu me mostrarás. Tu voluntad es irrelevante para mis fines, pero decisiva para los tuyos. Yo tendré, en cualquier caso, lo que pido; pero tu recompensa dependerá de tu consentimiento espontáneo. Arrodíllate ante Cronos, señor del tiempo y del mundo, y muéstrame el camino hacia las islas de los Beatos, como está escrito.

Silvia buscó las manos de los hijos, las aferró y se puso en pie, entre ellos. Un fulgor de reconocimiento brilló en los ojos de Sinenomen, reflejo del sol sobre un espejo de agua cristalizada.

—Vuelve al lugar de donde vienes —le intimó la mujer.

—Estoy en el mundo.

Remo comprendió estar tratando con un hombre al que no le importaba ninguna causa, por noble o mezquina que fuese.

—Mi hermano dice la verdad: todavía no hemos descubierto el lugar exacto donde se oculta el pasaje. Ni siquiera lo hemos buscado —admitió.

—Os estoy ofreciendo dos ocasiones: la primera y la última.

—Iremos por otro camino —rebatió Rómulo.

—¿De verdad que no puedes intuir cómo has logrado llegar hasta aquí? Aléjate un paso de ti y pregúntate cómo ha podido un pastor de ovejas, un bandolero lastimoso, un huérfano desheredado, llegar a aferrar entre sus manos la divina corona de los doce rayos. Yo soy la respuesta a tu pregunta. Siempre has estado en el lugar adecuado en el momento adecuado, y eso significa que Cronos está de tu parte. ¿Pretendes dar la espalda a quien te ha conducido a la cima del mundo?

—Sí —respondieron al unísono los gemelos.

—Al final de esta guerra habrá solo dos tipos de hombres: los muertos y los siervos de Cronos.

—Solo has dicho un tipo —le desafió Remo.

—Escucha a nuestra madre, vete —le intimó Rómulo.

—Acabaráis diciendo que sí, pero luego os costará más caro, porque hay un precio que pagar —sentenció Sinenomen. Cada gesto y cada palabra suyas contenían un juicio, y por la expresión con la

que acompañó a aquella última frase parecía dar a entender que no habría habido apelación.

—No —dijeron primero Remo y luego Rómulo.

Sinenomen levantó una mano y Silvia se desplomó de golpe.

—Mamá —gritaron.

—Mostradme el pasaje —ordenó Sinenomen antes de levantar también la otra mano.

Los hermanos se vieron clavados al muro, aplastados por una fuerza invisible a la par que inexorable. Remo intuyó las fibras de esa urdimbre de energías y sintió pavor: era un poder capaz de mover el mundo, contra el que no había ninguna esperanza. Incluso rendirse habría resultado superfluo. La voluntad de ese ser se insinuaba en su mente y hurgaba en sus recuerdos, recuerdos que ni siquiera era consciente de poseer.

Luego, inesperadamente, el flujo se interrumpió de golpe. Rómulo y Remo cayeron al suelo golpeándose con violencia la espalda. En la sala habían entrado el Pontífice, Diomedes y Hércules. Los tres se dispusieron en abanico a espaldas de Sinenomen, que retrocedió, ocupando la pequeña porción de espacio libre entre los dos grupos, en el centro de la celda cuadrada.

—Atlas —dijo Hércules como si fuese un reproche.

—Aquí está el glorioso Alcides, el funesto Calínico, el viandante de las épocas, el hijo bastardo del Tonante. ¿Has venido para arrodillarte ante el Terrible? —preguntó Atlas con esa expresión indefinible que siempre sellaba sus palabras, para hacer que hasta la frase más sencilla pareciese impenetrable.

—Tú no estás aquí —dijo simplemente Hércules, blandiendo la maza, con los ojos resplandecientes entre los colmillos del yelmo leonino.

—Pronto lo estaré. Las antiguas cadenas se están aflojando. Ven con nosotros o serás tú quien ocupe mi lugar en el pedestal del mundo. Arrodíllate hoy, o te quedarás arrodillado para la eternidad, sosteniendo el globo terráqueo.

—Si tú estás aquí, significa que el mundo... —murmuró el Pontífice, pero no encontró la fuerza para terminar, pues en esa frase estaba contenido el fin de todas las cosas.

Atlas asentía.

—... pronto iré a la deriva.

—Mientes —dijo Hércules.

—Descubrirás que es verdad.

—Tus verdades son mentiras por descubrir.

—¿Quieres poner en peligro la vida de los hombres a los que tanto aprecias? Únete a nosotros y el Terrible encontrará la forma de sostener el globo en el vacío.

—Aquí tienes mi respuesta —gritó Hércules, lanzándose contra él.

La maza cayó con la furia de una roca caída desde la cima de una montaña. Cuando Alcides retiró el arma, los compañeros se hicieron hacia adelante y vieron un pequeño cráter en el lugar del suelo donde hasta hace un instante se encontraba Atlas. En el suelo yacían los jirones de una túnica.

—¿Está muerto? —preguntó Diomedes, frotando el colgante que muchos años atrás había robado del *penus* de Troya.

—La muerte es mi sierva —dijo una voz resonante, que se parecía solo en parte a la de Atlas. Los gemelos y sus compañeros blandieron las armas mirándose nerviosamente alrededor pero no apareció nadie—. Estamos llegando, estamos llegando, estamos llegando —volvió a resonar la voz.

Cuando se dispersó, Diomedes preguntó:

—¿Qué significa?

—Empieza la batalla final —murmuró el Pontífice.

—Esa no es una respuesta.

—No —admitió el viejo—. Solo es la pregunta de la que nosotros somos respuesta.

—En el lugar donde fuimos salvados de las aguas se oculta el pasaje —murmuró Remo, acordándose de la visión de la estela.

—Silencio —le intimó el Pontífice.

Rómulo, entretanto, se había inclinado sobre la madre e intentaba con desesperación y rabia curarla. La tocaba con las manos repletas de una energía tan tumultuosa cuanto impotente, pero no había heridas; parecía, sencillamente, que le habían sustraído el soplo de la vida.

Remo se inclinó a su lado, poniendo la mano entre sus cabellos. Los otros se quedaron un paso atrás.

—Mamá.

La mujer abrió los ojos una última vez, con un sollozo repentino. Una luz tenue manaba de cada poro de aquel rostro pálido.

—Fundad la ciudad, como está escrito. No tengáis miedo. El rey está llegando.

Créditos

Título original: *Rex. La fondazione di Roma*

Editado en Italia en 2011 por Rizzoli, una división de RCS Libri S.p.A.

Esta edición ha sido publicada de acuerdo con PNL& Associati S.r.l./Piergiorgio Nicolazzini
Literary Agency

Edición en formato digital: 2014

© Dafne Amati, 2011

© Traducción: Miguel Ros González, 2014

© De esta edición: Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9877-978-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es